

Las clases medias y sus descontentos

Expresiones de malestar en espacios
públicos posteriores a diciembre de 2001

Autor:

Fava, Ricardo Esteban

Tutor:

Briones, Claudia

2004

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas

Grado

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS
TESIS DE LICENCIATURA
ORIENTACIÓN: SOCIOCULTURAL

TESIS 11-1-21

FAC. DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Nº 814592
27 SEP 2004 DE
Agr. ENTRADAS

LAS CLASES MEDIAS Y SUS DESCONTENTOS
EXPRESIONES DE MALESTAR EN ESPACIOS PÚBLICOS
POSTERIORES A DICIEMBRE DE 2001

AUTOR: RICARDO ESTEBAN FAVA
L.U.: 20572818
DIRECTORA: DRA. CLAUDIA BRIONES
SEPTIEMBRE DE 2004

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	4
NOTA PRELIMINAR. UNA APROXIMACIÓN GENERAL A LAS RESISTENCIAS Y DESVÍOS QUE LO SOCIAL OFRECE A LA CAPTURA TEÓRICA	5
INTRODUCCIÓN	11
1. La irrupción del malestar	14
2. La indefinición de la consigna y su no sutura hegemónica	16
3. Movimientos sociales y ciudadanía en América Latina	18
4. La categoría <i>ciudadano</i> y sus modos de relación	19
5. Los individuos (modernos) y sus modos de relación. Un supuesto de, y una pregunta sobre, <i>lo social</i>	23
6. La cuestión de lo público: Esferas y Espacios	28
7. Ciudadanía e inseguridad	31
8. Aspectos metodológicos	33
9. Organización de los capítulos	35
CAPÍTULO I. DESAFÍOS A LA OPCIÓN <i>DEMOCRACIA O DICTADURA</i>	38
1. La opción <i>democracia o dictadura</i> en la “transición democrática”	38
2. La opción <i>democracia o dictadura</i> en los 1990s	44
3. Acerca de un pronunciamiento: el fin de la opción	47
CAPÍTULO II. LA CLASE MEDIA. ECOS POSITIVOS Y NEGATIVOS DE UN IMAGINARIO SOCIAL EXTENSIVO	49
1. Estigmatización política de la clase media	49
2. La clase media como imaginario social de pertenencia o “mentalidad”	53
3. La autonomía de la clase media	55
4. La clase media como imaginario social extensivo al conjunto nacional	59
CAPÍTULO III. PRÁCTICAS ASAMBLEARIAS Y CRISIS DE LA DEMOCRACIA <i>TAL CUAL ES</i>	65
1. La praxis asamblearia	69
2. La esfera pública asamblearia	72
a) Concepto de <i>esfera pública</i>	72
a. 1) La Asamblea Centro	77
a. 2) La Asamblea Norte	79
b) Naturaleza y referentes del <i>estar ahí debatiendo</i>	83
c) Los desbordes de sentido en la esfera pública asamblearia	86
3. Las prácticas asamblearias	90

a) Breve apunte sobre la autonomía asamblearia	91
b. 1) La Asamblea Centro	93
b. 2) La Asamblea Norte	97
4. Las asambleas en el tiempo electoral. La vigencia de la asamblea en su modalidad de <i>esfera pública política</i>	99
CAPÍTULO IV. LAS PRÁCTICAS ASAMBLEARIAS DESDE LA PARTICIPACIÓN INDIVIDUAL. REPENSANDO LO SOCIAL Y LA SOCIBILIDAD DESDE UNA SOCIEDAD CUESTIONADA	
1. La conformación de un <i>nosotros</i> asambleario con relación a la crisis de los colectivos de identificación	104
2. Asambleas y territorialidad urbana	108
3. Vecinalidad y asambleas	112
4. Acerca del proceso de individuación	115
5. La forma <i>asamblea</i>	117
6. El pasaje desde el individuo de clase media al ciudadano asambleísta	121
7. Nuevos modos de <i>estar juntos</i>	125
CAPÍTULO V. EL MALESTAR EN EL ESPACIO PÚBLICO RADIAL O DETOUR ANTROPOLÓGICO PARA ACCEDER A QUIÉNES NO “ESTÁN AHÍ (EN LA ESQUINA) DEBATIENDO”	
1. El <i>espacio público radial</i>	131
2. El debate en “Perdidos en el aire”	134
a) ¿Algo está cambiando aquí y ahora? Monitoreando la crisis, sus causas y el futuro	135
b) La opción entre lo malo conocido y lo ¿bueno? por conocer	138
3. Distanciamiento con respecto a los referentes ideológicos	141
4. Las deudas pendientes del procedimentalismo y el sustantivismo	143
5. Oyentes y asambleístas frente a las fracturas de la socialidad conocida	145
CONCLUSIONES	150
ANEXO I. TABLA DE ENTREVISTADOS	157
ANEXO II. TABLA DE REGISTROS DE ASAMBLEAS	159
ANEXO III. TABLA DE REGISTROS DEL ESPACIO PÚBLICO RADIAL	161
BIBLIOGRAFÍA	162

LAS CLASES MEDIAS Y SUS DESCONTENTOS

EXPRESIONES DE MALESTAR EN ESPACIOS PÚBLICOS

POSTERIORES A DICIEMBRE DE 2001

“De una parte, la sociedad crea y ofrece un ‘puesto’, que, aunque diferente a los demás en contenido y límites, puede ser ocupado por muchos, por lo cual es algo, por decirlo así, anónimo. Pero de otra parte, pese a éste carácter de generalidad, el puesto es ocupado por el individuo en virtud de una ‘vocación’ interior, de una cualificación que el individuo percibe como enteramente personal. Para que existan profesiones en general, debe existir una especie de armonía entre la estructura y el proceso vital de la sociedad, de un lado, y las cualidades e impulsos individuales de otro. Finalmente, sobre ella, como supuesto general, descansa la representación de que la sociedad ofrece a cada persona una posición y labor, para la que esta persona ha sido destinada, y rige el imperativo de buscarla hasta encontrarla. (Simmel, 2002b [1908]: 92)”

AGRADECIMIENTOS

Difícilmente se caracterice la instancia de tesis de licenciatura con un algo más que un traumático aprender a investigar. Sin embargo, si así lo hiciese —en definitiva aquello también puede aplicarse aquí— dejaría de lado precisamente la significación que considero más importante: que ha sido un momento y una situación donde encontraron cabida y aliento las iniciativas y las inquietudes personales. Y esto no sólo para el contexto de realización de este trabajo: la tesis que se presenta culmina para mí una experiencia colectiva de trabajo de casi tres años sobre la protesta social y malestares de sectores medios en el espacio público pos diciembre 2001.¹ Por todo esto, sin agotarse en sí, agradezco la dedicación, la calidad docente y la oportunidad que me ha brindado de integrarme en todas las fases de las investigaciones desarrolladas bajo su dirección, de la Dra. Claudia Briones.

Agradezco también aquí a la Lic. Vesna Ana Rosan el compañerismo, la no división del trabajo, la experiencia compartida al momento de las prospecciones a asambleas y otras instancias de participación.

A los asambleístas y a las señoras de clase media que seguramente no se ofenderán si las llamo así, por habernos abierto las puertas de sus asambleas vecinales, de sus ocupaciones y de sus casas, y por qué no, de sus vidas.

Al Centro de Estudios Legales y Sociales, en especial a su staff, su completa disposición técnica y humana para con el compañero de trabajo autor de esta tesis, cuando así lo he requerido.

A todos aquellos quienes me han brindado su valiosa ayuda frente a las ineludibles vicisitudes que se fueron presentando, entre ellos, a Valeria Barbuto, María Villarruel, Daniel Toribio, Eva Muzzopappa, Pablo Mercolli, Verónica Seldes, Matías Trillo, Mercedes Barros, Patricia Fava.

A mi madre.

A mi padre.

¹ La investigación original formó parte del proyecto “Globalización y Crisis Política en Argentina” coordinado por la Dra. Marcela Mendoza por el Center for Research on Women, (University of Memphis) y por la Dra. Claudia Briones de la Universidad de Buenos Aires y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

NOTA PRELIMINAR

UNA APROXIMACIÓN GENERAL A LAS RESISTENCIAS Y DESVÍOS QUE LO SOCIAL OFRECE PARA SU CAPTURA TEÓRICA

Desde muy diversos lugares de enunciación, los debates, los malestares, las exclusiones de nuestro tiempo culpabilizan y refieren a un “exceso de presente”. Reconociendo la complejidad del tema, intentaremos avanzar brevemente una caracterización de este presente extendido del cual, en tanto individuos o como integrantes de distintos grupos sociales, formamos parte. Por lo pronto, se puede arriesgar que este momento adjetivado tan sólo por lo presente dista demasiado de alguna noción del fin de la historia o de la ideología o de cualquier otro tropo lanzado prematura o sesgadamente para caracterizar nuestra modernidad tardía.²

Según Augé (1996), nuestra condición actual está conformada por tres vectores: la aceleración del tiempo, el encogimiento del planeta y la individualización de los destinos. Juntas, estas tendencias conforman nuestra *experiencia de contemporaneidad*. Más adelante, Augé describirá nuestra experiencia de sobremodernidad, conformada a su vez por un exceso de acontecimientos, de imágenes y de referencias individuales. Hasta aquí, no obstante, desde nuestra modernidad latinoamericana (Casullo 1993; García Canclini 1990) no lo seguimos. Pero sí consideramos que la *experiencia de contemporaneidad* resulta una noción útil para caracterizar ese presente extendido en el cual nos involucramos.

La *experiencia de contemporaneidad* significa “el advenimiento de una situación inédita (hoy todos los hombres pueden considerarse contemporáneos) (Augé 1994: 55)³ y una exigencia al conocimiento para dar sentido a ese mundo: la *prueba de la contemporaneidad* o “cómo pensar juntos la unidad del planeta y la diversidad de los mundos que lo constituyen (Augé 1994: 28)”.

Consideramos que la *experiencia de contemporaneidad* en nada se asemeja a una experiencia social empobrecida y hegemonizada por los medios masivos de comunicación, como tampoco a un mundo que tiende irreversiblemente a la homogeneización de representaciones, aunque sí reconozcamos que es en el terreno de las imágenes de los medios donde se escenifica de manera privilegiada la

² Acerca de cómo esta actualidad adjetivada por el “fin de la historia” puede verse, en cambio, como “una época donde la condición de posibilidad de la historia se evidencia como un fenómeno entre los fenómenos; (...) la época en la cual la historicidad de la experiencia se deja experimentar históricamente”, ver Virno (2003).

³ Obsérvese cómo el concepto de *experiencia de la contemporaneidad* constituye una ampliación (global) del concepto de *comunidades imaginadas* (Anderson 2000). Con *comunidad* Anderson expresaba precisamente el profundo compañerismo horizontal que supone el sentimiento nacional, horizontalidad cuyo surgimiento histórico estuvo ligado a una nueva condición de *simultaneidad* o *modo de aprehensión* del mundo.

diversidad-mundo y la diversidad social. Pero por esto mismo, la imagen se nos asemeja a una doble lógica de no elusión. Una está determinada por la imposibilidad de evitar la representación de aquel disperso en el espacio social —dispersión que bien puede ser representada por el extraño cercano en el espacio urbano de masas, o bien por el diferente distante de los medios de comunicación masivos. Una segunda está basada a su vez en la *contemporaneidad de los no contemporáneos*, esto es, en aquellos cuya existencia social las ciencias sociales —en especial, la antropología— no habían dejado de reproducir como inserta en *otros* tiempos históricos, distintos de los que supuestamente caracterizaban a la vida moderna (Fabian 1983, en Augé 1999: 61-79) o, simplemente, como pueblos supuestamente *sin historia* (Wolf 1993). Esto es, la contemporaneidad que va revelando un mundo donde los relatos de la modernidad que se pensaron universales devienen particulares⁴ no puede clausurarse sin más ni más en estas condiciones de sentido. En esta precisa aserción, si alguna etapa finaliza, comienza en cambio una inédita contemporaneidad que desafía nuestra específica modernidad.

Por ejemplo, en los últimos años se han multiplicado los reclamos que pretenden cambios de nombres y de monumentos de personajes históricos. En particular, tales reclamos —que ya no pueden describirse en los tradicionales cánones del “revisionismo histórico”— se han centrado en Julio Argentino Roca, figura central de la “campana al desierto” y de la reorganización del Estado y del ejército argentinos. En rigor, no puede pensarse de estos reclamos actuales supusieron históricamente el mismo lugar de enunciación que ahora se devela. Tampoco que algunos hayan accedido a un grado de concientización que no habían disfrutado hasta el presente. Quizás es más probable que la crisis de lo nacional haya reunido a intelectuales, a la izquierda política, y a los

⁴ En perspectiva antropológica, aquí no hacemos otra cosa que seguir a Lévi-Strauss, para quien la *universalidad* pertenece al orden de la naturaleza y la *norma*, con sus atributos de lo relativo y lo particular, a la cultura (Lévi-Strauss 1993 [1949], Tomo I, 41-42).

La concepción lévi-straussiana de prohibición del incesto como *pasaje* de la Naturaleza a la Cultura es por demás conocida. Aún así, el punto es central. No está de más recordar que la prohibición del incesto en Lévi-Strauss no es sólo la única regla universal, sino una regla cuya contraparte positiva —bajo la forma de *reciprocidad*— es fundante de una lógica social al inaugurar un intercambio entre grupos sociales a través de los matrimonios. Como veremos más adelante, preguntarse por los modos de relación entre individuos no significa otra cosa que una indagación sobre la naturaleza de *lo social* y, en particular, resulta una pregunta moderna por los modos de relación entre individuos que se suponen libres e iguales. En términos de nuestro objeto —los malestares de los sujetos de clase media con posterioridad a los eventos masivos de diciembre de 2001— preguntarse por los modos de relación entre individuos no desplaza sino que perpetúa la naturaleza general de tal indagación. Indagación que, cabe recordar, la irrupción histórica de las masas urbanas (y revolucionarias) no hizo más que colocar en primer plano relaciones —cuya efímera duración contrasta con su inusual potencia—, como relaciones primeramente explicadas en términos psicológicos, relaciones afectivas en Freud (1997 [1921]). En Lévi-Strauss “lo social no puede existir más que oponiéndose a la familia, respetando al mismo tiempo sus constricciones (Lévi-Strauss 1986 [1956]: 85)”, condición ésta que el autor no reduce a las llamadas sociedades elementales sino que, en principio, puede extenderse a las sociedades complejas, aunque tanto para el estudio de éstas como para el pasaje entre ambas Lévi-Strauss sólo haya sugerido líneas de trabajo (ver *Prefacio a la segunda edición*, Lévi-Strauss 1993: 16-31).

pueblos originarios tanto como a los participantes de clase media que postulaban re-fundar la nación por aquellos primeros meses de 2002. Pero para ser fieles a la diversidad de los lugares de enunciación —diversidad que no es nueva en absoluto— parece mejor hablar de una confluencia de malestares sobre lo nacional. En el entramado —y constituyéndose en entramado de sentido— de una crisis social sin precedentes, esta confluencia respecto de lo “nacional” muestra tanto los límites de su inclusividad actual como de sus exclusiones fundantes y constitutivas, colocando en un primer plano los valores y fines sociales que públicamente deben regir cualquier colectivo social que se pretenda conviviente.

De esta manera, con esto solamente queremos subrayar —frente a tantas visiones que parecen detenerse negativamente en el papel de los medios de comunicación como mediaciones exclusivas (y constitutivas) de la realidad social— en la contraparte positiva que se abre, si de verdad es posible dejar atrás una época donde precisamente la invisibilidad, el aniquilamiento del espacio público, la caracterización de no contemporáneos o su asunción como pueblos sin historia han sido estrategias principales de dominación.

En todo caso, esta *prueba de la contemporaneidad* significó dos desafíos principales en nuestra aproximación etnográfica a individuos de clase media de los cuales se puede pensar inicialmente que “completa[n] la liberación de los antropólogos de la sensación de pertenecer a un universo distinto de sus objetos de estudio (García Canclini 1997b)”. El primero de ellos estuvo constituido por el acercamiento entre observador y observado, por la inusitada interdiscursividad entre ambos niveles. De tal modo, sostuvimos en un punto que sorprendía menos

“la presteza con que distintos científicos sociales dirigíamos la mirada al quehacer social en desarrollo, que la celeridad con que explicaciones y teorías ‘expertas’ circulaban y se consumían, sobre todo, a través de redes de comunicación transversales —vía cadenas de mail, páginas de internet y encuentros de discusión— entramados por los asamblearios (Briones, Fava y Rosan 2004)”.

Si a lo anterior agregamos que, ni bien cruzábamos el umbral del investigador al ciudadano entrábamos súbitamente en un estado general de incertidumbre, esa interdiscursividad no significaba solo un obstáculo de traducción, causado por un ida y vuelta que no poseía un fin. Este proceso más bien parecía recomendar algo más que una *reflexividad* etnográfica (Guber 2001) que diese cuenta de un *otro* más cercano y ahora con voz propia. Demandaba admitir que, en contextos generales de desagregación social, investigador e investigados comparten expectativas y desilusiones comunes, y que éstas no diluyen las respectivas perspectivas e intereses pero sí el anclaje académico como lugar seguro de enunciación. Si desde el punto de vista del investigador nuevas o clásicas categorías teóricas podían habilitar intercambios de sentido entre colegas, desde el

punto de vista del investigador-vecino (o investigador-trabajador o investigador-ciudadano), tales categorías no sólo se diluían rápidamente en la acelerada interdiscursividad con los actores sociales, sino también en la propia subjetividad crítica rebasada por los acontecimientos.

Por tanto, el segundo desafío estuvo constituido por la equívoca relación entre categorías teóricas y categorías sociales que enfrenta toda ciencia social. Aquí la *prueba del conocimiento* pareció no ser tanto la degradación social de la dimensión teórica —como cuando contrastamos entre un uso esencialista de la noción de identidad por el sentido común, frente a uno constructivista dominante en la academia— sino una pregunta acerca de qué indexicaliza esa resistencia de lo social. En términos de significados públicos a través de los cuales se re-articula lo social en sentido amplio —por ejemplo, el tropo del *ascenso social* o la figura del *trabajador*— esto significa prestar atención no sólo al uso que hace de ellos puntos de partida para un proceso de diferenciación de grupos, sino, fundamentalmente, al uso que los constituye o, los constituyó históricamente, en puentes de sentido entre los diferentes agrupamientos y entre los individuos.⁵

En términos metodológicos, tal extensión de sentido dificulta una aproximación cualitativa. Desde una perspectiva antropológica esto no significó solamente un comienzo de descripción densa (Geertz 1996) sobre esas categorías e imaginarios. Como en el caso del “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo” que analizamos en un trabajo anterior (Briones, Fava y Rosan 2003), partimos de considerar tal situación menos como un caso de densidad de sentido que como ámbito de confluencia de diversas trayectorias de enunciación.

Y éste es el punto cuando se trata de abordar la inédita confluencia que convergió en los sucesos de diciembre de 2001. Si la modernidad en su índole reflexiva (Giddens 1994) constituye una época que se revela particular (en tanto el conocimiento social retorna a, y moldea, las circunstancias sociales que lo hicieron posible o de las cuales surgió), las irrupciones colectivas y masivas pueden marcar, en ciertos contextos, un límite efectivo a las aproximaciones teóricas. Así, estas situaciones desafían profundamente las categorías que pueden nominar y dar un sentido —a priori o contemporáneamente— al malestar social que se expresa. Esto es, también en la modernidad, opera una preexistencia de lo social que no implica necesariamente preexistencia del conocimiento sobre lo social. Quizás esté pensando Lewkowicz en esta distancia radical, cuando afirma:

⁵ Nos referimos a la necesidad de establecer una lectura crítica de la dinámica política que, en su faz ideológica, parece y pareció operar construyendo esos puentes para luego borrarlos. Por ejemplo, la fórmula peronista de “casa al trabajo y del trabajo a casa” pudo haber constituido —como expresará luego un participante radial— una propuesta de desideologización, pero aquí se quiere hacer notar que, en todo caso, su eficacia se deriva del re-conocimiento de la sociedad argentina de entonces como sociedad de trabajadores, de la figura del trabajador como sentido extenso que excede al destinatario específico de la fórmula considerada.

“A mí me impresionó mucho cómo después de las revoluciones de 1848 Marx decide volver a pensarlo todo de cero. Un amigo mío dice que la diferencia fundamental entre los intelectuales franceses, italianos y nosotros es que ellos toman sus coyunturas como grandes temas de pensamiento. Y nosotros también, tomamos sus coyunturas como grandes temas de análisis. O sea: miramos siempre hacia afuera y jamás hacia adentro. La coyuntura crítica que atravesamos en la Argentina hace unos años obliga a pensar las cosas de otro modo. Y ver cómo las coyunturas van cambiando el modo de pensar de quien las piensa. La experiencia post-cacerolazo —también de los piquetes— la post post dictadura, es una serie de experiencias de cohesión, agrupamiento y pensamiento que realmente nos provoca y nos conduce a pensar las cosas de otro modo (Lewkowicz, en Gruss 2004)”.

Paradojas del conocimiento social donde visiones que se pretenden preocupadas por el concreto espacio-tiempo del objeto pueden, a pesar de esta intención, efectuar interpretaciones ahistóricas y, en cambio, perspectivas formales despreocupadas de los contextos de sentido pueden ser sumamente concientes de la especificidad histórica de la realidad social —donde no obstante, ambas pueden mostrarse impotentes cuando ese divorcio entre las palabras y las cosas cobre, en todo caso, un lugar.

Paradojas que, en este sentido, parecen imponer la necesidad teórica —a pesar de la inusitada interdiscursividad entre los niveles sociales y académicos— de no diluir la distancia entre el objeto y la aproximación teórica. Pues, en nuestra actualidad —que demuestra un recorrido suficientemente histórico y (auto)reflexivo— constituye entonces un obstáculo tanto la importación de nuevas o viejas categorías surgidas para dar cuenta de otros contextos de sentido, como las propias históricas solidificaciones entre ciertas categorías y determinadas expresiones sociales, porque así se han manifestado una vez.⁶

⁶ Quizás nada ilustre mejor esto que decimos que la recepción del marxismo en América Latina, tal como queda expresado en Aricó (1999). Como sugiere este autor, el socialismo argentino de principios de siglo fue considerado muchas veces como el ejemplo más claro de ceguera por las propias categorías. Sin embargo, ésta es una interpretación sumamente retrospectiva a partir de acontecimientos posteriores: que las masas populares o revolucionarias finalmente se expresan de modo no marxista. Así, por un lado, el revisionismo nacionalista explicará este divorcio entre las palabras y las cosas apelando a la existencia de una América profunda. Por otro lado, el marxismo ortodoxo sumamente dependiente de Moscú calificará al socialismo argentino de burgués y reformista, incapaz de ver y/o conducir al proletariado. Sin embargo, contrariamente a esto, Aricó opondrá una visión de la propuesta del socialismo argentino de Juan B. Justo como uno de los intentos más serios de “formación de un partido político autónomo de las masas trabajadoras argentinas, separado del resto del movimiento democrático y popular (Aricó 1999: 126)”, donde categorías modernas provenientes del marxismo constituyeron un aporte positivo y no extemporáneo para pensar la cuestión social de entonces, en particular para la sociedad urbana de Buenos Aires. En todo caso, resulta sugerente donde Aricó encuentra el punto de divorcio: en el énfasis pedagógico de Justo, en la distancia entre su ideal de una clase obrera y sus manifestaciones concretas —en la distancia entre *el ideal y lo medio(cre)* de José Ingenieros, un contemporáneo suyo—, ideal que remite más al ideal del *progreso* sustentado por las elites argentinas que a un supuesto europeísmo. En este punto sí, aquello que era manifestación concreta de las masas populares será visto como atraso. Finalmente, cabe rescatar una interpretación positiva de las consecuencias del accionar político del socialismo argentino en conjunto con otras expresiones políticas de la época: el reconocimiento de la necesidad y de la posibilidad de organización de las masas populares y, por tanto, la realización y transformación de una sociedad de trabajadores inmigrantes libres en una sociedad de

Por tanto, de las dificultades presentes en un pensar *desde la Argentina*, queremos desde esta nota preliminar alertar sobre aquellas que hemos tratado de dejar traslucir como condiciones de inercia, de pre-existencia y de resistencia de lo social. Si bien el acercamiento a ellas sólo resulta posible despejando el camino de las concretas articulaciones políticas e ideológicas que también las han conformado, ellas constituyen condiciones generales de dificultad, resistencias que ofrece el objeto social a su captura teórica en tanto intento de ser captado en su contemporaneidad. Diríamos en verdad epistemológicas, tanto como teóricas o ideológicas. A nuestro entender, esto actualmente significa no sólo visibilizar realidades sociales que permanecen ocultas, sino también una tarea de develamiento, no menos dificultosa y sí sumamente paradójica, de lo que se (des)conoce y, sin embargo, o justamente por eso, habita mayormente a la vista de todos.

trabajadores organizados y con expresión política. Lo que se está queriendo expresar no es que las “solidificaciones” que haya realizado la izquierda política a principios de siglo —aunque quizás sea así para la (re)producción de una inicial caracterización negativa del hombre medio— constituyan precisamente los obstáculos epistemológicos a los que aludimos. De la misma manera debe considerarse todo el recorrido posterior de y sobre los imaginarios de las clases sociales en nuestro país. Simplemente, nuestro uso en esta nota preliminar está determinado a modo de ejemplo del obstáculo al pensamiento derivado de la inercia de situaciones pasadas —situaciones que desde ese momento instauran una estrecha identidad entre ciertas categorías y determinadas expresiones sociales, ideales o concretas.

INTRODUCCIÓN

Antes eran hegelianos, pero ahora son nihilistas. Ya veremos como podéis vivir en el vacío, en el espacio sin aire (de Padres e Hijos, Iván Turguéniev 1987 [1862]:25)

“Y es entonces que una manera de definir la construcción de la realidad, es la construcción de una supuesta necesidad, donde hay contingencia (García 2000: 30)”.

Escribir sobre política y democracia en Argentina, se ha expresado, es escribir sobre un fondo de desconcierto producto de la falta de correspondencia de la realidad argentina con los análisis efectuados desde las ciencias políticas. De esta manera, Nun (2001) denomina a esta incertidumbre “el enigma argentino” y esto en dos sentidos. En el primero de ellos, para señalar que el proceso de modernización en el país no siguió el paradigma teórico-ideológico dominante en los países centrales que postulaba una serie de etapas sucesivas que, partiendo del desarrollo económico, continuaba en un estadio de desarrollo social y culminaba promoviendo un mayor desarrollo político. El sistema político argentino, en vez de converger hacia una democracia representativa, confluyó, para mediados del siglo XX, en la experiencia del populismo peronista. En un segundo sentido, para destacar la existencia de un enigma teórico similar pero invertido, advirtiendo que, en las últimas dos décadas de vida política, la democracia representativa consolidada no derivó en un mayor desarrollo económico, o en otras palabras, el liberalismo no condujo a una mayor democracia, tal como las expectativas inherentes a la noción de *transición* (democrática) preveían esperar.⁷

El punto es que —como sugieren acentos teóricos recientes que distinguen entre una *consolidología* y una *transitología* como campos al interior de los estudios políticos sobre democracia (Peruzzotti 2001)— Argentina, a pesar de la advertencia sobre amenazas al funcionamiento político en los problemas de desigualdad social, clientelismo y corrupción institucional, ha estabilizado el funcionamiento de su sistema político en torno a las formas básicas de la democracia representativa. Como prueba de esto, en 1989 Argentina asistió al hecho único en el siglo XX de la alternancia en el poder de partidos de distinto signo político. El hecho resulta aún más sugerente si se considera que dicho proceso de estabilización política coexistió con promesas incumplidas de desarrollo social y económico de vastos sectores de la población.

⁷ Acerca de una crítica sobre las connotaciones teleológicas del concepto de *transición democrática* y las dificultades subsiguientes para caracterizar teóricamente las formas que tomaron las democracias realmente existentes surgidas con posterioridad a regímenes autoritarios, ver O'Donnell, G. (2002) [1996] “Ilusiones sobre la consolidación”. En: *Nueva Sociedad* n° 180-181, Jul-Ago/Sep-Oct, Caracas, pp.: 311-332.

Y en efecto, los años posteriores a la última dictadura militar presentan articulaciones políticas estables, basadas en los conceptos hegemónicos de *democracia* en primera instancia y de *estabilidad* (económica) en la última década del siglo XX (Barros 2002). Ambos conceptos permitieron la existencia de un nuevo espacio político, cuya novedad consistió en la posibilidad de presentación y expresión de diferencias al interior de ese campo discursivo.⁸

No obstante, si en un sentido positivo la existencia de un espacio político articulado sobre el concepto de *democracia* (en tanto garantía de derechos civiles y políticos) permitió por primera vez en muchos años la expresión de diferencias, en otro esta misma condición de marco de sentido compartido —basado, como se dijo, en su representación en tanto conjuro de un pasado autoritario— comenzó a ser percibida también como un límite al pensar social de lo político. En este último sentido, el espacio político que se constituye agotado en dos alternativas —siendo una de ellas el reverso autoritario de una concepción percibida insuficiente— es lo que Cerdeiras (2002) denomina la opción *democracia o dictadura*.

Es en el cruce de este doble plano del espacio político —caracterizado por articulaciones estables en torno a los conceptos de *democracia* y de *estabilidad*, por un lado, y la percepción de crecientes niveles de desigualdad y marginalidad social, por el otro—, donde observamos la irrupción del malestar de diciembre de 2001. Malestar que no es sólo reflejo de demandas sociales no contempladas por las urgencias coyunturales del sistema político, sino que instituye manifestaciones masivas que desbordan las formas, el pensar y las prácticas políticas contemporáneas.

¿Cuál es el alcance de ese desborde? ¿En qué formas y ámbitos se ensayaron distintos saberes y prácticas políticos, en tanto intentos de dar sentido a la emergencia de las nuevas condiciones surgidas a consecuencia de la insurrección de diciembre de 2001?

En su amplitud, estas preguntas enmarcan el acercamiento antropológico que esta tesis realiza al quehacer de asambleas barriales/vecinales/populares porteñas, autovindicadas como “hijas del cacerolazo”. Es que tanto la importancia puesta en el *estar ahí* de las asambleas —el ejercicio en sí

⁸ Coincidimos con Barros (2002) en este punto. Una de las consecuencias de la salida del último gobierno militar fue la estabilización de una cadena de equivalencias sustentada en el concepto maestro de *democracia*, como signifiante *anti-PRN*. Asimismo, podemos destacar otro aspecto mencionado por Barros que nos parece importante: en qué aspecto el espacio político en el cual hace su aparición el discurso político de la dictadura se diferencia de aquel en el cual se enmarca su salida. Barros caracteriza el espacio político previo como nulo o “de empate social”, en el cual dos bandos (peronismo y anti-peronismo) se anulaban mutuamente como contendientes en un plano de igualdad, inhibiendo la posibilidad de algún tipo de articulación hegemónica. La consecuencia es la imposibilidad de diálogo político. En cambio, el espacio político de fines del proceso (por razones que no explicaremos aquí) se caracterizará por la presencia de factores que sí se constituyeron en condiciones para una práctica hegemónica: “la presencia de una pluralidad de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras ideológicas que las separan (Barros 2002: 51-72)”.

de una ciudadanía vecinal—, como las prácticas autónomas que generaron para evitar las mediaciones partidarias, institucionales y organizacionales, constituyeron, en un plano de participación activa, ensayos de acción e intervención sociales sobre ese malestar. En tanto actores y analistas enfatizaron a menudo el carácter novedoso de esas formas, respuestas o tan sólo preguntas, otro de los objetivos de esta tesis es examinar los sentidos y efectos de semejante atribución. A su vez, aunque las asambleas operaron como arena explícita donde manifestar cuestionamientos, se fueron sucediendo diversos indicadores de que el malestar referido abarcaba a sectores mucho más amplios, moviendo o bien hacia otro tipo de prácticas o bien a desplazamientos en los procesos de producción de sentido. Aunque nunca hubo superposición exacta ni en contenidos ni en tiempos de todos los malestares que se insinuaban activos tanto en sondeos de opinión pública como en emprendimientos individuales de participación o en actividades de grupos diversos como los clubes del trueque, también esta tesis apunta a poner el descontento expresado por los asambleístas en un marco más amplio.

Si bien los procesos de producción de sentido de “las mayorías silenciosas” no es sencillo de rastrear etnográficamente, nos ha interesado también buscar estrategias metodológicas que nos permitieran avanzar en este sentido. En todo caso, el pasaje analítico que realizaremos en este trabajo desde una ciudadanía activa a una sociedad civil en un sentido amplio, no diluye nuestro punto de partida. Nos referimos a que la dinámica asamblearia presente en piquetes y fábricas recuperadas por sus trabajadores o en manifestaciones más difusas tales como las que se observaron en puebladas surgidas frente a hechos de inseguridad demuestran que el desborde de sentido no es atributo solamente de una ciudadanía movilizadora que descreyó de la dirigencia política, sino que expresa una necesidad inherente a diferentes espacios sociales, políticos y públicos.

En términos metodológicos, entonces, el malestar con la democracia actualmente existente será abordado a través del análisis de los sucesos de diciembre de 2001. Por su parte, la incomodidad con las explicaciones sobre esa democracia será analizada a través de aquellas operaciones que denominamos de desborde, esto es, las *prácticas autónomas y comunitarias*, la dinámica de *esfera pública asamblearia* y el desafío “*cacerolero*” a los miedos de nuestra democracia. Estos miedos constituyen expresiones de la memoria de experiencias traumáticas sufridas por los argentinos en las últimas décadas. Consideramos que esta memoria también habla de los límites y las posibilidades del actual sistema político, social y económico.

En la dirección metodológica señalada, una de las estrategias empleadas para entender a la sociedad civil en sentido amplio consistirá en aquella que, a través del análisis de la esfera pública mediática (bajo la forma de *esfera pública radial*), nos acerque a expresiones generales de descontento entre

ciudadanos que, en principio, no encontramos en el campo de la movilización social. De la misma manera que atendemos a la génesis colectiva y general del descontento expresado en diciembre de 2001, nos preocupamos por extremar los recursos teóricos y metodológicos que nos ubiquen en las superficies de emergencia de otros descontentos, aunque invisibles. Así, el análisis acerca de los desbordes de sentido se desarrollará, además del *espacio asambleario* como escenario de ciudadanos movilizados, en el ámbito del *espacio público radial* como expresión de una sociedad civil en un sentido más amplio.

1. La irrupción del malestar.⁹

La hipótesis de que los eventos de diciembre y sus ecos posteriores sugieren el fin de la opción *democracia o dictadura* implica ubicar nuestro análisis en el marco del contexto histórico de la transición democrática. Así, sus antecedentes históricos se inscriben en el período que transcurre desde los años de la transición democrática hasta el ciclo de protestas sociales que, al mismo tiempo que fue perfilando el análisis sociológico sobre la movilización social del período considerado, convergió en los eventos de diciembre de 2001. Al hacerlo así no se está planteando el fin de las protestas sociales. Se hace hincapié en el carácter de ciclo o etapa, determinada metodológicamente. Asimismo, tampoco se plantea una lógica acumulativa inherente a la sustancialidad de la protesta, como un escenario subyacente al deterioro social y que hubiese desembocado en una explosión “cacerolera”.

Ahora bien, el debate inaugurado a consecuencia de los sucesos del 19 y 20 de diciembre y en particular el que versó sobre el *cacerolazo* del 19, actualizó conceptos y perspectivas que

⁹ Irrupción refiere en nuestro trabajo no tanto a lo inimaginable como a lo inesperado, de acuerdo a la eficacia alcanzada por el discurso hegemónico. Las expresiones de lo subalterno poseen esa propiedad por su misma condición en la situación hegemónica. Un ejemplo en este sentido lo constituye la irrupción al espacio público de las Madres de Plaza de Mayo, desafiando la hegemonía militar que apuntaba precisamente a trasladar el terror al ámbito doméstico de los familiares (Filc 1997). La irrupción de lo subalterno que no debía ocurrir para la dictadura militar se carga en Taussig de *potencia*, pues las madres de los desaparecidos “fundan un nuevo ritual público cuyo objetivo es permitir que el tremendo poder mágico y moral de los muertos desasosegados fluya hacia la esfera pública, otorgue poder a los individuos, y desafíe a los autoelegidos guardianes del estado-nación, guardianes de sus muertos tanto como sus seres vivos, de su sentido como de su destino (Taussig 1995: 70)”. En este sentido, podemos concluir que el mismo carácter de inversión hegemónica no expresa que lo que iba a ocurrir estaba fuera del ámbito de lo pensable políticamente. De manera análoga al ejemplo considerado, el cacerolazo se nos presenta como una inversión (potente) de un modelo de ciudadano de clase media desinteresado y la irrupción de un malestar recortado sobre el fondo de articulaciones políticas estables.

enfataron el carácter de novedad y acontecimiento de los eventos sociales masivos.¹⁰ Y en efecto, el cacerolazo presentó una serie de novedades con respecto a *géneros* de protesta anteriores (Briones, Fava y Rosan 2002): auto-convocatoria (o nula convocatoria), ausencia de receptores o mediadores estatales del reclamo, preponderancia del hacer performativo de las “cacerolas” por sobre el discurso político, indicadores barriales, vecinales e individuales como único modos de señalar pertenencia en el espacio público. Asimismo, el *cacerolazo* presentó una potencia performativa con respecto a la sociedad política —y una efectividad capaz de derribar dos presidentes constitucionales— que las protestas de los 1990s carecieron. Esta potencia tuvo, además, proyección temporal en tanto fuerza de impugnación o veto que inauguró un horizonte político. Desde este horizonte, las instituciones políticas —estigmatizadas en particular en la figura de los partidos políticos—, pero también, las de carácter económico y en modo general, las instituciones republicanas fueron vistas desarrollándose de un modo no-legítimo a los ojos del ciudadano-vecino-cacerolero. No obstante ello, esa potencia inicial fue perdiendo vitalidad al compás de su rutinización, resistiendo las objetivaciones efectuadas por los diversos agrupamientos políticos y movimientos sociales, incluidos aquellos surgidos al calor de la movilización social pos-diciembre.

Sin embargo, el punto que queremos subrayar aquí refiere a que el carácter destacado de novedad y acontecimiento oscurece el aspecto irruptivo de la acción que tuvieron los eventos de diciembre de 2001. En contrapartida, enfatizar el aspecto irruptivo por sobre el hecho fáctico de la novedad

¹⁰ Una de las definiciones de *acontecimiento* ha sido brindada por Badiou en los siguientes términos: “Llamo acontecimiento a que la calificación en el régimen de lo Uno deja un resto: por lo tanto, al disfuncionamiento de ese régimen. El acontecimiento no es dado, pues el régimen de lo Uno es la ley de toda donación. El acontecimiento es así el producto de una interpretación (Badiou 1990: 52)”. Por su parte, Lewkowicz incorpora la noción de acontecimiento en un esquema de tres configuraciones cuya característica común es la irrupción de algo que no tiene lugar en una lógica y la desestabiliza: el *trauma*, donde a pesar de la irrupción paulatinamente todo vuelve a su lugar; el *acontecimiento* (cuyo paradigma moderno es la revolución) que requiere de una “transformación subjetiva para que sea tomado”, pero por esto mismo posibilita una construcción o lógica siempre que sea fiel al acontecimiento fundador; y por último, la idea de *catástrofe*, pura desmantelación sin lógica reparadora que ocupe su lugar. Para Lewkowicz la crisis actual entendida como pasaje de la lógica del estado-nación al mercado neoliberal supone esta noción de *catástrofe*: “La crisis actual resulta de la disgregación de una lógica totalizadora sin que se constituya en sustitución otra lógica equivalente en su efecto articulador. Lo específico de nuestra condición es que no pasamos de una configuración a otra sino de una totalidad articulada a un devenir no reglado (Lewkowicz 2002)”.

Por último, una visión de los eventos de diciembre desde la perspectiva de *acontecimiento* puede observarse en el siguiente correo electrónico que, originado en Rosario, circuló por el mes de febrero de 2002:

“01. Las cacerolas salieron a la calle. Y las cacerolas fueron potentes. Esta es la hipótesis: El cacerolazo fue un acontecimiento. Es decir, Algo nuevo, Algo nuevo que no sucede siempre. Algo que interrumpe la normalidad. Algo decidido por nadie en particular (es decir, por una multitud) (...)”

03. Entonces la pregunta sería: ¿cómo sería una asamblea que sea fiel al cacerolazo? ¿cómo sería una asamblea que no restituya la política de dirigentes y dirigidos, de minorías activas y mayorías pasivas que tanto conocemos y despreciamos? ¿cómo sería una asamblea que no traicione la creatividad, la multiplicidad, la autonomía, la horizontalidad del cacerolazo? (Franco, de Rosario, correo electrónico 28 de febrero de 2002)”.

permite re-pensar que lo nuevo como mera forma analítica nada dice de sus contenidos específicos —ni acerca de sus expectativas, ni de sus proyecciones utópicas— y que, en cambio, habla en exceso de aquello que es visto como terminal. Por el contrario, el *cacerolazo* como *síntoma* irrumpe para referir un malestar sobre lo actualmente existente.¹¹ En este sentido, quiero subrayar que la consecuencia más significativa del *cacerolazo* fue que su apertura política cristalizara en torno de una consigna sin enunciadores ni destinatarios definidos: “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo” (en adelante QSVT).

2. La indefinición de la consigna y su no sutura hegemónica

Si en un sentido nos interesa ver los eventos, prácticas y decires posteriores a diciembre de 2001 como operaciones que desbordan la opción *democracia o dictadura* (Cerdeiras 2002),¹² en otro, nuestro punto de partida lo constituye el carácter de indefinidos que revisten las palabras que forman el QSVT. Así, destacaremos, en acuerdo con Briones, Fava y Rosan (2003), que “signos como *todos*, *alguien* o *nosotros* son —en términos de sus usos discursivos— menos símbolos que índices, esto es, operadores pragmáticos que presuponen y crean contexto de sentido”. Desde esta última perspectiva, analizar la politización de los indefinidos que efectúa el QSVT resulta en estrategia metodológica para abordar la diversidad de lugares de enunciación que confluyeron en esos acontecimientos masivos.

Pero, si consideramos que otra de las consecuencias de la movilización social pos-diciembre fue la conformación de asambleas en los lugares nodales de cada barrio, se abre otra perspectiva. Esa que sugiere que el *cacerolazo*, en tanto malestar con lo actualmente existente, se amplifica hasta abarcar las explicaciones sobre la naturaleza de ese malestar.

En primer lugar, la imposibilidad de definición de un *todos* contra el cual afirmar un hacer político que configure un antagonista o un contendiente (o un enemigo) políticos¹³ demostró ser también un

¹¹ Se considera aquí *síntoma* no a la irrupción de una estructura oculta, que por esta razón imponga la tarea analítica de develamiento de esa causa, sino a la emergencia de aspiraciones frustradas o exteriores al sistema, que no pueden ser calificadas por las categorías o concepciones existentes. Este enfoque posee rasgos comunes al realizado por varios autores que propusieron no realizar una lectura literal del QSVT, ni considerarlo un programa político (González, en Moreno 2002a; Lewkowicz & Asociados 2002). En particular, para Sarlo (2002) el QSVT no es una propuesta sino un síntoma y expresa por tanto un reclamo que debe ser interpretado.

¹² Ver capítulo siguiente.

¹³ Un asambleísta, que a su vez era militante de un movimiento sindical-social y que ante la dificultad de dotar de sentido a la coexistencia de ambas militancias abandonó su asamblea hacia fines de 2002, explica claramente esta imposibilidad y la incomodidad que le genera:

paraguas que protegió el proceso de construcción de una articulación política amplia no posible o no deseada.¹⁴ El QSVT no permitió una sutura hegemónica en el sentido de Laclau y en esta dirección su presencia y duración en el espacio público posibilitó sostener ámbitos desde donde desarrollar un pensar y un hacer políticos que pudiesen dar sentido a lo que en un primer momento fue denominado como “crisis de representación”. La consideración de las asambleas como ámbitos conformados en torno a la necesidad y la confluencia de estos desbordes de sentido constituye nuestra primera aproximación a la dinámica asamblearia o *esfera pública asamblearia*.

En segundo lugar, si no hubo sutura hegemónica no hubo —siguiendo el razonamiento de Laclau— efecto ideológico que apoyase la creencia en el “cierre y la transparencia de la comunidad (Laclau 2000: 21)”. Por tanto, la indefinición de la consigna indexicalizó algo más que la resistencia o ausencia de una articulación política amplia. También instaló, a través de la figura de una comunidad ausente, una pregunta sobre la naturaleza del *nosotros* colectivo.

Sin duda, si las prácticas y saberes políticos recorridos por los agrupamientos surgidos con posterioridad a diciembre de 2001 instalaron una pregunta sobre el *nosotros*, lo hacen porque, simultáneamente a ese proceso, la indefinición de la consigna aglutinante presentaba también la posibilidad de ser de la anomia social. Por esto, esta tesis abordará el modo de relacionarse de los ciudadanos con los miedos inherentes a la naturaleza de un orden democrático —esto es, desde el desafío abierto, hasta la percepción de un miedo omnipresente—, también como índices que señalan —al igual que las prácticas y la dinámica asamblearias— los límites y las posibilidades que, en términos de hacer sentido, poseen para la sociedad las explicaciones existentes sobre la calidad de nuestra democracia.

“Yo creo que el QSVT fundamentalmente es una consigna alucinante pero... por tan ambigua, por tener tantas lecturas, no sirve para nada. Parto de eso y digo: no es que a mí no me gustaría que se fueran todos, es que el QSVT mío no es igual al tuyo, no es igual al de él y no es igual al de nadie, por lo tanto no sirve para nada. Lamentablemente, porque a todos nos parece hermoso, pero no hemos podido... como pueblo, ni siquiera dentro de cada asamblea se ha podido, [precisar] desde dónde hasta dónde va ‘todos’. Ni de arriba para abajo, ni de izquierda a derecha. Entonces, lamentablemente es una consigna que yo, hasta llegué a combatir en algún momento por esto, porque decía que si no podíamos ponernos de acuerdo que significa QSVT, entonces no pidamos QSVT. Pongámonos de acuerdo en algo y pidamos eso. Digo: tengamos como consigna algo en lo que estemos de acuerdo todos (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, 24 de julio de 2003)”.

¹⁴ Al respecto nótese la situación existente en torno a la tradicional marcha del 24 de marzo. Si bien constituye la movilización de mayor confluencia de los movimientos sociales y agrupamientos políticos, esta manifestación mostró en los últimos años esta dificultad de articulación. Así, los últimos documentos conjuntos leídos en el acto central pueden caracterizarse como una sumatoria de consignas.

3. Movimientos sociales y ciudadanía en América Latina

Las teorizaciones que versan sobre espacio público y movimientos sociales en América Latina enfatizan el papel de estos últimos como *modernidades alternativas* que, incluso en contextos autoritarios, pueden jugar un importante papel en la redefinición del rol del estado, y constituirse en espacios importantes desde donde discutir —y ensayar— diferentes concepciones de democracia y ciudadanía (Alvarez, Dagnino y Escobar 1998). Como estos autores sugieren, existen importantes diferencias en la forma que adquiere esta esfera pública y, en modo general, los espacios políticos en América latina en relación al modelo liberal de *esfera pública*, característico del ejercicio democrático de los países de Europa occidental, cuyo surgimiento y transformación ha sido analizado en Habermas (1986).

En particular, para el caso latinoamericano, se subraya el aniquilamiento del espacio público efectuado por las dictaduras militares, en un proceso que —al definir espacios nítidamente segregados de exclusión del *otro*— obscureció y naturalizó al mismo tiempo la violación de derechos, incluyendo los económicos (Jelin 1998: 408). Por consiguiente, la salida de contextos autoritarios ha planteado la cuestión sobre cómo definir mecanismos de participación y de inclusión de vastos sectores de la población, en la medida que la democratización política no promueve automáticamente una sociedad civil fuerte, una cultura de la ciudadanía, ni un sentido de responsabilidad social (Jelin 1998: 409).

En este contexto, se considera que los movimientos sociales pueden contribuir al fortalecimiento democrático a través de la multiplicación de espacios públicos (Álvarez, Dagnino y Escobar 1998: 20). Frazer (1997) sostiene que en sociedades estratificadas (como han devenido las sociedades latinoamericanas), la existencia de múltiples espacios públicos, desde donde emergen *contrapúblicos subalternos*, asegura en mayor medida la participación de los grupos marginados que una única esfera pública en sentido habermasiano.

En Argentina, la introducción del concepto de sociedad civil como matriz de sentido desde donde calificar al sujeto de la movilización social corrió paralela a la transformación del espacio político durante la dictadura militar y la acción de lo que contemporáneamente se llamó “movimiento de los derechos humanos”. Este proceso se relaciona, a su vez, con transformaciones en el sujeto político y de derecho, caracterizado en el pasaje de *pueblo* a *ciudadanía* (Cheresky 2001, ver capítulo 1). En consecuencia, el concepto de ciudadano remite, históricamente, a una nueva etapa cuya preocupación principal fue establecer modos de protección de derechos civiles y políticos esenciales

para el ejercicio democrático. En un marco más general, la categoría de ciudadano expresa una concepción de democracia plural, de tolerancia política, herencia de los valores de la Ilustración.

Sin embargo, si comparamos la categoría ciudadano con otras que históricamente expresaron en nuestro país diversas identidades políticas, como “compañero”, “correligionario” o el más internacional “camarada”, se observa que la neutralidad del primero se diferencia en otro plano. Es que estas últimas denominaciones expresaban, a un mismo tiempo, una identidad política y un modo de relación entre los sujetos individuales que era esperable a partir de aquellas.¹⁵ Veamos, entonces, qué expresa la categoría *ciudadano*.

4. La categoría *ciudadano* y sus modos de relación

En un trabajo sobre la confrontación entre la concepción *procedimental* y la concepción *sustantiva* de democracia, Quiroga afirma, desafiando una crítica que es común, que la democracia procedimental no es totalmente neutra en términos de valores:

“Hay, pues, valores implicados en el procedimiento: la igualdad política (derecho de voto, de participación, de propaganda), derechos civiles clásicos (de reunión, asociación, expresión) sin los cuales no se podría desarrollar una competencia pacífica por el poder, limpia y pluralista, además de la necesaria tolerancia política entre mayoría y minoría. Estos valores, los de la Ilustración, son absolutamente compatibles por los ciudadanos, de modo que se los puede considerar condiciones previas de la democracia. El problema se manifiesta cuando se quiere agregar a esa definición mínima una noción del bien común (Quiroga 2001: 236)”.

Más allá de esta última referencia sobre la necesidad o no de una definición sustantiva del bien común —tópico que hace a la discusión que enfrenta al liberalismo con el republicanismo y el comunitarismo (Gargarella 1999)— se destacan la *igualdad* y *libertad* como valores inherentes a la condición de ciudadanos. Sin embargo, es posible extraer otra consecuencia de este párrafo, el de que igualdad y libertad nada expresan acerca del modo e intensidad de la relación entre sujetos poseedores de esos valores.¹⁶

¹⁵ Incluso, el proceso analizado en Filc (1997) de nuevas configuraciones entre lo público y lo privado por parte de la dictadura militar y luego por parte de los organismos de derechos humanos en su resistencia a aquella puede verse a la luz de cómo los organismos de derechos humanos en Argentina dotaron a las relaciones interpersonales que establecían en el espacio público de un lenguaje de lo íntimo —basado en la filiación y los lazos familiares intergeneracionales— y un paradigma, el de la sociedad civil.

¹⁶ Capella (1993), incorporando la dimensión económica al análisis precedente, presenta a los valores de *igualdad* y *libertad* como necesidades de representación del capitalismo, donde sin esta representación compartida no puede darse el intercambio. Necesidad de *iguales* para poder intercambiar y necesidad de propietarios *libres* para poder decidir la compra y venta de la propiedad:

Apuntando precisamente a esta dimensión intersubjetiva, Habermas (1998) destaca el rol de la conciencia nacional como “fenómeno específicamente moderno de integración cultural”. Éste, a su vez, se generaliza a través de un proceso histórico que se constituyó en torno a la adopción del estado territorial como forma política estable, conforme al modelo democratizador francés:

“Con la Revolución Francesa, el significado de ‘nación’ se transformó, por tanto, de una magnitud prepolítica en un rasgo que era elemento constitutivo de la identidad política de los ciudadanos de una comunidad democrática (...) La nación de ciudadanos encuentra su identidad no en rasgos comunes de tipo étnico-cultural, sino en la praxis de ciudadanos que ejercen activamente sus derechos democráticos de participación y comunicación (Habermas 1998: 622)”.

Para Habermas, esta conexión psico-social entre nacionalismo y republicanism no es una conexión conceptual sino histórica:

“La independencia nacional y la autoafirmación colectiva frente a las naciones extrañas pueden entenderse como una forma colectivista de libertad. Esta libertad nacional no coincide con la libertad genuinamente política de los ciudadanos en el interior. De ahí que más tarde la comprensión moderna de esta libertad republicana pueda de nuevo desligarse del seno de la conciencia de libertad nacional de la que surgió. El Estado nacional había fundado, pero sólo transitoriamente, una estrecha conexión entre *ethnos* y *demos*. Pero conceptualmente la ciudadanía fue desde siempre independiente de la identidad nacional (Habermas 1998: 623)”.

En el pasaje histórico que se efectúa desde el liberalismo al republicanism, Colom (1998) considera precisamente la cuestión sobre el nuevo lazo social el problema central a las sociedades surgidas tras las revoluciones democráticas del siglo XVIII:

“La creación de cohesión social, una función asignada por el primer liberalismo al monopolio estatal de la violencia, precisaba una identidad unificadora que permitiese la persecución de objetivos colectivos entre individuos formalmente iguales. Expresado con términos que nos son familiares, la libertad y la igualdad necesitaban ahora de la fraternidad. La *nación* sería concebida desde este momento como la principal fuente de solidaridad y de lealtad políticas, dotándose para ello de los instrumentos burocráticos, militares, culturales y simbólicos necesarios: instrucción y administración públicas, fiestas nacionales, ejército popular, etc. El lenguaje de los derechos individuales se vio complementado políticamente por el lenguaje republicano de la ciudadanía y de la virtud cívica en la búsqueda de un sentimiento de identidad común. La ciudadanía representaba,

“En el sistema capitalista las personas han de *representarse* las unas a las otras como iguales en un especial sentido y como desiguales en los demás por lo siguiente: *las mercancías no pueden ir solas al mercado*. Han de intercambiarse, pero no pueden decidir solas el intercambio. Los heterogéneos bienes con forma de mercancía necesitan un sujeto parlante que *las represente*. De ahí la *necesidad* de un ámbito *discursivo* especial. *Ese ámbito es el de la imagería jurídica*: todo bien ha de tener un *titular* para poder intercambiarse, un propietario; y viceversa, toda persona *ha de representarse* como propietario de algo para existir en la sociedad mercantil.

Por esta razón el discurso jurídico (y el político tocante a este punto) burgués presentarán a todos los hombres como propietarios. Hasta los que nada tienen son propietarios de algo: *de sus manos*, de su capacidad para trabajar —que pueden enajenar en el mercado—. En cierto sentido, pues, y en la medida en que los sujetos estén dentro del ámbito de las relaciones mercantiles, *se imaginarán necesariamente los unos a los otros como iguales en un aspecto particular sin dejar de percibir la desigualdad real en otros aspectos* (en otros ámbitos) ‘*no relevantes*’ para el funcionamiento del ‘lado económico’ del sistema. He aquí *la igualdad necesaria para intercambiar* (...) Correlato estricto de la *igualdad* capitalista es una *libertad* análoga: todos los propietarios son además *vistos* como *libres* para tomar decisiones de comprar y vender, de transmitir la propiedad (o hacer circular la mercancía) (Capella 1993: 73-74, en cursivas en el original)”.

en definitiva, una abstracción universalizadora que equiparaba públicamente a los individuos prescindiendo de su igualdad en la esfera privada. (Colom 1998: 84, en cursivas en el original)”.

En este sentido, el republicanismo inscripto en las naciones de ciudadanos (no menos que en el ser colectivo o *voluntad general* de Rosseau) respondieron a la cuestión medular de los modos de relación entre individuos libres e iguales a través de mecanismos de integración culturales que eran, a la vez, horizontales y verticales. El sentido republicano del ser ciudadano “como una forma de participación activa en la cosa pública (Colom 1998: 205)” nació, históricamente (a excepción quizás de los primeros años de la revolución francesa donde lo colectivo no estuvo definido en principio en términos nacionales), de la praxis común de individuos que suponían la voluntad de una entidad nacional situada por encima de ellos y por tanto trascendente.¹⁷

Expresado de otro modo, si incorporamos la interpretación (y el ideal) republicanos al análisis precedente del problema de los modos de relación entre individuos *libres e iguales* propios de la modernidad, estamos en presencia de la dificultad (histórica) de la *fraternidad* de constituirse en sentimiento compartido en ausencia de un centro elevado. Esta misma dificultad es la que refiere Augé (1996) potenciada en los individuos actuales que, debido a la destitución de significantes compartidos y ordenadores, se encuentran frente a la tarea de construir por sí mismos los modos de relación con los demás.¹⁸

Las observaciones precedentes efectuadas para la sociedad civil en general pueden extenderse a otras categorizaciones similares: a las expresiones políticas como sumatoria de electores o a la

¹⁷ Anderson (2000) alude en su concepto de *comunidades imaginadas* nacionales a dos condiciones de sentido para estos imaginarios: por un lado la condición de imaginarse limitada y soberana y, por otro, la posibilidad de imaginarse como comunidad. En este último sentido, comunidad deja traslucir de manera principal un sentimiento profundo de compañerismo entre connacionales. Por esta razón, este sentido horizontal de la nacionalidad no fue posible hasta que determinados procesos —la declinación de las comunidades religiosas y de las lenguas sagradas, el surgimiento de nuevas formas de imaginación posibilitadas por la difusión del capitalismo impreso principalmente bajo la forma de la novela y el periódico— hiciesen posible un nuevo *modo de aprehensión del mundo* en el cual los individuos puedan verse simultáneamente como habitantes de un mismo territorio. Así, la importancia de los relatos nacionales como modos de integración horizontales se observa en sus explicaciones tanto de las relaciones positivas como de los conflictos (presentes o *anteriores* a la nación como relaciones fraternas o en su defecto, como fratricidios). Pero precisamente tal noción de la nación como república fraterna constituye el efecto ideológico principal del nacionalismo: relaciones de fraternidad implican relaciones de familia, e implican de este modo relaciones “naturales” que poseen un origen en común. Constituyen, pues, relaciones horizontales que contienen implícitamente relaciones verticales. Como afirma Arendt

“Las teorías orgánicas del nacionalismo, en especial en su versión centroeuropea, se basan en la identificación de la nación y las relaciones entre sus miembros con la familia y las relaciones familiares (Arendt 2003: 281)”.

¹⁸ La ausencia de reglas de interpretaciones intersubjetivas como el hundimiento de aquellas cosmologías intermediarias que mediaban una visión del mundo (las representaciones de los cuerpos intermediarios de los partidos políticos, sindicatos y las religiones) conducen a los individuos a la responsabilidad de concebir por sí mismos los *modos de relación* con los demás. La desaparición de estos nexos simbólicos capaces de

sociedad civil como un conjunto de ciudadanos movilizados. Por ahora, nos interesa destacar dos consecuencias del enfoque propuesto. Primero, que la pregunta que hemos señalado sobre la naturaleza del *nosotros* colectivo desborda el paradigma de la sociedad civil basado en el sujeto político ciudadano. Por un lado, porque el carácter colectivo del *nosotros* desborda la naturaleza individual del ciudadano. Por el otro, porque en tanto pregunta que se realice en ausencia del Estado,¹⁹ esto es, *desde la sociedad civil hacia la sociedad civil*, ésta se va a encontrar en la posición del individuo de Augé de *definir por sí mismos los modos de relación entre ciudadanos*. Justamente este aspecto, según se vea como un obstáculo o una posibilidad, va a delinear el perfil de las prácticas asamblearias. Y en efecto, una apreciación en el mismo sentido de lo que estamos diciendo constituyó el punto de partida de muchas de ellas. Segundo, la irrupción y el *estar ahí* en el espacio público, que quebró en ese sentido la hegemonía del modelo de ciudadanía neo-liberal — que enfatizaba la reclusión en lo privado como un lugar de partida, o de olvido, de la defensa de los derechos—, ensaya nuevos modos de *estar juntos* en el espacio público urbano, desafiando concepciones que lo han entendido como “mundo de extraños (Sennett 2002)”. En su amplitud, las apreciaciones precedentes constituyen el marco de una primera aproximación teórica a las praxis asamblearia en general.

Recurriendo a los modelos republicanos y liberales de ciudadanía, se puede decir que los participantes del cacerolazo y asambleístas se comportan como ciudadanos republicanos al sostener que la identidad ciudadana deriva de su praxis común y activa en la cosa pública, pero aceptando el supuesto liberal de separación nítida entre sociedad civil y Estado. Es que en la concepción liberal, en un sentido lógico, la sociedad civil es una instancia pre-política, donde se afirma la primacía del individuo expresada en el “...lenguaje político liberal mediante el reconocimiento y la garantía pública de sus derechos y necesidades en cuanto sujeto privado (Colom 1998: 206)”.

Como expresa Sautu (2001), el individuo de clase media entiende su libertad en términos yoicos, pero condiciona la igualdad entre los individuos al acceso universal a bienes fundamentales tales como educación y empleo, que en esta visión deber ser garantizados por el Estado. Consideramos

construir identidades relativas tiene como consecuencia la “imposibilidad de concebir al otro, aquel que no es semejante a mí, ni diferente de mí y que está relacionado conmigo (Augé 1996: 88)”.

¹⁹ La performance del cacerolazo como *género* de protesta (Briones, Fava y Rosan 2002) no suponía receptores estatales del reclamo. Por su parte, las acciones de la asambleas en el espacio público traslucen la idea de una sociedad civil que rechaza otras mediaciones que el *estar juntos*. En ambas, si el Estado forma parte de los destinatarios lo es porque integra lo general de la sociedad o, en todo caso, como destinatario implícito, cuestión esta última que escapa de nuestra interpretación. Y en efecto, la marcha de los caceroleros a Plaza de Mayo fue interpretada por Casullo como la actitud de una persona despechada:

“Es como cuando estás despechado y decís ‘andate’ porque en realidad te necesito mucho. Porque si vos vas a la Plaza de Mayo y a la del Congreso es porque les estás reclamando a los poderes más concentrados.

que la coexistencia de imaginarios muy fuertes de bienes sociales que deben ser garantizados por el Estado y, al mismo tiempo, una conceptualización rígida que separa sociedad civil de Estado requeriría un estudio histórico de las ideas de Estado post-transición que excede los objetivos de esta tesis. Sin embargo, podemos sugerir dos orientaciones. Primero, en las conformaciones posteriores de los espacios políticos post transición, la salida del terrorismo de estado implicó la polarización positiva/negativa del par sociedad civil/Estado. Esta polarización reforzó el “efecto ideológico” subrayado por Mitchell (1999), esto es, la existencia de Estado y sociedad civil como entidades nítidamente separadas. Segundo, en la última década, cabría prestar atención a cómo el proceso vivido de “retirada” del Estado de funciones vitales de la sociedad y de la economía no significó el abandono sino el refuerzo del efecto ideológico de construcción del Estado como *agente* en concepto independiente de la voluntad de los ciudadanos y percibido por éstos como tal.

5. Los individuos (modernos) y sus modos de relación. Un supuesto de, y una pregunta sobre, lo social

Para De Ipola, si en la actualidad asistimos a un retorno de la cuestión del debilitamiento de los lazos sociales, es porque

“estamos en presencia de una suerte de agotamiento de los mecanismos que aseguran el vínculo social, agotamiento que también en este caso amenaza con revertir contornos caóticos. Los síntomas de esta crisis son hoy fácilmente reconocibles: el refugio en lo privado, la anomia, la exclusión y, sobre todo, la declinación de los sujetos sociales y políticos surgidos en el contexto de la modernidad (De Ipola 1997: 47)”.

En efecto, para Marx, la constitución del individuo moderno o *trabajador libre* es el producto histórico de un proceso de disolución. De disolución de relaciones —con la comunidad, con la tierra como una condición natural de la producción, con los medios de producción o de consumo— que en modos de producción no capitalistas constituyen supuestos (lo dado) de su específica individualidad histórica (asiática, antigua, germánica, etc). En cambio, con la modernidad encontramos al individuo resultante de este proceso histórico como “trabajador libre, como capacidad de trabajo puramente subjetiva, desprovista de objetividad, enfrentado a las condiciones objetivas de la producción como a su *no propiedad*, como a *propiedad ajena*, como *valor* que es para sí mismo (Marx 1989: 97, en cursiva en el original)”. En síntesis, un proceso histórico de disolución de “las diversas formas en las cuales el trabajo es propietario o el propietario trabaja (Marx 1989: 96)”.

Entonces el grito ‘que se vayan todos’ es casi exactamente su revés. ‘Que se vayan porque lo que no puedo soportar es que yo era la que más creía en esta Constitución’ (Casullo, en Moreno 2002c)”.

En un sentido lógico, solo hay *trabajadores libres* (individuos) a través de la operación capitalista que explota al individuo como fuerza de trabajo libre. En los modos de producción que lo precedieron, la existencia de las condiciones objetivas del trabajo hacen que éste se comporte “consigo mismo como propietario, como señor de las condiciones de su realidad (Marx, 1998: 67)”. Pero por esto mismo, el individuo moderno es aquel que, objetivamente, no puede asegurar su propia subsistencia, sino es a través de un contrato privado de venta de fuerza de trabajo.

La sociología, en particular en la vertiente de Durkheim, nacerá así con la pretensión teórica de dar respuesta a esta crisis de los lazos sociales en el contexto de la modernidad —frente a diversas perspectivas existentes en el siglo XIX que propiciaban un retorno de los vínculos sociales tradicionales— y con la pretensión “práctica” de efectuar una nueva recomposición de lo social, a través de los vínculos surgidos en las asociaciones profesionales modernas (De Ipola 1997; Durkheim 1993 [1893]).

Para Durkheim, junto a los procesos de individuación y diferenciación social propios de la división del trabajo, coexiste el fenómeno paralelo de la cooperación social, un nuevo lazo social o *solidaridad orgánica*. En todo caso, Durkheim discutirá con la economía política y la teoría contractualista, en particular en la obra de Spencer, que la cooperación fruto de la división del trabajo no es consecuencia de ésta sino de la sociedad: “la división del trabajo no es el hecho fundamental de toda la vida social (...) lejos de preceder a la vida colectiva [las diferencias] se derivan de ella (Durkheim 1993, Tomo II: 60)”.

De acuerdo con su pretensión de la doble autonomía del hecho social y de la sociología, la solidaridad correspondiente a la división moderna del trabajo proviene, en última instancia, de la naturaleza de la vida colectiva. La cooperación social es así, en Durkheim, ley de lo que es (la sociedad) y no sólo de lo que cambia (el progreso). En definitiva, preexistencia de la vida colectiva frente a la división del trabajo y, por tanto, preexistencia de lo social frente a la cooperación, la diferenciación social e incluso, y fundamentalmente, frente a los individuos.²⁰

De todas maneras, en términos históricos, el surgimiento del Estado social hacia fines del siglo XIX y su consolidación durante el siglo XX motivarán una resolución de la cuestión social de los lazos sociales entre individuos libres e iguales que concurren al mercado de trabajo en el sentido de las

²⁰ Entonces, *solidaridad orgánica* resulta para Durkheim aquella que corresponde a las sociedades reguladas por la división del trabajo, donde se constata la existencia de “reglas que aseguran el concurso pacífico y regular de las funciones divididas (Durkheim 1993, Tomo II: 213)”, que se diferencia así de la *solidaridad mecánica* o solidaridad de los semejantes.

recomendaciones postuladas por Durkheim,²¹ esto es, a través de la promoción y juridización de aquellas asociaciones profesionales modernas que pudiesen efectivamente ocupar un lugar intermedio entre el contrato privado entre particulares —ya sea de compra-venta de fuerza de trabajo como de cualquier otra mercancía— y la pertenencia general al mayor círculo posible (Estado). Frente al paradigma anterior o modelo del “derecho privado clásico”, la profunda imbricación entre la propuesta sociológica de Durkheim y la nueva respuesta política desplegada en el ámbito del, y por, el Estado social puede verse a la luz del (nuevo) derecho social en tanto (nueva) “matriz político-ideológica de regulación jurídica (Abramovich y Courtis 2002: 47-64).”

Así:

“Lo que caracteriza al derecho social es mucho más que la legislación de objetos o situaciones excluidas durante mucho tiempo del derecho. Es más bien un proceso de transformación, capaz de atravesar la totalidad del conjunto de disciplinas legales, desde el derecho civil hasta el derecho internacional, pasando por el derecho administrativo; *se trata de un proceso de socialización. Este proceso de transformación da origen a la racionalidad política y gubernamental vinculada con la concepción sociológica de la sociedad que caracteriza al Estado de Bienestar.* Lo que convierte al viejo sistema legal en uno nuevo es la manera de pensar sobre las relaciones del todo y sus partes, sobre las relaciones mutuas de los individuos, sobre el conjunto que se establece a partir de allí; en síntesis, la manera en que se concibe el contrato social. Mientras el contrato clásico era analizado como una relación inmediata entre individuos autónomos y soberanos, de la cual surgía un Estado con poderes limitados a garantizar los contratos celebrados sin su concurrencia, en el concepto de contrato del derecho social el todo tiene una existencia propia independiente de las partes —ya no se trata ‘Estado’, sino de la ‘Sociedad’— y las partes nunca asumen obligaciones directamente, sin pasar por la mediación del todo. El término ‘socialización’ designa esta forma de concebir las obligaciones, en las que el nexo entre uno y otro individuo siempre es mediado por la sociedad que forman, la que juega un papel regulatorio, mediador y redistributivo (Ewald 1997: 102; las cursivas son nuestras).”²²

Por tanto, podemos sugerir que las consecuencias sociales derivadas de las transformaciones en la *sociedad del trabajo* (Offe 1984) o de la *degradación de la condición salarial* (Castel 1999) —

²¹ Aquí es importante señalar cómo Durkheim, a pesar de su demostración de la existencia de una solidaridad social u orgánica en las sociedades complejas determinadas por la división del trabajo, encuentra sin embargo, que tal estado es insuficiente frente al “desenvolvimiento, desconocido hasta el presente, que han tomado, desde hace dos siglos, las funciones económicas”. En efecto, para el momento en que Durkheim escribe *La división del trabajo social* —Ewald (1997) sitúa, para el contexto francés, en 1898 el inicio del derecho laboral y, del derecho social en general, a través de la sanción de la ley sobre “responsabilidad por accidentes de los trabajadores en el curso de su trabajo”— (todavía) resulta una sociedad caracterizada por la “falta de regulación (anomia) jurídica y moral en que se encuentra actualmente la vida económica”. Dada la importancia de las funciones económicas que Durkheim alertaba surge que gran parte de la “esfera de la vida colectiva está, en gran parte, sustraída a la acción moderadora de la regla (Prefacio de la segunda edición, Durkheim 1993 [1893]: pp.: 11-48)”.

²² Similar concepción se encuentra en Castel, para quien el efecto social hegemónico de esta integración realizada “desde arriba” por el Estado social —que en otros aspectos provoca la imbricación de las esferas pública y privada (Habermas 1986; Arendt 2003)—, constituye un

“paso de un contrato puro, que es la relación directa de subordinación del empleado al empleador, a un estatuto de *salario colectivo*, garantizado por el derecho. Desde fines del siglo XIX asistimos a una reducción del carácter individualizado de la relación de trabajo que, desde ese momento, se inscribe en un sistema de regulaciones colectivas, combinado con garantías colectivas para el asalariado (Castel 1999: 27)”.

consecuencias vinculadas a la crisis del Estado de bienestar de posguerra que tantos estudios han subrayado, en nuestro país como en los países centrales—, plantean la centralidad de la recomposición de los lazos sociales. Aún más, podemos sugerir que esta crisis reviste en nuestro país contornos más dramáticos.

En tanto descomposición dramática, su alcance no queda circunscripto a la relaciones entre individuos, sino también con respecto a la “destrucción de la identidad social de quienes fueran reconocidos y se reconocieran a sí mismos, hasta ayer, por y desde su condición de trabajadores (Ruiz 1997: 333)”.²³ En todo caso, frente a aquellos trabajos que, a mediados de la década de los noventa, hicieron hincapié en la desestructuración de las identidades individuales —tanto en individuos pertenecientes a los sectores populares, como con respecto a individuos de clase media (Ruiz 1997; Kessler 2000; Lvovich 2000; entre muchos otros)—, esta tesis apunta a vincular este proceso de individuación resultante de la degradación de la condición salarial con la cuestión medular de los modos de relación entre estos mismos individuos, en tanto aproximación teórica a la naturaleza social y, sociológica, del malestar expresado en y a través de la emergencia de los sucesos de diciembre de 2001.

El concepto de individuo como un producto histórico de disolución de relaciones sociales —que se le aparecen como supuesto, como lo ya dado—, no plantea solamente la cuestión social de su (re)composición, sino también la de la propia consistencia interna de los sujetos políticos que, desde el inicio de la modernidad, constituirán la contracara (política) de aquellas disoluciones concomitantes a la acumulación capitalista.

Para Martín-Barbero, la idea iluminista de *pueblo* sufrirá en el siglo XIX “una disolución completa: por la izquierda en el concepto de *clase social* y por la derecha en el de *masa* (Martín-Barbero 1993: 21, en cursiva en el original)”. En este sentido, la integración funcional que realizará el Estado social es política, al tener en cuenta la adjetivación marxista de lo social como sociedad de explotación o sociedad de clases:

“intervencionismo que viene a ser una traducción política de los conflictos de intereses que no pueden ya seguir desarrollándose en el marco de la esfera privada (Habermas 1986: 173)”

No obstante este proceso, en la actualidad podemos decir junto a Badiou que en todas estas caracterizaciones de lo político

²³ Como explica Ruiz

“Para los modernos, es la jornada de trabajo y no los ciclos de la naturaleza, la que impone cómo vivir, cómo gozar y, a veces, cuándo y de qué modo hemos de morir o asistiremos a la muerte de los más amados (Ruiz 1997: 334)”.

“había una buena dosis de ilusión acerca del lazo social, puesto que se suponía que la política encontraba su garantía en la consistencia de ese lazo, sea que se lo denomine proletariado, o, a la inversa, unión de todos los franceses. El pensamiento de lo político concebido como fundamento de la experiencia proponía una genealogía de la representación (revolucionaria o nacional) a partir de los conjuntos sociales.

Lo que revela la crisis de lo político es que todos los conjuntos son inconsistentes, que no hay franceses ni proletariado, y que, por ese mismo hecho, el rostro de la representación y también su reverso, el rostro de su espontaneidad, son ellos mismos inconsistentes: falta el tiempo simple de la presentación. Lo que se disipa es la tesis de una esencia de las relaciones internas de la ciudad, esencia representable en el ejercicio de la soberanía (así sea la dictadura de los esclavos) y la relación (así sea la de la guerra civil en la estructura de clases) (Badiou 1990: 10)”.

En este marco, la segunda disolución de un mundo “nuevamente” desigual —luego del interregno iluminista—, esto es, la disolución en la *masa*, caracteriza a nuestro entender el fenómeno ambivalente —celebrado y temido, liberador y angustiante— de la vida social urbana, en un sentido muy similar a la experiencia de “ser moderno” de Berman (1993: 118). Nos referimos a experiencias contradictorias de diferenciación social y anonimato, de distinción personal y homogeneización operada por la producción y consumo en masa, presentes en y caracterizantes de la ciudad moderna. Aquí, lo que adquiere relevancia es no sólo el proceso de individualización sino también el de la diferenciación personal. Así, la cuestión inter-individual adquiere una dimensión psicológica. Por ello, será precisamente uno de los primeros teóricos de la *sociabilidad* y la vida en las metrópolis como Simmel quien vinculará ciertos individualismos extremos con la dimensión urbana, en tanto diferenciaciones personales que constituyen una mera forma o intento de “salvar para sí alguna autoestimación y la conciencia de ocupar un sitio (Simmel 2002d: 400)”.

Enfatizamos por ende una dimensión urbana de los actores que tradicionalmente se ha opacado en los estudios sobre los procesos sociales. Enfatizamos también una dimensión de lo público en la ciudad —bajo la forma de un encuentro entre extraños o desconocidos entre sí— que, al plantearse, en vez de disolver la pertenencia de clase de los “vecinos” obliga a indagar en contextos situados sobre los específicos modos de ordenamiento entre individuos. Modos en los cuales la pertenencia social expresada espacialmente ha constituido uno de los criterios ordenadores fundamentales, tanto en la París paradigmática del siglo XIX (Caldeira 1995) o en la Buenos Aires ciudad de masas —ambas modernas e incluyentes— como en la Buenos Aires de los barrios cerrados, global y excluyente.

6. La cuestión de lo público: Esferas y Espacios

En la perspectiva de Habermas, el concepto de *esfera pública* o *publicidad* (Habermas 1991; 1986)²⁴ describe un espacio distinto del Estado y los intereses particulares de los ciudadanos. Este aspecto distintivo de la perspectiva habermasiana para la esfera pública es conservado por Fraser (1997), para quien tal planteamiento resulta útil para caracterizar la existencia de un espacio público que se distinga también del mercado:

“La idea de la ‘esfera pública’, en el sentido de Habermas, es un recurso conceptual que puede ayudarnos a superar estos problemas [la indistinción entre Estado, economía oficial de empleo remunerado y espacios del discurso público]. Designa el foro de las sociedades modernas donde se lleva a cabo la participación política a través del habla. Es el espacio en el que los ciudadanos deliberan sobre sus problemas comunes, por lo tanto, un espacio institucionalizado de interacción discursiva. Este espacio es conceptualmente distinto del Estado; es un lugar para la producción y circulación de discursos que, en principio, pueden ser críticos frente al estado. La esfera pública en el sentido habermasiano es también conceptualmente distinta de la economía oficial; no es un espacio para las relaciones de mercado sino más bien para las relaciones discursivas, es un foro para debatir y deliberar más que para comprar y vender. Por lo tanto, este concepto de la esfera pública nos permite mantener presentes las distinciones entre los aparatos del Estado, los mercados económicos y las asociaciones democráticas, distinciones esenciales para una teoría democrática (Fraser 1997: 97)”.

En sentido más general, lo público ha sido analizado en referencia a un dominio diferente y opuesto al ámbito privado. En este sentido, Winocur (2002) enumera cuatro orientaciones que han caracterizado lo público en función de esta oposición. En primer lugar, lo público se ha identificado con lo colectivo (político) en oposición a lo individual. En segundo lugar, el espacio público se caracterizó por ser lugar de lo visible y opuesto a la vida hogareña, que se sustrae así de la mirada de los extraños. En tercer lugar, como subraya la crítica feminista, lo público fue identificado con el mundo masculino, oponiéndose a un dominio doméstico identificado con la mujer. Por último, lo público fue considerado de naturaleza social o acceso público, frente al espacio de sociabilidad familiar, lugar de los lazos de intimidad.

Este último sentido de lo público fue abordado por Sennett para el ámbito urbano, en tanto escenario específico de la vida social pública:

“los signos altisonantes acerca de una vida personal desequilibrada y de una pública vacía han estado en formación durante largo tiempo. Son los resultados de un cambio que comenzó con la decadencia del *ancien régime* y con la formación de una cultura capitalista, nueva, secular y urbana (Sennett 2002: 46)”.

²⁴ Esto refiere a diferencias entre las traducciones españolas e inglesas de la voz alemana *Öffentlichkeit*. Si bien la traducción española tiende a priorizar su traducción como *publicidad* y en menor medida como vida pública, esfera pública u opinión pública, en adelante adoptaremos principalmente —dado su mayor uso— la forma de *esfera pública*, teniendo en cuenta, sin embargo, que alude más a una propiedad de las sociedades que a un ámbito espacial determinado de éstas.

Por su parte, Martín Barbero (1994) enuncia tres modos de experimentación por parte de los ciudadanos de las transformaciones que estarían configurando una nueva *trama cultural urbana: des-espacialización, des-centramiento y des-urbanización*. Dichas transformaciones obedecen a que la planificación urbana actual está bajo la hegemonía de un paradigma informacional o de flujo que ordena tanto vehículos como personas o informaciones.

En el último siglo, Sennett asocia, como Martín Barbero, la racionalidad urbana propia de las grandes urbes del siglo XX al imperativo planificador de asegurar la libre circulación de mercancías, principalmente de automóviles. Pero, si en Sennett el declive de lo público refiere a la pérdida paulatina en el espacio urbano de reglas objetivas de interacción independientes del sujeto, la pérdida de lo público en Martín Barbero se relaciona con la fragmentación de las experiencias de habitar la ciudad, desagregación social a la que los nuevos medios masivos no dejan de contribuir y acentuar.²⁵ Así, el mapa de la ciudad actual se caracteriza para este autor por

“... una trama cultural urbana heterogénea, esto es, compuesta por una enorme diversidad de formas y prácticas, de estilos de vivir, de estructuras del sentir, de modos de narrar, pero muy fuertes y densamente comunicada. Una trama cultural que desafía nuestras nociones de cultura y de ciudad, los marcos de referencia y comprensión forjados sobre la base de identidades nítidas, de arraigos fuertes y deslindes claros. Pues nuestras ciudades son hoy el opaco y ambiguo escenario de algo no representable, ni desde la diferencia excluyente y excluida de los autóctono ni desde la inclusión uniformante y disolvente de lo moderno.

Ahí adquieren su peso y su relieve las actuales imbricaciones entre cultura y comunicación, su remitir no sólo a los efectos de los medios y sus innovaciones tecnológicas sino a las nuevas formas de sociabilidad con las que la gente enfrenta la heterogeneidad simbólica y la inabarcabilidad de la ciudad y cuya expresión más cierta está en los cambios que atraviesan los modos de experimentar la pertenencia al territorio y las formas de vivir la identidad (Martín-Barbero 1994: 36)”.

Por tanto, proveyendo nuevas totalidades imaginarias frente a la fragmentación de las identidades urbanas, la acción de los medios significó también nuevas mediaciones entre lo público y lo privado:

“La relación entre radio y ciudadanía puede explicarse históricamente a partir de las transformaciones que las industrias mediáticas introdujeron en la esfera de lo público y lo privado. Desde sus comienzos, la presencia de la radio en el hogar estableció un circuito inédito de intercambio de experiencias entre el interior de la vivienda y los lugares públicos (Winocur 2002: 197)”.

²⁵ Martín-Barbero describe aquí la diferencia entre la radio, que en América Latina sí medió la experiencia popular de la ciudad y la televisión, donde “la privatización de la experiencia televisiva consagra la desagregación social” de la de por sí diseminada o fragmentada ciudad. Frente a esta, la radio

“hará el enlace de la matriz expresivo-simbólica del mundo popular con la racionalidad informativo-instrumental de la modernidad urbana. La radio ha convocado y mediado dispositivos de enlace de lo territorial con lo discursivo que hacen posible espacios de identificación étnica y regional que no son mera expresión de nostalgia de lo local y campesino sino producción de nuevas formas de sociabilidad (Martín-Barbero 1994: 44)”.

En especial, la radio constituye un medio privilegiado para observar los intercambios entre las esferas públicas y privadas, que contemplen tanto la asimetría establecida por el poder de las mega industrias culturales como el carácter creativo y complejo de los receptores (Martín-Barbero 1993):

“Si la ciudad ha pasado a ser un lugar estratégico para la redefinición de la identidad a partir de reconstruir la forma en que sus habitantes impulsan procesos que expanden las reglas y las prácticas de la ciudadanía, las esferas públicas mediáticas constituyen espacios privilegiados para estudiar cómo las reivindicaciones de diferentes grupos y sus pugnas por el poder adquieren visibilidad y se legitiman como conflictos (Winocur 2002: 200)”.

De esta manera, la *esfera pública radial* constituye un ámbito sugerente donde alcanzar a aquellos ciudadanos “dispersos” en la fragmentación urbana y por tanto, un lugar de observación de sus opiniones sobre la cuestión pública y política.

Por último, si en Sennett y en Martín-Barbero la disolución de lo público operada progresivamente en las ciudades durante el siglo XX se debió a la planificación urbana tendiente a la circulación por sobre la permanencia de mercancías y personas, en Caldeira (1996) otro de los agentes de disolución del espacio público (moderno) estará constituido por el surgimiento y consolidación de barrios cerrados para destinatarios de clase media y media-alta, construidos en base a una ideología de “seguridad” y “aislamiento”. Esta ideología promoverá a los barrios cerrados como un aislamiento en la “naturaleza” y al suburbio como la contracara positiva de lo urbano, que en esta concepción es visto como degradado, peligroso y contaminado.

Así, para Caldeira, la París del siglo XIX representa un ideal moderno de apropiación del espacio urbano, pues deriva su vitalidad social de la promesa de un encuentro entre extraños — fundamentalmente de distinta extracción social— protegidos por el anonimato de la multitud. En este sentido, describe como paradoja que los urbanistas modernos, con su énfasis en la planificación por funciones de la vida social, política y económica —cuyo paradigma en este caso resulta Brasilia— culminen diseñando un espacio urbano cuya diferenciación espacial inhibe ese ideal moderno.

En todo caso, desde esta mirada Buenos Aires resulta aún moderna con respecto a desarrollos recientes de megalópolis (García Canclini 1997) como San Pablo o México DF, no sólo si consideramos el mayor desarrollo de enclaves y condominios cerrados en estas ciudades en proporción a los sectores medios, sino también por las propias apreciaciones e intervenciones que realizarán nuestros asambleístas —precisamente en la dirección ideal subrayada por Caldeira.

En este punto, sin embargo, nos interesaría simplemente relativizar la tesis de Caldeira sobre las paradojas actuales de un ideal moderno de apropiación del espacio urbano, sea para incorporarlo en

una variedad histórica de formaciones sociales o para avanzar en una consideración del espacio público —en tanto reunión espontánea de extraños— como objeto complejo de análisis. Como expresa Sennett, si en las grandes ciudades del siglo XVIII (París y Londres) el encuentro entre extraños —inevitable dada la expansión de la economía mercantil— resulta regulado más por la existencia de reglas objetivas de acuerdo a la vestimenta o por modales de salutación y presentación que expresasen la jerarquía social²⁶, a fines del siglo XX la conciencia de ocupar un sitio en la masa (Simmel 2002d) va a dialogar mayormente con ordenamientos espaciales y urbanos que promoverán enclaves cerrados —y fortificados— homogéneos internamente y heterogéneos entre sí (Caldeira 1996; García Canclini 2004), donde la conjunción de pertenencia de clase y espacialidad pasará crecientemente a constituir el criterio delimitador.

7. Ciudadanía e inseguridad

El tópico “inseguridad” ha llegado a constituirse en un eje del debate político en Argentina en la última década. Sin ser objeto específico de análisis de esta tesis, una aproximación sumaria al mismo se hace necesaria, por su presencia tanto en los medios de comunicación como en el tratamiento dado por numerosas asambleas. Por otro lado, en términos conceptuales, la cuestión de la inseguridad remite a problematizaciones que sí son objeto de nuestro trabajo. En primer lugar, por su relación con el fenómeno de la violencia social y el papel de las fuerzas de seguridad se vincula a la cuestión mayor de la memoria del terrorismo de estado. En segundo lugar, por su estatuto de factor de disolución del espacio público y de desequilibrio de los modos de relación entre ciudadanos.

Públicamente, el problema de la inseguridad fue abordado en dos planos. Por un lado, como se ha enfatizado desde perspectivas progresistas, la continuidad de prácticas de ilegalidad en las instituciones y agentes de las fuerzas de seguridad es producto de su pasado autoritario en la última dictadura militar. Reconociendo entonces el carácter complejo de la seguridad ciudadana, se parte

²⁶ En estas ciudades del *ancien régime*, la problemática entablada entre el extraño como desconocido y las jerarquías sociales planteaba que

“Los extraños, como público entre sí, podrían haber evitado incluso de esa manera [de acuerdo al ordenamiento espacial ya presente en las nuevas parquizaciones] una gran parte de la carga de las normas, la necesidad de suscitar la creencia sólo dentro del sistema de un escenario inmediato, si la estructura jerárquica de los grupos sociales hubiese permanecido intocada en la ciudad. Ya que en esta jerarquía las imágenes de lugar, tareas y educación, hubiesen provisto a la gente de aquellas pautas de referencia que debían aplicarse en encuentros específicos; la jerarquía podría servir, no obstante, como un seguro patrón de creencia. Pero la economía de la ciudad capital asociada con estos cambios demográficos desgastó el patrón de jerarquía como

por otro lado de considerar la inseguridad como una problemática de la calidad de vida democrática, enfatizando una vía de solución enmarcada en una política integral de seguridad, que atienda al problema de la violencia delincencial y de la violencia institucional de las fuerzas de seguridad y considere el fenómeno de la delincuencia en tanto producto de determinadas condiciones políticas, sociales, comunitarias y culturales. Una política democrática de seguridad, en este sentido, debería contemplar no sólo el aspecto punitivo del Estado sino, fundamentalmente, el plano conformado por los derechos ciudadanos, ya que el control de la violencia ilegítima y el uso de la violencia legítima afecta tanto las relaciones entre el Estado y los ciudadanos como las de los ciudadanos entre sí (Palmieri 2003: 12).

En un sentido negativo, a su vez, el tema de la inseguridad es abordado por visiones denominadas de “mano dura” que enfatizan el tratamiento represivo —a través del endurecimiento de la legislación penal, el aumento de las penas y el otorgamiento de mayores facultades a las fuerzas policiales— de los hechos delictivos. Esta concepción se re-actualiza en Wacquant (2001), cuando aborda el pasaje del *Estado de bienestar* al *Estado penal*, en el cual constituye un recurso discursivo tendiente a dar forma y lenguaje penal a los problemas derivados de un “nuevo régimen de desigualdad y marginalidad urbanas”.²⁷ En este sentido, el discurso de mano dura segrega a la persona del nuevo pobre urbano, para el cual —consecuente con su calificación a través de la figura del delincuente— recomienda un tratamiento penal.²⁸

En términos de la cuestión mayor de lo público, el tratamiento penal centrado en la figura del delincuente calificará la situación de encuentro entre extraños en la forma de un enfrentamiento (policial). Con el fin de contrarrestar este diagnóstico social, numerosas asambleas y movimientos sociales se han abocado a la construcción de espacios sociales (y políticos) cuyo objetivo ha sido establecer nuevos modos de relación entre individuos de diferente clase social.

una clara medida de las relaciones entre extraños. Debido a que la jerarquía se transformó en una medida incierta al tratar con un extraño, surgió el problema del público (Sennett 2002: 133-134)”.

²⁷ Para Wacquant, el Estado penal se enmarca en una situación de pobreza estructural desconectada de las tendencias macroeconómicas y segregada espacialmente. Este régimen de marginalidad se diferencia de aquel prevaleciente en las urbes occidentales propias del estado de bienestar, donde la pobreza se consideraba un fenómeno residual y reversible a través de políticas económicas y que, si bien estaba concentrada en comunidades obreras, no era por ello geográficamente difusa o aislada (Wacquant 2001: 169).

²⁸ Palmieri (2003) reconoce en el debate político de los medios de comunicación tres descripciones simplificadas del problema de la seguridad. En una primera versión, la solución queda reducida a garantizar el orden en la vía pública, omitiendo derechos y garantías constitucionales. Una posición extrema de esta posición está constituida por la concepción de “mano dura” y sus diagnósticos sociales en términos de “excepción” y de “guerra”. En una segunda versión, el objetivo sigue siendo el orden público, pero se incorporan restricciones legales al uso de la fuerza pública. Aún así, el concepto de derechos civiles es estrecho. En una tercera versión, el problema es abordado en el marco de una visión amplia de derechos civiles y valores democráticos, pero se carece de propuestas concretas de seguridad más allá del control (civil) de las instituciones de seguridad.

8. Aspectos metodológicos

El trabajo de campo involucró la observación en asambleas desde marzo de 2002 hasta abril de 2003. Durante el período de abril a agosto nuestra participación fue sistemática en dos asambleas de la ciudad de Buenos Aires, que en adelante denominaremos Asamblea Centro y Asamblea Norte.

En su totalidad ello significó la realización de más de 30 registros de encuentros asamblearios y de 40 entrevistas a participantes pertenecientes a las dos asambleas referidas —algunos de los cuales fueron re-entrevistados—, asambleístas que participaban en otras asambleas y personas no asambleístas (Ver Anexo I).²⁹ En el texto todos aparecen con nombres figurados. Para el caso de aquellos que participaban en las asambleas observadas en profundidad, se reitera el mismo nombre ficticio en entrevistas y registros, lo que permite efectuar una evaluación de su participación durante el período considerado.

Las primeras 30 entrevistas abarcan el período básico de la prospección efectuado entre marzo y agosto de 2002. Finalizada esta etapa, se efectuaron otras diez entrevistas con posterioridad a dos fechas claves: el primer aniversario del 19 y 20 de diciembre y las elecciones nacionales ocurridas en abril de 2003. La entrevista tipo era de carácter semi-estructurada y estaba orientada a que nuestro interlocutor diera su perspectiva sobre las causas de la crisis y los hechos de diciembre de 2001. Sobre esta base, se incorporaban preguntas sobre su lectura de la consigna “que se vayan todos”, el surgimiento y desempeño de las asambleas y los proyectos emanados de éstas, así como de su participación en los mismos. Se invitaba a los entrevistados a explicitar su pertenencia de clase social, su visión sobre las prácticas y proyectos de otras clases sociales, así como sus expectativas sobre el futuro para el país.

Como la prospección realizada estaba originariamente motivada sobre la participación de mujeres de sectores medios (ver nota 1), la entrevista tipo requería al final que el entrevistado—en caso de no haber introducido por su propia cuenta el tema— respondiera sobre cambios en las formas de participación femenina y también, sobre las vinculaciones a escala local de estos procesos con fenómenos de globalización económica y política. Por la misma razón, el cuerpo de entrevistas contiene un grupo de participantes (asambleístas y no asambleístas) de militancia feminista.³⁰

²⁹ En la exposición, los primeros aparecen junto a la asamblea de pertenencia, los segundos con el calificativo de “asambleísta” sin hacer mención a la asamblea de participación, y los terceros, como “no asambleísta”.

³⁰ De esta primera etapa surgen también una serie de trabajos, orientados fundamentalmente a la caracterización del cacerolazo como *género* distintivo de protesta (ver Briones, Fava y Rosan 2002) y a las perspectivas y estrategias asamblearias frente a la corrupción política, prestando atención a la participación de

A su vez, ya en el marco exclusivo de este proyecto de investigación de tesis, se continuó durante el primer semestre de 2003 con el trabajo de campo y la realización de registros en la Asamblea Norte, ya que la asamblea Centro dejó de reunirse luego del primer aniversario del 19 y 20 de diciembre.

La Asamblea Norte se desarrolló en una plaza de una zona “acomodada” de la Ciudad de Buenos Aires. La composición de sus integrantes fue heterogénea. La mayoría de sus integrantes fueron profesionales, aunque también registramos la presencia de comerciantes, personas con algún oficio y amas de casa. Este grupo también incluyó algunos jubilados y un reducido conjunto de personas que se encontraban desocupadas.

La Asamblea Centro, tal cual la conocimos, se desarrolló en una esquina céntrica de un barrio (de clase media y media baja) de la Ciudad de Buenos Aires. Su composición también fue variada. Si bien asistían algunos profesionales, había una gran cantidad de personas con oficio y desocupados. La particularidad de esta asamblea, no obstante, se encontraba en dos cuestiones significativas. Además de contar con miembros desmarcados partidariamente, la Asamblea Centro también contaba con algunos integrantes que tenían alguna trayectoria política y/o social en partidos políticos o en frentes populares —situación que era conocida por toda la asamblea— y también con militantes profesionales de un partido de izquierda, que participaban remarcando su identidad político-partidaria.

Por su parte, el *espacio público radial* analizado está compuesto por un programa radial que permitía la opinión sistemática de los oyentes sobre la base de los temas de actualidad. El período grabado abarcó el tiempo comprendido entre la primera y segunda vuelta a las elecciones nacionales de abril de 2002. La característica principal del programa que analizaremos está dada especialmente por su dinámica de debate y no sólo de opinión, debido a que el locutor cruzaba en el aire a dos o más participantes. Dado el período considerado, los temas debatidos fueron, por lo general, de naturaleza política.

mujeres de los sectores medios (ver Briones, Fava, Mendoza y Rosan 2002 “Que se vayan todos. Perspectivas y alternativas asamblearias a las ramificaciones de la corrupción política”. Ponencia a *International Women’s Forum against Corruption*, 31 de octubre al 2 de noviembre de 2002, Buenos Aires, Argentina). Posteriormente, en el marco del Grupo de Trabajo de Clacso “Cultura y Poder”, dimos a conocer otros estudios que reflejan pormenorizadamente las investigaciones efectuadas del espacio asambleario, tanto desde la perspectiva etnográfica como del estudio del QSVT como modo de acceso al fenómeno de lo que llamamos “la politización de los indefinidos”, así también como el estudio de las asambleas desde su interfase entre clases, cultura y nación (ver Briones, Fava y Rosan 2003 y 2004). Estos trabajos han constituido por tanto un aporte inestimable y una referencia etnográfica ineludible a la realización de la presente tesis. Posteriormente, ésta adquirió su forma definitiva de acuerdo a las inquietudes personales, dirigidas al estudio de las asambleas desde la perspectiva de los descontentos de las clases medias. Dato que, si bien conformó un referente mayoritario de las primeras descripciones, fue luego abandonado progresivamente en las aproximaciones académicas o no profundizado.

El programa en cuestión, “Perdidos en el aire”, estaba conducido por Juan Carlos Del Missier y se emitió (finalizó sus salidas al aire hacia fines de 2003) por radio Mitre, en el 790 de la frecuencia de Amplitud Modulada. Los programas diarios podían girar en torno a un tema definido al comienzo por el locutor o un tema libre en base a los intereses de los participantes. Entre los primeros, los mismos podían no ser de materia estrictamente política, tales como los que versaron sobre las consignas “¿los argentinos sólo nos unimos en la desgracia?” (motivado en la solidaridad para con los inundados de la ciudad de Santa Fe); “¿Cuál es la mayor preocupación para vos: la desocupación o la inseguridad?” (relacionado con la “ola” de muertes de policías) o “Los indultos a Gorriarán Merlo y Seineldín”. Pero en general, dado el período considerado, el tema de debate consistió en el ballottage Menem/Kirchner y es, por tanto, una expresión de ciudadanos interesados en la situación política que nos permite la comparación con aquellos ciudadanos movilizados o asambleístas.³¹

9. Organización de los capítulos

El capítulo I analiza la irrupción cacerolera en el marco del espacio político post transición, condicionado por la opción *democracia o dictadura*. Como límite de sentido, la opción *democracia o dictadura* reduce lo políticamente posible (y pensable) al reconocérsele un uso instrumental de los miedos determinados por pasadas experiencias de disolución social —tales como el terrorismo de estado o la hiperinflación— e imponiendo en consecuencia como única tarea cívica pertinente la defensa de lo actualmente existente o de la democracia *tal cual es*. En este marco, el desafío cacerolero a los miedos de nuestra democracia revela toda su eficacia al re-calificar la situación política existente, desde una noción de democracia como posibilidad, hacia una noción de democracia como límite a las posibilidades.

El capítulo II expone imaginarios de y sobre la clase media presentes en la sociedad argentina, a través de dos de sus características claves: su *estigmatización* en cuanto sujeto político y la

³¹ Por último, vale aclarar algo acerca de las suspicacias que generan este tipo de programas de “dirigir” el debate. En ocasiones, algunos oyentes alertaban sobre alguna “voz conocida” de los oyentes, indicando que eran personas que habían llamado más de una vez. En este sentido, resulta lógico pensar en una línea política perteneciente al programa o la emisora que se manifieste en una variedad de aspectos (la edición, el tiempo que se brinda a cada uno de los participantes, entre otros). No nos corresponde decir nada al respecto; sí suponer que la producción del programa haya filtrado las participaciones “grises” en pos de posturas más radicales o “ideales” que asegurasen un debate más emotivo. Esta última suposición es coherente con una de las características principales del programa, que consistía en que el locutor cruzaba en el aire a participantes dueños de pareceres encontrados.

extensividad de los elementos principales que los conforman al conjunto de la sociedad. A su vez, en un marco histórico mayor, se indaga acerca de la *autonomía del medio social* de los sujetos de clase media y el peso que determinadas transformaciones estructurales de mediana duración y otras más recientes del medio social pudiesen tener sobre el alcance de dicha autonomía. Por último, prestamos atención tanto a las fracturas de la socialidad³² conocida, como a lecturas temporales que desde la centralidad del *ascenso social* se efectúan sobre las capacidades del sistema y, por ende, de los futuros personales. Lo hacemos con el propósito de indagar los alcances de un sentido de responsabilidad social para con los otros en tanto respuesta al reconocimiento de la desigualdad como factor que hace inviable la suerte colectiva del país.

El capítulo III presenta el análisis etnográfico del fenómeno asambleario en función de la crisis de la sociedad política. A través de la caracterización de dos modalidades de praxis asamblearia —la *esfera pública asamblearia* y las *prácticas autónomas y comunitarias*— se desarrolla el sentido del espacio político de las asambleas con respecto al espacio mayor de la sociedad civil movilizadora y el campo político general. Se analiza también su evolución, prestando atención al proceso de formación de grupo (político).

El capítulo IV despliega a las asambleas en tanto unidad social de participación. Aquí, el movimiento es doble: de búsqueda de la singularidad de sentido de la *asamblea* y de descripción de la asamblea en función de la participación individual. Recortado sobre esta *condición individual* y en función de la correspondencia de Simmel entre expectativas sociales y expectativas individuales, se analiza el pasaje de “sujetos de clase media” a “ciudadanos asambleístas”, responsables ante la cuestión pública e inscriptos en una tarea de hecho de conformación de un *nosotros*, basado tanto en proyecciones sustentadas en ideales comunitarios, como en el re-conocimiento de las potencialidades y propiedades del medio social de pertenencia.

El capítulo V presenta el *espacio público radial* conformado por ciudadanos interesados. En este capítulo, se analiza el espacio político del ballottage prestando atención a los tópicos surgidos de las opiniones de los oyentes con el objetivo de sondear sus apreciaciones en torno a factores causales de la crisis y de las fracturas de la socialidad conocida, así como de las propuestas vertidas para su re-composición. Por último, a la luz de la comparación entre las respuestas (sociales) de

³² En el transcurso de este trabajo distinguiremos entre *socialidad* —en tanto concepto general que caracteriza a la interacción social y que supone, por tanto, un determinado grado de institucionalización de los grupos sociales— y *sociabilidad*, como la forma autónoma, o forma abstracta o de juego de aquella —noción más propia del encuentro social, independientemente del grado de institucionalización alcanzado. Si bien esta distinción resulta inspirada en el pensamiento de Simmel, no sigue fielmente los pasos dados por este autor. Así, las traducciones de Simmel utilizan mayormente *sociación* para el primero de los casos considerados, e indistintamente *socialidad* o *sociabilidad* para el segundo (Ver Nota del Traductor en Simmel 2002a: 194)

asambleístas y de oyentes, se indagará acerca de los *malestares de las clases medias*, tanto como marco compartido de objeciones entre ciudadanos participantes y ciudadanos interesados, como contexto efectivo del pasaje subjetivo desde el individuo de clase media al ciudadano asambleísta.

Finalmente, se repasa brevemente en las conclusiones las contribuciones generales de la presente tesis.

CAPÍTULO I

DESAFÍOS A LA OPCIÓN *DEMOCRACIA O DICTADURA*

1. La opción *democracia o dictadura* en la "transición democrática"

Una de las consecuencias de sociedades que han sufrido la experiencia del autoritarismo en general y del terrorismo de estado en particular es la generación de una "cultura del miedo (Lechner 1990)". Sin embargo, el escenario social inaugurado en diciembre de 2001 mostró la movilización y la participación de vastos sectores sociales que desafiaron, en y desde ese momento, miedos firmemente presentes en la sociedad argentina desde la reinstauración democrática.

Para Lechner, el miedo —entendido como una amenaza real o imaginaria— se agrupa principalmente en dos tipos: los que amenazan la integridad física de los habitantes y aquellos otros que hacen peligrar las condiciones materiales de vida. En América Latina, ambos tipos de miedos han oscurecido los esfuerzos y esperanzas que acompañaron el proceso de transición a la democracia:

"La cultura del miedo es no sólo el producto del autoritarismo, sino, simultáneamente, la condición de su perpetuación. Al producir la pérdida de los referentes colectivos, la desestructuración de los horizontes de futuro, la erosión de los criterios sociales acerca de lo normal, lo posible y lo deseable, el autoritarismo agudiza la necesidad vital del orden y se presenta a sí mismo como la única solución. En resumen, lo que plantean los miedos y, particularmente, ese miedo a los miedos es, en definitiva, la cuestión del orden y ésta es la cuestión política por excelencia (Lechner 1990: 90)".

Si los miedos que se instalan en una sociedad plantean, como Lechner afirma, la cuestión del orden (democrático o no), una de sus derivaciones es la clausura del debate sobre la naturaleza de dicho orden. Así, aquéllos oscurecen los anhelos y aspiraciones de los ciudadanos para con los valores y fines que se pretenden de un sistema social. Por lo tanto, habría que observar cómo los miedos afectaron en Argentina las "tradiciones" del imaginario social y político que proveían de valores sustantivos a los objetivos públicos. Para el caso argentino, se pueden reconocer dos de tales tradiciones correspondientes cada una a distintos sectores sociales. Para los sectores populares, la primera de esas tradiciones es aquella que vinculó Estado de bienestar y orden justo —tradición cuya forma política más acabada fue la concepción justicialista nucleada en torno al concepto de *justicia social*. Para los sectores medios, esta tradición está constituida por trops de larga sedimentación en el imaginario social como el *ascenso social* a través del trabajo o la educación — aspiraciones que en esta visión, debían ser garantizados por el Estado.

En términos históricos, la importancia de los imaginarios nucleados en torno a valores sustantivos deriva del hecho de que corresponden a los términos bajo los cuales se produjo la incorporación social (aunque restringida políticamente) de sucesivas “oleadas” de nuevos ciudadanos (y por tanto ciudadanos restringidos). En términos de significaciones públicas —que deben negociarse y disputarse hegemónicamente— el proceso político de ampliación de la base social de la ciudadanía se vinculó en nuestro país —tanto para los sectores medios,³³ como para los sectores populares—

³³ Precisamente, la cuestión social en las primeras décadas del siglo XX será la *cuestión inmigrante*. Como expresa Viñas (1973) en *La Crisis de la ciudad liberal*, las primeras descripciones sociológicas de la clase dirigente —que de elite liberal deviene oligarquía amenazada— estigmatizaban al inmigrante a la par que promovían un endurecimiento de la legislación como forma de hacer frente a las huelgas y protestas obreras y anarquistas. En el espacio urbano, es la amenaza de la ciudad de masas, del hombre medio, de la ciudad sin apellidos propios del inmigrante, del estilo “guarango” que denuncia Laferrère en *Las de barranco*. En este proceso de disputa hegemónica que se inicia —que no exime sino que contiene un gran elemento de violencia social “desde arriba”—, una figura clave resultará José Ingenieros (Terán 1986). Como representante de la nueva clase constituye un puente paradójico con la oligarquía —en una influencia que no cede: recordar aquí la transmisión inter-generacional de “El hombre mediocre” bajo la forma de regalo por el tío o padre socialistas. En este sentido, si por un lado Ingenieros perpetúa la estigmatización del hombre medio(cre), por el otro cuestionará la legitimidad de “los que mandan” en la nueva sociedad a través de su fórmula “La aristocracia del Mérito (Ingenieros 1983 [1913])”, en un proceso que concluirá sangrientamente —y será clausurado en términos de negociación de sentidos públicos— en 1930, bajo la forma de “La aristocracia de la Espada” (Leopoldo Lugones). De todos modos, el punto que queremos señalar es que, si en un sentido 1930 marca un límite a la incorporación cívica y política de los estratos medios, en otro sentido se puede constatar la decantación general en el seno de la sociedad de una imagen positiva del inmigrante como (buen) trabajador —en contraposición tanto a las descripciones estigmatizadas de pocos años atrás en la literatura de Ramos Mejía, Laferrère, entre otros, como a la del activista. Devoto (2003) expone muy bien esta connotación extensa del inmigrante que sólo se comprende si se amplía la perspectiva **desde la legislación a la opinión pública**. Como es sabido, la Ley de Residencia (1902) se inscribe en una serie de medidas restrictivas tendientes al control del flujo migratorio, la geografía de radicación en el país y la limitación de inmigración indeseable, por lo general toda aquella no perteneciente a los países del norte de la Europa occidental. Este panorama resulta general a todos los países receptores, quienes a partir de las primeras décadas del siglo XX comienzan a promulgar nuevas legislaciones al respecto. Sin embargo, como explica Devoto, en nuestro país tales medidas nunca adoptaron la forma de una nueva ley que reemplace en su totalidad a la Ley Avellaneda de 1886 sino la sanción de reglamentaciones, de poca o nula divulgación pública. El autor sugiere al respecto el contrapeso de la opinión pública a estas iniciativas restrictivas, donde la figura del inmigrante —si bien adjetivada en ocasiones bajo la forma de trabajador rural— estaba asociada positivamente a la imagen de (buen) trabajador. No es otro el estigma (de haragán) con que el inmigrante italiano de *La Gringa* (Sánchez 1999 [1902]) se distancia del criollo pretendiente de su hija. A su vez, inmigrante (trabajador) y progreso estaban (todavía) desde Alberdi firmemente vinculados en las perspectivas positivistas de las clases dirigentes latinoamericanas del período —que hacían del *progreso* una “profesión de fe” (Weinberg 1998; también Zea 1971):

[En Argentina] las medidas de restricción, por su parte, fueron menos drásticas y eficaces. Y esa eficiencia no puede, desde luego, ser desligada de la ineficiencia general (y de la corrupción) de la administración pública argentina, pero tampoco de una menor exigencia de restricción ante los fenómenos considerados menos peligrosos que en otras partes (...)

Un modo de explicarlo es vincularlo no con la supuesta mayor tolerancia de la sociedad argentina y sus elites (argumento siempre especioso), sino con aquellas ausencias de climas generales en la opinión pública contra los extranjeros (finalmente las persecuciones en la Semana Trágica fueron hechas por grupos minoritarios). Climas en los cuales existía una menor exasperación en torno al tema del ‘enemigo’, aunque la inmigración fuese finalmente mucho mayor en número y porcentaje sobre el total de habitantes que en cualquier otro lugar (o tal vez por eso) (Devoto 2003: 178-179)”.

más con la valorización positiva del habitante como trabajador que como ciudadano o sujeto de derechos civiles y políticos,³⁴ enfatizando a Argentina como tierra del ascenso social.³⁵

El contraste entre aspiraciones democráticas basadas en el acceso a los llamados derechos económicos y sociales y fórmulas institucionales basadas en la garantía y protección de derechos civiles y políticos recorre tanto la teoría democrática moderna como la historia reciente de los argentinos.³⁶ En el primero de los casos, como afirma Quiroga, esta cuestión refleja el conflicto “entre dos grandes concepciones de democracia: la *procedimental* y la *sustantiva*... (2001: 236)”. En el segundo, como queda demostrado en el informe del PNUD, se destaca el peso que tiene en nuestro país la identidad entre servicios sociales garantizados por el Estado y orden democrático justo.³⁷ Esta visión sustantiva de la democracia no se presenta solamente en aquellos sectores populares que accedieron a mejores niveles de bienestar durante el gobierno peronista, sino que es constitutiva del imaginario presente en los sectores medios —como ya hemos adelantado y como veremos con mayor profundidad en el capítulo siguiente. Al respecto Sautu (2001) —al analizar las concepciones de la clase media respecto a los valores de libertad, igualdad, éxito y justicia— destaca en relación al primero de los valores analizados:

³⁴ Este contrapunto entre las figuras de ciudadano y la de trabajador no debe verse como una oposición. Con reconocimiento de trabajador más que ciudadano queremos subrayar su reconocimiento efectivo por parte de la sociedad, reconocimiento que expresa el alcance concreto de significados públicos, disputados hegemonícamente entre los distintos sectores sociales. En todo caso, también se puede expresar que el objetivo de lograr el reconocimiento civil y político para estos trabajadores ha sido una de las principales tareas de las expresiones políticas que representaban a los sectores medios y a los sectores inmigrantes. Aún así, se han registrado ciertas visiones críticas sobre el alcance de esta tarea. Si, por un lado, el civismo de la Unión Cívica Radical ha sido diluido en la práctica en una política de ascenso e incorporación de sectores medios a la administración pública, por otro lado, el civismo pedagógico del Partido Socialista (Aricó 1999) se diluye ideológicamente ante la centralidad de la categoría de *clase social* (trabajadores o proletariado) para la tradición marxista.

³⁵ Incluso para Jauretche (1992), el imaginario de justicia social de la nueva clase obrera del peronismo no constituye una ruptura con el imaginario del ascenso social de las clases medias, sino que lo incluye. La diferencia estriba en el proyecto imaginado de país en el cual dicho proceso puede darse lugar (de la “patria chica” a la “patria grande”) y la naturaleza del sujeto del ascenso: individual y familiar en los estratos medios y no necesariamente vinculado con el ascenso del país, y colectivo y vinculado con la suerte del conjunto nacional para los nuevos sectores obreros.

³⁶ Una definición reciente de democracia sustantiva en los argentinos puede rastrearse en el Informe de PNUD de 2002, en el cual se puede observar cómo un “63% de los argentinos considera que hay democracia si se garantiza ‘el bienestar de la gente con trabajo, salud y educación y, en este sentido, el voto y la libertad de opinión son secundarios’ (PNUD 2002: 11)”. Asimismo, para Sarlo (2002), la identidad argentina se vinculaba en el pasado con tres pilares básicos: tener trabajo, ser alfabeto y gozar de derechos universales, en particular, de los derechos económico y sociales

³⁷ Considerando la democracia como recurso discursivo utilizado en contextos políticos específicos, Paley (2002) identifica en los países asiáticos nociones de democracia que se vinculan no tanto a la garantía y ejercicio de derechos individuales, sino a la habilidad del Estado para proveer colectivamente al bienestar de los ciudadanos. Como remarca la autora, este ejemplo no tiene la intención de reificar una esencia cultural china o asiática, sino resaltar que la democracia puede tener significados alternativos al de las libertades individuales.

“Las respuestas que abordan la idea de libertad en términos societales son minoría, representan el 22%. Su contenido expresa la reafirmación de los derechos civiles y políticos en el marco de un orden social republicano y democrático que establece el derecho al voto, elegir y ser elegido, la libre expresión de las ideas y opiniones y el inalienable respeto por el individuo frente a los abusos del poder (...) La preocupación por el ámbito público, por las libertades civiles fueron limitadas [Si] La libertad es autorrealización, goce y ausencia de limitaciones al hacer individual (esto no significa abusar de los otros), entonces la inestabilidad laboral, el temor a perder el trabajo o la escasez de dinero son inevitablemente cuestiones de alta saliencia; lo mismo sucede frente a dificultades familiares y personales (Sautu 2001: 126-128)”.

A pesar de lo anterior, la visión predominante en Latinoamérica durante la transición democrática consistió en “una visión defensiva (antiautoritaria) de la democracia (Lechner 2002: 261)”. Como expresa este autor, la antinomia democracia/dictadura no era, en ese entonces, ingenua con respecto a los riesgos derivados de la permanencia de estructuras políticas y económicas en el nuevo orden, que consolidaban la desigualdad económica heredada y sus correspondientes peligros a la cohesión social, ni tampoco respecto a tradiciones populistas y clientelares y su perjuicio en pos del buen funcionamiento de las instituciones representativas. Sin embargo, el peso de la antinomia *democracia o dictadura* fue tal, que la recuperación de la vida política se hizo bajo la forma imperativa de esa opción (Cerdeiras 2002). Dicha opción significaba que “la política se identificaba con la democracia y que la dictadura significaba su abolición (Cerdeiras 2002: 51)”. La vida política bajo la forma de esta opción imponía la im-posibilidad de cuestionar la política y el funcionamiento efectivo de la democracia, en pos de proteger la vida política democrática *tal cual era*. Así, la participación política se desarrollaba en la opción “de dos *posibles* que se le presentaban de manera *exterior* y como *única* alternativa... (Cerdeiras 2002: 51)”,³⁸ donde “la única alternativa” pareció quedar acotada desde una perspectiva más procedimental que sustantiva.

Así, *la democracia tal cual era* fue, durante este período, un proyecto de ordenamiento institucional tendiente a la garantía y protección de derechos civiles y políticos, derechos arrasados durante el gobierno militar y que el descubrimiento público del horror del terrorismo de estado había convertido en un eje político imposible de eludir. En palabras de Laclau (2002), esta concepción de democracia ofició de efecto ideológico hegemónico. El hecho de que una concepción particular esté

³⁸ En lo que a primera vista parece ser una afirmación en contrario, Sarlo (2001) destaca del espacio de la transición su carácter de apertura:

“En un sentido positivo, la transición democrática pudo ser juzgada como la clausura del ciclo de las dictaduras militares. Designaba lo que no debía repetirse y, por eso, se vinculó expresivamente con la consigna “nunca más”. Modificaba el presente porque bloqueaba la repetición de lo que había sucedido en el pasado y dejaba prever un futuro distinto: condiciones abiertas (Sarlo 2001)”.

Sin embargo, precisamente por esto, la “eficacia” del espacio político hegemónico por la palabra de Alfonsín puede recortarse sobre este carácter de apertura que, lógicamente, toda etapa que finaliza lleva implícito: en su identificación de *democracia* y *democracia tal cual era*, anulando las posibilidades lógicas de la primera en favor de los contenidos propios de esta última. Y no es otro el efecto ideológico presente en una solicitada que el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical publica en los diarios de abril de 1985, en los turbulentos días de las vísperas al juicio a las juntas militares: “No hay opción entre democracia y dictadura”.

dotada de esa propiedad de clausura ideológica se apoya en “la creencia en que hay un ordenamiento social particular que aportará al cierre y la transparencia de la comunidad (Laclau 2000: 21)”. Si bien esta última idea de comunidad es un objeto imposible, es a la vez necesaria para fundar el vínculo social. Así, “lo que la distorsión ideológica proyecta en un objeto particular es la plenitud imposible de la comunidad (2000: 21)”. Quizás esta necesidad de la comunidad explique la potencia ideológica del cierre oficiado por el concepto de “democracia”, en aras de un pasado sentido tan trágico como reciente.³⁹

Precisamente, los primeros años de vida democrática enfatizarán el carácter de ruptura con el período anterior, tal como lo señala Rinesi (1993) cuando se refiere a las “alfonsinistas bisagras de la historia”:

“Se trataba, en efecto, de establecer un corte tajante con un pasado que se veía como ominoso, como parejamente portador de los peores vicios de nuestra 'cultura' (o mejor incultura) política, como homogéneamente violento, salvaje y autoritario; de constituirse en garantía de su no retorno y de proponer una forma de compromiso ciudadano no ya en torno a viejos colectivos de identificación que habían perdido toda su fuerza referencial y política, sino en torno a la adscripción a un sistema de normas, a un conjunto de reglas de juego convenientemente establecidas en la Carta Magna de 1853 (...) y cuyo espíritu liberal se proponía rescatar de décadas de autoritarismo, demagogia y populismo durante las cuales sus sabias enseñanzas habían sido dilapidadas (Rinesi 1993: 94)”.

Como esta cita indica, tal bisagra histórica se proponía como punto de inflexión sobre algo más que un pasado autoritario y reciente. Por ahora, nos interesa señalar dos cosas: que la fragante violación de derechos civiles y políticos habilitaba a un pensamiento liberal a protagonizar el cambio demandado y que, a su vez, el partido justicialista —por su vinculación en general con la violencia de los 1970s, pero no sólo por esto— ofrecía mayor resistencia para hacerlo.

Este plus del que la tradición política justicialista no podía dar cuenta se relacionaba con transformaciones en el sujeto político y de derecho, que Cheresky (2001) identifica en el pasaje de

³⁹ La historiografía de los 1990s y en modo particular los estudios sobre la memoria del período han corregido a los anteriores en dos aspectos: en uno, señalando continuidades entre el período militar y el democrático y, en otro, abriendo la identidad y la biografía política de las personas desaparecidas, que la figura jurídica “detenido-desaparecido” oscurecía, pues la contenía en tanto políticamente neutra. Aún así, podemos acordar con Ferrer (2002: 170) en que “a pesar de lo mucho que se ha escrito e investigado, lo que sabemos sobre la vida cotidiana durante el proceso militar es misérrimo, incluyendo sus formas de legitimación, sus articulaciones políticas o las relaciones que establecieron los grandes partidos con militares y empresarios (2002: 170)”. Todavía Mignone (1991), fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), consideraba que el gobierno de las Fuerzas Armadas había caído más como consecuencia de las divisiones internas a partir de 1980 y el desprestigio posterior a la “aventura de Malvinas”, que por la acción de los organismos de Derechos Humanos. Sin embargo, lo que se quiere destacar aquí es en qué medida la denuncia pública de las *desapariciones forzadas*, el *secuestro* y la *tortura* —todos elementos centrales de un método de represión ilegal cuya característica principal lo constituía el *ocultamiento* (Mignone 1981)— tiñó el *modo* de la transición, pautando ejes políticos imposibles de soslayar, testimoniado en la presencia de las Madres de Plaza de Mayo y su consigna “aparición con vida”.

pueblo a ciudadanía. El *pueblo* de la tradición populista indica una figura política en la cual se destaca la unidad por sobre la división, que presupone una voluntad inherente y que reconoce que un “vínculo central de representación lo constituye la relación líder-masa que suministra a la vez una figuración (el líder y la masa) y una encarnación (identidad entre la masa y el líder) (Cheresky 2001: 264)”.⁴⁰ En cambio, la *ciudadanía* —que como categoría central de la vida política argentina adviene con la dictadura militar y se consolida en su salida— “remite a una legitimidad expresada electoralmente, es decir, anclada en la expresión individual de las preferencias y de difícil figuración colectiva fuera de las pizarras de cómputo (...) En vez de la sustancialidad del pueblo adquiere primacía la garantía de los derechos (2001: 263)”. Siguiendo a este autor, el nuevo paradigma basado en una noción de ciudadanía emergió con fuerza en las rondas de las Madres de Plaza de Mayo. Este género de protesta “resultaba de la frustración de iniciativas individuales por averiguar sobre el destino de seres próximos que habían ‘desaparecido’, y poco a poco fue constituyendo un reclamo colectivo dirigido a un poder al que se interpeló como responsable de la suerte de todos (Cheresky 2001: 268)”.

El éxito de la clausura ideológica oficiada por el concepto de democracia —entendida como la garantía de derechos civiles y políticos amenazados— se refuerza en el avance de la palabra alfonsinista sobre contenidos particulares del estado de bienestar. Así, “con la democracia se come y se educa” estaría indicando no solo la potencia de la distorsión ideológica proyectada por la nueva “cadena equivalencial” referida a una visión liberal de democracia, sino la desestructuración de la identidad peronismo-estado de bienestar que había regido las últimas décadas de vida política. De todas maneras, si en la campaña presidencial de Alfonsín la democracia se inviste de contenidos tanto procedimentales —la necesidad de enjuiciar a las Juntas militares— cuanto sustantivos —“con la democracia se come...”— luego, durante el transcurso de su mandato, la noción de democracia se orientará cada vez más hacia los referentes procedimentales, poniendo en evidencia el carácter derivado de aquellos con respecto a estos últimos.

En todo caso, si la palabra política de Alfonsín se cierra en Semana Santa a través de un pacto secreto —palabra que había comenzado con la denuncia de otro pacto: el militar-sindical de finales

⁴⁰ A este respecto, conviene repasar la carta que María Estela de Martínez de Perón, que cumplía arresto domiciliario, remitiera en tanto Presidenta del Partido Justicialista a los miembros de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en ocasión de su visita *in loco* en 1979: “Para el Justicialismo los Derechos Humanos no se agotan en la igualdad ante la ley, la condena a toda tortura y vejamen, la garantía del debido proceso, etcétera, logros del liberalismo sin duda importantes —ya consagrados en la Constitución Nacional de 1853—, pero ampliamente superados por la evolución histórica (...) Entiendo así los Derechos Humanos y afirmo que solo pueden ser realidad cuando el Pueblo participa libremente en la vida social y política para decidir su destino. Cuando se encuentra impedido de hacerlo, las violaciones a sus derechos

de la dictadura (Landi 2003)— su gobierno concluye, paradójicamente, encerrado en los límites de la opción *democracia o dictadura* que tanto había hecho por edificar. La opción por dos alternativas —exteriores y refractarias a la decisión ciudadana— se convirtió en el imperativo de conservar la *democracia tal cual era*, esto es, una democracia basada en los procedimientos institucionales:

“Todo en el alfonsinismo es liberal; pero hay algo que lo es de modo decisivo: su caracterización de la democracia como un sistema de reglas de juego, como un procedimiento institucional. Consolidar la democracia era para Alfonsín consolidar un sistema de reglas, una ‘gramática política’ en condiciones de ‘canalizar’ las demandas, de ‘mediar’ los conflictos (...) El alfonsinismo nació prometiendo que con el sistema de reglas que venía a establecer sería posible comer, educar y curar. Terminó sus días explicando que si uno aspiraba a comer demasiado, educarse en exceso o curar más de la cuenta, el entero sistema peligraba; de modo que todos debíamos comprender que ahora había que ser prudentes y conservar con heroísmo lo mejor que teníamos: las reglas (Rinesi 1993: 43-45)”.⁴¹

2. La opción *democracia o dictadura* en los 1990s

Como hemos expresado, el espacio político alfonsinista se cierra en la sublevación de Semana Santa, a través de la constitución de un pacto secreto entre el sector carapintada y el gobierno. Desde este momento y hasta la entrega anticipada del poder al presidente electo Menem, la situación política se tornará caótica.

Según Barros (2002), el dislocamiento producido por la inflación sobre el espacio político articulado por la figura de *democracia* motivó la re-emergencia del discurso de la reforma económica, presente en la esfera política desde el gobierno militar. Pero, si en Alfonsín dicho discurso estaba subordinado al concepto hegemónico *democracia*, la apropiación del mismo por parte del candidato Menem significó una intención en pos de la formación de una nueva (estable) articulación política, basada en otros fundamentos.

ocurren por añadidura (“Isabel: Documento. Dijo a la CIDH que el Pueblo Está Impedido de Ejercer sus Derechos”, Crónica, 12 de septiembre de 1979)”.

⁴¹ Aquí resulta importante remarcar que la credibilidad del espacio político del alfonsinismo no sólo se ve afectada por la postergación de las expectativas sustantivas en pos de la conservación del valor institucional de la democracia, sino que también en este plano procedimental no cumple las expectativas propias. Las leyes de obediencia debida y punto final claramente pueden verse como excepciones políticas o corporativas al estado de derecho. La democracia como un sistema de reglas podía perseguir el objetivo político de funcionar como un espacio de mediación de los conflictos pero, a un nivel más fundamental, significaba implícitamente la (re)fundación de un (nuevo) contrato social bajo el imperio de la igualdad ante la ley (coherentemente con el énfasis puesto en la ruptura y no retorno al pasado autoritario o como bien expresa Rinesi con “las alfonsinistas bisagras de la historia”). Este aspecto fundacional de la justicia va a ser retomado como una deuda pendiente de la democracia por varios de los asambleístas entrevistados y participantes radiales que analizaremos en los capítulos siguientes.

Esta noción fundamental será la *estabilidad* económica. En los primeros años del nuevo gobierno, sin embargo, el discurso de la reforma económica no fue efectivo. Su plena efectividad se alcanzó a través del control inflacionario en 1991, con la ley de convertibilidad. Recién ahí, “la idea de Estabilidad comenzó a jugar el rol que la [de] Democracia había jugado durante la presidencia de Alfonsín (Barros 2002: 171)”.

En términos económicos, el plan de convertibilidad es uno de los ejes centrales del modelo económico neoliberal, nucleado en torno a las privatizaciones, las desregulaciones de los mercados y la apertura al exterior (Teubal y Rodríguez 2001: 65). Esta serie de reformas se combinaron con un fuerte ajuste estructural, medidas destinadas a controlar la inflación y específicamente los picos inflacionarios de 1989 y 1991.

No obstante, si el éxito en el control de la inflación alcanzado por el plan de convertibilidad dominó la escena política durante el primer mandato de Menem, hacia mediados de la década de los 1990s eran evidentes los efectos negativos de la política económica: recesión económica, aumento de la desocupación, marginalidad.⁴²

Sin embargo, una evaluación retrospectiva en términos de los efectos socioeconómicos descriptos no debe hacernos dejar de notar la fragmentación y desarticulación de la resistencia social al modelo neoliberal. La misma noción de protesta social, presente en la mayoría de los análisis sobre la movilización social del período, trasluce esta característica. Asimismo, la noción de protesta social también sugiere un escenario de transformación de la estructura social, en donde los sujetos partícipes en la acción colectiva están inscriptos en, y afectados por, un proceso de progresiva desafiliación de los colectivos partidarios y/o sindicales (Schuster y Pereyra 2001).

El riesgo descrito —propio de toda observación retrospectiva y en modo general de las genealogías que establecemos a partir de nuestras categorías de análisis— es advertido por Schuster y Pereyra (2001) para el caso de la noción de Nuevos Movimientos Sociales (NMS). Como estos autores subrayan, la noción de NMS sugiere una continuidad identitaria y de sentido a la acción colectiva que los autores consideraron inadecuada para evaluar la protesta de los noventa. En todo caso, se quiere expresar aquí que, si bien ciertos actores sociales y políticos orientaron su acción en

⁴² Ampliando la escala histórica, Basualdo (2001) distingue un *nuevo patrón de acumulación*, basado en el predominio de la valorización financiera, que nació con el plan económico de la dictadura militar. Tomando en cuenta los efectos de las sucesivas políticas económicas llevadas a cabo en el último cuarto de siglo, se observa “una manifiesta regresividad de la distribución del ingreso y en un nivel de exclusión social que ponen de manifiesto retrocesos que no tienen antecedentes históricos en Argentina (Basualdo 2001: 14)”. En este sentido, Kessler (2000) destaca otra de las transformaciones inéditas que sufrió la estructura socio-económica, como lo es la *pauperización de los sectores medios*, tendencia que sin dudar ha forjado una memoria social de la pauperización que operó como antecedente clave en los acontecimientos de diciembre.

una crítica al modelo neoliberal, no debe deducirse consecuentemente una continuidad de sentido entre la acción colectiva de sindicatos, partidos políticos, movimientos sociales y nuevos sujetos de la protesta en los 1990s.

A pesar de la voluntad de cambio expresada por la ciudadanía en general en las elecciones presidenciales de 1999, el concepto de *estabilidad* económica siguió representando al discurso político hegemónico. Durante la campaña, el partido que resultó ganador (la Alianza) decidió diferenciarse del menemismo en torno a la corrupción del sistema político, aunque manteniendo los lineamientos generales del plan de convertibilidad. Un claro indicio de esto último lo constituyó el retorno de Domingo Cavallo al cargo de ministro de economía. Si bien la crítica extendida a la corrupción sugiere una objeción procedimental al sistema que —bajo el supuesto del bienestar económico posibilitado por la estabilidad del período— hacía abstracción de los modos correctos de alcanzar éste y otros fines sociales, el punto que queremos remarcar es que encontramos también a finales de la década de los noventa la misma coexistencia de descontento social —expresada electoralmente en la alternancia gubernamental y en la creciente protesta social que caracterizó a este período— y la existencia de un espacio político estable —articulado esta vez en torno al concepto de *estabilidad* económica— que ya hemos apuntado para el espacio político de la transición alfonsinista.

Las condiciones creadas luego de los eventos de diciembre de 2001 (el default económico) habilitaron la posibilidad de nuevas articulaciones. Sin embargo, no se trata de sugerir aquí —en términos de Laclau— la formación en embrión de una nueva cadena de equivalencias “anti-neoliberalismo” a partir del default económico, sino de prestar atención a cómo una acción colectiva con las características de la insurrección de diciembre de 2001 desafió la hegemonía política del concepto *democracia* que, como garantía de derechos civiles y políticos y luego como estabilidad económica, articuló el espacio político desde 1982.

Observada en su totalidad histórica, en la situación política pre-diciembre de 2001 se observa la coexistencia ya señalada de descontento social y estabilización política. También confluyen la fragmentación de la resistencia colectiva y la estabilidad de articulaciones políticas en torno al conjuro de traumas del pasado. En este marco, los sucesos de diciembre muestran toda su eficacia al re-calificar la situación política existente, desde una noción de democracia como posibilidad hacia una noción de democracia como límite a las posibilidades.

3. Acerca de un pronunciamiento: el fin de la opción

Durante la transición a la democracia, la conservación del orden social enfatizó el aspecto normativo de la institucionalidad representativa. En los 1990s, su garantía la constituyó la estabilidad económica. De esta manera, la opción *democracia o dictadura* analizada se vincula con la memoria social de hechos traumáticos experimentados por la sociedad argentina. Según Grimson:

“Genocidio e hiperinflación son dos núcleos duros de las memorias colectivas de los argentinos. Dificilmente pueden comprenderse los últimos diez años sin comprender el peso que esos fantasmas tuvieron sobre la imaginación y sobre las prácticas políticas. Sobre los pánicos, a la vez silenciosos y poderosos. Son los fantasmas de la experiencia argentina (Grimson 2002)”

Los participantes de los sucesos de diciembre de 2001 cuestionaron la democracia *tal cual es* y, en este sentido, suspendieron la opción *democracia o dictadura*, al sostener que su protesta —y en modo general su irrupción y permanencia en el espacio público— no tenía como única consecuencia un reverso temido. Primero, al desafiar la declaración de Estado de Sitio, con el riesgo consiguiente de deslegitimación de las instituciones representativas, expresaron que ello no significaba unívocamente algún tipo de quiebre institucional.⁴³ Segundo, aunque su acción motivase la renuncia del entonces ministro de Economía Domingo Cavallo —considerado el creador y el garante de la estabilidad económica basada en el plan de convertibilidad— consideraron que sus consecuencias desbordaban las profecías que preanunciaban un retorno de la hiperinflación a la vida económica.⁴⁴

Al hacer así, los participantes del *cacerolazo* pronunciaron que había un más allá de la actualidad política que no se identificaba con el retorno de la dictadura en tanto reverso peligroso de la democracia *tal cual era*, reverso ya determinado por las experiencias históricas de disolución social. Por el contrario, el *cacerolazo* como irrupción debe entenderse como un síntoma que pronuncia un final, que de acuerdo a las diferentes interpretaciones puede serlo de un modelo económico, de un determinado funcionamiento institucional o de una democracia devenida cada vez más en una fórmula meramente delegativa. Situación que —como queda evidenciado tanto en el estar y persistir en el espacio público como en la formulación del QSVT, consigna de características novedosas que

⁴³ En lo que hace a la naturaleza del quiebre institucional temido, cabe destacar que otras experiencias de deterioro institucional se habían producido en algunos países de América Latina en los últimos años, que se sumaban a la experiencia de golpes de estado provocados por las Fuerzas Armadas. Entre éstas se destaca el llamado “Fujimorazo”, es decir, un avance del Poder Ejecutivo sobre las prerrogativas constitucionales del Congreso.

⁴⁴ Cabe subrayar que consignas que apuntaban a la renuncia del ministro de Economía Domingo Cavallo y contra la declaración de Estado de Sitio fueron de las pocas que, con destinatarios definidos, se hicieron escuchar por parte de los participantes del *cacerolazo*.

hemos señalado en la Introducción— se encarga a su vez de que su demanda no sea clausurada con los mismos términos que la calificaban como mero malestar.⁴⁵

La actividad desplegada por las asambleas barriales, como su propio surgimiento y su ejercicio cívico, supone este carácter de apertura, que apunta a inscribir una pregunta sobre el sentido de la democracia, la ciudadanía y las formas de participación. Su insistencia en nuevas formas de representatividad política al margen de los partidos, así como en nuevas fórmulas institucionales, no significó entonces una demanda de reemplazo o sustitución —que sin embargo se tornó imperativa—, sino una apuesta a un debate y a unas formas políticas que, impulsadas desde ese malestar, inaugurasen un pensar y un hacer políticos en tanto configuraciones no determinadas por el eco de catástrofes anteriores.

Pero antes de adentrarnos en el análisis etnográfico de esas formas y debates asamblearios, nos parece pertinente profundizar en la caracterización de los imaginarios de clase media cuyos primeros contornos hemos vislumbrado en el presente capítulo. Tal es el tema del Capítulo II.

⁴⁵ Desafío no significa ausencia. A pesar de lo difícil que resulta describir el escenario social en base a los humores sociales, puede afirmarse que los miedos a un posible golpe de estado y a una escalada inflacionaria constituyeron pautas que enmarcaban el clima de incertidumbre respecto al peligro concerniente a la ruptura del orden social, con posterioridad a diciembre de 2001. Respectivamente, ambos peligros se pueden ubicar cronológicamente en torno al aniversario del 24 de marzo de 2002 y hacia mediados del mismo año.

CAPÍTULO II

LA CLASE MEDIA. ECOS POSITIVOS Y NEGATIVOS DE UN IMAGINARIO SOCIAL EXTENSIVO

“¿Vio, por ejemplo, por Villa Luro, todas esas casitas que han dejado un terreno adelante? Si a los propietarios les iba bien, hacían una sala; si les iba muy bien, compraban un piano y después le ponían un espantoso mantón de manila encima, con un jarrón del Bazar Dos Mundos. Si les iba mal, plantaban un limonero. Cada generación tenía planes, horizontes que implicaban mejoras, más allá de que luego se cumplieran totalmente. Lo más grave que nos ocurre ahora es que hemos perdido esa capacidad de proyectar, de desear, de soñar y poder cumplir con un poco de todas esas expectativas (Weinberg, en Roffo 2001)”.

“Así es que legítimamente puede decirse que cada vez que se reprisa Las de Barranco se asiste al regocijado develamiento de la clase media por la elite, y al desconocimiento de sus propias miserias, es decir, de gran parte de sí misma por parte de la clase burlada. Humillación restaurada, renovada en una suerte de contrato jocosamente macabro e implícito entremezclándose con la sonriente abjuración de lo propio. La moral de la apariencia como trueque de la miseria silenciada a favor de las dignidades dominantes. Los oprimidos respetuosos se convierten de esa manera en cómplices de los opresores. Y en la renovación de esa ceremonia simbólica reside la clasicidad de Las de Barranco y la vigencia de Laferrère a través del medio siglo de historia de nuestro país a lo largo del cual la oligarquía ha sobrevivido en sus núcleos esenciales y las clases nuevas no han sido capaces de imponer su estilo ni de proponer auténticas y nuevas pautas de vida. Y mucho menos de gobernar de por sí (Viñas 1973: 171)”.

1. Estigmatización política de la clase media

Las primeras interpretaciones sobre el *cacerolazo* abundaron en análisis que redujeron su surgimiento y acción política como mero reclamo sectorial de las clases medias capitalinas. Las asambleas vecinales arrastraron este estigma hasta bien entrado febrero de 2002.⁴⁶ En todo caso, en diciembre de 2001 los primeros análisis reactualizaron imaginarios fuertemente estigmatizados de los sectores medios en la cultura política argentina.

Nos estamos refiriendo a aquellas expresiones que subrayaban la movilización del 19 de diciembre como un simple efecto de ahorristas afectados por el “corralito” ordenado por el ministro de

⁴⁶ En febrero de 2002, página/12 realizó una serie de reportajes a importantes intelectuales argentinos, entre los que se encontraban Horacio González, Eduardo Grüner, Blas de Santos, Nicolás Casullo y Mabel Bellucci. Allí ya se pueden encontrar las primeras problematizaciones teóricas y políticas del *cacerolazo*, que superan la primera visión que comentamos del *cacerolazo* como expresión egoísta de los sectores medios.

economía Cavallo a fines de noviembre.⁴⁷ Esta caracterización no provenía solamente desde el partido gobernante, sino también desde sectores del principal partido de la oposición, el Partido Justicialista —cuya vertiente bonaerense estaba sospechada de haber organizado o colaborado en los saqueos a los comercios del conurbano—. Este reduccionismo no era privativo de perspectivas partidarias, sino que atravesaba también la totalidad del espectro ideológico: mientras la derecha cuestionaba el virtual estado de anarquía en que se había sumido la vida institucional del país, la izquierda vinculaba directamente el cacerolazo de diciembre con aquel que en Chile se organizó en contra del gobierno socialista de Salvador Allende. Para Erika, assembleísta y ex militante de una agrupación armada de los setenta, el contraste del cacerolazo de diciembre con la imagen que la izquierda tenía acerca de los cacerolazos la lleva a hablar de la singularidad argentina:

“Yo creo que... es un momento, o sea, la forma en que se dio, la particularidad, es muy argentina (...) Por el tema del cacerolazo en sí, pienso que es una cosa muy... que incluso desde afuera llama mucho la atención, porque aparte incluso el cacerolazo en otros lugares era característica de otra cosa, si vos tomás lo que eran los cacerolazos chilenos de la clase media, era en defensa justamente de todo lo contrario, en la época de Pinochet. Yo creo que sí, que llamó mucho la atención, que no conozco tanto de las particularidades de los distintos movimientos, pero creo que fue muy específico de Argentina (Erika, 50 años, assembleísta, 21 de mayo de 2002)”.

Este modo de construcción de antecedentes históricos del *cacerolazo* es particularmente llamativo desde posiciones de izquierda, pues hubo en América latina expresiones anteriores de este género de protesta dirigidas no sólo contra regímenes democráticos como el de Allende, sino también contra regímenes dictatoriales. En particular en Chile, un antecedente de este tipo lo constituye la jornada de protesta del 11 de mayo de 1983:

“... cuando el gobierno de Pinochet atravesaba su peor crisis económica, con una inflación mayor al 20%, una tasa de desempleo del orden del 24% y con el peso chileno devaluándose drásticamente. La sociedad chilena decidió que era el momento de exigir un cambio y también lo manifestó al ritmo de las cacerolas. El 11 de mayo de 1983 a las 20:00, la ciudad de Santiago quedó ‘aturdida’ con el golpeteo continuo de los cacharros, no sólo en los sectores populares, sino también en barrios de la clase media. Cientos de autos formaron caravanas acompañando la protesta con bocinazos (...) Las Fuerzas Especiales de carabineros reprimieron la manifestación con gases lacrimógenos y balazos. En sectores populares de la zona sur de Santiago, los enfrentamientos dejaron 29 muertos, 200 heridos y cientos de detenidos (Cafassi 2002: 82 y 83)”.

En un sentido similar, en Uruguay, el año nuevo de 1984 estuvo marcado por la emergencia de una protesta semejante:

“No debe haber sonido más lastimoso que una cacerola golpeada con una cuchara. Sin embargo, en el último minuto de 1983 y en el primero de 1984, las cacerolas uruguayas sonaron a trompetas, a

⁴⁷ Las medidas conocidas como “corralito” aluden al Decreto 1570/01 de noviembre de 2001, que restringió la libre disponibilidad de los depósitos bancarios.

vientos de libertad, a violines, a miles de voces que, después, cantaron enronquecidas, emocionadas, atadas por el llanto, el himno uruguayo (Amato 1984: 17)”⁴⁸.

Estos y otros antecedentes hacen que la protesta con cacerolas esté presente en la memoria de las organizaciones de derechos humanos de la región como un género de protesta adecuado a contextos autoritarios, pues no expone peligrosamente a la persona en el espacio público, al conservar su anonimato en el marco del ámbito privado.⁴⁹

Estos modos de interpretación estaban indudablemente ligados a concepciones políticas determinadas que intentaban incorporar los nuevos sucesos a sus marcos de producción de sentido. Sin embargo, más que mostrar la discrecionalidad de las diversas perspectivas o los procesos de construcción de sentido a través de la selección de atributos compatibles o necesarios con esas perspectivas, nos interesa subrayar cómo el tropo de *clase media* estaba asociado a determinadas calificaciones estigmatizadas de su potencial en tanto sujeto político de transformación social y, relacionado a ello, cómo dicha caracterización constituía un elemento fuerte de las interpretaciones acerca de la protesta cacerolera —atributo que no se debía solamente a la necesidad de caracterizar el cacerolazo en términos del origen de clase de sus participantes. En este sentido, nos interesa historizar acerca de la función del imaginario de y sobre la clase media en el espacio político, o lo que se podría denominar su politización a través de la figura del estigma.

En esta última forma, en el imaginario de los sectores movilizados y académicos, la imagen de los sectores medios estaba mayormente asociada a una posición de neutralidad complaciente con los procesos políticos vividos en las últimas décadas. Frases como “no te metás”, “algo habrán hecho” o “por algo será”⁵⁰ habían quedado como clichés explicativos a la hora de dar respuesta a la desconcertante situación derivada de la coexistencia del horror del terrorismo de estado y la indiferencia con que aquellos sectores sociales no directamente alcanzados por las acciones

⁴⁸ El uso del cacerolazo por parte de la sociedad civil se va a reiterar en Uruguay cuando familiares de víctimas de ese país protesten de ese modo contra la sanción por parte del Senado de la ley que puso fin a las investigaciones judiciales sobre violaciones a los derechos humanos ocurridas en el último gobierno militar (“No se harán procesos a militares”, *Clarín*, 23 de diciembre de 1986). En nuestro país, la sociedad civil cordobesa caceroleó por las calles de esa ciudad en repudio a la rebelión “carapintada” de Semana Santa de 1987 (“Cacerolazo democrático”, *La Razón*, 18 de abril de 1987).

⁴⁹ Agradezco esta última apreciación a Víctor Abramovich (Director Ejecutivo del Centro de Estudios Legales y Sociales).

⁵⁰ Su uso en un editorial del Buenos Aires Herald —donde se denuncia la falta de información oficial acerca de la detención del escritor Antonio Di Benedetto— demuestra que constituían apreciaciones frecuentes de la idiosincrasia de los argentinos:

“Es vergonzoso, pero el ‘por algo será...’ se ha vuelto tan proverbial y común como el ‘No te metás’. Es un triste reflejo de las actitudes predominantes, y señal de que falta mucho para llegar a gozar —como nación— de buena salud mental (“Por algo será...”, *Buenos Aires Herald*, Editorial de abril de 1979)”.

represivas del gobierno de las Fuerzas Armadas recibieron las primeras denuncias de violaciones a los derechos humanos.⁵¹

Una construcción de sentido equiparable reconoce otra actualización con el llamado “voto cuota” de 1995, donde la ciudadanía argentina en general, pero fundamentalmente los sectores pertenecientes a los grandes centros urbanos, consagra la reelección del presidente actuante. La paradoja aquí se vincula con el apoyo dado al desarrollo de un programa político desarrollado (durante su mandato) basado en la política de privatizaciones y apertura económica, que constituía una inversión de la propuesta electoral de 1989, basada en el papel central del Estado en la vida económica. Aquí el estigma responsabiliza a ciertos sectores de premiar una estabilidad económica ficticia — estabilidad de superficie que consumó el deterioro colectivo sostenido.

Una tercera actualización de las visiones estigmatizadas de la clase media ocurrió, como dijimos, con el cacerolazo. Horacio González la reconoce al decir:

“Mi amigo Nicolás Casullo se equivoca en la nota que leí hace unas semanas en *Página/12* y en un reportaje que leí en *La Capital de Rosario*, cuando cree que describiendo con sorna la historia cultural de las clase media argentina con sus hábitos alimentarios, sexuales y bancarios (que vendrían a ser lo mismo), se puede desmerecer una de las experiencias prácticas más importantes

⁵¹ Este punto concierne a la cuestión de en qué en medida existía una opinión pública durante la dictadura militar —y sobre qué temas— o, como se puede expresar vulgarmente, cuánto sabía o no la sociedad argentina en su conjunto de los crímenes que se cometían desde el Estado. En el capítulo 1 afirmamos que el *ocultamiento* constituyó una de los aspectos clave del accionar represivo de la dictadura militar. Sin embargo, no hay que dejar de lado aquellas acciones represivas que implicaban su llegada a los medios de comunicación, como en los casos de la matanza de los curas palotinos o de las masacres de Margarita Belén o Fátima. Aún así, el debate entre *Buenos Aires Herald* y *La Razón* en ocasión del primero de los hechos sólo resulta posible por este carácter público que los represores quieren enfatizar en la pintada callejera: en la inequívoca filiación ideológica de sus asesinos que enfatizan “para aquellos que envenenan la mente de nuestros jóvenes”, filiación que en este caso resulta para el régimen difícil de adscribir como en otros casos de repercusión pública (los secuestros de la iglesia de Santa Cruz de 1977) a través de una operación de inteligencia a las “bandas de delinquentes subversivos”. En todo caso, se puede destacar que, aún en un contexto de censura y autocensura de los medios masivos de comunicación, la publicidad de las acciones represivas genera un proceso de negociación pública de sentido que ni siquiera un gobierno con control absoluto de la sociedad puede obviar. Por tanto, cuánto sabía o no la sociedad plantea más preguntas que certezas y, en este sentido, sobre el fondo del ocultamiento a la ciudadanía cabe preguntarse en qué bases se apoya esta eficacia general de la publicidad del terror que parece atravesar los diferentes destinatarios específicos: desde aquellos que conocen su carácter de represalia por acciones armadas contra instituciones o personas de las fuerzas armadas o de seguridad, a los que la suponen y, finalmente, a los que poco suponen pues carecen de información pública a no ser el mero hecho periodístico. Estos casos abonan la interpretación de Lechner (1990) de que una de las consecuencias del autoritarismo es la generación de una “cultura del miedo” como contexto efectivo pero también modo de perpetuación del terror. Finalmente, desde la perspectiva teórica, el punto que queremos señalar es la carencia de análisis que aborden el terrorismo de estado en Argentina desde el punto de vista de la conjunción de visibilidad y ocultamiento de las acciones represivas desplegadas contra, y a la par de la construcción de, ese *otro* interno o “subversivo”, de la *desaparición* y de los cadáveres arrojados en la vía pública, de los desaparecidos y los presos políticos — síntesis que a su vez se diferencia tanto de la visibilidad de la segregación física del *otro* efectuada por el nazismo como de las matanzas públicas de los regímenes franquistas y fascistas. Esta carencia de análisis específicos es uno de los fundamentos del proyecto de doctorado de D’Antonio (2003) “*Cárceles en es el estado terrorista argentino. Entre lo oculto y lo visible. Prácticas institucionales y experiencias de vida*”.

de las últimas décadas de historia política argentina. Hay en este ensayo de estigmatizar a una genérica 'clase media' un cierto tildé aristocrático (...) en el sentido de que el aristócrata nunca ve con buenos ojos la defensa obstinada del mundillo inmediato de los intereses directos" (González, en Moreno 2002a).

En Horacio González no se trata tanto de cuestionar el interés económico de la protesta —interés que sólo podría estar ausente en la clase aristocrática— sino de avanzar hacia un debate más apropiado de las rupturas producidas en diciembre, tales como la diferencia entre la plaza del cacerolazo y la plaza peronista, o el debate en torno a la refundación de la nación, entre otros. Desde otras posturas se continuará con esta expansión de sentido:

"En ese punto el corralito tiene un alcance simbólico que va muchísimo más allá del dinero. Es la primera vez que la clase media tiene una desocupación tan extendida y hay una baja de su ingreso real y un cambio de su nivel de vida y todo lo demás. Pero le había quedado la posibilidad de ahorrar, que es algo absolutamente constitutivo de las clases medias con respecto a las clases medias bajas. Y ahora le sacaron también eso, y se lo sacó el orden político. No es que vino un dictador y dijo 'me llevo la guita'; es el orden político institucional que les dice 'esto es para cuidarlos, para preservar la democracia'. Y ahí la clase media termina de perder su posibilidad, constitutiva como clase, de transitar la vida con un proyecto. Si uno ahorra es para el futuro. Además de la penuria económica, aparece la angustia de no saber a dónde vas: pierde significado lo que estás haciendo. Vivir día a día, que para las clases populares es lo normal, es un trauma terrible para la clase media. Pero lo central me parece esta idea de que ya no se puede tener proyectos, que ya no hay futuro y por lo tanto no hay expectativas de movilidad. En la Argentina uno de los datos más importantes, desde fines del siglo XIX, era la movilidad social y las expectativas que creaba." (Torrado, en Caparrós 2002: 102-103).

2. La clase media como imaginario social de pertenencia o "mentalidad"

Para Grüner (Moreno 2002b) "en la sociología clásica, la clase media siempre fue una categoría residual". Tanto se trate de identificar a la clase media por su lugar frente a las relaciones de producción o por su posición frente al mercado, surge por contraste una heterogeneidad propia que diluye los límites que marcan sus contornos.⁵²

Para Sautu (2001), la definición objetiva de clase media de acuerdo al nivel ocupacional y la elaboración también objetiva de los estratos medios por su ubicación en un escalímetro de estratos

⁵² La misma reflexión se advierte en Lvovich (2000) en su estudio sobre trayectorias de empobrecimiento de sujetos de clase media:

"Los sectores, capas o clases medias siempre presentaron para las ciencias sociales una especial dificultad en el momento de su definición. Delimitadas alternativamente estas capas por su nivel de ingresos, sus hábitos o aspiraciones de consumo o sus pautas culturales, no es poco frecuente que la imprecisión abra paso, en el afán clasificatorio, al desconcierto. Se trata, en efecto, de estratos de límites singularmente imprecisos, cuyos contornos se presentan de manera difusa, cuya amplitud en ocasiones pareciera permitir que se ubique en ellos a todos los sectores que no se inscriben en categorías sociales definidas con mayor claridad por su ubicación estructural (Lvovich 2000: 51)".

ocupacionales debe complementarse con una elaboración de las categorías de clase (media) por autopercepción.⁵³

Por tanto, la autopercepción de clase media de los sujetos en tanto unidad —unidad que es reconocida como tal por los propios sujetos y por el resto de la sociedad— refiere a una autoadcripción a un *imaginario social* de clase media. Es decir, imaginario que permitiría distinguir —en valores pero también en condiciones materiales de vida— a la persona de clase media tanto con respecto a un sujeto de un status inferior, como de otro superior. En el mismo sentido que hablamos de imaginario, Mattini habla de *mentalidad*:

“... la llamada clase media no se define ni por el lugar en la producción ni por el nivel de ingresos. La clase media es una mentalidad (...) de identificación con los ideales de vida burguesa adoptados y sostenidos hasta por la propia clase obrera (...) ‘hombre masa’ (...) que se cree igual a todos y hace centro en los derechos individuales (Mattini 2001: 162)”.

Si bien tanto el concepto de mentalidad como el de imaginario desplazan el sentido de la pertenencia de clase media del universo de las definiciones basadas en la ubicación en la estructura económica y social, la definición precedente está orientada principalmente a vincular la mentalidad de clase media a la ficción burguesa (o del sujeto moderno) de individuos libres e iguales (ver Capella 1993, en nuestra Introducción).⁵⁴

Ahora bien, en términos de la vinculación que se establece entre los imaginarios de clase media y los imaginarios mayores o nacionales, se destaca el tropo que describe la nación argentina como tierra del *ascenso social*:

“... a lo largo de varias décadas, en el imaginario de muchos argentinos la pertenencia a la clase media simbolizaba la posibilidad del ascenso social, la garantía de que el trabajo y su compensación mantenían un vínculo indudable, la certeza de ser poseedores de una serie de derechos, la convicción de que la posesión de atributos educativos, culturales o del orden de los méritos individuales los distinguía con nitidez tanto de las clases sociales dominantes como de los situados en los escalones inferiores de la estructura social (Lvovich 2000: 51)”.

En este sentido, el tropo del “ascenso social” constituyó una imagen extendida que dotaba de sentido general la pertenencia a nuestra comunidad. En tanto idea general, su lugar resulta análogo a otras como el “granero del mundo”. Sin embargo, consideramos importante subrayar sus

⁵³ La autopercepción es en el diseño del cuestionario de Sautu autoidentificación y autocategorización (en el escalímetro de estratos sociales). Como dice la autora: “Aplicando el teorema de Thomas podríamos decir que si las personas creen que existe la clase media, una consecuencia de la creencia en su realidad es que a su vez existen personas que a sí mismas se ven como perteneciendo a dicha clase media (Sautu 2002: 33)”.

⁵⁴ Volveremos sobre este tema más adelante. Precisamente, la concepción moderna del sujeto que suelen poseer los individuos de clase media tiene gran importancia en la manera *universalista* en que define el acceso a los derechos fundamentales, no sólo los derechos civiles, los derechos políticos o los derechos de libertad, sino también los derechos sociales (sigo aquí la *tipología de los derechos fundamentales* establecida en Ferrajoli (2000: 244).)

diferencias. Si desde el punto de vista del referente el primero incluye una matriz individual desde donde medir su efectividad, no es menos importante la *dimensión temporal* que contiene en forma implícita la imagen del *ascenso social*, que abarca no sólo el tiempo biográfico de la persona, sino que puede extenderse a la siguiente generación.⁵⁵

3. La autonomía de la clase media

Los efectos de realidad de la categoría subjetiva de clase media no son sólo consecuencias de una creencia extendida sino que, en efecto, tuvieron consecuencias sociales, tales como la forma dominante que adoptó en Argentina la institución social de la familia.⁵⁶ Según Torrado (1993), el modelo familiar compuesto por los sectores medios inmigrantes se constituyó en un modelo de familia generalizado para el conjunto de los estratos urbanos, modelo que a su vez fue adoptado por aquellos que constituyeron la primera clase obrera urbana, producto de la migración interna.

El modelo familiar de clase media con escaso número de hijos constituyó una forma de transición del comportamiento reproductivo llevado a cabo por la sociedad argentina —comportamiento que se destaca de procesos similares realizados en otros países en el marco de la modernidad por una serie de factores distintivos. Torrado enumera cuatro: la rapidez del proceso; la cambiante naturaleza de los actores sociales que protagonizaron el proceso (primero las clases medias urbanas inmigrantes, pero luego la clase nativa); por los recursos utilizados (al haberse llevado a cabo antes de la introducción de los anticonceptivos modernos, su desarrollo se debió a la eficaz manipulación

⁵⁵ Si en tiempos de gran movilidad social y de mercado de trabajo la dimensión temporal del ascenso social (individual o del grupo de referencia) se diluye en la naturalidad del medio —como refiere Jauretche (1992) al medio social de principios de siglo—, en momentos de percepción de crisis colectiva, tal dimensión del ascenso social se hace perceptible. Como expresa Lvovich en su estudio de historias de vida caracterizadas por el descenso social en las últimas décadas:

“Para los protagonistas de las historias que expondremos en este trabajo, la pertenencia a las clases medias no se refiere, en cambio, a un concepto sociológico determinado sino a una *dimensión temporal*. ‘Ser de clase media’ remite en su óptica a una época para ellos pretérita, una suerte de edad de oro en la que el bienestar material estaba asegurado, la dignidad personal se mantenía intacta y el futuro se percibía con cierta tranquilidad (Lvovich 2000: 51, las cursivas son nuestras)”.

⁵⁶ La importancia de la familia o más aún, su lugar central en el modo de vida en torno al cual se define una actitud y las pautas de una ética para los sectores medios inmigrantes es claramente puesta de manifiesto por Jauretche en su análisis de las clases sociales nacionales:

“La inmigración ha incorporado un elemento básico que faltaba en la clase inferior, y cuya falta era el factor sustancial de situación: la regularidad del vínculo matrimonial y el establecimiento de una situación de familia permanente que es facilitado por las nuevas condiciones económicas (Jauretche 1992 [1966]: 151)”.

Si en la época a la cual se refiere Jauretche (las primeras décadas del siglo XX) la mujer, debido a que la inmigración estaba constituida mayoritariamente por hombres adultos, era criolla, en lo sucesivo las relaciones de alianza o matrimoniales de los sectores de clase media incorporarán lo que Torrado (en Caparrós 2002) denomina homogamia de clase.

de los métodos tradicionales) y, fundamentalmente, porque este proceso de secularización del comportamiento reproductivo fue realizado por una sociedad que lo hizo:

“En contra de una **dirigencia política** que quedó anclada en el dogma decimonónico de que ‘gobernar es poblar’, sin percibir que cambiaron los actores y las circunstancias. En contra de la fracción de esos dirigentes que fue **gobierno**, y que desde el poder no supo o no quiso traducir la retórica pronatalista en incentivos eficaces para la procreación, y que no dudó en apelar a la coerción para obtener lo que no alcanzaba a través de la persuasión. En contra de una **jerarquía eclesiástica** ultramontana, que impidió pertinazmente la educación sexual y toda forma de difusión de la planificación familiar, incluso de los métodos aceptados por la Iglesia Católica.

En contra del **estamento militar**, para quien el número de seres humanos se transformó en una **variable geopolítica**, o en garante de la seguridad nacional, o en condición del acceso de la Argentina a la condición de potencia. En contra del **estrato empresarial** que, preocupado por asegurar una oferta suficiente de mano de obra y/o la extensión del mercado interno, avaló toda medida restrictiva de la libertad de procreación. En contra del **estamento médico** que, por miedo a las represalias gubernamentales o por convicción propia, restringió la transmisión de conocimientos reguladores de la fecundidad, a la vez que extendía su poder a través de la fuerte medicalización de la vida cotidiana. En fin, en contra de la **militancia izquierdista** que confundió al enemigo, al creer que luchando contra la planificación familiar luchaba contra la dependencia.” (Torrado 1999. En negrita en el original).

Por tanto, la familia constituyó el elemento central donde se manifestó la autonomía del comportamiento social de la clase media. Y en efecto, para Jauretche, el barrio y la familia son los elementos centrales de esa clase media inmigrante que, autónoma y orgullosa con respecto a los valores de la oligarquía, observa para las primeras décadas del siglo XX.⁵⁷

Precisamente, la pérdida de la autonomía de los valores de clase media con respecto a las pautas de la oligarquía va a conformar el cuestionamiento de Jauretche al status⁵⁸ del “medio pelo”. Aquella autonomía estaba sustentada en, y era por tanto una consecuencia de, la excesiva movilidad del medio social, en especial del mercado de trabajo. Sin embargo, siguiendo hasta aquí a Jauretche, la autonomía del medio social cotidiano de la clase media va derivar en otra consecuencia, esta vez

⁵⁷ Lo que lo lleva a referirse en ocasiones a un *individualismo de familia* en lugar de un individualismo del sujeto, como una mejor manera de describir las pautas de comportamiento características de este grupo social:

“... en esta clase que aparece a principios de siglo, como en la sociedad tradicional, la situación de familia es fundamental pues la calificación no se hace por individuo sino por grupo familiar; y los inmigrantes refuerzan la solidez del grupo con las pautas rígidas de los italianos y españoles y en las que se juega en primer término la ya señalada honorabilidad de la vida sexual (Jauretche 1992: 172)”.

⁵⁸ Al referirse al “medio pelo” Jauretche habla de status y no de clase, por el carácter subjetivo que definiría a aquel:

“... el *status* expresa una serie de situaciones en que juegan normas éticas, estéticas, ideológicas, creando una serie de relaciones imponderables. Esto con más razón cuando se trata de un grupo definido más cultural que económicamente, y que desborda hacia la frontera de *status* superiores e inferiores. Sus límites son imprecisos por cuanto la posesión del *status* no es concreta, de naturaleza material ni materializable, sino un hecho anímico, una actitud más vinculada con la subjetividad del agente, que con la objetiva posesión del mismo (Jauretche 1992: 217, en cursivas en el original)”.

negativa: que los sectores medios no vinculen necesariamente su ascenso social (individual o de su grupo de referencia) con la suerte colectiva del país.⁵⁹

Se puede pensar que las transformaciones posteriores y recientes tanto en la estructura de clases como en los imaginarios sociales han diluido la cotidianidad autónoma de la clase media y extendido la escala de responsabilidades desde donde los sujetos de clase media dan medida efectiva a la evolución (ya sea en términos de ascenso o descenso social) de sus trayectorias individuales y de sus grupos de referencia. En este sentido, puede mencionarse la presencia de un otro pobre en el paisaje cotidiano del barrio. La irrupción de la nueva clase obrera del interior del país en el ámbito urbano de la ciudad de Buenos Aires es destacada por Jauretche como uno de los choques más importantes que desestabilizaron aquel imaginario de clase media centrado en el barrio y la familia. En la última década, los habitantes de la ciudad de Buenos Aires se vieron enfrentados a imágenes de la protesta de trabajadores desocupados y sectores excluidos. Si en aquel caso la reacción de los sectores medios bien pueden enmarcarse dentro del racismo inmigrante, las figuras de los piqueteros y cartoneros fueron mostrando, en cambio, los efectos del empobrecimiento general de la población ocurrido en las últimas décadas.

Se puede subrayar también la polarización que ha sufrido el sector en las últimas dos décadas, en especial en el período de reformas neoliberales de la década de los noventa, transformación que se puede ejemplificar en la dicotomía acuñada por Svampa (2002) de ganadores y perdedores. Por último, y como contexto general de esta polarización, los últimos años pueden caracterizarse, para el conjunto de vastos sectores sociales, como un “proceso de movilidad social descendente” (Svampa 2002) o la “experiencia [por primera vez de la sociedad argentina] de un descenso social colectivo (Lvovich 2000: 77)”.

En contraste con el efecto de estas transformaciones, otros autores (Sarlo 2001) subrayan la continuidad de cierta institucionalidad estatal —en particular en la escuela pública, en instituciones de ejercicio de derechos y en un sistema productivo que permitió la duración de un mercado de trabajo— donde se fundamentó el “triángulo de la identidad del ser argentino”: ser alfabetizado, ser ciudadano y tener trabajo. En este caso, de la importancia de la continuidad de este espacio estatal

⁵⁹ En esto consiste su crítica acerca de la actitud política de la clase media a la que diferencia de la nueva clase obrera característica del peronismo, que sí vincula necesariamente su ascenso social a un proyecto político nacional:

“Ignoran y no les interesan las ideologías transferidas desde Europa. Son el sector obrero de una sociedad en ascenso, pero sin las inhibiciones ideológicas de la antigua conducción sindical, comprenden que su ascenso está ligado al ascenso social general de la sociedad. Tienen la conciencia histórica de su falta de destino dentro de los límites de la Patria Chica estrangulada en la estructura de la dependencia, y ligan su destino a las posibilidades de la Patria Grande (Jauretche 1992: 211)”.

—firme hasta la década de los sesenta, en precario equilibrio después y finalmente disuelto en la década de los noventa—, deriva que lo hizo a pesar de “tantas décadas marcadas por la inestabilidad institucional, la dramática diferencia de estilos políticos y la radicalización ideológica (Sarlo 2001)”.

En el marco del deterioro social reciente, Lvovich subraya que los sujetos de clase media que han vivido experiencias de descenso social vinculan de modo general su suerte al descenso social colectivo:

“Con distinta profundidad en sus análisis, y con diversos matices, todos ellos saben que su situación actual es resultado de una crisis general de la sociedad argentina, cuya causa básica atribuyen a decisiones políticas que, bajo la dictadura militar, el gobierno radical o el de Carlos Menem, los empujaron al descenso social (Lvovich 2000: 78)”.

Extenderíamos esta percepción desde los sujetos que sufrieron un marcado descenso social a otros sujetos de clase media que sienten su posición social cada vez más vulnerable. En definitiva, si el ascenso social (como imaginario social extenso) fue considerado durante mucho tiempo por los individuos de clase media como un fenómeno de hecho independiente de la suerte colectiva del país (en este modelo, una tierra de oportunidades donde germina el mérito y/o el esfuerzo personales), el descenso social (como apreciación extensa de su grupo de referencia) comienza a aparecer por el contrario conceptualmente vinculado al descenso colectivo.⁶⁰

La vinculación entre experiencias personales de descenso social y la evaluación de un descenso colectivo constituye uno de los referentes de los diagnósticos de *crisis* que realizan los sujetos de clase media para el momento actual. En estos diagnósticos parecen concurrir simultáneamente una lectura en clave *temporal* de su condición social, y una resistencia a mudar o reemplazar imaginarios sociales de clase a pesar del desconcierto. En todo caso, estamos hablando de las diferentes temporalidades que pueden tener los valores individuales, las instituciones de la vida

Aquella actitud de los sectores medios no habría sido, sin embargo, general. Jauretche destaca en este sentido la acción y la concientización del grupo FORJA.

⁶⁰ La expresión precedente no quita que sujetos celosos de su autonomía individual y acostumbrados a medir el éxito personal en términos del esfuerzo y el mérito personales pueden culpabilizarse solamente a ellos mismos por la nueva situación de empobrecimiento. La experiencia de descenso social es vivida “simultáneamente como una *dislocación personal* y como una *desorganización del mundo social que los rodea* (Kessler 2000: 27, en cursivas en el original)”. Como expresa este autor a través de la presentación de distintos tipos basados en la “relación entre definición de la situación y elaboración de prácticas estratégicas”, existe aquí un *continuum* de reacciones personales que no excluyen necesariamente sentimientos individuales y generales de responsabilidad ante la propia situación: el tipo *meritocrático*, que refuerza su identidad perdida; el *solidario*, que se apoya en la solidaridad grupal; los *luchadores*, que sienten su aislamiento y viven en el “día a día”; los *encapsulados*, que reducen el mundo seguro al propio hogar; los *conversos*, que cambian sus valores; y los *pragmáticos*, donde prima una actitud estratégica.

cotidiana tales como el barrio y la familia,⁶¹ los imaginarios sociales y las estructuras sociales, económicas y políticas:

“Los nuevos pobres deben dotar de significación una situación para la que no encuentran respuestas ni en las ‘reservas de experiencias comunes’ de la sociedad ni en la propia historia familiar. Esto es, a nuestro entender, lo que otorga a la pauperización su carácter excepcional en la historia argentina moderna. *El empobrecimiento de una parte importante de la clase media marcó un corte abrupto con el modelo generacional y el modelo histórico-cultural hasta entonces vigente* (Kessler 2000: 28, en cursivas en el original)”.

4. La clase media como imaginario social extensivo al conjunto nacional⁶²

Expresar que las clases medias se constituyen más desde un imaginario que desde un lugar estructural unívoco no quita entidad a un modo de identificación que se activa tanto desde el sentido

⁶¹ No está de más recordar, junto con Martín-Barbero, el lugar “resistente” que ocupa la familia en la tradición de los estudios sobre procesos sociales. Si bien el autor se refiere al rol de mediación de la cotidianidad familiar con respecto al “impacto” de los medios masivos de comunicación y su valorización está dirigida al ámbito de los sectores populares, su reflexión ilustra muy bien el punto de la situación familiar como situación social preponderante (y tradicionalmente no reconocida):

“Si la televisión en América Latina tiene aún a la familia como *unidad básica de audiencia* es porque ella representa para las mayorías la *situación primordial de reconocimiento*. Y no puede entenderse el modo específico en que la televisión interpela a la familia sin interrogar la cotidianidad familiar en cuanto lugar social de una interpelación fundamental para los sectores populares. Escándalo, como apuntábamos más atrás, para una intelectualidad que se complace en denunciar los aspectos represivos de la organización familiar y para una izquierda que no ve en ello sino lo que tiene de contaminación de la ideología burguesa, al análisis crítico de la familia ha sido hasta ahora incapaz de pensar la mediación social que ella constituye. Ambitos de conflictos y de fuertes tensiones, la cotidianidad familiar es al mismo tiempo ‘uno de los pocos lugares donde los individuos se confrontan como personas y donde encuentran alguna posibilidad de manifestar sus ansias y frustraciones’ (Martín-Barbero 1993: 233-234, en cursivas en el original. La cita contenida en el texto refiere a Durham, E. “A familia operaria: consciencia e ideología”, en *Dados*, no. 2, 1980, p.203)”.

Desde una perspectiva marxista, la “persistencia” de la familia en sociedades urbanas o la conservación de sociedades domésticas en espacios económicos hegemonizados por la lógica capitalista, plantea el “problema de la reproducción de la fuerza de trabajo”, punto de partida de la crítica y re-elaboración de Meillassoux del materialismo histórico (Meillassoux 1998).

En todo caso, el modelo de familia de los sectores urbanos (Torrado 1993) —cristalizado y observable en las pautas de comportamiento reproductivo y la dimensión temporal de las expectativas— suscita que Torrado (2002), a pesar de las modificaciones en la estructura de las clases medias que hemos descripto, ubique en diciembre de 2001 y no en la década de los noventa un punto de inflexión para estos sectores: el ahorro, en principio posible por la estabilidad económica del período, vinculado a la posibilidad de planificar un proyecto (familiar).

⁶² El tema tratado en este apartado, la extensión de imaginarios de clase media a la sociedad argentina, constituye continuación de un trabajo anterior (Briones, Fava y Rosan 2003). En éste, analizábamos también las producciones de sentido que deben realizar los sujetos de clase media, sentido realizado de acuerdo a tropos sobre el país de larga duración sedimentados en su sentido común —tales como la tierra del ascenso social o el “granero del mundo”— que contrastan con imágenes de duración más corta, pero de igual contundencia —tales como el desempleo o la exclusión, epitomizadas en las figuras del piquetero o del cartonero.

de pertenencia de muchos argentinos, como desde aquellos tropos que hablan de la vida social argentina.

En el caso del espacio asambleario, la estigmatización del imaginario de clase media contrasta con su lugar de preponderancia al momento de señalar pertenencia por parte de los asambleístas. Aún más, en muchos de ellos convergen esta autoidentificación y una visión crítica de los valores atribuidos a la clase media. Tal es el caso de una entrevistada feminista, que celebra por esta razón el cacerolazo:

“Muy por status quo, cambiemos las cosas pero hasta ahí, incluso la clase media progresista. Yo volví el 20 de diciembre y, al día siguiente, fui a mi video club, que es un muchacho progre de barba y pelo largo, y me dijo: una cosa era bajar... sacarlo a Cavallo y otra cosa era bajarlo a De la Rúa, no era para tanto. Entonces, esa es la definición, para mí, de clase media: cambiemos las cosas hasta ahí, o sea, devuélvanme mis ahorros pero, digamos, yo tengo ahorros y vos seguite muriendo de hambre y creo que... y hay una... una franja de gente que, bueno, que es de clase media y que es mas solidaria con el resto pero por lo menos, yo no dejo de sentirme parte de la clase media. Yo, a mí me puede doler mucho lo que pasa en un piquete, me parece terrible que asesinen gente de esta manera y de cualquier manera pero yo me emociono cuando veo lo que pasó el 20 de diciembre, o sea, yo creo que tenemos una pertenencia a la clase que es inevitable, uno nació y se crió... así que lo que sentí es esta cosa de esperanza de, bueno, la gente sale a la calle, al fin, la clase media se dio cuenta... (Anabella, 30 años, asambleísta, 13 de junio de 2002)”.⁶³

A menudo los testimonios ubican los elementos que definían la pertenencia de clase en un momento del pasado. A modo de ejemplo podemos ilustrar con la opinión de Esther:

“Bueno, clase media era tener tu casa, que tus hijos vayan a un colegio... privado, que tengan inglés, expresión corporal, no sé... ir al teatro una vez por semana, ir a comer afuera, ir al supermercado y no estar con la lista esto no, esto no, era sacar y ponerlo. O sea, era la clase media, teníamos ropa, no andábamos, no mandábamos a arreglar los zapatos (Esther, 65 años, no asambleísta, 15 de agosto de 2002)”.⁶⁴

⁶³ Tal el caso también de Patricia, de activa participación asamblearia:

“La clase media es lo peor que tiene este país, pertenezco a ella... por mi ingreso, por mi estándar de vida, etc. El problema es que vos podés estar dentro de la clase media y tener y tratar de ser consecuente con un montón de cosas o ser un... pequeño burgués venido a menos. Esa... cuando vos no sos o no pertenecés a algo, siempre algo te falta, por lo tanto, estás en condiciones de cagar al de arriba o al de abajo conforme se dé la situación para llegar al objetivo. Distintos son los burgueses que están situados en una clase social determinada y que, en definitiva, tienen todo, nunca les faltó nada. Fijate que no envidian nada, ellos son, y parecen, lo que son. La clase media siempre quiso parecer lo que nunca fue (Patricia, 42 años, de la Asamblea Norte, 13 de junio de 2002)”.

⁶⁴ La misma impresión se desprende del relato de Santiago:

La clase media se le acabó la sogá, la clase media se fue al carajo, prácticamente somos una especie en extinción, eh así como Greenpace quiere defender a las ballenas [risas] yo me cago de risa porque Greenpace tendría que defendernos a nosotros [risas]. ¿Conocías al italiano que decía de la tortuga?, dentro de poco vamos a ser una especie en extinción: ‘loco es clase media’. La van a poner en un zoológico, van a venir a encerrarnos en algún zoológico: ¡clase media argentina! Llévenos, estamos baratos, es más, me acabás de dar una idea... cómo podemos zafar algunos, que nos exporten y yo me propongo con mi familia para que me exhiban en el museo de Stuttgart, por ejemplo, en una casa de vidrio, que viva como vivíamos nosotros de clase media argentina, de clase media estudien... yo me dejo estudiar, yo me dejo estudiar si acá no tengo ninguna posibilidad de sobrevivida (Santiago, 55 años, de la Asamblea Norte, 10 de julio de 2002)”.

En otros relatos, el imaginario de clase media se extiende hasta alcanzar las dimensiones de lo nacional o del ser argentino:

“... la gente decía ‘en algo estarían metidos’, o sea que la gente considera estar metido en algo no ser borrego, ese es... Somos un país mayoritariamente donde dejamos hacer, protestamos de abajo pero... te aumentan el gas y en vez de decir apagamos todas las luces... no, vas pagás, protestás y pagás... (Esther, ya citada)”.⁶⁵

Con respecto a los criterios que definen pertenencia, la mayoría de los entrevistados destaca el acceso a la educación y la posibilidad de un empleo “digno”, junto a un adecuado nivel de consumo o tener una vivienda. Para Santiago,

“Básicamente la clase media argentina ha sido gente que estuvo un ascenso social con su trabajo o con su estudio. Hemos todos, todos los que somos de clase media acá, venimos de casas más pobres (Santiago, 55 años, de la Asamblea Norte, 10 de julio de 2002)”.⁶⁶

Como puede deducirse de la mayoría de los relatos mencionados, las definiciones sobre la pertenencia de clase media refieren a imágenes de larga duración sobre la estructura del país. Quizás por esto, el desconcierto entre las aspiraciones que la definían y la percepción de una crisis es más aguda en aquellos entrevistados de mayor edad. Para nuestra entrevistada más anciana, la crisis actual es aún más grave que la de 1930:

“La crisis del ’30... fue también miserable pero en mi casa yo no lo noté porque mis hermanos trabajaban, yo trabajaba en Bagley, mis hermanas en Noel y, no cerraba... no cerró y nosotros teníamos el trabajo. Mi hermano trabajaba en Gath & Chávez... también tuvo el trabajo. Pero la comida estaba muy cara así que mi mamá trataba de hacer cosas más baratas pero... así, mucho, mucho, no la sufrí porque no fue como ahora que la gente está en la calle, sin trabajo. Es peor para

⁶⁵ O el caso nuevamente de Patricia, donde lo porteño funciona aquí como sinónimo de la clase media egoísta: “Desgraciadamente, el porteño, básicamente, el porteño no se moviliza si no es por un interés creado y... cómo se fue achicando el grupo tiene que ver con eso. Porque, bueno, la mayoría salieron porque les metieron la mano en el bolsillo, desgraciadamente, es la composición social, es la burguesía... es así, o sea, yo no me puedo poner como modelo porque a mí no me metieron la mano en el bolsillo porque no tenía nada, entonces, no soy un modelo. De todas maneras, creo, y tratando de ser objetivo y mirando cómo se mueven, cómo saben que ya no hay forma de volver atrás y su pelea pasa por otro lado, las asambleas no son su ámbito, no lo son. (...) A la idiosincrasia argentina, ya no se trata no... no de característica de un grupo, es característica de la idiosincrasia. El argentino, por desgracia, es tan individualista, tan personalista, es tan egoísta, tan egoísta, o sea, no es capaz de ceder nada, pero nada, ni siquiera el pensamiento. O sea, tan grave es que ni siquiera el pensamiento (Patricia, 42 años, de la Asamblea Norte, 13 de junio de 2002)”.

⁶⁶ En Raquel, el tener empleo constituía el elemento central de la pertenencia a la clase media. Su testimonio es además otro ejemplo que ubica a la clase media en el pasado y que considera a la familia el sujeto de derecho:

“... el acceso a un empleo digno. Pienso que esa es lo que se llama clase media, no digamos este... auto, sino tener un empleo digno como para poder subsistir. Cada vez nos vamos privándonos de más cosas (...) Un empleo digno... algo que... un dinero que alcance para cubrir las necesidades completas de la persona, de la familia más que de la persona (...) La clase media prácticamente desapareció, existe el pobre o existe el que sigue haciendo las mismas cosas que hacía hasta ahora. La clase media al no tener... al perder los empleos como se han perdido hizo que prácticamente no exista (Raquel, 60 años, no asambleísta, 3 de setiembre de 2002)”

mí, esto es lo peor. Yo te digo que yo con 90 años es la primera vez que veo semejante miseria... semejante miseria (Rosalía, 90 años, no asambleísta, 29 de agosto de 2002)".⁶⁷

La percepción del deterioro social motiva en aquellos entrevistados de más de 60 años un sentido de responsabilidad de su generación. Para Juan:

"La crisis actual me afectó como te digo, más que nada en mi conciencia por no haber... haber hablado, digamos, con más intensidad con respecto a lo que ya venían los síntomas, los síntomas de vender el país, de sacar nuestro patrimonio, [no se entiende] las deudas, de... regalar dineros a las gentes y no tratar de darles trabajo, se comenzó a desautorizar la condición humana y entonces mi preocupación más que nada vuelvo a lo que no pude hacer, todo lo que falta hacer como para que esta gente joven no llegue a lo que en este momento, fundamentalmente me ocurre a mí, que he perdido casi toda la inocencia, he perdido fe (...) Y entonces, puntualmente lo que a mí me preocupa es fundamentalmente la tristeza de los demás... yo en estos momentos tengo setenta años, que sé yo, me da la impresión de que... mi límite de vida está como por ahí, pero la gente que tiene muchísimos menos años que yo no quisiera que sigan viviendo esto porque, esto es fatal, esto va a generar mucho más agresión, mucho más rencor... Porque ya Platón decía en La República con la palabra hambre... se atrae a todo el mundo, no? (Juan, 70 años, asambleísta, 26 de mayo de 2002)".⁶⁸

El sentido de responsabilidad social no se reduce a la cuestión pública, sino que en otros se manifiesta con respecto a quienes están ubicados en los últimos escalones de la sociedad. Así, para Victoria, tal responsabilidad discurre de los que [todavía] "tiene algo" para los "que no lo tienen"

"Mi marido trabaja, gana bien, por eso te digo pertenezco a la clase media, digamos, tengo algo. Pero... a mí, hay algo que siempre me preocupó mucho que es: los chicos y la educación. Y, realmente, ver chicos que se mueren de frío, de hambre me pone muy mal y, digamos, nunca es suficiente lo que uno puede hacer porque a pesar de no ser mis hijos, digamos, creo que con los

⁶⁷ También en el caso de Juan, de 70 años y activa participación asambleísta y cacerolera, se tiene que hacer sentido de la crisis actual con tropos de larga duración que hablaban del "granero del mundo":

"... porque entra un ministro de economía y uno está alerta para ver qué léxico trae, qué vocabulario trae como para que te distraigas y que no digas señor no siga robando, que se vayan todos, que terminen con toda esta actitud así, esta actitud así no la queremos más!, ¡no queremos más ni nadie que piense como piensa esta gente!, ¡basta de esto! No queremos más tóxicos por favor... estamos en Argentina. No podemos, no sé como te sentís vos que sos mucho más joven... no podemos aceptar desde ningún punto de vista que desde España nos traigan leche, comida, arroz... [me interroga] (Juan, 70 años, asambleísta, 26 de abril de 2002)".

⁶⁸ Para Esther, su sentido de responsabilidad social para con la crisis se manifiesta en no haber realizado "nada político" a pesar de la corrupción e inestabilidad institucional que se observaba en los sucesivos gobiernos:

"¿Cómo no salíamos a la calle a gritar: dónde está esta gente? [los desaparecidos] Ese fue un error que cometimos, que cometió nuestra generación, bueno, estamos pagando, hoy. Entonces, ¿cómo la vivimos? Apostando siempre a seguir trabajando y a no poder trabajar nunca, por ejemplo, mi marido, dejó el corazón en el camino, porque creímos en el país, porque comprábamos máquinas en vez de dólares como decía Martínez de Hoz, no sé... ¿viste? todo parece que pasó hace seis meses, pero no pasó hace seis meses, pasó hace cuarenta años y dejamos, dejamos (...) Y tendría que haberme involucrado... (...) Es mi generación, mi generación es la culpable (...) Y mientras tanto pasaban cosas, de toda la vida, salvo gente que se dedicó... yo trabajé, tengo mucha trayectoria de trabajo, conocí muchísima gente, fábricas de cuatrocientas personas, también te digo que hubo gente que no supo valorar las leyes sociales que teníamos, cuando querían algo rompían la máquina y no trabajaban toda la mañana, esa también lo hacían [¿o hacíamos?] ¿no?, pero... ¿qué tendríamos que haber hecho? Tendríamos que haber hecho, hacer algo político y lo que se hizo ese cacerolazo o lo que sea... ¿sabés por qué creo... que uno no se involucró demasiado? Era como que los sacaban a todos y ponían radio Colonia para ver qué pasaba (...) y cuando cayó Illia yo fui a Plaza de Mayo, estaban las palomas y yo y tres o cuatro personas. Entonces, es como que acá no nos importó porque teníamos plata en el bolsillo, era como que acá nunca nos iba a pasar nada y bueno dejamos... (Esther, 65 años, no asambleísta, 15 de agosto de 2002)".

chicos todos tenemos la responsabilidad, porque, obviamente, los padres de esos chicos no pueden hacer otra cosa... el Estado no va a hacer nada... si, aunque sea, yo puedo llevar un par de medias, me parece que... digamos, todo lo que uno pueda hacer va a servir, a pesar que a uno le parece que es poco. Pero... estoy viendo muchos más chicos desprotegidos de lo que veía antes. Obviamente, la maternidad me abrió mucho más a ese tema, a pesar de que a mí siempre me interesó y me preocupó, ahora me preocupa mucho más de lo que me interesa. Quizás, antes, era algo así, como un objeto de estudio y, ahora, digamos, es algo más maternal que a ver qué pasa (Victoria, 31 años, no asambleísta, 9 de agosto de 2002)".

La incorporación del "otro pobre" puede deberse al sentido de las iniciativas sociales regidas (políticas, religiosas, solidarias o comunitarias), sentido acentuado por el desconcierto que provoca la pobreza y el hambre al confrontarse con imaginarios de larga duración que definían a la Argentina como "tierra de oportunidades", "granero del mundo" o paraíso de "ascenso social". A esta serie Sautu (2001) agrega una vinculación de carácter conceptual: el modo *universal* en que los sujetos de clase media definen el carácter justo del acceso a bienes sociales considerados fundamentales. Así, en un relato que se repite con respecto a la educación o el empleo, los pobres constituyen el hecho fáctico que advierte que en el país no existe la igualdad de oportunidades:

"La igualdad se alcanza 'cuando hay trabajo para todos; por supuesto que siempre van a tener mejores oportunidades quienes estén más preparados. Tal igualdad no existe porque el que nació en la villa miseria no va a tener las mismas oportunidades que el que nació en un barrio y pudo estudiar' (enc.9) (Sautu 2001: 80)"

Las ideas referidas a la igualdad (en contraste con aquellas otras estudiadas: la libertad, el éxito y la justicia) connotan mejor los ideales del colectivo social. Por esto mismo, en las expresiones que refieren a la igualdad, como en la de justicia, la mayoría expresa la opinión de un país esencialmente injusto y desigual.⁶⁹ No se trata de entender aquí sólo la diferencia entre una visión ética (defendida públicamente por individuos muy libres que íntimamente piensan otra cosa) y una realidad siempre más pobre, sino de prestar atención a que tantos testimonios que no dudan en

⁶⁹ El trabajo de Sautu (2001) está basado en un conjunto de encuestas realizado entre jefes de hogar de clase media del área metropolitana. La búsqueda estaba orientada a que la gente desarrolle en términos de valores, las creencias y los principios generales acerca de la *libertad*, la *igualdad*, el *éxito* y la *justicia*. El conjunto de respuestas era luego clasificado de acuerdo a los ejes salientes más comunes y se definían series representativas. No vamos a exponer aquí todos los resultados del estudio, sino presentar una idea general que nos ayude a la caracterización de un individuo "tradicional" de clase media. En la evaluación de las ideas de *libertad*, la mayoría de los sujetos realiza una dicotomía que separa el *yo* del *nosotros* y del *ellos*, definiendo la mayor libertad en términos yoicos: "hacer lo que quiero" o "desarrollarme personalmente". En esta visión, tanto el grupo social de referencia, como por ejemplo la familia (*nosotros*), como el resto de la sociedad (*ellos*) se ven como agentes de interferencia. En el caso del *éxito* la dicotomía separa el *yo* y el *nosotros* del *ellos*; el éxito subjetivamente definido equivale mayoritariamente a la realización personal y familiar (*nosotros*) y las connotaciones negativas basadas en la fama, poder y dinero se cargan a la sociedad en general (*ellos*). En el caso del par *igualdad* y *justicia*, la dicotomía se da entre una visión ideal y una apreciación real acerca de si el país es igualitario y justo o no. En el caso de las preguntas orientadas acerca del valor *justicia*, la mayoría emitió una opinión destacando exclusivamente las falencias del sistema judicial. Por último, con respecto a este último grupo de preguntas, un gran porcentaje contestó pragmáticamente "no hay igualdad" y

describir como injusto al país por su desigualdad están “con diversos contenidos [expresando] su creencia en la igualdad como valor social (Sautu 2001: 149)”. Este concepto de igualdad en tanto ideal ético resulta entendido para ellos como un derecho universal que corresponde a todos, y donde la medida de variación resulta de las capacidades personales y no de la pertenencia al grupo social. Como expresa Sautu resumiendo el conjunto de las expresiones vertidas en sus encuestas:

“La gente nos dice que no ve que haya espacio para un juego posible de la oferta y la demanda cuando un niño nace en una villa miseria; cuando la escuela pública esté deteriorada o más allá de sus capacidades y esfuerzos hay personas que no tienen trabajo. La gente no dice, o lo hace excepcionalmente, que todos deben desarrollar el mismo trabajo ni que todos deben recibir una retribución igual. La gente dice que las personas tienen derecho a tener un trabajo para mantenerse y mantener a sus familias. Mucha gente dice que la sociedad tiene obligaciones respecto de sus miembros; que el colectivo representado por el Estado está obligado a proveer no sólo de educación sino también de salud y oportunidades de empleo. No debe sorprender que muchos señalen como el acto de mayor injusticia la situación de los jubilados, que obtienen una recompensa miserable por su trabajo de toda la vida (Sautu 2001: 149)”.

Trazado este marco que encuadra nuestros sujetos de estudio, en el capítulo siguiente ingresaremos al análisis etnográfico de las asambleas en función de la crisis política, como ámbito y vehículo del exceso de sentido operado por el desafío cacerolero respecto del espacio político condicionado por la opción *democracia o dictadura*.

“no hay justicia” debido a que considera la existencia de desigualdades sistémicas o de privilegios y corrupción.

CAPÍTULO III

PRACTICAS ASAMBLEARIAS Y CRISIS DE LA DEMOCRACIA *TAL CUAL ES*

“No veo para nada que puedan [las asambleas] generar algo (...) en el terreno de lo concreto (...) No van a generar algo que va a tomar las riendas del país. Simplemente, porque no tienen con qué, no tienen estructura, no tienen gente... no tienen organización... no tienen un plan, digo. No tienen un programa definido, no tiene medios definidos, no tienen un algoritmo que termine en ese plan [risas] no tienen... lo cual no es una crítica en absoluto. Es un milagro que existan; eso me sigue pareciendo pero, nada, objetivamente, no están en condiciones, por muchos motivos, (...) de ser el motor que genere algún cambio (Francisco, 33 años, de la Asamblea Norte, 11 de marzo de 2002)”.

Las asambleas “vecinales”, “barriales” y “populares” emergieron en el espacio público pos diciembre 2001, en puntos nodales de casi todos los barrios de la ciudad de Buenos Aires. Concientemente, se autoproclamaron “hijas del cacerolazo” pues, hasta en un sentido débil, el acontecimiento del 19 de diciembre los había reunido (a unos) o los había vuelto a reunir (a otros) en el espacio público.

En los primeros meses de 2002, su presencia en el escenario urbano porteño —y también en numerosos partidos del conurbano bonaerense y en otras ciudades del país— se hizo sentir en toda su dimensión ideológica y política. No obstante, como hemos observado para las expresiones políticas sospechadas de representar sólo a los intereses de las clases medias, en ambos planos las primeras interpretaciones de los referentes políticos que ocupaban —o pretendían ocupar— el campo político oscilaron mayormente entre la censura y el oportunismo. Asimismo, tales apreciaciones podían provenir desde distintos lugares de enunciación ideológicos y/o partidarios. Si, en un sentido recurrente, perspectivas variadas confluían en una visión de las asambleas y los cacerolazos como expresión de una clase media indignada con un sistema político-económico que había violado el contrato bancario, en otro, su presencia y su voluntad de prolongar el estado de movilización social en el espacio público fue considerada de diferente manera y en dos sentidos opuestos. Por aquellos ubicados a la izquierda del espectro ideológico, las asambleas constituyeron un nuevo lugar donde promover su programa político. En cambio, para los sectores políticos y económicos hegemónicos, su presencia y duración en el espacio público fueron vistas cada vez más como una amenaza al funcionamiento del sistema institucional.⁷⁰ En este último sentido, un

⁷⁰ Compárense en este sentido las expresiones vertidas en ocasión de las sesiones de la Asamblea Constituyente encargada de elegir el sucesor presidencial de Fernando de la Rúa —donde el tono predominante era dar una forma institucional a la voluntad popular manifestada en las calles— con las que poco a poco comienzan a generarse desde el nuevo gobierno de Eduardo Duhalde hacia fines de enero de

editorial del matutino *La Nación* alertaba sobre el riesgo que el pueblo delibere sin consideración de sus representantes, en oposición a lo establecido en la Constitución Nacional:

“La posibilidad de que esos órganos populares pretendan hacer justicia por su propia mano y sustituir a jueces, legisladores y administradores gubernamentales encierra un alto riesgo, en la medida en que se puede desembocar en el extremo no querido de que una reunión populosa de dudosa racionalidad —en la cual las decisiones se toman con frecuencia por aclamación— termine convirtiéndose en un factor de perturbación institucional (‘Asambleas Barriales’, Editorial I de *La Nación*, 14 de febrero de 2002, pág. 18)”.

Si el cacerolazo como performance “volteadora de gobiernos” poseía en sí una connotación negativa para los sectores hegemónicos en la persistencia de tal estado, el “fantasma” que sobreolaba la praxis asamblearia estaba constituido aquí por los antecedentes históricos de gobierno popular⁷¹, tales como la comuna de París de 1871 o los soviets:

“Si bien es cierto que el auge de estas asambleas aparece como una consecuencia del hartazgo público ante las conductas poco confiables de la clase política, debe tenerse en cuenta que tales mecanismos de deliberación popular encierran un peligro, pues por su naturaleza pueden acercarse al sombrío modelo de decisión de los ‘soviets’, donde el lirismo idealista de muchos terminaba siendo casi siempre manipulado por una minoría de activistas ideologizados, duchos en el arte de proponer soluciones grandilocuentes y efectistas de puro contenido emocional —a menudo de imposible cumplimiento— y de captar, así, la voluntad de mayorías que no siempre advierten a tiempo la trampa que se les tiende (‘Asambleas Barriales’, *La Nación*, 14 de febrero de 2002)”.

Más allá de las explicaciones basadas en una psicología de masas del editorial de *La Nación*, el punto a considerar es que la concepción de las asambleas como potenciales gobiernos populares era también compartida tanto por las expectativas de la izquierda política, como por aquellos asambleístas que aspiraban a que las asambleas se constituyesen en una opción política, aunque no dentro de los marcos tradicionales de conformación de partidos. Así, en los primeros meses de 2002, la alternativa contemplada en las fórmulas “democracia directa” y “gobierno popular” constituye una de las formas de expresar a las asambleas en sus dimensiones deliberativa y ejecutiva.⁷²

2002, en las cuales las asambleas comienzan a verse vinculadas a un estado de anarquía que resulta necesario obtener, como un paso previo a la recomposición institucional o “paz social”.

⁷¹ Un asambleísta fundamenta su demanda por “más democracia”, a la que considera contemplada en la propuesta de “Asamblea Constituyente”, contrastándola con el ejemplo de gobierno popular:

“La constituyente es la única salida seria, dejando de lado la toma del palacio de invierno, para re-fundar una democracia en serio, una nueva forma de hacer democracia, con más democracia (Pedro, 60 años, no entrevistado, de la Asamblea Norte, en nuestros registros (R9) de la asamblea del 25 de marzo de 2002)”.

⁷² El contraste entre dimensión ejecutiva o deliberativa de las asambleas constituye además una manera de exponer —aunque claro está, no en forma directa— las diferentes concepciones de, por ejemplo, asambleístas militantes y asambleístas independientes respectivamente. Otra forma es la asamblea como instrumento o como lugar de construcción política. Para uno de nuestros asambleístas (Germán, 40 años, de la Asamblea Centro), una apreciación de que triunfó, en el movimiento asambleario en general, la primera concepción por sobre la segunda decide su alejamiento de la asamblea. Finalmente, Lewkowicz & Asociados distinguirán

Pese a la crítica efectuada por *La Nación*, el aspecto de deliberación popular de las asambleas constituía el aspecto que les confería legitimidad a los ojos de la mayoría de la población.⁷³ La misma provenía, naturalmente, del desprestigio de la clase política y de la debilidad del vínculo que unía a representantes y ciudadanos. Para la sociedad civil en un sentido amplio,⁷⁴ el núcleo de legitimidad de la visión positiva de las asambleas —aspecto común (aunque por razones diversas) a movimientos sociales, partidos de izquierda, ciudadanos movilizados o interesados— estaba basado en el ejercicio de la democracia directa como expresión diametralmente opuesta a la corrupción de los representantes:

“Nada, pues, más legítimo que la ‘asamblea’ para responder a una situación de irrepresentatividad. La política deviene ‘oligarquía política’ cuando se privatiza, cuando se torna un cuerpo cerrado en sí mismo, no permeable a las bases sociales que le dieron mandato (...) La mejor defensa de los votantes, la herramienta que les permitirá ‘seguir votando’, es la ‘asamblea’, pues en ella serán ellos los que se representarán a sí mismos, y ellos no están financiados por nadie. O sí: por ellos mismos, de aquí que serán ‘sus’ intereses los únicos que habrán de defender. La ‘asamblea’, entonces, es el ámbito de unión de los ‘irrepresentados’, de los ‘no financiados’, o de los ‘autofinanciados’, de los que saben que la ‘democracia representativa’ ha devenido ‘oligarquía político-financiera’ y por tal motivo, no pueden confiar en ella, no pueden ya ‘delegar’ la democracia sino ejercerla directamente. Este ‘ejercicio directo’ de la democracia es la asamblea (Feinmann 2002)”.

“dos modos de estar” en las asambleas o dos miradas, una dirigida hacia sí y otra hacia el exterior, donde esta última resulta condicionada por la efectividad de la performance cacerolera “volteadora de gobiernos”:

“Hemos visto que las asambleas se han convertido en el sitio de pensamiento inmanente de la herencia del cacerolazo del 19 y 20 de diciembre. Hemos visto que un destino es la desazón por la debilidad actual para voltear gobiernos [Primer modo de estar]. Hemos visto que otro destino es la asunción en interioridad de la consigna ya se han ido todos [Segundo modo de estar]. Hemos visto también la diferencia entre las plazas políticas estatales y las plazas políticas barriales. En perspectiva de caceroleo volteador de gobiernos, el sitio por antonomasia es la plaza estatal. La asamblea es un soviét. Hay un doble poder: a medida que se vacía uno, se condensa el otro. Finalmente, el segundo hará caer al primero y lo sustituirá. Esas asambleas son sólo técnicamente asambleas; ontológicamente son estado [Primer modo de estar] (Lewkowicz & Asociados 2002: 149-150)”.

⁷³ Un ejemplo en clave de comedia trágica de lo que estamos diciendo lo constituye el deseo que nos contaba una entrevistada afiliada a la Unión Cívica Radical (UCR) de hablar con algún dirigente del partido, motivo que la lleva a concurrir a la sede central en el momento de mayor violencia del día 20 de diciembre. Su testimonio, de alguien que no participó en asambleas, demuestra que el desborde de sentido no estaba restringido a los ciudadanos movilizados que constituirán el núcleo de los asambleístas. Por supuesto que su demanda no pudo ser satisfecha:

“... yo soy afiliada al Partido Radical, entonces llamé por teléfono ¿no? al Partido Radical... llamé por teléfono y le digo ‘quiero ir a hablar con Maglioco o con no sé quién está’, me dicen ‘hoy a las ocho van a estar’ ‘¿y puedo decir lo que quiero? Quiero putearlos’. Entonces llegué a las ocho de la noche, había unos diez o doce viejitos hablando y tomando café, ‘Ah, mucho gusto, pase’ que sé yo, nunca participativa pero bueno, mire ‘vengo a hablar antes de borrarme, yo me voy a desafiliar’ ‘no, pero tenemos que intentar otra vez’ ‘intentar otra vez qué’ le digo, ‘mirá, yo no soy una vieja loca, pero lo vieron caer a Irigoyen y no hicieron nada, a Frondizi no hicieron nada, a Illia no hicieron nada, a Alfonsín no hicieron nada y ahora a éste tampoco hacen nada, nadie nada, entonces...’, algo le falla ¿viste? (Esther, 65 años, 15 de agosto de 2002)”.

⁷⁴ Según un sondeo elaborado por Gallup en base a encuestas realizadas en la primera semana de abril, el 70 % de los entrevistados tenía una imagen positiva de los cacerolazos, porcentaje que no poseía relación directa con la participación en este tipo de protesta (“El 78 por ciento cree que se repetirán los saqueos violentos”, *La Nación*, 15 de abril de 2002). Asimismo, una encuesta realizada por la consultora Hugo Jaime y Asociados sobre 400 personas en Capital y Gran Buenos Aires reveló que uno de cada tres habitantes había participado de cacerolazos o de asambleas barriales (“Retrato de un país que vive de asamblea”, *Página 12*, 10 de marzo de 2002, pp.: 1-2)

Sin embargo, consideramos que abordar las asambleas en tanto ámbitos definidos en función de la crisis del sistema político sólo revela una cara del fenómeno asambleario. A nuestro entender, las asambleas se distancian de otros espacios de movilización por las características que adquirieron en éstas las formas de participación.

Por ello, el malestar en el espacio asambleario será examinado en función de dos perspectivas. En este capítulo, las asambleas serán observadas a partir de su función en la crisis del sistema político como lugar de debate y prácticas, como espacio que permitió la expresión y recepción del descontento general, de los diversos cuestionamientos a los responsables de la “crisis” y de los diferentes enfoques que pudiesen dotar de sentido al momento político. En el capítulo siguiente, nuestro enfoque se orientará en cambio al análisis de las asambleas en función de las formas de participación. En este plano, destacaremos que la forma *asamblea* constituyó un espacio privilegiado para la participación en términos individuales y personales.

Desde la primera de las perspectivas, enmarcamos las prácticas asamblearias en la crisis de la democracia *tal cual es*. Desde este marco, el espacio abierto y habitado por las asambleas fue un lugar legítimo para buena parte de la sociedad civil y, a la vez, de difícil crítica para los partidos políticos constituidos. Por la misma razón, dadas estas condiciones de voluntad interna y observación externa, ese espacio constituyó un campo de nuevas expectativas en relación a la crisis de lo político.⁷⁵ Así, el grueso de la sociedad política y parte de la misma sociedad civil demandaron de las asambleas vecinales o bien constituirse en el elemento de reemplazo de la dirigencia desprestigiada, o bien ser el vehículo de un nuevo programa de gobierno que sustituyese el —o las consecuencias negativas del— modelo económico de corte neoliberal que fue implementado en las últimas décadas.⁷⁶ En este sentido, demandas por decirlo así externas en no pocas ocasiones mudaron fácilmente en apreciaciones que calificaron a las asambleas por su “falta de”: por carecer de organización, de programa político, de articulación mayor o de dirigencia visible. Pero en vez de detenernos en apreciaciones externas y centradas en lo que las asambleas no hicieron o no pudieron hacer, veamos lo que las prácticas asamblearias fueron mostrando en su acontecer.

⁷⁵ Badiou distingue entre *la política* y *lo político*, donde lo último es la ficción o *filosofema político* (del lazo social comunitario y de la representación soberana) de la política, en la cual “el real, del que *la política* hace su pase, nunca tiene más que el rostro sin esencia del acontecimiento (Badiou 1990: 9, en cursiva en el original). Nosotros, sin adscribir en su totalidad a la operación filosófica propuesta por Badiou, conservamos esta distinción y nos referimos a crisis de *lo político* y no crisis política para la situación creada a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001. Y al igual que Badiou, aunque no hablemos de crisis de *la política*, tampoco creemos que la crisis de *lo político* se reduce a la crisis de representación del sistema democrático, sino que éste es un emergente contemporáneo de un proceso general de declive, sustancial al propio sistema político.

⁷⁶ Sobre los efectos de estas políticas económicas véase supra capítulo I.

1. La praxis asamblearia

Como hemos mencionado, a pesar de que la protesta del *cacerolazo* fue perdiendo vitalidad al compás de la rutinización y objetivación efectuadas por diversos agrupamientos políticos y movimientos sociales, las asambleas vecinales y/o populares se constituyeron en instancias de debate y de prácticas que habitaron la ruptura entre sociedad civil y sociedad política, primera interpretación posible del QSVT.

En tanto expresiones de malestar social y político, las asambleas no han sido los únicos agrupamientos que —en el contexto de una fuerte crisis de representación— han ensayado nuevas intervenciones ciudadanas en el espacio político. Según Echegaray, la importancia del ejercicio político ensayado por las asambleas en conjunto con otros agrupamientos y movimientos sociales surgidos de la participación ciudadana radica en que “el país está despertando simultáneamente a tres situaciones extraordinarias: la deslegitimación de la ‘democracia delegativa’, la multiplicación acelerada de la ‘voz horizontal’ como respuesta masiva a la crisis, y la generación de formas autónomas y autosustentadas de capital social (Echegaray 2002: 137)”.⁷⁷

Por tanto, en pos de un mejor acceso etnográfico a la singularidad de las asambleas en función de la crisis de lo político, hemos identificado dos modalidades de acción colectiva. Si una muestra a la asamblea como constructora de una *esfera pública política*, la otra se detiene en *sus* prácticas *autónomas* y *comunitarias*. Cada una de estas modalidades hegemonizaron la praxis asamblearia durante el primer y segundo semestre de 2002 respectivamente. No obstante, la prevalencia de una u otra no significa exclusión de la modalidad alternativa; en verdad, las asambleas se constituyeron como lugar conjunto de debate y de prácticas desde un momento muy temprano.⁷⁸

⁷⁷ Los aspectos políticos contenidos en la fórmula “democracia delegativa” refieren a:

“el recurso a mecanismos extrainstitucionales de decisión (decretos, leyes de emergencia, *per saltum* jurídicos, sobornos, presiones policiales, abusos de fondos reservados); confusión indisimulada de intereses privados y públicos; vaciamiento de las formas de control del poder; y el uso discrecional de la justicia y de la fuerza pública como recursos de negociación y capitalización política, entre otros (Echegaray 2002: 137)”.

⁷⁸ Si bien la conformación del espacio asambleario no fue un proceso unívoco ni gradual, existieron ciertas tendencias relativamente constantes a lo largo del tiempo. Una de las más obvias y recurrentemente explicitadas es el evidente proceso de adelgazamiento del número de miembros participantes. Aunque aquí quizás haya también etapas no graduales —definidas por momentos de frustración que promueven la ida de participantes que demandaron a la asamblea un determinado rol político—, sí se observó que las asambleas se estabilizaron en un número mucho menor de participantes que los que había al comienzo, que otras asambleas se fisionaron y, finalmente, que algunas dejaron de reunirse.

No obstante estas tendencias, nuestra identificación de modalidades asamblearias no se basa en ellas, sino en modos generales de funcionamiento que las asambleas debatieron y trataron de llevar a cabo. Estas modalidades están íntimamente conectadas con las respuestas ensayadas de acuerdo a las apreciaciones —asamblearias y del espacio político movilizado en general—, que identificaban factores causales de la crisis.

En todo caso, cuando ponderamos la significación de ambas modalidades desde el marco mayor del espacio político que transcurre desde la insurrección de diciembre de 2001 hasta las elecciones nacionales de abril de 2003, se pueden distinguir tres grandes etapas. Mientras la primera —ubicada en el primer semestre de 2002— se caracteriza por la constitución de una *esfera pública asamblearia*, la segunda —comprendida en el segundo semestre del mismo año— abarca el lapso en la cual las asambleas comienzan a expresarse cada vez más a través de emprendimientos autónomos y comunitarios. La tercera etapa queda a su vez definida por las inquietudes generadas por las elecciones nacionales a presidente, donde algunas asambleas retornan a la modalidad de esfera pública y otras persisten, en principio, autónomamente en sus emprendimientos políticos.⁷⁹ A su vez, podemos vincular el inicio de esta última etapa con la conformación de ciertos descontentos generales presentes en el espacio asambleario a partir del primer aniversario del 19 y 20, donde más allá de las trayectorias particulares de cada asamblea se subrayó la distancia que existió entre el carácter de la conmemoración y el peso específico de las asambleas en ella.⁸⁰

Así, en la primera etapa se puede destacar desde un primer momento la constitución de la *asamblea* en tanto *esfera pública política*. Al hacerlo así, nos interesa acentuar dos aspectos del ejercicio

⁷⁹ Debe notarse que la periodización que proponemos resulta tanto de abarcar de manera global el lapso de nuestro trabajo de campo, como de dar cuenta de las modalidades del quehacer asambleario identificadas etnográficamente desde problematizaciones que nos resultan teóricamente relevantes. Una tipología cronológica más detallada del fenómeno asambleario puede verse en Svampa (2002), quien reconoce:

(1) Enero-febrero: etapa de constitución de las asambleas. Es el período de mayor efervescencia. (2) Febrero-marzo: Funcionamiento de las diversas comisiones (de salud, de desocupados, entre otras) (3) 24 de marzo: Primera aparición pública de las asambleas en un acto político, el tradicional acto de repudio al golpe de estado militar de 1976. (4) Caracterizado por la disputa por la conducción del movimiento asambleísta por parte de los partidos de izquierda tradicionales (PO, MST, PC y PTS). Abandono de vecinos independientes. Esta situación conduce a la división de las asambleas en el acto del 1º de mayo. (5) Mayo: La presión de vecinos independientes obliga a la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario a cambiar su sistema de votación desde el sistema “un hombre, un voto” al de “una asamblea, un voto”. (6) Mayo: Se crea otra instancia de deliberación en el llamado espacio de “Colombes” de carácter abiertamente partidario (7) Julio: Comienzan las tomas por parte de numerosas asambleas de locales, por lo general pertenecientes a ex edificios del Banco Provincia y Banco Mayo. (8) Septiembre-octubre: Las asambleas se vinculan de diversas maneras con los cartoneros.

⁸⁰ El primer aniversario de los sucesos del 19 y 20 de diciembre mostró una Plaza de Mayo “piquetera” que, si bien reunió nuevamente el poder de movilización de las asambleas con una nutrida columna, puso en evidencia que el grueso de los asistentes estuvo conformado por miembros de organizaciones de piqueteros y de partidos políticos de izquierda. Asimismo, en el espacio urbano fracasaron los diversos cacerolazos que convocaron las asambleas para la noche del 19 de diciembre, previos a la manifestación mayor del día 20. Para algunos asambleístas (ver el relato de Germán de la Asamblea Centro en este mismo capítulo), estos hechos conformaron la base de un balance negativo que motivó su alejamiento de la asamblea. La asamblea a la cual pertenecía nuestro entrevistado se caracterizó por la presencia constante de la tensión entre un grupo de asambleístas y los integrantes de un partido de izquierda, tensión que llevó a la ruptura de la asamblea justamente por los sucesos ocurridos en la esquina de encuentro de la asamblea en ocasión del aniversario del 19 y 20. Si bien este contexto local constituye marco preponderante para entender por qué para Germán esa forma de conmemorar definió un punto de inflexión de su participación, lo que se reitera en integrantes de la otra asamblea analizada es la sensación de que el 19 y 20 de diciembre de 2002 resultó una conmemoración ajena al espíritu y naturaleza del espacio asambleario.

cívico de las asambleas. En primer lugar, rescatar el hecho público de que el *estar ahí* asambleario era un *estar ahí debatiendo* y, por esa razón, su misma existencia habitaba un desborde de sentido del universo de las explicaciones políticas e ideológicas disponibles. En segundo lugar, aunque no evaluaremos el funcionamiento asambleario en función de la calidad o eficacia de la discusión política, si nos interesa destacar —frente a aquellas visiones que hacen hincapié en el valor en sí de la participación y ejercicio ciudadanos— que las expectativas inherentes a tal debate estaban originadas en la necesidad de dar sentido a la crisis política general.

En la segunda etapa la praxis asamblearia estuvo destinada a concretar formas sostenidas de intervención en el espacio público. En la cronología asamblearia presentada por Svampa (ver nota 79), su comienzo puede observarse a partir de las tomas de locales abandonados hacia mediados de 2002. El punto a resaltar desde nuestro enfoque es que, dentro del conjunto de intervenciones ensayadas, se pueden distinguir tanto aquéllas que denominaremos autónomas —prácticas que conformaron espacios de puesta en marcha de actividades y servicios sociales no garantizados por el Estado y el mercado— como otras destinadas a generar nuevas formas de relaciones sociales y comunitarias que posibilitasen la construcción colectiva.

En este sentido, las asambleas fueron desarrollando en forma autogestionada desde actividades solidarias o culturales, hasta emprendimientos productivos de diverso carácter —algunos de ellos en ámbitos esenciales para la vida comunitaria, como la salud o la producción.⁸¹ Si bien no todas las asambleas ocuparon locales públicos o privados con el objetivo de llevar a cabo emprendimientos de este tipo, la mayoría discutió estas posibilidades en sus reuniones periódicas. Sugestivamente, en una de las asambleas observadas (la Asamblea Centro), la discusión sobre la toma de un posible local se dio a la par de un sentimiento creciente de que el debate político al interior de la asamblea se estaba tornando inviable.⁸²

⁸¹ A modo de ejemplo, entre muchos otros, la pizzería cultural de la Asamblea de Villa Urquiza recreada a partir de la vieja pizzería “La Ideal”; la ocupación de la ex clínica Haedo por parte de la Asamblea Haedo; el centro cultural Nunca Más de la Asamblea de Villa Pueyrredón. En los casos que observamos etnográficamente, la Asamblea Centro organizó desde los primeros meses del año compras comunitarias destinadas en principio para vecinos en general. Algunos asambleístas colaboraron con una asamblea vecina que había levantado un comedor infantil. La Asamblea Norte organizó por su parte una feria para vecinos desempleados y también organizó (por un tiempo menor a la Asamblea Centro) compras comunitarias destinadas a los propios asambleístas y a la asistencia de unos comedores existentes en el barrio. Ambas asambleas discutieron la posibilidad de ocupar un local o tener un lugar cerrado propio. En la Asamblea Centro, tal discusión no se zanjó hasta el momento de división de la asamblea. A su vez, la Asamblea Norte inició tratativas para pedir la cesión de un edificio abandonado perteneciente a la concesión privada del ferrocarril, pensando en acondicionarlo para su uso como centro cultural.

⁸² La observación señalada ilustra el punto que la recepción de teorizaciones que enfatizaban una orientación ideológica centrada en el concepto de *autonomía* —concepción que en el contexto local se había desarrollado prioritariamente en ciertos agrupamientos piqueteros— constituyó un proceso que no se desarrolló sin

En una tercera etapa, ubicada en los meses previos a las elecciones presidenciales de abril de 2003, las prácticas de las asambleas se vieron explícita o implícitamente afectadas por su coexistencia con el tiempo electoral. En el caso de la Asamblea Norte (única asamblea de las dos observadas que continuó reuniéndose periódicamente durante los primeros meses de 2003), el contexto eleccionario llevó a que la asamblea retomase la modalidad de *esfera pública política*.

Presionadas por las expectativas “autónomas” propias y ajenas y por la apreciación de que dicho momento electoral constituía un índice de su vitalidad política a través del llamado “voto bronca”, las asambleas enfrentaron las inquietudes personales que generó el voto organizando jornadas de debate —algunas sumando a otras asambleas— y, en ese contexto, comenzaron a darse formas más acabadas a balances y autocríticas que no se habían producido en ocasión del primer aniversario del 19 y 20 de diciembre.

2. La esfera pública asamblearia

a) Concepto de esfera pública.

El concepto de *esfera pública* refiere en Habermas (1986) a un espacio público distinto al Estado y al mercado. Si, en términos históricos, el análisis habermasiano trata de la institucionalización de un espacio público concreto —en este caso, la institucionalización en el siglo XVIII de una *esfera pública burguesa*—, no menos cierto es que tal concepto puede conservarse en tanto modelo normativo. En el primero de los sentidos, en la esfera pública burguesa

“... se exige un tipo de trato social que no presupone la igualdad de *status*, sino que prescinde por lo general de él. Se impone, tendencialmente, frente al ceremonial de los rangos, el tacto de la

ciertas resistencias en el caso de las asambleas. En particular, ilustraremos esta situación en su tensión con la modalidad de *esfera pública asamblearia*. A nivel general, este tema fue tratado bajo la forma de una tensión entre debatir y hacer. Pero no fue sólo esto: la tendencia hacia una definición sustantiva de las asambleas en torno a las prácticas autónomas —en diálogo con los movimientos piqueteros “autónomos”— o en la ocupación de locales —en diálogo con los partidos de izquierda— afectaba además el alcance de conceptos básicos que habían conformado el núcleo de las concepciones asamblearias, tales como las nociones de *soberanía* y *horizontalidad*. Así, en una primera etapa, la noción de que la “asamblea era soberana” significaba que sólo respondía a los mandatos de su propio consenso y que éste constituía un producto de la **participación horizontal e individual de cada uno** en el debate y en las actividades de la propia asamblea —entramado desde el cual se va a conformar en esta etapa la crítica a los espacios inter-asamblearios. En cambio, en la segunda etapa, la *autonomía* afectará a la *soberanía* asamblearia así definida en la medida que la primera —que en un nivel muy general connotaba en este momento un “desatenderse” de formas y problemas surgidos en la “política oficial”— en la práctica supuso paradójicamente una mayor dependencia de la asamblea con respecto al espacio mayor inter-asambleario y de movimientos sociales.

igualdad de calidad humana de los nacidos iguales. La paridad, sobre cuya base, y sólo sobre cuya base, puede la autoridad del argumento afirmarse, y hasta acabar prevaleciendo, frente a la autoridad de la jerarquía social, significa —de acuerdo con la autocomprensión de la época— paridad de los ‘meramente hombres’. *Les hommes, private gentlemen, die Privatleute*, las personas privadas constituyen el público, y no sólo en el sentido de que el poder y la vigilancia de los funcionarios públicos han sido puestos fuera de juego; tampoco las dependencias económicas tiene ahora, por principio, eficacia; las leyes del mercado están tan suspendidas como las del Estado. No es que en las casas de café [Inglaterra], en los salones [Francia] y en las sociedades [Alemania] se haya realizado de un modo serio esa idea de público; pero con ellos se ha institucionalizado como tal idea, cuajando así como exigencia objetiva y haciéndose así, si no efectiva, sí eficaz (Habermas 1986: 73-74)”.

En el segundo de los casos, entonces, el ideal asociado al concepto de *esfera pública* refiere a una discusión racional e irrestricta (entre personas privadas) sobre la cuestión pública.

La *esfera pública* habermasiana media por tanto entre la sociedad civil y el Estado, pero lo hace en tanto espacio interdiscursivo. Su presencia es fundamental al ejercicio democrático, para que tengan lugar no sólo la participación de los ciudadanos sino también sus objeciones críticas al sistema.

Esta noción de *esfera pública* ha sido objeto de diferentes interpretaciones y críticas. Para Fraser (1997), como vimos, la idea de esfera pública resulta un aporte fundamental a la construcción de una teoría crítica. De esta forma, esta autora rescata la distinción que tal concepto efectúa entre los aparatos del Estado, la economía oficial y los espacios de discursos públicos —distinción que el concepto habermasiano de *esfera pública* teoriza. No obstante, Fraser se distancia de tal concepto al sostener que la no realización efectiva del ideal utópico de la esfera pública no se debe, como sostiene Habermas, al desarrollo posterior del capitalismo de masas sino que, desde su origen, la *esfera pública burguesa* estuvo constituida de exclusiones de género, de raza y de clase que impedían la paridad en la participación.

En consecuencia, para Fraser la existencia de múltiples esferas públicas en lugar de una única esfera pública (burguesa) realizaría con mayor firmeza y eficacia el ideal de espacio racional interdiscursivo. La existencia de múltiples espacios públicos conformados por *contrapúblicos subalternos* aseguraría en mayor medida la paridad en la participación de los grupos marginados. En un sentido similar, mencionamos ya que otros autores han sugerido que los movimientos sociales contribuyen al fortalecimiento democrático a través de la multiplicación de esferas públicas (Alvarez, Dagnino y Escobar 1998: 20).

En el nivel concreto, Lins Ribeiro expresa que la “marca fundamental del espacio-público-real⁸³ es la copresencia fenomenológica, basada en los sentidos corporales, en las indexicalidades y en los

⁸³ Lins Ribeiro considera la existencia de un “espacio-público-real”, al que diferencia de un “espacio-público-virtual”, producto de “Internet como base tecnosimbólica que posibilita el nacimiento y potencializa el desarrollo de una comunidad transnacional imaginada-virtual (Lins Ribeiro 2003: 199)”.

intercambios de informaciones/sensaciones inmediatas entre actores en interacción en un punto determinado del espacio, un mismo lugar compartido (Lins Ribeiro 2003: 200)". En un nivel general, para este autor la reflexión sobre la esfera pública debe contemplar también las transformaciones operadas en el espacio público moderno y los procesos de individuación en el espacio mayor de la sociedad.⁸⁴

En todo caso, lo que nos interesa destacar es que la participación individual ocasiona que la modalidad asamblearia de esfera pública comporte la copresencia fenomenológica de la cual nos habla Lins Ribeiro. Teniendo en cuenta entonces esta matriz individual y presencial de participación, las diferencias que más nos importan respecto a los modelos normativos propuestos para explicar su funcionamiento refieren no a la cuestión de una única o varias esferas públicas, sino a las formas de encarar el *estar ahí* de manera colectiva.

A este respecto, la imposibilidad de suspender la propia condición social o la identidad política al interior de la esfera pública ancla la principal objeción que realiza Fraser al modelo habermasiano.

En éste:

"... a un nivel, la idea de la esfera pública designó un mecanismo institucional tendiente a 'racionalizar' la dominación política al hacer responsable al Estado frente a los (algunos) ciudadanos. A otro nivel, designó un tipo específico de interacción discursiva. Aquí, la esfera pública connotaba un ideal de discusión racional irrestricta sobre los asuntos públicos. Esta discusión debía ser abierta y estar al alcance de todos; los intereses privados eran inadmisibles; *la desigualdad de condición debía ser puesta entre paréntesis*; el poder debía excluirse y los interlocutores debían deliberar como pares. El resultado de tal discusión sería la 'opinión pública', en el sentido fuerte de un consenso racional acerca del bien común. (Fraser 1997: 100, las cursivas son nuestras)".

En cambio, para Fraser, el ideal subyacente de debate racional sobre la cosa pública se logra mejor no mediante la suspensión de la condición social —debido a que tal cosa no es posible en la práctica—, sino en su discusión explícita. En esta perspectiva, hacer "como si" las desigualdades sociales no existiesen es reproducir el clásico efecto ideológico del liberalismo, en donde la universalidad y neutralidad de categorías como individuo o ciudadano ocultan las desigualdades de hecho, étnicas, de clase y de género. Para Fraser,

"... para obtener una esfera pública en la que los interlocutores puedan deliberar como iguales, no basta con suspender las desigualdades sociales. Por el contrario, la eliminación de las

⁸⁴ Brevemente, la propia idea del espacio público se transforma a la par de las transformaciones en las sociedades (ver Sennett 1978) y de las ciudades, donde se destaca el nuevo papel "de los medios masivos de comunicación como forma de reconstruir la totalidad presumida del espacio-público-real (Lins Ribeiro 2003: 201)". Para García Canclini "la caracterización socioespacial de la megalópolis debe ser completada con una percepción sociocomunicacional, que dé cuenta del papel re-estructurador de los medios en la definición y en el desarrollo de la ciudad" (G. Canclini 1997: 150). El papel de la radio en la conformación del espacio público es analizado en profundidad en Winocur (2003). Finalmente, con respecto a la existencia de un "espacio público radial" ver nuestro capítulo V.

desigualdades sistémicas es una condición necesaria para la paridad en la participación. (Fraser 1997: 112-113)”.

La cuestión de si el debate asambleario suponía o no la suspensión de las identidades (previas) puede verse claramente en el ejemplo siguiente. En éste, una conocida militante feminista analiza su participación asamblearia en estos términos:

“Sigo siendo una feminista cuyo trabajo se centraliza en la despenalización del aborto y que está en diferentes espacios del activismo como Madres Línea Fundadora, la Comunidad de Homosexuales Argentinos (CHA), el IT y el Area de Estudios Queer de la UBA. Pero siento que en este momento me convocan más la acción ciudadana, la acción cívica y la acción social y más que ser una feminista que integra una asamblea, soy una asambleísta (Bellucci, en Moreno 2002d)”.

Aunque para Bellucci su actitud se debía a que consideraba que las asambleas en esos primeros momentos debían conservar un referente general de discusión colectiva dejando las singularidades para un momento posterior,⁸⁵ se diferencia de Adriana, una de nuestras entrevistadas, para quien no corresponde abandonar la militancia feminista en ningún marco de participación ciudadana. Su testimonio sirve de contraste, a pesar que esta última participe en la asamblea como investigadora y no como asambleísta:

“... si sos feminista, si tenés conceptos feministas, de alguna manera esos conceptos permean todas tus otras miradas, porque el feminismo de alguna manera es un atravesamiento, o sea, desde este concepto alguien que dice eso [poner en suspenso la identidad feminista], no es feminista o... está en contradicción (Adriana, 45 años, feminista, investigadora, 30 de julio de 2002)”.

En resumen, los dos modos de encarar el estar ahí de la participación que hemos presentado no significan sólo dos teorizaciones distintas acerca de cuál es la mejor manera de asegurar la paridad y la igualdad en la participación. También representan dos extremos bajo los cuales se puede enmarcar las intensas discusiones —desde el mismo comienzo de las asambleas con el tópico temprano del “aparateo”— llevadas a cabo con el objetivo de dar una forma apropiada, por un lado, al derecho de todos a participar —restringido quizás solamente por el carácter de vecino— y, por otro, a la diversidad subyacente a ese todos.

⁸⁵ Para Bellucci el aparateo de partidos y movimientos en las asambleas y en modo general, la introducción de demandas ideológicas particulares, que se dan

“... en momentos en que se está construyendo un nosotros (...) me parece poco político. Para estar e intervenir en las asambleas, básicamente lo que se necesita es paciencia. Y entonces a un tema como el del aborto, por ejemplo, que es recurrente en la cultura política argentina -a esto yo lo he discutido con algunas feministas- hay que esperar que la misma realidad lo saque para trabajarlo dentro de una asamblea. Sin ir más lejos apareció por ejemplo el día del fallo de la Corte Suprema ¿No? Y entonces me parece que si se está abordando el tema del impacto de la deuda externa o la reforma electoral, que yo irrumpa con mi discurso viendo cómo puedo penetrar con el tema de la despenalización del aborto es a mi entender como seguir aparateando desde las formas más tradicionales. Hay algunas asambleas donde ha aparecido la Comisión Mujer, entonces ahí sí me parece interesante porque es una necesidad de la propia asamblea, inducida o no. Para que emerjan las diferencias en sus singularidades dentro de las asambleas hace falta tiempo (Bellucci, en Moreno 2002d)”.

La conformación de un *estar ahí debatiendo* constituyó una consecuencia inherente al malestar con las explicaciones sobre qué comporta “ser ciudadano/a” existentes y dominantes en el espacio político hegemonizado por la opción *democracia o dictadura*. Entendemos que por ello la ruptura entre sociedad civil y sociedad política operada en diciembre significó, en el caso de muchas asambleas, la generalización de la categoría *vecinos* como lugar de enunciación que posibilitase que el encuentro asambleario fuese algo más que un encuentro entre extraños (considerando aquí además que el cacerolazo había construido de hecho un *nosotros* festivo y de una potencia inusitada). Como destacan Feijoo y Oroño, la pronta generalización de la categoría “vecinos” como término de referencia entre los asamblearios se explica en un contexto en que los ciudadanos “rechazan —a veces hasta grados exasperantes— las antiguas formas de nombrar a los agentes y relaciones políticas (Feijoo y Oroño 2002: 30)”. Volveremos sobre las implicancias y significados de la generalización de la categoría *vecinos* como condición de posibilidad de la construcción política en el capítulo IV. Por ahora, nos interesa plantear que los dos modelos presentados de esfera pública nos resultan útiles para abordar el debate asambleario, en tanto se reflejan y refractan en las dos posiciones prevalentes que hallamos en las mismas asambleas al momento de explicitar cómo estaba armándose o debía armarse el “nosotros asambleario”. Si, por un lado, el rechazo a las categorías, modos e identidades políticas exteriores a la asamblea que se fue atrincherando tras una idea excluyente de *vecino* parece evocar una esfera pública de lógica habermasiana, la disputa por admitir en el encuentro asambleario la confluencia de diversas trayectorias políticas y personales parece responder, por el otro, a una concepción de esfera pública más fraseriana —aunque no tanto por hacer lugar explícito a diferencias de raza, clase y género, cuanto por admitir identificaciones políticas que diversificaran la categoría de *vecino/a*. Y en efecto, cada una de las asambleas observadas mostró modos distintos de dar respuesta a esta tensión.⁸⁶

⁸⁶ El caso observado de las feministas muestra también que la tensión planteada no se reduce al problema del “aparateo” (y la resistencia al propio) de partidos de izquierda. Otro caso, el de Iván de la Asamblea Centro, es ilustrativo de que esta tensión puede darse en el seno de la misma persona, aún en alguien que apuesta fuertemente al debate colectivo de la asamblea:

“Yo al principio creía que no iba a ser conflictiva [la coexistencia de su participación en la asamblea y su militancia en una organización sindical] Pero lo fue. O sea, yo voy siempre de buena voluntad (...) siempre nos planteamos, nos propusimos no interferir, no interferir como aparatos, pero el aparato lo excede al individuo, entonces uno es del aparato aunque uno no quiere, no quiere intervenir como aparato y es perseguido como aparato. Entonces llega un punto donde más vale hacerse cargo o renunciar. Más allá de la voluntad... esa fue mi percepción, que fue en alguna medida traumática porque yo no quería que pasara eso, pero no lo pude evitar, el escenario me excedió, yo me daba cuenta, digamos... que en su momento tuvo buenas cosas: el 29 de mayo de 2002 fue una gran convocatoria, la convocatoria más alta que tuvo [su organización] y participaron casi todas las asambleas y a mí me pareció buenísimo. Eso, me parecía que si yo podía militar en los dos lados por qué no se van a unir [risas] ¿no? Si yo no soy un esquizofrénico entonces por qué no se pueden unir los dos espacios en los que... porque en definitiva ese era mi cuestionamiento ¿no? O yo soy un esquizofrénico o esto olvidate que es imposible. Y en alguna medida lo fue. Pero también es cierto que la gente no le gusta, cuando no quiere... cuando un grupo político no quiere ser aparateado percibe toda actividad como aparateo y en alguna medida creo que tienen razón. Creo que toda actividad de una

a. 1) La Asamblea Centro

Como hemos mencionado en la presentación general de las dos asambleas estudiadas, la Asamblea Centro se caracterizó, con respecto a la Asamblea Norte, por la presencia de un grupo de personas pertenecientes a un partido de izquierda. En ocasiones, tal situación motivaba que la asamblea quedase conformada en dos bandos, donde frente a la acción coordinada de los militantes se agrupaban todos los demás asambleístas, fuesen independientes, nuevas izquierdas o miembros de organizaciones sociales de carácter sindical o de la sociedad civil.

La polarización era observable en la dinámica de la asamblea a través de las acusaciones personales y en el reemplazo del debate por el momento de votación, que prolongaba el encuentro hasta las horas de la madrugada. Tal situación era, en palabras de Mirta, algo sistemático:

“Hay días que sí, hay días que no, eso es una característica que no sé si habrá dado en otra, casi era automático, un día se pensaba, hablaba y otro, al siguiente, era una pelea descomunal... bueno habría que ver las otras [asambleas], en general los que participan dicen que es algo así y salvo los momentos que se hacen cosas que están muy entusiasmados, entonces no nos peleamos tanto... (Mirta, 55 años, de la Asamblea Centro, 19 de julio de 2002)”.

Asimismo, la polarización en dos bandos se profundizó a la par del proceso de consolidación del grupo de participantes: en la reducción de su número y en el conocimiento mutuo. Las consecuencias del re-conocimiento del otro asambleísta en términos de su ideología política significó aquí una nueva profundización de la polarización hasta llegar a la inhabilitación de un debate conjunto:

“... los primeros tiempos: una de las discusiones era que si uno venía como vecino, si venía como orgánica política, si como orgánica social, así que, hubo varias discusiones... inclusive, en alguna asamblea, *acá, se planteó que cada uno tenía que decir de qué partido era y garantizar el no aparateo*, qué sé yo. No estaba dicho así pero eso era la idea. Entonces, la discusión que se armó fue el macartismo que genera el tener que decir soy de tal o cual partido o, de tal organización social porque, bueno, hay gente de la CTA, hay gente del FRENAPO que no es un partido político pero es una organización (...) con el tiempo se fue puliendo eso, el macartismo, así, de que quiero saber dónde militás vos. Después, uno empieza a escuchar los discursos de cada uno y, más o menos, te vas dando cuenta de dónde... de cuál es su extracción política pero, bueno, digamos, no fue muy conflictivo pero sí, hubo un poquito, así, de... a ver quién... (Malena, 37 años, de la Asamblea Centro, 18 de julio de 2002)”.

En contraste, según se desprende del relato de Viviana, los primeros encuentros estaban regulados por otras pautas:

persona perteneciente a un grupo... grande que podría denominarse aparato, bueno, pertenece a ese aparato, se hace cargo o no se hace cargo. Yo me hice cargo, en definitiva porque me parece que [su organización] es un colectivo que en líneas generales me agrada, cuando deje de agradarme veremos qué pasa, más allá de las diferencias muy grandes que tengo en este momento con la dirección y todo pero, me parece bien pertenecer a este colectivo y tuve que elegir en un momento (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, 24 de julio de 2003)”.

“... se llegó a votar que no había que decir quién eras, a pesar que nosotros queríamos que se dijera y llevamos la discusión a la asamblea, se llegó a votar que nadie diga si viene de un partido político porque todos los partidos estaban mal vistos y si no venían de un partido también estaba mal visto, todas las organizaciones estaba mal, y ahora... se empieza a complicar... que sé yo, nadie se quiere identificar como un cacero, somos vecinos... nos llamamos vecinos porque somos vecinos, no tenemos una identidad así de grupo... no? que todos sentimos lo mismo al menos, estamos todos muy... que sé yo... los que están a favor que las asambleas se conviertan en un partido político quieren llevar eso para algún lado, los que queremos que la asamblea siga siendo lo que es como que estamos en otra... en otra línea, entonces no hay una cosa así... nos sentimos tal cosa... (Viviana, 25 años, de la Asamblea Centro, 30 de mayo de 2002)”

Una anécdota que nos cuenta Mirta refleja el clima imperante en los primeros encuentros, dominados por la presencia masiva de más de un centenar de vecinos “independientes”, lo cual parece ratificar la apreciación mencionada por Feijoo y Oroño:

“[La primera vez que se acercó a la asamblea] estaba muy entusiasmada con esta cuestión que tomó la FUBA [Federación de Estudiantes de Buenos Aires] nueva, venía de esa reunión y se iba a hacer al otro día una reunión (...) entonces quise avisarlo y una vieja dijo ‘FUBA qué es eso, ves los politiqueros de siempre, me voy inmediatamente porque bla bla bla siguen con esto con las siglas, bla bla’ nunca, habré estado un mes sin hablar, porque realmente me dijo de todo, la gente... muchos le dieron la razón, otros decían no tanto (Mirta, 55 años, de la Asamblea Centro, 19 de julio de 2002)”

La atenta mirada vigilante de los vecinos independientes de los primeros encuentros masivos (que reaccionan frente a la mención de siglas como símbolos de la vieja política) hizo impredecible la reacción ante la presentación explícita de la identidad política personal. O en su defecto, cabe imaginarse el repudio.⁸⁷ Así, podemos concluir que la reducción numérica de participantes en la Asamblea Centro significó un desplazamiento de un modelo de debate en el cual primaba la condición de suspender la identidad política hacia otro sustentado en la presentación explícita de la ideología personal y de la pertenencia alternativa a la asamblea. Aún más, el proceso de

⁸⁷ Otra descripción del rechazo por parte de vecinos no militantes se manifiesta en el siguiente testimonio de otra asambleísta, el cual se inscribe en una reflexión general acerca de la relación entre habitantes de un territorio determinado y militantes provenientes de otros sectores sociales:

“Yo creo que la cosa hay que organizarla como la identidad desde el barrio, desde el vecino, o sea, a distinta cosa de la organización a través de partidos políticos. Yo creo que si vos querés comenzar algo horizontalmente, o sea, esa cosa que es, decíamos de lo pequeño a lo grande, o sea parte de la cosa vecinal hacia... Porque aparte, trabajándolo desde el punto de vista de la idea del vecino, sí, yo me di cuenta, de repente te encontrabas... los primeros días había una gran cantidad de gente de todo tipo que se acercaba. Cuando se empezaron a acercar gente ya con una militancia dentro de un partido político, ante eso la gente se echó atrás. Porque bueno, yo creo que la gente... Por un lado, vos no podés a la gente empezar a hablar de... no pago, quizás ahora sí podés plantearle lo del fondo, pero para mí al principio no se podía. Y por otro modo, la gente todavía viene con cierto temor de la gente que viene de la militancia, de la gente que viene de izquierda y que hay ciertas asambleas donde se embanderaban, especialmente la gente que venía con todo una cosa media de los “troskos” y demás etcétera... y de repente me encontraba con gente mayor que se daban vuelta y que decían: ‘yo a esto no vine’ (...) El tema es el siguiente también, yo creo que viene también producto de la época de la militancia de uno... que uno aprendió de que vos tampoco podés insertarte en los lugares donde no te pertenece, donde no te corresponde, porque fundamentalmente primeramente y más en este momento, no sos aceptado. Se te ve con miedo, entonces en vez de poner, o sea... también, en esa asamblea de sector de clase media podés producir modificaciones y cambios. Yo de repente voy a una asamblea que no me corresponde en Villa Ortúzar, primero, no soy de la zona... y no estoy mimetizada con la gente y la gente te

polarización impulsó el pedido de hacer explícito dicha pertenencia en aquellos casos en que los participantes continuasen sin hacerlo.⁸⁸

a. 2) La Asamblea Norte

El caso de la Asamblea Norte fue distinto. Hacia marzo de 2002, uno de los ejes del debate giraba en torno a un proyecto de reglamento elaborado por un asambleísta. En la opinión de su autor, su redacción se debía a la necesidad de focalizar la asamblea hacia las tareas urgentes que demandaba la crítica situación política:

“Yo siento que estamos filosofando y filosofando y que no hacemos nada. Yo traje este reglamento hace tres reuniones y nada, todavía no votamos, y lo pasan a la comisión. Habría que pensar quién manda, si la asamblea o las comisiones. Porque todo va allá [a las comisiones], ¿por qué no lo discutimos ahora? (Santiago, 55 años, de la Asamblea Norte, en nuestros registros (R6) de la asamblea del 11 de marzo de 2002)”.⁸⁹

La moción de Santiago fue aprobada y se dio comienzo a la lectura del reglamento que constaba de varios artículos que fueron propuestos uno a uno a votación. La mayoría fueron aprobados a excepción de uno que generó reparos. Este artículo estipulaba que si una persona participaba en dos asambleas debían abstenerse de votar en una de ellas. En la opinión de su redactor, su incorporación estaba destinada

“a evitar el aparateo, porque excepto estos chicos que están haciendo un estudio [se refiere a nosotros] y que van a varias asambleas, es decir, nadie que trabaje puede a ir a varias asambleas, excepto que sea militante (Santiago)”.

Frente a Santiago, la voz de otro asambleísta se elevó para expresar su oposición al artículo:

mira con... Entonces yo creo que eso ya lo pasamos en un momento, eso tuvo que servir de aprendizaje (Erika, 55 años, asambleísta, 21 de mayo de 2002)”.

⁸⁸ Una apreciación en el sentido de que existió por parte de militantes asambleístas una suspensión “estratégica” (demorada para un momento posterior) de su identidad extra-asamblea se desprende del siguiente relato:

“No, nunca me presento como feminista. Obviamente, no escondo mi discurso feminista pero no salgo como, de repente, en otros ámbitos, que salgo con la cuestión petardista que si alguien dice algo machista yo salgo, o sea, no. Una actitud mas solapada pero sí, trato de incluir bastantes planteos. Trato de que, digamos, de hecho con unas compañeras hicimos todo el laburo del tema de los métodos anticonceptivos con mujeres de [nombra otra localidad de la zona sur de la provincia de Buenos Aires] empezamos a armar unos talleres... Igual las cuestiones de género las tratamos de ir metiendo, ¿no?, eso sí, pero no con un... planteando en un primer día: soy feminista (Camila, 25 años, asambleísta, 24 de julio de 2002)”.

⁸⁹ Lo que no impidió que otro asambleísta se retirase enojado de esa reunión por los mismos motivos por los cuales Santiago había confeccionado el reglamento, cuando finalmente se decidió colectivamente discutirlo como había pedido su autor:

“Yo siento que mientras nosotros hablamos del reglamento todo está para la mierda y que tenemos que pensar qué vamos a hacer en serio (Pedro, 60 años, de la Asamblea Norte, en nuestros registros (R6) de la asamblea del 11 de marzo de 2002)”

“Yo voy a argumentar por qué voy a votar en contra de este punto. Porque yo creo que eso no hace falta ponerlo, porque la dinámica de la propia asamblea va a neutralizar a todos los *extraños* (Andrés, 29 años, de la Asamblea Norte, en nuestros registros (R6) de la asamblea del 11 de marzo de 2002)”.

Finalmente, ese artículo fue vetado. La mayoría compartió la sensación de que la Asamblea Norte tenía una dinámica particular que lo hacía innecesario. Y en efecto, en esta asamblea rara vez las discusiones culminaban en el arbitrio de una votación “apareada” desde participantes partidariamente encuadrados.

La determinación de alejar a militantes partidarios queda evidenciada en la génesis propia de esta asamblea, según se desprende del testimonio siguiente:

“Bien, esta asamblea fue muy apareada... [se refiere a una asamblea vecina a la cual concurre por primera vez] (...) o sea, se notaba bastante, bueno, entonces, me fui a otra de... [nombra otra asamblea vecina] que también fue muy apareada y que se dividió por esto. Ahí, conocí a una persona y las dos manifestamos ser... [del mismo barrio] y ‘¿si hacemos una en [nombra su barrio]? Sí’. Entonces, nos reunimos en la casa de una vecina, diez personas y, bueno...claro y, ahí, decidimos hacer esta asamblea... [soy] una de las fundadoras (Inés, 45 años, de la Asamblea Norte, 11 de julio de 2003)”.

Otro de los mecanismos utilizados por esta asamblea (también mencionado por Santiago), consistió en diferir las discusiones álgidas y derivarlas hacia las reuniones de las dos comisiones en funcionamiento, de modo que el carácter no decisorio de estos espacios (con respecto al carácter deliberativo y soberano de la asamblea mayor), pero también el menor número de integrantes permitiesen un debate con menos fricciones.

En todo caso, esta política implícita de exclusión y auto-exclusión de identidades políticas previas (percibida como condición de posibilidad del debate político como pudimos observar en el relato de nacimiento de esta asamblea) no pudo elevarse como criterio general a la hora de atender a la diversidad realmente existente que se fue presentando en el transcurso posterior. La discusión sobre el reglamento perduró algunos meses más, donde la objeción de quienes lo impulsaron fue variando desde una demanda de aprobación a una demanda por su aplicación una vez que fue votado. Por lo expuesto, se puede calificar esta propuesta (y la discusión que motivó) como un emergente de la presión de la diversidad de trayectorias individuales que confluían en el encuentro —trayectorias que demandaban la explicitación de reglas de funcionamiento como un modo de asegurar la paridad en la participación.⁹⁰

⁹⁰ La conformación del reglamento puede observarse a la luz de muchos otros debates, en especial, aquél que se preguntaba por si la tan preciada horizontalidad suponía ausencia de reglas de funcionamiento o no. Uno de nuestros entrevistados, quien participó en la elaboración del reglamento, expresaba:

“... igualmente yo creo que nosotros enseguida que nos organizamos en la cuestión de... a pesar de, es decir, yo estuve en la confección del reglamento, cuando noté que se empezaba a perder asambleas por falta de

Aún así, podemos concluir que en el caso de la Asamblea Norte, si bien durante el proceso de formación de grupo la presión de las diversas personalidades e ideologías motivó una demanda por explicitar las reglas de funcionamiento, tal debate no significó aquí un cambio de modelo hacia una presentación explícita basada en la ideología personal. La reflexión de Patricia al momento de hacer un balance de la particularidad de su asamblea —como asambleísta que también participó de las discusiones realizadas para dotar de un reglamento escrito a la asamblea— es significativa de que, a pesar de la confluencia de diversas trayectorias personales fuertes que obstaculizaban la deliberación colectiva, el ideal de un debate racional y conducente a la cuestión pública y política requería aquí algún tipo de suspensión de las perspectivas ideológicas (y personales) de cada uno:

“Si hay algo rico que tiene... [nombra su asamblea] a diferencia del comentario de otras... porque yo no asistí a ninguna otra, es que es bien pura de gente del barrio... Pero tiene quilombos como los tiene cualquier agrupación incipiente... eso es normal... si no fuera así sería anormal, pero creo que la riqueza que tiene es que cada cual, *es como que dejó su militancia personal y trata de aportar desde una óptica individual pero con un pensamiento global* y eso es muy rico, no es fácil, en definitiva se producen millones de problemas porque vos te darás cuenta, que presenciás las asambleas, que por ahí se diluyen los temas, se pierden, por ahí se hacen aburridas, por ahí, no. Pero la clave de esto es tener la tolerancia suficiente como para bancarse todo. Porque así como yo espero que me escuchen a mi también tengo la obligación de escuchar a los demás, en ese entorno donde yo me paro (Patricia, 42 años, de la Asamblea Norte, 13 de junio de 2002)”.

* * *

Resumiendo, hasta aquí se ha expresado que la asamblea como *esfera pública* significó que el “estar ahí” asambleario fue una participación en un espacio de debate/disputa de ideas más que de acciones y emprendimientos. Para que ese espacio interdiscursivo de debate asambleario pudiese existir frente la evidente diversidad ideológica que confluía en los encuentros, las asambleas ensayaron diversas respuestas: confección de reglamentos, votaciones que prescribieron no decir la pertenencia partidaria personal, formación de nuevas asambleas, entre otras. En conjunto, hemos analizado la diversidad de respuestas a través del contraste de dos tipos ideales pensados para asegurar la racionalidad y la paridad en la participación, identificados cada uno con los modelos de *esfera pública* propuestos por Habermas y Fraser.

Ahora bien, como demuestra el contrapunto entre Santiago y Pedro —donde ambos fundamentan sus posiciones encontradas alegando la urgencia política de la crisis— muchos de los malestares

organización, ahora se pierden por otras cosas, porque... nos colgamos hablando de cosas chiquititas no sé, pero en ese momento perdíamos mucho porque no había una organización, uno se iba y no sabía lo que había escuchado, entonces bueno, con Patricia confeccionamos ese, en función de algo que trajo Santiago, que era quizás un poco rígido, entonces algunos puntos fueron cuestionados, cambiados, y confeccionamos un desarrollo de la asamblea, como darle, cómo iban a ser los informes, como elegir y eso que sé yo, me parecía que los delegados tenían que ser nombrados antes que salieran los anteriores, boludeces así me parecían que eran más... que después nunca se aplican con... demasiada rigurosidad, pero bueno, ordenó un poco, y yo más

que se fueron dando en el espacio asambleario remitían tanto al contexto mayor de la crisis política —en una dinámica donde la urgencia de “soluciones” se reproducía ante cada acontecimiento nacional reflejado por los medios o por el propio espacio de la sociedad civil— como a problemas internos de funcionamiento.

Frente a la crisis política general, el ejercicio cívico asambleario mostró como valores fundamentales la *soberanía* y la *horizontalidad*. En esta primera etapa caracterizada por la modalidad de *esfera pública asamblearia*, la noción de que la “asamblea era soberana” o bien significaba en su dimensión ejecutiva su pretensión de constituir el *único* poder —fundamentalmente en aquellos para los cuales las asambleas debían conformar un gobierno popular— o bien significaba en su dimensión deliberativa que sólo respondía a los mandatos de su propio consenso y que éste constituía un producto de la **participación horizontal e individual de cada uno** en el debate y en las actividades de la propia asamblea. En este último marco —esto es, la asamblea como *esfera pública* que se ha analizado en el apartado anterior— la *horizontalidad* en la participación suponía la paridad para todos sus integrantes y la libertad de cada uno de emitir su opinión y ser escuchado. Esta fundamentación mutua entre los postulados de *soberanía* y participación *horizontal* e individual constituyó por tanto uno de los motivos por los cuales en esta primera etapa no fue posible sostener un espacio de coordinación entre asambleas.⁹¹ El aspecto de *esfera pública* de la asamblea constituyó un *estar ahí debatiendo* para participantes que conservaron sólo una presentación individual (Ver al respecto el capítulo IV).⁹²

No obstante, desde el punto de vista de las expectativas generales (de sus participantes y de la sociedad civil), las asambleas aspiraban a conformar una modalidad de intervención propia en el campo político. En consecuencia, a pesar de que en las asambleas individuales se mencionaba generalmente que los espacios inter-asamblearios carecían de aquellas condiciones originarias y

que nada por una cuestión de que veía que la gente se podía llegar a embolar (Simón, 36 años, de la Asamblea Norte, 20 de junio de 2002)”.

⁹¹ Nos referimos a la disolución temprana del espacio inter-asambleario de Parque Centenario como un espacio reconocido de deliberación y resolución por parte de las asambleas individuales. Estas reuniones llegaron a congregarse en el momento de mayor concurrencia a unas tres o cuatro mil personas hacia marzo de 2002.

⁹² El cambio de votación en la Asamblea Interbarrial desde “una persona, un voto” a “una asamblea, un voto” —ver cronología establecida por Svampa (2002) en nota 79— podría estar indicando que la horizontalidad pudo mantenerse abandonando la matriz individual de participación. No obstante, debe recordarse aquí que tal medida —propuesta por las asambleas independientes— estaba destinada a establecer reaseguros contra el aparateo de los partidos de izquierda en las votaciones. Constituían pues medidas tendientes a conservar la soberanía de este espacio inter-asambleario, soberanía basada, a su vez, en las soberanías particulares de las asambleas concurrentes. Sin embargo, tal equilibrio se demostró precario y podemos sugerir que se debió a la distancia que se abrió en la Asamblea Interbarrial entre soberanía y participación individual y horizontal. En todo caso, la Asamblea Interbarrial no sobrevivió a este cambio de votación, mudando los espacios inter-asamblearios a encuentros más reducidos entre asambleas de una misma zona de barrios.

fundamentales de las asambleas tales como la *horizontalidad* y la *soberanía*, la gran concurrencia que tuvo en esta primera etapa la Asamblea Interbarrial y los tiempos insumidos en los encuentros de cada asamblea discutiendo las propuestas votadas en aquélla⁹³ nos lleva a indagar acerca de los referentes del debate colectivo.

b) Naturaleza y referentes del *estar ahí debatiendo*

En tanto espacios de debate, las asambleas discutieron desde un primer momento proyectos colectivos y ensayaron diversas lecturas de la profundidad, temporal y espacial, de la crisis. La crisis de representación fue abordada a través de una estrategia asamblearia que subrayó, en la participación y en la toma de decisiones, la *horizontalidad*, evitando cualquier tipo de delegación.

En este marco, deben interpretarse largas jornadas donde gran parte de las discusiones colectivas giraron en torno a pautas y normas de funcionamiento y organización de la propia asamblea. La horizontalidad fue en la situación asamblearia una condición fundamental desde su origen y, por esta razón, parte de la misma praxis hacia su interior consistió en defenderla frente a las diversas propuestas que pretendían hacer más “operativa” la práctica. Paralelamente, conservar la horizontalidad significaba defender simultáneamente la *soberanía* de la discusión colectiva frente a los referentes partidistas —lo que se fue evidenciando en las distintas formas de batallar contra diversas formas de “aparateo”.⁹⁴ En líneas generales, la *soberanía* y *horizontalidad* asamblearias se vieron amenazadas por la acción política de partidos de izquierda y por parte de los CGP (Centros de Participación y Gestión del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires). Ahora, si bien el énfasis

⁹³ Por norma general, al comienzo de cada encuentro se daba lectura a los informes de las comisiones y a las resoluciones de los distintos espacios inter-asamblearios, en especial Parque Centenario. En ocasiones, esta introducción consumía tanto tiempo que se lo restaba al debate posterior, generando descontento por la importancia otorgada a las resoluciones de esos espacios mayores. En este sentido, algunas voces alertaban sobre el cambio de dirección que se planteaba entre la asamblea y la Asamblea Interbarrial, donde aquélla terminaba discutiendo los temas e intereses de ésta.

⁹⁴ Para Erika, la horizontalidad puede ser una estrategia posible de recuperación de la confianza en el otro que, en la condición militante, queda obturada por la sospecha y el verticalismo:

“... la gente está podrida de ser usada. La gente está podrida de... que le mientan y la gente está podrida de esperar... o sea, que las utilicen para una elección y después no tener la posibilidad de participar. Tanto la gente que nunca actuó en política, como la gente que se afilió a partidos políticos. Hay una gran... desazón en la gente que se ligó al Frepaso y a la Alianza... que se afilió al radicalismo, al partido socialista... esa gente una vez que se afilió, que votó, se da cuenta que no tiene participación, o sea, todo se dirige desde arriba y arriba (...) yo creo que viene también producto de la época de la militancia de uno... que uno aprendió de que vos tampoco podés insertarte en los lugares donde no te pertenece, donde no te corresponde, porque fundamentalmente primeramente y más en este momento, no sos aceptado, ¿eh? Se te ve con miedo... (Erika, 55 años, asambleísta, 21 de mayo de 2002)”.

Aquí nos interesa también notar que la horizontalidad constituye una condición de posibilidad de lo colectivo y no pautas que definan modos de relación.

puesto en la defensa de la *soberanía* frente al “aparateo” de los partidos de izquierda indicaba una resistencia a que los proyectos asamblearios fuesen articulados —y centralizados— por parte de los agrupamientos partidarios, el recelo frente a la cooptación por parte de los organismos municipales, tales como los CGP, revelaba —aunque compartiendo rasgos comunes— otro tipo de tensión.⁹⁵

A nivel general, la reticencia a la participación y a cualquier forma de acercamiento a los entes responsables de la gestión pública expresó la necesidad sentida por los vecinos asambleístas de multiplicar espacios de intervención ciudadana, junto a la demanda por una mayor democratización de los circuitos institucionalizados de representación política, una vez que la corrupción aparecía tiñiendo toda forma de representatividad y/o delegación.⁹⁶ En contraste con esta lógica percibida, el ejercicio de democracia directa al interior de la asamblea se basaba en discutir para auto-formarse reflexivamente y producir consenso, apelando en todos los casos a un mecanismo de toma de decisiones basado en el voto de la mayoría. En este sentido, una de las líneas de trabajo de las asambleas estuvo dirigida hacia esta necesidad, a través de la elaboración de una nueva Ley de Comunas o, en su defecto, de una lectura crítica de la actual ley, que al respecto había sancionado la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

Cuando las asambleas debieron participar en espacios más amplios donde la reunión de distintas asambleas exigía que cada asamblea fuese representada por algún/os delegado/s, el mecanismo adoptado para evitar el quiebre de la preciada horizontalidad mayormente pasó por dar a esos delegados el mandato de no votar aquello para lo que no se tenía mandato, debiéndose en estos casos diferir toda decisión hasta que el punto fuese debatido por la asamblea.⁹⁷

⁹⁵ La semejanza se expresa en que tanto en uno como en otro caso lo que provocaba similar rechazo era cualquier intento de “bajar línea”, o de quedar sujetado al deseo/manejo del otro, pues ambas posibilidades vulneran la horizontalidad en las interacciones y la autonomía personal y colectiva que se desea conservar como rasgo distintivo de estos encuentros.

⁹⁶ En términos del alcance sociológico y práctico de la corrupción, la auto-perpetuación, la búsqueda del bien sólo personal y el nepotismo son las imputaciones más frecuentes a la sociedad política.

⁹⁷ La importancia que las asambleas confirieron al mandato como núcleo de la estrategia horizontal quedó demostrada en octubre de 2003, cuando la Asamblea Norte discutía una estrategia común frente a una resolución judicial que obligaba a la Legislatura de la ciudad de Buenos Aires a promulgar una ley de comunas sancionada dos años antes. La oposición de la asamblea a esta medida ejecutiva no residía solamente en que asambleas vecinas habían elaborado su propio proyecto de comunas, sino en que por ser el proyecto referente de la medida anterior a diciembre de 2001, aunque descentralizaba aspectos de la administración comunal, consideraba representantes a quienes se alzaban con los cargos electivos y según un asambleísta “nosotros debemos luchar porque haya mandato y no representantes”. El otro punto de oposición a la medida se relaciona más directamente con el objetivo de este capítulo y es que el dictamen judicial que obligaba a los diputados existentes (que finalizaron su mandato en diciembre de 2003) a ejecutar la ley de comunas no contemplaba un debate, pues el mismo ya se habría dado en ocasión de su sanción. Aquí, el objetivo de las asambleas era asegurar que una ley tan importante como la de comunas fuese el producto de un debate público.

Ahora bien, si la naturaleza del espacio de debate de las asambleas quedó mayormente circunscripta a su funcionamiento horizontal y soberano, el referente de los debates se orientó a la necesidad de dar sentido a la crisis política y pública. En ocasiones, este referente se oscurece al destacar la innegable importancia que cobraba el estar ahí (nuevamente) en el espacio público, frente al eco de miedos firmemente arraigados:

“que tal vez no era el punto de la discusión sino el mero hecho de discutir, estar en la calle, de recuperar la calle no? Poder hablar de lo que vos pensás con alguien, si, del barrio que por ahí, es un desconocido, decir lo que vos pensás y que esté cualquiera y que no te importe. No te importe a efectos de ‘no, no hay que hablar porque no sabes con quien estas hablando’ toda esa cosa que ha quedado, porque nos han educado muy bien durante el proceso. Y, bueno, por ahí, servía para eso. Entonces, ir a decir, por ejemplo, no son los temas que hay que estar discutiendo, por ahí, era autoritario, por ahí era venir a decir... yo soy... yo Platón soy la verdad (Julieta, 30 años, asambleísta, 1 de abril de 2002)”.

Otro de los puntos que se tomaron como indicador de la sinrazón de las asambleas como instancias de debate fue la tensión sentida por muchos asambleístas de que, ante la urgencia de la crisis, el debate perdía valor —o se tornaba muy genérico— frente a una dimensión ejecutiva que se asumía imperiosa. Es el caso de Alejandra, quien aunque hubiera deseado participar en las asambleas no lo hizo, porque las propuestas le parecían:

“Muy inconducentes, muy utópicas como que no hay una bajada de línea formal, creo que... y lo que le veo es intangibilidad, lo que le veo es que se habla mucho, se debate mucho, cosa que me parece fantástica, pero frente a una propuesta en concreto, ¿qué se puede hacer con eso?, ¿a quién se la llevás?, ¿al Congreso?, ¿qué hacemos con ese papelito?, ¿a quién se lo voy a llevar?, ¿podemos hacer algo como asambleas? ¿como pueblo?, ¿podremos hacer algo? Me parece que no, no hay lugar, y eso es lo más triste, creo que no nos dan el lugar, por eso creo que muere el movimiento de las asambleas (Alejandra, 34 años, no asambleísta, 26 de abril de 2002)”.

La misma tensión se expresa en Santiago, de activa participación en su asamblea hasta su alejamiento definitivo de la misma a mediados de 2002:

“Entonces con mis prejuicios y con toda mi cosa... y mi ignorancia a cuestras me acerco a las asambleas y... en las asambleas al principio se hablaba, básicamente de que... había que prepararse para que un día nosotros fuéramos el poder... ¿no? en la asamblea original lo que armaba era... el reemplazo del poder político por el poder popular. *Cuando vos vas a tres asambleas seguidas y ves el tiempo que se tarda en discutir cualquier pelotudez, te das cuenta que la asamblea puede ser una... una cuestión muy idílica, pero ejecutiva no es*, por eso existe un poder que se llama Poder Ejecutivo, un poder que es el Poder Legislativo y un poder que es el Judicial. Y el ejecutivo tiene que ser el que ejecuta... las cosas, vos no podés ya llamar a un referéndum o a un plebiscito cada vez que tenés que tomar una decisión de Estado, porque vivís en medio de un quilombo y pasa el tren, el tren se va, todos los países están representados por una persona (Santiago, 55 años, de la Asamblea Norte, 10 de julio de 2002)”.

Sin embargo, el punto que queremos destacar es que, tanto en aquellos participantes que no requerían postergar el debate por acciones concretas⁹⁸ como en aquellos otros (Santiago, Alejandra) donde el debate perdía positividad ante la urgencia de tomar medidas concretas ante la crisis, ambas posiciones suponían un referente político, fuese del (impostergable) debate fuese de las (urgentes) acciones. En todo caso, queremos adelantar que esta confluencia diversa sobre el referente político del debate asambleario no expresó automáticamente mayores precisiones sobre el carácter del mismo. Como observamos en otra parte (Briones, Fava y Rosan 2004) en ocasión de analizar la crisis de significantes como lo nacional —el cual se siente expropiado por sectores reaccionarios—, en Argentina pos diciembre la discusión sobre lo político suponía mayormente un esfuerzo —excepcional y previo— de re-construcción, de re-significación de lo político. Como veremos con mayor profundidad a través del análisis etnográfico en el capítulo IV, semejante esfuerzo de re-significación de lo político supuso un trabajo centrado en lo comunitario (ver al respecto la segunda etapa asamblearia en este mismo capítulo) y en la importancia al respecto de las relaciones entre ciudadanos. Anticipamos por tanto que una de las dimensiones del “estar ahí debatiendo” estaba medularmente ligada a la resignificación de lo político vía la recreación de las relaciones entre ciudadanos.

c) Los desbordes de sentido en la *esfera pública asamblearia*

Como hemos expresado, los primeros comentarios y estudios sobre los acontecimientos de diciembre hacían foco en el problema de la debilidad del vínculo entre representantes y ciudadanía. Crisis de representación, que leída en clave electoral, reconocía su momento máximo para las elecciones legislativas de octubre de 2001.⁹⁹ Para nosotros semejante descompromiso electoral

⁹⁸ No sólo la postergación del debate frente a la necesidad de acciones concretas de la propia asamblea, sino también ante la “explosión” de iniciativas diversas nacidas en otras asambleas, espacios inter-asamblearios, movimientos sociales y la sociedad civil en general. Este fue el caso de una reunión de junio de 2002 de la Asamblea Norte, en la cual algunos asambleístas se fueron retirando antes de su finalización en señal de protesta porque no se discutían los temas que estaban en la agenda política de entonces: el aparateo de los partidos de izquierda en la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario, la amenaza de un endurecimiento de la represión social, el temor a la hiperinflación, la posición de las asambleas con respecto al llamado a elecciones nacionales, etc. En este encuentro, todos estos temas, de por sí de difícil consenso, debieron postergarse por la discusión de acciones colectivas a las cuales estaba abocada la asamblea, como ser, la organización del Foro Social Mundial en Buenos Aires, la participación en una asamblea inter-zonal y en espacios inter-asamblearios de estudio de las cuestiones de las empresas privatizadas y la salud pública y la colaboración a un comedor infantil del barrio, entre otros (en nuestros registros (R29) de la Asamblea Norte del 4 de junio de 2002).

⁹⁹ Entonces, el llamado “voto bronca”, integrado por el ausentismo y los votos nulos y blancos, alcanzó un porcentaje del 41% del padrón, lo que constituyó unos 10,2 millones de ciudadanos en condición de votar. Asimismo, la forma de rechazo que dicha expresión electoral representaba tuvo una expresión política previa

como punta de iceberg de una crisis de la representación política constituye, en efecto, una (primera) interpretación posible de la expresión de la gente en el cacerolazo del 19 de diciembre.

Sin embargo, ésta es una apreciación que reduce en exceso tanto las evaluaciones políticas, sociales y culturales de la “crisis”, como las propias percepciones de los ciudadanos. En un sentido similar, se ha subrayado que las explicaciones —tanto de assembleístas, de vecinos-caceroleros y de ciudadanos interesados aunque sin participación— desbordaban las primeras conjeturas que atribuían la crisis percibida a factores exclusivamente económicos o egoístas de los sectores medios.

Como sostuvimos en otra parte:

“... aunque muchos medios de comunicación, intelectuales y ciudadanos vincularon el primer cacerolazo de diciembre de 2001 con el descontento de sectores medios irritados por las medidas económicas sintetizadas en el signo “corralito”, la mayor parte de nuestros entrevistados optó por desarrollar telegráficamente la dimensión económica de la crisis en sus repercusiones colectivas y personales—como si fuera un dato de sentido común y experiencia compartida con el entrevistador—para explayarse sobre lo que más claramente podían ser puntos opinables, esto es, ribetes abiertamente políticos e incluso “culturales” de “la crisis” que ninguno soslayó (Briones, Fava y Rosan 2003)”.

De la misma manera, en oposición a la reducción de la cuestión política a la crisis de representación, muchos entrevistados prefirieron ampliar el marco de asignación de responsabilidades, trascendiendo así el mero rechazo generalizado de la clase dirigente.¹⁰⁰ Por tanto, consideramos que la apertura política operada a consecuencia de los cacerolazos y la conformación de asambleas barriales significó, en términos de atribución de sentido, una ampliación tanto de los

a través de lo que se denominó el Colectivo 501, que promovía el viaje a más de 500 kilómetros del lugar de votación para eludir la responsabilidad del sufragio. Para Cerdeiras, el Colectivo 501 integra, junto a la Asociación Madres de Plaza de Mayo y el movimiento piquetero, los signos de una nueva política por venir porque “instala la idea de que la política que nos trata como víctimas es la que nos obliga a elegir, pero la política de los que no aceptan el lugar de víctimas se funda en la *decisión* (Cerdeiras 2002: 58, en cursiva en el original). Por su parte, la carta de presentación del Colectivo 501 expresaba: “En la última elección presidencial, dos millones y medio de personas no se presentaron a votar, votaron en blanco o impugnaron su voto... Boletas convertidas en papel picado, una feta de jamón o un sobre vacío sirvieron como forma de protesta... Dentro de un tiempo, cuando los fuegos artificiales de la campaña hayan pasado, casi todo permanecerá igual; o peor (...) Que el 24 de octubre nos encuentre en el kilómetro 501, más allá del voto, que hoy se nos presenta como una imposición.” (“Insólita iniciativa de un grupo que no quiere votar”, *La Nación*, 3 de octubre de 1999). Otro enfoque acerca del rechazo a la sociedad política que trasciende las expresiones electorales se encuentra en Ferrer (2002), quien sostiene la existencia en Argentina de una antigua “tradicción antipolítica” que ha ido de la mano de una crónica desconfianza hacia la autoridad, e incluso hacia “la política en sí misma como actividad asociable al bien común (Ferrer 2002: 169)”

¹⁰⁰ Por eso expresábamos que:

“Lo que nos interesa señalar aquí es que, más allá de aprobaciones y rechazos, el *todos* objetado o reivindicado va inscribiendo dispares alcances y referentes, sean estos los funcionarios políticos, los sectores dirigenciales en sentido lato, el estado, los grupos de poder económico locales y multinacionales o el mismo sistema democrático. No obstante, compartida la idea de que parte sustantiva de la responsabilidad por la hecatombe es atribuible a la sociedad política y eventualmente al mercado, las diferencias más significativas surgen cuando los entrevistados o bien se explayan o bien soslayan explicitar algún grado de responsabilidad de “la gente”—esto es, la sociedad ampliamente pensada— así como al momento de señalar u obviar si y

marcos de referencia de las explicaciones, como de la asignación de responsabilidades para con la crisis.¹⁰¹

Uno de los primeros desplazamientos en los marcos de referencia vehiculizados para producir sentido lo constituyó la profundización hacia el pasado del marco cronológico de gestación de una “crisis” que en principio parecía quedar acotada a medidas económicas recientes. El hecho de que algunos entrevistados fuesen anclando la profundidad de la crisis en distintos pasados —algunos más cercanos¹⁰² y otros más distantes— se vincula sin duda a la diversidad de trayectorias políticas e ideológicas desde donde enuncian como sujetos. En todo caso, lo que se quiere destacar aquí es que, en términos de los tópicos que conformaban los ejes de la opinión pública, el espacio movilizado post-diciembre operó una profundización temporal que habilitó o re-habilitó la posibilidad de nuevas cronologías. Una entrevistada que vivió su infancia en el exilio da muestras de esa profundización al expresar cómo y por qué el modelo neoliberal de la última década empezó a poder ser proyectado hasta la última dictadura militar:

“Y lo que me pasó, es como que a partir del 19 y después de ahí, que todo el mundo hizo la relación... de los problemas económicos, sociales, eh... en Argentina hoy, tiene relación con lo que pasó desde el '76 en adelante. Pero eso mismo desde el '93 hasta el 19 de diciembre cuando uno lo decía... era (...) algo que se decía... pero no sólo que no resonaba, sino que la gente no se hacía eco de eso, era como uhm... la zurdita, bah... “por algo se fue”. No te lo decían... tengo gente, amigos, conocidos, ¿no?, gente que había experimentado... o vivido el exilio, o que tenía alguna relación, la gente en general... Y como que a partir del 19 fue... ahora sí hablamos todo el mismo idioma. De repente, es como que le cerró la historia a todo el mundo, que por otro lado no puede ser que le cerró la historia a todo el mundo a partir del 19, porque la gente salió a la calle. Dónde estaba eso antes, por qué no había eco (...) para mí es como raro porque... para mí siempre fue la misma historia... (Silvina, 30 años, asambleísta, 16 de mayo de 2002)”.

En otras ocasiones, el anclaje de la decadencia en la última dictadura militar refiere, además de la naturaleza del modelo económico vigente, a la consolidación del proceso de individuación y a la

cómo las soluciones posibles se ligan a cambios en la sociedad política, o mayormente en la sociedad civil (Briones, Fava y Rosan 2003, en cursiva en el original)”.

¹⁰¹ Crisis que, conviene apuntar, ningún entrevistado eludió como marco de sentido excluyente de sus diagnósticos. Aunque no haya habido correspondencia entre ser asambleario y aprobar o aprobar con distancia crítica el QSVT, quienes lo rechazaban, sean asamblearios o no, lo hacían más por leer la consigna “en términos literales que la harían inviable, que por negar que la renovación política reclamada es imperiosa, mostrando en este sentido que los desacuerdos se ligan más al cómo renovar, que a la necesidad misma de renovación (Briones, Fava y Rosan 2003)”.

¹⁰² Lo reciente de la decadencia puede ponderarse para algunos asambleístas en términos de décadas, como en el caso de Patricia, para quien la indiferencia de los políticos se combina con una crítica al bipartidismo:

“Porque cuando decimos ‘que se vayan todos’ estamos hablando de toda la corrupción enquistada en el poder. Ni siquiera se está hablando de una ideología, no, de la corrupción enquistada en el poder y del poder político reinante que viene desde hace 30 años a esta parte gobernando, peronistas, radicales, militares, todos hicieron la misma política. O sea, a mí, la cuestión demagógica de que armaron dos grandes partidos para que nos tengan como idiotas creyendo que hay democracia, no la creo, no me la trago (Patricia, 42 años, de la Asamblea Norte, 13 de junio de 2002).”

consiguiente dificultad para desarrollar proyectos colectivos de mayor inclusión, porque el ejercicio totalitario

“... fue desbastador porque, por un lado, desmovilizó a la gente y, por otro lado, el miedo, todavía hoy mucha gente tiene miedo de firmar un petitorio, una solicitada, o sea, todo el miedo al compromiso... o esa frase que dice ‘por algo será’, entonces, hizo que nos transformáramos en un montón de individuos y no en un país, o que nos quitaran la conciencia de país (Elizabeth, 34 años, asambleísta, 3 de mayo de 2002)”

En otros testimonios, la profundización temporal de la crisis se expresó como un movimiento hacia los orígenes, considerados aquí no tanto como antecedentes históricos sino como antecedentes lógicos de la conformación nacional. En este sentido, deben considerarse todas las expresiones que referían a imágenes de refundación del país.¹⁰³ En todo caso, este tipo de profundización re-habilitó diversas apreciaciones acerca de que los factores de la crisis debían buscarse no tanto en sus causas políticas, sociales, culturales y democráticas coyunturales, como promover reclamos que debían dirigirse a la totalidad de los poderes republicanos.¹⁰⁴

Otro desborde amplio en el marco de sentido de las explicaciones de la crisis resulta del desplazamiento desde explicaciones efectuadas en clave exclusivamente política, hacia explicaciones que establecen diversas responsabilidades respecto de una crisis más general, que puede ser cultural, social y también comunitaria. Así, en un testimonio que se repite en otros, tanto de asambleístas como de no asambleístas, se asigna responsabilidad a la “gente” o al “pueblo” por falta de compromiso, cultura cívica o por egoísmo, en un marco de apreciaciones que nos recuerdan

¹⁰³ Por ejemplo en una de nuestras entrevistas a una no asambleísta, se nos dijo:

“tenemos que empezar, viste como un libro abierto? Un libro que se inicia? Una página en blanco? Bueno, tenemos que hacer eso.”; o “lo tradicional para mí ya no me emociona, hay que recrear nuevas formas, hay que hacer la Argentina de nuevo... Todo otra vez. Sí, sí, es barajar y dar de nuevo”; o “a veces me gustaría decir, bueno, borrón y cuenta nueva. Tal cual, estamos en el 25 de mayo de 1810, hagamos un país nuevo (Alejandra, 34 años, no asambleísta, 26 de abril de 2002)”.

En otros casos prima una apreciación generalizada de la responsabilidad de la crisis que no se ancla en momentos históricos específicos, sino en lo que se considera características generales de nuestra clase dirigente: Así, para Elizabeth:

“En ese ‘todos’ está el Fondo, el FMI, (...) está Estados Unidos, creo que no están sólo los políticos locales, o sea, los sindicalistas y los políticos locales. Yo creo que ahora, ya esa todo lo que representó el poder hasta ahora y todos los que tuvieron definiendo el destino del país (...) las clases poder, digamos, los que tuvieron el poder nunca fueron... nunca fueron grupos con intereses nacionales, siempre respetaron intereses extranjeros. Yo creo que, por un lado, eso, que las clases poderosas como que no cuidaron los intereses nacionales (Elizabeth, 34 años, asambleísta, 3 de mayo de 2002).”

¹⁰⁴ Es el caso de la protesta que, casi de manera simultánea a los episodios de diciembre, lanza la Asociación de Abogados Laboristas, cuando comienza a invitar a la ciudadanía a repudiar el accionar parcial que la Corte Suprema de Justicia había venido poniendo de manifiesto en los últimos años. Como subrayan Schuster y Pereyra, si los años de la transición conocieron la (nueva) demanda de derechos —frente al “tradicional” reclamo de matriz sindical o política— llevada a cabo por buena parte de los movimientos sociales —en particular de los organismos de derechos humanos— la “década de los noventa se caracterizó por una multiplicación de reclamos de derechos que pusieron al Poder Judicial en el centro de la escena para mostrar las falencias y por ese medio los déficit de ciudadanía de la democracia argentina (Schuster y Pereyra 2001: 55)”.

la caracterización estigmatizada de la clase media (en capítulo II). Tal calificación puede extenderse hasta los propios asambleístas, como en el caso de Romina:

“Porque nuestra postura ciudadana es cómoda. Entonces, los cambios no vienen, porque nosotros queremos que nuestro hábitat siga siendo el mismo, que no haya alteraciones. No nos jugamos, no ponemos lo que hay que poner sobre la mesa. Entonces, el ‘que se vayan todos’ ya te digo, es una consigna válida pero no llega a hacerse realidad porque es un pueblo cómodo (...) Nos compran, nos compran porque estamos divididos. Mirá, los asambleístas están divididos (...) Mirá, se han encerrado y, no sé, cuales son las metas de las personas que dirigen las asambleas (...) Entonces, ¿viste? se fue perdiendo en el tiempo porque no les interesa. A ellos les gusta ir... hacer política... pero la política está cambiando. La política si no es solidaria y comunitariamente... no vale. Se está abriendo un nuevo país y ellos no se dan cuenta: Porque siguen con la misma mentalidad retrógrada de siempre. Hacer política de esa forma ya no va, no sé si buscan llegar un día a ser funcionarios... no sé... partidos políticos, no sé lo que buscan (...) Ojalá sigan adelante... Pero si no tienen un proyecto y una meta abierta... no van a tener a futuro, ni en el barrio, ni en el país... en nada. Porque si vos no abris tu cabeza no hay salida. (...) Mucho egoísmo y mucho protagonismo... Y cuando hay protagonismo perdiste (Romina, 52 años, de la Asamblea Norte, re-entrevistada el 1 de enero de 2003)”.

3. Las prácticas asamblearias

Dijimos ya que, en la segunda etapa que cubre el período comprendido en el segundo semestre de 2002, el acento del debate en el seno de las asambleas estuvo puesto en la naturaleza de las acciones y actividades llevadas a cabo. En su amplitud, dichas iniciativas pueden ser comprendidas de acuerdo a objetivos comunitarios y objetivos autónomos de las mismas.

En los términos de las categorías sociales de las asambleas, el cambio de énfasis de la asamblea como *esfera pública política a las prácticas autónomas y comunitarias* puede caracterizarse a través del desplazamiento de la noción de *soberanía* —despojada cada vez más de su connotación de reemplazo de la instancia de máximo poder o Estado— a la de *autonomía*.

Ahora bien, si como hemos visto, la conformación de la Asamblea Interbarrial se construyó en tensión con el entramado compuesto por la soberanía de cada asamblea y la contribución horizontal e individual de cada uno en ella, la *autonomía* asamblearia no resolvió la tensión entre la independencia deseada por las asambleas con respecto a los diversos agrupamientos políticos e ideológicos que habían confluído en ellas. Con esto queremos señalar que, en esta etapa hegemonizada por las prácticas autónomas y/o comunitarias, la necesidad de debate político no se diluyó en un proceso de afirmación y construcción de una identidad centrada en torno a un lugar

territorial de referencia.¹⁰⁵ Quizás una muestra de que la asamblea como instancia de debate seguía siendo un punto convocante —postergado a segundo plano— se manifiesta con crudeza en esta etapa, donde la praxis asamblearia no puede eludir la modalidad de *esfera pública asamblearia* tal cual se había dado. Así, profundas y áridas conclusiones sobre la viabilidad del debate y de las asambleas se van conformando a la par de las evaluaciones por parte de cada asamblea particular respecto de poseer lugares propios.

En este sentido, queremos adelantar que los modos adoptados por cada asamblea para encarar el *estar ahí deliberando* redundarán en que cada asamblea —ya consolidada como grupo político en torno a un grupo pequeño de integrantes fijos— evalúe de distinto modo su praxis general, en ocasión del primer aniversario del 19 y 20 de diciembre.

a) Breve apunte sobre la autonomía asamblearia

Hacia mediados de 2002, la percepción de que la situación política era crítica continuaba muy alta en la mayoría de la población. Los asesinatos el 26 de junio por parte de Fuerzas de Seguridad de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki —integrantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón— no hizo más que acelerar esta percepción, y el gobierno nacional se vio llevado a fijar fecha para las elecciones generales a presidente.

Al mismo tiempo, se observó una disminución de la participación asamblearia que contrastó con la mayor visibilización que, en la movilización pública, habían cobrado las organizaciones sociales y políticas de desocupados —proceso cuya tendencia desembocará en la Plaza de Mayo “piquetera” del 20 de diciembre de 2003.¹⁰⁶

¹⁰⁵ Es el caso de Horacio, quien en base al ejemplo de una asamblea vecina remarcaba la relación entre identidad barrial que dotaba un local y una manera de acercar a la gente vecina:

“Yo estuve en la inauguración del local, con el CGP, de la asamblea de [nombra una asamblea vecina]. Es un local muy grande. Ellos me comentaban que lo limpiaron, que estaba hecho un desastre; tienen unas persianas grandes, que no sé como las levantan. Lo digo porque había cien personas con las persianas bajas, no me quiero imaginar si las levantan. Quiero decir que la gente va si uno tiene un local. Ellos están invitando, quieren que vayan todos (Horacio, 60 años, de la Asamblea Centro, en nuestros registros (R33) de la asamblea del 6 de agosto de 2002)”.

¹⁰⁶ Para cuando se realizan las primeras tomas de locales por parte de algunas asambleas, ya se había producido el abandono de muchos asambleístas. Este adelgazamiento puede también vincularse con la feroz lucha de aparatos por controlar la Asamblea Interbarrial, pelea que reconoce un momento máximo en torno a las movilizaciones que se organizan para conmemorar el 1º de mayo y que provocó el abandono de vecinos independientes.

Como sugiere Svampa (2002), las primeras tomas de locales realizadas por asambleas tuvieron que enfrentar en un plazo muy breve una serie de dictámenes judiciales de desalojo, a pesar de que estas medidas no habían logrado una gran visibilidad en los medios de comunicación. Por tal razón, el tema de los desalojos se convirtió en un tópico que se expandió rápidamente en el conjunto del espacio asambleario —principalmente vía cadena de correos electrónicos—, con el objetivo de promover la movilización de otros asambleístas y evitar la efectivización de los dictámenes por parte de las fuerzas de seguridad.

Contemporáneamente, se generalizó en el campo político la caracterización de estas prácticas como *autónomas*, en el sentido de subrayar su carácter independiente respecto de los intereses del Estado y el mercado. A decir verdad, ellas se inscribieron en un proceso más amplio de iniciativas ciudadanas por las cuales diversos sectores sociales y políticos comenzaron a desarrollar en forma autogestionada y colectiva una variedad de emprendimientos en el ámbito laboral, social y comunitario.

Si, en términos generales, el rasgo *autónomo* subraya la independencia del Estado y el mercado, en términos concretos, las tomas asamblearias significaban cosas distintas, por ejemplo, para partidos de izquierda, militantes de organizaciones de base o vecinos independientes. En todo caso, es otras organizaciones de base donde el carácter autónomo fue presentado y definiéndose como el elemento específico de su proyecto político. Para los integrantes del MTD Solano, la *autonomía* constituye el elemento central que diferencia su construcción política de las construcciones efectuadas por otros movimientos piqueteros de matriz sindical (como la Federación de Tierra y Vivienda o la Corriente Clasista y Combativa) o de matriz política (Polo Obrero). Por esta razón, debemos al MTD Solano una de las definiciones más precisas del concepto de *autonomía*:

“La autonomía es el proyecto que elegimos construir. Conocemos nuestros problemas, la causa de nuestros dramas y somos capaces de crear las soluciones reflexionando y aprendiendo juntos como compañeros.

Sabemos quiénes somos: personas capaces de transformar la realidad por el trabajo creador y liberador, sin necesidad de la explotación. El espacio que construiremos se basa en nuevas relaciones, radicalmente opuestas al sistema capitalista que es lo que no queremos. De la confrontación cotidiana con la realidad, y del accionar sobre la misma, va naciendo la nueva subjetividad, un nuevo pensamiento: libre y colectivo, a partir del cual nos autodefinimos, autoorganizamos y autogestionamos (MTD Solano y Colectivo Situaciones 2002: 235)”.

En este marco, la *autonomía* se inscribe para uno de los grupos teorizadores de la nueva coyuntura en una propuesta de *transversalidad* o perspectiva de lo múltiple:

“Lo múltiple es la disposición de un conjunto de elementos situacionales organizados ‘sin centro’ que resisten toda la imposición de ‘etiqueta’, así como toda definición hecha por la norma central”. Este *saber situacional* contrasta entonces con “la política, como el pensamiento de la articulación y la jerarquía, [que] queda aferrada a una subjetividad estatal, y termina obstaculizando la

emergencia —y la visibilidad— de experiencias que proponen, en los hechos, una nueva organización de las percepciones de lo social y lo antropológico... (MTD y Colectivo Situaciones 2001:)”.

En líneas generales, algunas asambleas se hicieron eco de este tipo de ideas y de prácticas en su debatir y en su hacer. Así, cuando las asambleas dieron comienzo a una serie de tomas de locales (o las discusiones llevadas a cabo evaluando tal posibilidad), dichas iniciativas fueron emergiendo en un contexto general conformado por un proceso social de recuperaciones de fábricas, entre otros emprendimientos, y un proceso político donde distintos actores (tanto autónomos como partidarios) fueron considerando cada vez más a estas acciones como herramientas de construcción política. En el campo asambleario en general, no fueron pocas las voces que demandaron que, si las asambleas verdaderamente estaban evaluando su potencialidad como actor político, debían “pasar a la práctica”, como una doble forma de definirse políticamente y evitar la crisis motivada en la reducción del número de participantes.

b. 1) La Asamblea Centro

Este era el caso de la Asamblea Centro. Cuando estas iniciativas se debatieron, la asamblea vivía una drástica reducción de su número de integrantes y además, por el frío invernal, su lugar de encuentro mudó a espacios cerrados, primero un bar y luego, un colegio.¹⁰⁷

En uno de estos encuentros, la Asamblea Centro examinó la posibilidad de ocupar un terreno o construcción no habitada. Si bien algunos asambleístas no eran indiferentes a si el terreno en cuestión fuera de naturaleza pública o privada, existía un gran consenso acerca de la necesidad de una ocupación para la continuidad de la asamblea. Para Mirta, la acción significaba una experiencia de autogestión, una forma de reemplazo del Estado ausente:

“El de... [terreno de carácter municipal] está bueno, es baldío. Nosotros podemos proponerle hacer el hogar que estaba destinado [el local tiene un cartel municipal que promete la construcción de un hogar] y que nos den materiales, nosotros vamos a hacer el hogar también (Mirta, 55 años, de la Asamblea Centro, en nuestros registros (R33) de la Asamblea del 6 de agosto de 2002)”.

¹⁰⁷ El relato de una entrevistada expresa de manera clara el nexo entre la amenaza de desaparición de la asamblea con la toma del local:

“Ese proceso de meseta, en algunos casos, empezó a ser de declive. Acá, lo que intentamos hacer fue sostener, como dice [nombra a un asambleísta], la vela para que no se muriera la asamblea. Eso tuvo muchas idas y vueltas, digamos, empezamos a perder los perfiles, digamos, los objetivos y los perfiles eh... eso fue julio, nos reuníamos todavía en la iglesia. Ahí, parecía que la asamblea desaparecía, si, si, si... desaparecía, desaparecía y, bueno, un grupo de gente empezó a decir: ‘qué no desaparezca’, que podíamos empezar a trabajar el territorio, ver qué pasa en el marco del territorio (...) En términos de gente... porque llegamos a ser, no sé, 5 o 10 en ese momento. (Malena, 37 años, de la Asamblea Centro, re-entrevistada el 17 de julio de 2003)”.

En cambio, para una de las assembleístas pertenecientes a un partido de izquierda, como negociar con el Gobierno de la ciudad era “negociar con Ibarra”, las preferencias se volcaban a ocupar un terreno de carácter privado.

A pesar del consenso colectivo acerca de la necesidad de conformar un espacio propio como medio que permitiese re-afirmar la identidad de la asamblea —frente a la amenaza de la reducción del número de participantes—, la especialización de las prácticas assemblearias en torno a la generación de emprendimientos autónomos planteó, en esta asamblea, dos cuestiones o dos cambios de perspectiva que no dejaron de problematizarse.

La primer cuestión se relaciona con lo que denominaremos aspecto paradójico de la etapa autónoma. Para los militantes, la toma del local significaba la realización previa de un encuentro de pocas personas para asegurar la confidencialidad al momento de su concreción. Paradójicamente, la propuesta contemplaba dialogar —esto es, comunicar la medida— con asambleas vecinas para asegurar el “aguante” posterior a la toma, previendo que las fuerzas de seguridad decidiesen recuperar inmediatamente el local.

Si bien existía al momento de este debate entre militantes y no militantes la tensión entre encapsulamiento/clandestinidad —con el peso que esta opción (estratégica) conserva en el imaginario histórico de la militancia— y carácter abierto de la asamblea, el punto que queremos destacar aquí es otro. Y es cómo la autonomía de las prácticas assemblearias tomó forma al incorporarse en un campo mayor, el de los movimientos sociales en general —afectando la soberanía particular de cada asamblea y esto simultáneamente al hecho de que la principal demanda a la asamblea pasaba por debatir política (en tanto asignatura pendiente).

Otro ejemplo del pesado mandato de las prácticas autónomas puede observarse en otras asambleas que realizaron otro tipo emprendimientos tales como los clubes del trueque o las huertas comunitarias que, según algunos assembleístas pertenecientes a asambleas de barrios de clase media alta de Buenos Aires, no correspondían a necesidades propias del barrio. En este sentido, Erika habla de modas, aunque reconozca que pueden cumplir una función económica independientemente del status de clase de los participantes de cada club del trueque:

“... yo he ido mucho al club del trueque, el que está en [nombra una esquina de la zona norte de la ciudad] que, también por la zona no tiene nada que ver con otros clubes del trueque. Porque si vos vas al club del trueque de Quilmes, además cada zona vos te das cuenta por lo que se troca, a qué zona corresponde, no? (...) pienso que... más los clubes del trueque de la periferia tienen más ambiente de poder ir desarrollando cosas, que los clubes del trueque de por acá. O sea, yo creo que

por acá, a pesar de que, si está relacionado con el tema de la crisis y demás etcéteras, está un poco también el tema de la moda (Erika, 55 años, asambleísta, 21 de mayo de 2002)”¹⁰⁸

La segunda cuestión es de suma importancia desde nuestro enfoque, y puede observarse en aquellas opiniones que alertaban que la naturaleza de la asamblea se estaba alejando de su lugar de debate público. En efecto, si bien para algunos asambleístas la ocupación del local se justificaba por los beneficios que un espacio cerrado brindaría en las condiciones invernales, tanto para Mirta o para los asambleístas militantes se trataba de que dicho local fuese tanto lugar propio de la asamblea como emprendimiento productivo o de servicios.¹⁰⁹ El punto aquí es que dicha iniciativa se debatió a la par de que otros asambleístas pensaban proponer como tema de discusión el futuro mismo de la asamblea (y si se iba a seguir elaborando un boletín) y otro asambleísta (Germán) organizaba unas jornadas de reflexión sobre “qué creemos o qué queremos los asambleístas” junto a una asamblea vecina. Como expresó una entrevistada, la no resolución del carácter del lugar a ocupar no puede verse independientemente de las dificultades que se fueron presentando en esta asamblea sobre la viabilidad del debate colectivo y sobre su ideal de debate racional:

“... en términos de proyecto, digamos, porque la discusión, que era buena, era: tomamos el lugar para ver qué hacemos o, a partir de un proyecto encontramos la necesidad de tomar el lugar, de pedir el lugar, de buscar el lugar. Pero tampoco nunca se cerró la discusión, es como que quedó muy en la nebulosa. Entonces, nunca se definió el proyecto ni nunca se definió nada (Malena, 37 años, de la Asamblea Centro, re-entrevistada el 17 de julio de 2003)”.

Como hemos observado, la manera en que esta asamblea encaró el *estar ahí debatiendo* —esto es, el modelo fraseriano de *esfera pública* que promueve la presentación explícita de la ideología personal como un modo de asegurar la paridad en la participación— supuso que los asambleístas con identidad externa a la asamblea vieran reconocida su decisión de no abandonar o suspender ésta al interior del ejercicio asambleario. Esta decisión afectaba la racionalidad del debate como instancia previa a la asamblea. Como expresaba Iván en abril de 2002:

“Podemos marchar ahora y discutir todo en 15 minutos [irónico], pero lo que no se entiende es la consigna. Si se dice cortar los puentes, rodear los edificios públicos hasta que se vayan todos y reemplazarlos por un gobierno de los trabajadores eso no es una huelga general, eso es una revolución. No digo que está mal, podría estar de acuerdo, pero no utilicemos eufemismos, no adornemos las palabras con otros colores... Incluso yo podría estar de acuerdo o sí o no, pero

¹⁰⁸ En el mismo sentido, Romina (de la Asamblea Norte) se quejaba de que las voluntades se orientaran, en conjunto con otras asambleas, hacia el “tren blanco” y, simultáneamente, se descartara trabajar con las organizaciones preexistentes del barrio, situación que conformó uno de los motivos de su alejamiento de la asamblea:

“...la idea era hacer un comedor. No sólo para la gente indigente que hay acá en el barrio sino también para los que conformaban el tren blanco, que en ese momento era el furor. Entonces, se iba a hacer un comedor a la noche para los del tren blanco en... buscando en el CGP. No querían tener conexiones con el CGP, no querían conexiones con la Iglesia. Y yo considero que, si uno quiere trabajar en la comunidad, tiene que relacionarse con la comunidad. No hay que cerrarse porque, entonces, hacés un coto de caza y no hacés nada (Romina, 52 años, de la Asamblea Norte, re-entrevistada el 4 de enero de 2003)”.

¹⁰⁹ Las inclinaciones del sector militante se encaminaban a la realización de un “merendero”.

tendríamos que discutir, todas estas cosas, estas consignas son cosas que no han tenido consenso todavía, acá se dijo 'elecciones ya', se ha dicho 'asamblea nacional constituyente' 'que gobiernen las asambleas', no sé, incluso podríamos ir ahora y hacer la 'asamblea nacional constituyente', no sé, quizás los tiempos me pasen por encima... pero son cosas que tenemos que discutir (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, en nuestros registros (R17) de la asamblea del 23 de abril de 2002)".

En el contexto de estas tensiones, la Asamblea Centro no realizó la toma y tampoco se mantuvo como espacio de debate colectivo, aún cuando las condiciones climáticas del verano hicieron nuevamente habitable la esquina tradicional de encuentro. Podemos sugerir entonces que la desaparición de esta asamblea estuvo íntimamente vinculada con el desequilibrio expresado de dar una forma apropiada a la participación horizontal, personal y diversa:

"El sueño terminó. The game is over. Me parece que, fue como la puesta en evidencia, no sé si en evidencia para algunos sectores, una evidencia de que esta fantasía pseudo-democrática de la clase media que había tocado sus límites, incluso esta asimilación 19 y 20 cuando son cosas diferentes ¿no? (...) Entonces, parece que en realidad fue el 20, no el 19, y el 20 traducido en términos de movilizaciones más o menos orquestadas, contenidas, diagramadas. No, no quiero... menospreciar lo que un cierto sentido es una capacidad de movilización que puso en evidencia la izquierda en su conjunto, que hoy por hoy no tiene nadie. Eso también es un logro, ahora yo creo que esa capacidad de movilización no expresa lo que... la conmemoración merecía. Y el 19 bueno, la nada. En todo caso fue una cosa absolutamente distinta, en términos de conmemoración no tuvo nada que ver con lo que había sido la fundación originaria. Acá en la esquina fue patético, fue el punto en el cual yo personalmente dije acá basta. ¡Desastre, no sólo la imposibilidad de concitar simpatías sino además... capacidad para generar rechazo. Bueno, los chicos del [partido de izquierda] dicen que desde hace dos o tres meses: 'la asamblea funciona mejor que nunca', son ocho y que lo del 19 fue así un éxito rotundo (Germán, 40 años, de la Asamblea Centro, 7 de febrero de 2003)".¹¹⁰

A la hora de hacer balances, Iván —que en las reuniones asamblearias abogaba por la positividad del debate frente a los militantes de izquierda— realizaba un año después un balance en el cual dicho debate aparece como ilusión:

"No se pudo discutir en las asambleas, no se pudo discutir políticas en las asambleas. Yo esperaba de la asamblea, realmente esperaba eso de la asamblea, soy un iluso, ¿quién no era un iluso después del 19 y 20? Vamos... ¿quién tenía los pies tan sobre la tierra? Pero, digo, yo ilusamente creía que la asamblea era un lugar para discutir un nuevo proyecto de país. Yo quería discutir eso. Nunca, jamás lo pude hacer, nunca pude discutir eso, jamás, era imposible. Porque nadie quería, que si algunos queríamos otros no lo íbamos a permitir o porque en realidad no teníamos la menor idea de qué carajo significaba un nuevo proyecto de país, que era una gran paparruchada. Por qué, no sé; pero no se pudo. A mí me hubiera encantado. Y en definitiva en términos de política no se pudo discutir nunca en la asamblea. La asamblea lo que parecía, era que cada vez que aparecía un posible enemigo se lo repudiaba. Digo no... 'repudiamos la revolución del...' sí ya sé, está bien 'repudiamos...' sí y eso sí aparecía fácil, a veces hasta se discutía si repudiar o no, pero nunca se discutió políticas, no sé discutió, ¿por qué? no sé [pausa] No fue un espacio de debate, incluso me acuerdo que en algún momento, no me acuerdo en qué mes se habló entonces de... 'bueno, entonces los viernes a la noche juntémonos a debatir política'. Fui dos viernes seguidos a pararme solo a la esquina, después aparecieron una o dos personas pero no se armó ese debate. No vino la gente a

¹¹⁰ La Asamblea Centro se divide hacia la conmemoración del primer aniversario, luego del cual sólo continúan reuniéndose en la misma esquina el sector de los militantes. El resto de los asambleístas vuelven a reunirse en marzo de 2003, mudando el día y el lugar.

discutir política. No se podía discutir política los martes porque la asamblea era resolutive, esa era la gran... [excusa] (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, 24 de julio de 2003)".¹¹¹

Aún más, la ilusión que Iván observó en el debatir de su asamblea parece trasladarse desde la posibilidad de construcción de un proyecto colectivo (político) a la naturaleza de las propias relaciones inter-subjetivas:

"Sí, [se pensó fijar] un espacio-tiempo para debatir, o sea y a ese espacio-tiempo no fue nadie. No, nadie quería debatir, yo creo que es eso... no había ideas claras para debatir y era mentira, era mentira que se quería construir un nuevo proyecto de país colectivamente a partir de los pequeños [crecimientos] de cada uno; era mentira. Todos quieren tener la realidad y un nuevo proyecto super manyado y hacérselos comer a los demás. Nadie confió realmente en la posibilidad de que aportando ideas entre todos iba a surgir algo. Y por eso no surgió, porque era todo sanata. Yo confié en eso pero bueno, insisto... ¿quién no fue iluso? (...) No, no creo que fuera desconfianza, me parece que tiene que ver con la naturaleza propia, ya no digo de los argentinos, no creo que seamos tan especiales, me parece que tiene que ver con la naturaleza del ser humano. Es mentira, lamentablemente, que la gente confie que su saber puede ser completado por el saber [del otro]. En líneas generales es mentira. Yo lo puedo creer, vos lo podés creer, muchos podemos creerlo, pero cuando llega el momento de crear cosas nuevas, con ese método no sucede. No sucede, salvo que un grupo de personas que se conocen hace 20 años y entonces sí, super confían el uno en otro, pero en términos políticos no sucede. La gente desconfía del que conoce, del que no conoce, desconfía de todo, desconfía de lo que no sabe, desconfía de lo que no conoce, no cree que su saber pueda ser completado por el saber del otro. No cree, es mentira, lo puede decir pero no lo cree. Entonces no se junta a conocer el saber del otro, a expresar el suyo y conocer el del otro y a ver qué parte de lo mío está bueno y qué parte del otro... eso no pasa o por lo menos no pasó en nuestra asamblea y no veo que pase en general. Sí pasa en pequeños grupos, en el grupo éste en donde estoy, en alguna medida pasa, pero igual es un grupo muy pequeño en [su organización] y en el que no nos dan bola en el resto de [su organización], o sea, lo cual tampoco pasa en términos políticos. En general, no pasa. (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, 24 de julio de 2003)".

b. 2) La Asamblea Norte

En el caso de la Asamblea Norte, la necesidad de tomar un local apenas fue una preocupación de unas pocas reuniones. Su origen estuvo vinculado a una serie de hechos de inseguridad en el barrio que llevó a que la asamblea debatiese la ocupación de un local abandonado perteneciente a la empresa concesionaria de ferrocarriles. La discusión aquí estuvo vinculada a un debate sobre la naturaleza del espacio público, en un sentido de espacio común a todos. Con anterioridad a eso, se había discutido la posibilidad de tener un lugar propio debido al frío invernal. En este sentido, su

¹¹¹ Que el ideal de debate racional no resultaba amenazado sólo por el propio funcionamiento de la asamblea sino de modo más visible por los militantes de partidos políticos, lo muestra el hecho de que, en otra reunión en que Germán (de la Asamblea Centro) planteó la necesidad de discutir un "proyecto de país", otro asambleísta, militante, mientras promocionaba una medida de acción, tradujo su expresión en la forma de: "aquí escuché 'proyecto de país', eso no significa otra cosa que un 'nuevo programa de gobierno'..."

necesidad no estaba vinculada directamente con la construcción de un proyecto político territorial.

Aún más, para Simón esta práctica era ajena al deber ser de la asamblea:

“... con respecto al trabajo de la asamblea y todo... que sé yo, yo creo que no sabemos bien a dónde ir, sinceramente no, no. Estamos muy dispersos... y veo que hay muchas asambleas que se han instalado en algún lugar y han perdido... se ha perdido el objetivo digamos. Yo siempre tenía la idea de que el día que las asambleas tuvieran un lugar adonde ir a buscarlas, ese día iba a ser más probable que se perdiera el ideal de asamblea y empezara a hacerse todo una especie de negocio de la asamblea. Por eso creo que es una de las cosas por las cuales no tenemos lugar, a pesar de que estamos tratando de encontrar uno, pero más que nada por el hecho, más que nada... no sé... (Simón, 36 años, de la Asamblea Norte, re-entrevistado en marzo de 2003)”.

Si bien el entrevistado no especifica cuál es en su opinión el ideal asambleario que una supuesta instalación en un lugar haría perder, en ocasión de hacer un balance sobre la feria que organizaba su asamblea, se expresa críticamente de la siguiente manera:

“Lo de la feria fue, la feria le dimos vuelta durante un tiempo hacia hacer un censo, o sea... vos recordarás de eso que estábamos si hacíamos un censo, si nos conectábamos con la gente de alguna manera, si íbamos y tocábamos timbre, este... que pin que pan bueno, en realidad la idea de la feria, no sé bien cómo salió, pero se gestó por el lado de Romina y un par de vecinos más, eh... y tuvo... en principio, en primer término tenía la finalidad de suplir una especie de bolsa de trabajo, porque se giraba en torno a eso, no? a qué hacer para que la gente pudiera ganarse un mango, no? o acercarse a la asamblea. En realidad era esas dos cosas; era una cuestión de acercar gente. Creo que habían pasado tres semanas de feria que ya nos habíamos dado cuenta que la feria no traía gente, porque no había venido nadie, de todos los puestos que había que eran casi treinta, a los veinte días eran casi treinta puestos no había absolutamente nadie a las sesiones (...) en realidad lo que entendía era que Romina estaba... creo que es una cosa que se me fue intensificando desde el comienzo de todo este proceso, que ahora considero que... el que relega, el que deja espacio para que otro lo maneje, ese se merece que se lo manejen, son muchos todavía. Es mucha gente la que todavía delega y le interesa que manejen, otros. Entonces yo, hoy en día me parece que los que están son los que sirven y bueno... entonces la asamblea... Para mí la feria es una cosa pintoresca, inclusive casi te diría contraproducente, porque ni trajo gente, algunos vecinos echaron a criar panza, desde mi punto de vista se aburguesaron y bueno, porque hay vecinos que son de la asamblea y han ido a la feria, no a su vez gente de la feria que venía a la asamblea (Simón, 36 años, de la Asamblea Norte, 20 de junio de 2002)”.

En Simón, la crítica al emprendimiento asambleario de la feria se debía, entre otras razones, a que invertía la soberanía de la asamblea. Este mismo riesgo se presentaba en lo que hemos denominado el carácter paradójico de las prácticas autónomas efectuadas en torno a la toma de locales.¹¹²

Por tanto, resumiendo lo expuesto para ambas asambleas, se puede concluir que, en líneas generales, en el pasaje desde la modalidad asamblearia de *esfera pública política* a las *prácticas autónomas y comunitarias*, lo que estaba en juego era la pérdida de capacidad soberana de la asamblea. En este sentido, los dos distintos modos de encarar el *estar ahí debatiendo* en la

¹¹² En el caso de la Asamblea Centro, la tensión entre una toma que fuese fruto del debate asambleario y una toma cuyo interés provenía de otros contextos de sentido reproducía la división entre el sector no militante y el sector militante de la asamblea. Esta misma situación se manifestó en otras actividades llevadas a cabo por

modalidad *esfera pública* conformaron y condicionaron de hecho la manera en que se analizaron y sopesaron los significados y alcance de los proyectos y realizaciones comunitarias.

4. Las asambleas en el tiempo electoral. La vigencia de la asamblea en su modalidad de *esfera pública política*

En la tercera etapa, las asambleas se vieron enfrentadas a la coexistencia del tiempo electoral. Para esta época, de las dos asambleas observadas sólo seguía reuniéndose la Asamblea Norte, que en los últimos meses venía participando de un espacio inter-asambleario denominado de “Asambleas Autónomas”.

Si bien no todos los asambleístas de la Asamblea Norte compartían las perspectivas de contrapoder que enfatizaban la autonomía como un espacio-tiempo distinto al espacio-tiempo político-estatal, existía el consenso de la asamblea como un espacio cualitativamente distinto al espacio político-partidario.¹¹³ En palabras de una asambleísta que había encontrado en las reuniones de las “Asambleas Autónomas” otro ámbito de participación:

la asamblea, como la realización de un boletín o la actividad desarrollada por la Comisión de Compras comunitarias que, efectuadas por vecinos no militantes, no resultaban del interés del sector militante.

¹¹³ Es el caso de Patricia, que aunque rechaza la conformación de un partido político “tradicional”, piensa que las asambleas deben necesariamente constituirse en una “opción de poder”:

“Yo, en lo personal, creo que las asambleas en un futuro tienen que formar una opción de poder no necesariamente un partido político. Yo creo que hay dos posibilidades, creo que de acuerdo la que agarre va a ser mas o menos conducente. Yo creo que la política tradicional en Argentina esta totalmente... perdida es como que está, no tiene esencia, ha perdido espontaneidad, no tiene gente sana. Si vos te imbuís o, mejor dicho, si vos te metés en ese esquema político corrés el serio riesgo de que te mezclas y, si te mezclan, te guste o no te guste; no vas a ser una opción de poder. Si nosotros, realmente, queremos transformar las cosas creo que deberíamos hacer otro camino, un camino diferente. Creo que hay que arrancar con cuestiones locales, poderes locales, tratar de conformar estructuras mas descentralizadas, luchar por eso. En el medio vas a tener que luchar con la cosa tradicional, o sea, con la política tradicional, para lo cual se tendrá que pedir que se anulen las listas sabanas, etc., para por lo menos tener una mínima opción para ir modificando en la estructura formal cosas que querés modificar de fondo pero en la medida en que vos no puedas hacer este otro trabajo donde, realmente, puedas unir la voluntad de la gente es difícil predecir el futuro de una asamblea o de un grupo de asambleas, me refiero a una opción de poder. (Patricia, 42 años, de la Asamblea Norte, 13 de junio de 2002)”.

Nueve meses después, Patricia nos confirmaba frente a las elecciones presidenciales tanto su distancia con respecto a la instancia eleccionaria (“cuando yo digo de que, realmente para mí [las elecciones] esto es un fraude y que no debían haber existido creo ser bastante consecuente con mi pensamiento de que los deberíamos ir [se refiere al QSVT no tiene sentido político si no se los obliga a ir]”), como su escepticismo con respecto a un proyecto autónomo (“esta cuestión de estar en contra de los políticos... de la invasión política se transfirió en forma directa con respecto a la discusión política, la discusión no se profundizó”). Al mismo tiempo, al expresar su desilusión por el presente de su asamblea (“Esa cuestión de las jornadas todos los sábados y empezar a hacer... me parece bárbaro. Pero decime, ¿qué otra cosa? Nada (Patricia, re-entrevistada, 22 de marzo de 2003)”) revela que el quehacer asambleario se dirigió en esta etapa casi en exclusividad a realizar jornadas de debate.

“Sí, desde mediados de año... digamos después de la lucha, digamos, lo que yo sentía es que... de encontrar un lugar, un espacio, marcha, mucha marcha, encontrarse en ese espacio... fue decantando en otra búsqueda. Me parece la búsqueda más interior, eso es lo que me parece más rico, donde parece que hay menos gente pero más trabajo interior. Más trabajo interno, interno e interior ¿no? cada uno fue abocándose a una necesidad básica... vamos como depurándolo, me parece que por ahí va. Se logró en varias asambleas, en los grupos que estamos en la *Red de vecinos* y estamos trabajando así fuertemente... en los espacios, armamos comisiones, hay de varios... no es solamente en este lugar, en esta asamblea, sino varios lugares, varias organizaciones, ong's, vecinos sueltos, me parece que va evolucionando por ese lado. Más lento... y con una mirada y bueno... sin importar este... bueno “ahora van a venir las elecciones” y bueno... vendrán las elecciones veremos que hacemos, pero no lo más importante. (Azucena, 55 años, de la Asamblea Norte, 6 de febrero de 2003)”.

A pesar de la opinión de Azucena, la cercanía de los comicios comenzó a generar inquietudes acerca de qué debía hacerse. En términos concretos, como opina Simón, el tema fue imponiéndose en forma gradual pero firme, superando las primeras resistencias:

“...las elecciones, que son una dispersión terrible, hay gente que no habla, donde se habla de elecciones se arma un despedote bárbaro, parecieran hechas a propósito para dispersar a la gente (...) Y... yo cada vez que puedo trato de... hablar de eso, principalmente porque tengo mis serias dudas y por un lado pienso que si nosotros estamos proponiendo ‘que se vayan todos’ no podemos entrar en ese juego, pero de pronto como decía Ivana el otro día, de pronto nosotros estábamos hablando de esto, de votar o no votar, después fuimos a lo de una vecina a comer unas empanadas, éramos como veinte, seguimos hablando de lo mismo y de pronto uno enciende el televisor y se da cuenta que el mundo pasa por otro lado... entonces votar o no votar, y además porque fue... movida la charla del otro día [se refiere a una jornada de discusión sobre las elecciones en la que participaron Pino Solanas, Pablo Bergel, asambleísta y César, un integrante del MTD Mosconi] (Simón, 36 años, de la Asamblea Norte, re-entrevistado en marzo de 2003)”.

En un sentido similar, para Patricia la existencia de inquietudes individuales sobre el voto demuestra que la cronología electoral no resultaba del todo ajena a los intereses de muchos asambleístas, situación que puso en evidencia la diversidad de sentidos que subyacían al QSVT:

“Creo que mucha gente, de hecho, que el debate de las elecciones te demuestra que el QSVT no es un pensamiento general en la práctica. Una cosa es verbalizar y, otra cosa es ejercer, lejos, lejos, es distinto. Cuando yo digo de que, realmente, para mí, esto es un fraude [las elecciones] y que no debían haber existido, creo ser bastante consecuente con mi pensamiento de que los deberíamos ir. Ahora, si yo me pongo a pensar a quién voto, es porque estoy creyendo todavía en que existe una opción, o sea, amén de que uno tenga que funcionar en ese ámbito, tenga que hacer algo ‘para tratar de’, eso no tiene que ver con la convicción, a mi modo de ver... A mi me preocupa mucho (Patricia, 42 años, de la Asamblea Norte, re-entrevistada, 22 de marzo de 2003)”.

Las elecciones llegaron. La oposición entre prácticas autónomas y tiempo electoral dejó de ser una opción entre elementos excluyentes. La Asamblea Norte respondió a las vicisitudes individuales retomando la modalidad de lugar de debate político, organizando su propia reunión de discusión: “Votar o no votar”. De alguna manera, eligiendo este camino, parecieron traicionar su adhesión al QSVT, pero al hacerlo pudieron en definitiva respetar los valores fijados para su práctica asamblearia de horizontalidad, escenificación de lo múltiple y autonomía personal de los

integrantes. Mostraron además que hacer sentido colectivo de la crisis de lo político/la política seguía siendo un elemento convocante, del *estar ahí debatiendo*.¹¹⁴

En el capítulo siguiente dejaremos de lado el análisis de la asamblea como instancia de encuentro en función de la crisis política y así, avanzaremos un paso más en la consideración de la asamblea como instancia que propició la **participación individual y horizontal de cada uno/a** en el debate y en las acciones colectivas llevadas a cabo. Finalmente, mostraremos de qué manera, acentuando qué aspectos, desde esta matriz de participación o *sociabilidad* asamblearia, los asambleístas harán frente a lo exterior a la asamblea, frente al declive de la socialidad conocida y la vacuidad del espacio público que, paradójicamente, los había reunido.

¹¹⁴ Al momento de cerrar este trabajo, se ha dado a conocer un escrito de Bruno Fornillo sobre “La dinámica reciente de la coordinación inter-asamblearia: Encuentro de asambleas autónomas”, donde se efectúa un análisis del proceso asambleario que extiende hasta la actualidad el marco cronológico de nuestro análisis. No obstante, la caracterización más reciente de este autor supone el acierto de nuestra elección de las dos asambleas de estudio como dos tipos representativos de asambleas que pudiesen ofrecer una perspectiva general de lo que ha sido, y es, el proceso asambleario. Fornillo destaca que, a pesar de la diversificación creciente de las asambleas, éstas han tendido a agruparse sobre dos ejes. En el primero de ellos se destaca un núcleo de asambleas conformadas bajo la égida de algunos partidos políticos de izquierda y que, en nuestro caso, este proceso se corresponde con el que hemos visto para la Asamblea Centro. En el segundo, se trata de un espacio precisamente desligado de los partidos políticos de izquierda pero conectado, en cambio, con otros sectores sociales, fundamentalmente con los agrupamientos piqueteros autónomos. De estos espacios cabe reconocer tanto el “Encuentro de Asambleas Autónomas” —que, como también hemos visto, constituyó desde fines de 2002 un espacio de participación pertinente para la Asamblea Norte o para muchos de sus asambleístas— como las “Rondas de pensamiento de Roca Negra”.

CAPÍTULO IV

LAS PRÁCTICAS ASAMBLEARIAS DESDE LA PARTICIPACIÓN INDIVIDUAL. REPENSANDO LO SOCIAL Y LA SOCIABILIDAD DESDE UNA SOCIALIDAD CUESTIONADA

“La casa de departamentos es hoy, por antonomasia, el hogar metropolitano y la aspiración del huésped que no ama al país. Por otra parte, y con arreglo a los gustos de la inmigración, nada hay tan parecido a un trasatlántico o un tren en que se viajara sin saber con qué destino —la muerte—. Transcurren veinte años de convivencia y no conocemos al que ocupa, pared por medio, el departamento contiguo. Ignoramos quién sea y no nos interesa; ni lo estimamos ni lo odiamos; no existe más que para él. Va, como nosotros, con un rumbo general y abstracto y llegará un poco antes o un poco después. Indiferencia absoluta como si un departamento estuviera separado por países, por idiomas, por seres de distinta especie. Las paredes absorben el ruido, el calor, la simpatía y el odio. Parecen de amianto, corcho, ebonita. Podemos hablar de raza, de religión, de ideales, ponernos de acuerdo y salir a la calle a morir juntos por la misma causa; todo eso no tiene más que un sentido mecánico, tal como un sentido industrial el hogar en la casa de departamentos (Martínez Estrada, 1970 [1946]: 46)”.

El sentido de las asambleas puede ser observado con respecto a su lugar frente a la sociedad política o con respecto a una dimensión propia. En el primero de los casos significa un actor del campo político. En el segundo constituye una unidad social de participación cívica. La asamblea posee un sentido para el resto de la sociedad y un sentido en sí para cada uno de sus integrantes. Esta caracterización dual de las asambleas en función del lugar que ocupan y en función de la participación individual conforma el criterio ordenador de los énfasis de los capítulos III y IV respectivamente.

En el capítulo anterior se examinó a las asambleas como instancias que irrumpieron en el espacio público, conformando ámbitos destinados a ensayar respuestas, teóricas y prácticas, a concepciones de democracia, ciudadanía y naturaleza del nosotros colectivo, percibidas como limitantes. Vimos cómo iniciaron una apertura de sentido y una praxis asamblearia cuyos principios y fines no dejaron nunca de problematizarse, resultando por tanto difícil su caracterización en términos de tendencias aún de manera retrospectivas. En términos metodológicos, presentamos esto expresando que el ejercicio cívico de las asambleas constituía formular preguntas que desbordaban los marcos explicativos vigentes. En función de la crisis de la democracia *tal cual es*, la singularidad emergente de las asambleas mostró como rasgo intrínseco a su propio funcionamiento —además de su rol productor y reproductor del QSVT— la presentación tangible de una esfera pública política —el *estar ahí debatiendo* y un hacer político que aspiraba a ser autónomo.

A su vez, los intentos propios y ajenos por colocar a las asambleas en un lugar efectivo de acción política frente a una crisis vista la mayoría de las veces como terminal al sistema —aunque simultáneamente fuese percibida también como mera reproducción de una crisis de larga data—, motivó un acercamiento y un diálogo mayor con aquellos movimientos sociales que habían emergido también en el contexto de las últimas vivencias de la crisis. De esta forma, el funcionamiento horizontal y las prácticas autónomas se presentaron como la contracara en el espacio asambleario de la doble crisis de lo político y lo público.

En un tercer momento, cuando el tema eleccionario fue imponiéndose paulatinamente en la agenda política asamblearia a través de las inquietudes individuales —que, a su vez, comienzan a ser sensibles al espacio de los medios masivos de comunicación—, la asamblea retomó su praxis de deliberación colectiva.

Como mencionamos en el capítulo anterior, la pronta generalización de la categoría *vecino* como lugar de enunciación que posibilitase que el encuentro asambleario fuese algo más que un encuentro entre extraños se explicaba, por un lado, por la crisis general que afectaba a las categorías que nominaban a los actores políticos (Feijoo y Oroño 2002: 30). En este marco, la generalización de la categoría “vecino” se construyó en tensión con la diversidad e identidades políticas existentes, de la que dimos cuenta a través del abordaje de dos modos de encarar la participación y garantizar la paridad en la misma.

Pero, por otro lado, se puede sugerir que la categoría *vecino* remitía a su vez a la necesidad de los participantes de dar sentido a los vínculos inter-individuales entre aquellos que habían conformado el *nosotros* de hecho del cacerolazo¹¹⁵ —ante la caída también aquí de los discursos que cubren el espacio más amplio de significación, tal como el discurso sobre lo nacional, el cual resulta percibido como expropiado por sectores reaccionarios (Briones 2002). En este capítulo, avanzaremos en esta dirección, adentrándonos paulatinamente desde las contribuciones y las limitaciones de la categoría *vecino* como posibilidad exclusiva del colectivo asambleario hasta las intervenciones de los ciudadanos asambleístas en pos de una nueva sociabilidad o nuevo modo social de *estar juntos*.

¹¹⁵ Creemos que no resulta necesario ejemplificar bibliográficamente esto que decimos. Sólo con dar un repaso a la innumerable producción teórica del momento cuando todavía el cacerolazo hacía sentir toda su efectividad en el espacio público movilizado, tanto aquella que versaba sobre la naturaleza del sujeto político —si multitud o pueblo— o aquella que dejaba traslucir el desconcierto que despertaba el rechazo de consignas particulares —en la Introducción hemos dado cuenta de cómo el QSVT impide una sutura de *lo social*— hablan de esta distancia radical entre un colectivo de hecho y las categorías que pueden nominarlo o sustantivizarlo. A la cual el “somos todos argentinos” tampoco se muestra como una superación. Pero, por esto mismo, la naturaleza de esas relaciones de hecho no se disuelve en el “problema de la falta de articulación”, sino que persiste como pregunta o enigma, y fundamentalmente, como contexto efectivo de interacción o conflicto.

1. La conformación de un *nosotros* asambleario frente a la crisis de los colectivos de identificación

Varios trabajos han abordado la construcción de la identidad colectiva asamblearia desde el análisis de lo identitario y de la significación (Di Marco et al 2003; Caparrós 2002; Bielsa et al 2002). No obstante, es nuestro interés encarar el análisis de prácticas y discursos asamblearios que en superficie muestran ser muy críticos de ciertos *nosotros* tradicionales y, sin embargo, se empeñan en dar voz a lo colectivo de su hacer desde una perspectiva que, a nuestro juicio, retoma o invierte la constitución de imaginarios de y sobre la clase media, cuyas características más sobresalientes hemos discutido en el capítulo II.

Para ello, trabajaremos sobre distintas dimensiones. Desde un enfoque que podemos calificar como abstracto general, abordaremos las consecuencias de procesos sociales de largo alcance, tales como la constitución histórica del individuo moderno y la urbanización, en tanto procesos que paradójicamente tensan la idea de lo local y de lo personal —procesos donde la disolución moderna de los lazos sociales que acompañaron dicha constitución se recompone sociológicamente, en ciertas formas de *solidaridad orgánica* a la Durkheim y de *socialidad* a la Simmel, entre otras posibilidades.

En lo concreto particular del país, trabajaremos desde procesos donde la vacuidad del espacio público emerge como efecto de situaciones de incertidumbre social y comunitarias, que revelan el pacto secreto entre estado y ciudadanos, y hacen evidente el colapso de la socialidad conocida.

La construcción de sentidos colectivos fue un objetivo indudable de los agrupamientos asamblearios. Para Giarraca y Bidaseca (2001), esa meta es el punto de partida de la acción específicamente política:

“La constitución del *nombre* implica la conformación de un ‘nosotros’, momento a partir del cual se desarrolla un poder, cuando un grupo de personas se percibe como colectivo capaz de inscribir sus reclamos en un universo de significados públicos y hace oír su voz. (...). El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y donde los actos no son brutales (...) Esa instancia de conformación del colectivo, del nacimiento del poder, es el momento esencialmente político (Giarraca y Bidaseca 2001: 26-27, en cursiva en el original)”.

No obstante, la conformación de un *nosotros* fue, desde la apertura cacerojera de diciembre, una pregunta de difícil respuesta, hiato que tampoco la acción colectiva desplegada (tanto en cacerojazos como en asambleas) suprimió. Desde el punto de vista del espacio mayor en el cual se

produce, la irrupción colectiva del cacerolazo significa un malestar acerca de cómo en la sociedad en general y la sociedad política en particular se representaban la forma, las posibilidades y los límites del orden democrático (justo). Una de sus consecuencias estuvo dada, como señalamos en el capítulo III, por el desplazamiento y la ampliación de las responsabilidades de todos y de cada uno para con la crisis.

En el cacerolazo, el *nosotros* se constituyó instantáneamente, en y a través de la praxis activa y colectiva de los sujetos. En cuanto desafío a la opción *democracia o dictadura*, el *nosotros* cacerolero se fue construyendo en relación y frente a una totalidad social connotada por experiencias (previas) de disolución social, esto es, experiencias de disolución de ese *nosotros tal cual era*. En estas condiciones, el *nosotros* asambleario no podía significar algo dado, sino un proceso que para los asambleístas se alcanzaba por consenso o a través de la misma construcción asamblearia.

Ahora bien, hasta aquí nos interesa señalar sólo lo siguiente: tanto se vea el *nosotros* como una construcción asamblearia o como consenso, en el espacio asambleario coexistió, junto a la búsqueda de un *nosotros* —uno particular, asambleario y otro con una pretensión más general, cacerolero—, una dimensión individual y personal, irreductible a los intereses colectivos de la asamblea. Este aspecto personal e individual de la participación ya había sido observado por nosotros en otra parte, en ocasión de analizar los cacerolazos como *género* de protesta distintivo:

“... a diferencia de lo que suele ocurrir en manifestaciones y piquetes, en los cacerolazos faltan carteles que operen de referencias para ir acomodando a los distintos sectores en el espacio público, siendo quizás las pertenencias barriales de los asambleístas inscriptas en carteles más pequeños las que operan como territorialización válida en los domicilios transitorios de estas protestas. A menudo, pancartas individuales, no uniformadas, abren espacios para la expresión personalizada de los asistentes, quienes incluso pueden hacer instalaciones individuales que lúdicamente condensan —vía disfraces, por ejemplo— la situación que repudian. En este sentido, las vestimentas son tan casuales y diversas como la ciudadanía misma, distanciándose de la estética más desalineada de las marchas estudiantiles, de los gorros y pecheras con que los piqueteros expresan su actuar homogéneo y organización, de las leyendas uniformadas que identifican la comunidad de objetivos de organismos de derechos humanos o de los sindicatos (Briones, Fava y Rosan 2002)”.

Si bien lo anterior refiere a los cacerolazos como *género* de protesta, hasta aquí decimos dos cosas que resultan válidas también para el nuevo agrupamiento *asamblea*: que las pertenencias barriales habrían constituido las únicas referencias válidas aceptadas por todos y que, además, los asistentes podían participar de manera personal en el espacio público de la protesta. Antes de ingresar entonces al análisis de la pertenencia vecinal de la protesta —ya que volveremos sobre la de índole personal más adelante—, resulta pertinente delinear algunos aspectos acerca de cómo ha sido tratada sociológica y antropológicamente la vecinalidad y, en modo general, el espacio urbano como objeto.

Al hablar de vecinos de la ciudad de Buenos Aires estamos hablando de habitantes (numerosos y cercanos en el espacio) de una gran urbe. Si de por sí la ciudad constituye un objeto escasamente abordado por las ciencias sociales —ya fuese en tanto espacio social de determinada índole,¹¹⁶ ya fuese como escenario que permea o da sentido de manera particular a los habitantes que en él se encuentran— o a lo sumo abordado como mero telón de fondo donde se desarrollan los procesos sociales que sí son objeto reconocido de las ciencias sociales,¹¹⁷ esta preocupación cobra particular apremio en el caso de una perspectiva antropológica cuyas primeras y persistentes aproximaciones a estos nuevos escenarios significaron de modo general una Antropología Urbana en búsqueda de

¹¹⁶ Asimismo, esta ausencia de lo urbano no es privativa de las ciencias sociales. Recuérdese aquí como Engels (1980 [1872; 2ed. 1887]) denuncia como posiciones proudhonistas o pequeño burguesas aquellas que alertaban sobre un “problema de la vivienda obrera” resultante del período industrial de las ciudades. Expresaba de esta manera que hablar de un “problema de la vivienda obrera” era por lo menos falso y que, en todo caso, su función era oscurecer el mal exclusivo de la época (capitalista) que era la explotación social del proletariado. Al hacerlo así sugería que buscar soluciones técnicas a este hecho general —presente en todas las poblaciones marginadas de las ciudades, también en épocas anteriores— constituía a lo sumo una iniciativa secundaria con respecto al principal problema (social y económico) de la explotación. Como afirma Rossi, “Ello significa también que Engels niega que de algún modo este fenómeno atañe a la urbanística; al contrario, declara que el pensar que iniciativas espaciales pueden intervenir en este proceso es pura abstracción, prácticamente una acción reaccionaria. Cree que todo lo que se quiera añadir a estas posiciones es falso (Rossi 1995: 263)”. Desde perspectivas marxistas más recientes, tal situación no se ha modificado. Así, en Castells (1974) esto supone la tajante negación no sólo de una cultura urbana, sino de una vida social específica de los medios urbanos.

¹¹⁷ Consideramos este punto de particular importancia. Véase al respecto hasta qué punto nuestra perspectiva antropológica invierte y no continúa la sensata preocupación metodológica que Geertz expone en su *descripción densa* —frente a estudios que persistían metodológicamente en la búsqueda de totalidades sociales aisladas espacialmente: “El lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian *en* aldeas (Geertz 1996: 33, en cursiva en el original). En verdad, no constituye tanto una inversión como un desplazamiento motivado por la preocupación de ser fieles a la naturaleza del escenario social donde encontramos a nuestros assembleístas. En relación al escenario de la ciudad, Delgado Ruiz (2002) distingue entre ciudad y lo urbano, entre lo material y lo fugaz, reservando a las relaciones (fugaces) entabladas en el espacio público el objeto de una antropología urbana, con la esperanza que la disciplina antropológica contenga las herramientas teóricas adecuadas en las conceptualizaciones de performance (Schechner) o drama social (Turner). Sin embargo, consideramos que si bien tal perspectiva avanza en la consideración de una naturaleza específica del ambiente urbano, deja de lado justamente la dimensión material del escenario urbano, que debe ser integrada y no excluida en los estudios de imaginarios y procesos sociales, sea a través de la permanencia de los monumentos, de la tipología de construcción o del trazado urbano. Lo urbano como materialidad constituye uno de los aspectos más importantes en que se manifiesta la materialización de lo social en sentido amplio, a la par que brinda una “conciencia histórica” a través de la vivencia personal y colectiva de sus transformaciones a lo largo de la biografía individual. Constituye por tanto uno de los lugares por excelencia en la era moderna —a la que tantos analistas no dudan en calificar junto con Marx y Berman como una época donde “todo lo sólido se evapora en el aire (Berman 1993)— que procura las bases para hablar de una “memoria colectiva”, sin aludir al propio tiempo a un sujeto colectivo de por sí de difícil definición y delimitación. Por tanto, un objeto ciudad —como cualquier otro objeto social— debe hacer lugar a ambas dimensiones: material y virtual. Hecha estas salvedades, el estudio de la ciudad se revela importante para una caracterización que integre los diversos ámbitos de desenvolvimiento de los actores que de otra manera aparecen desdoblados, en el ámbito público y el ámbito privado.

“viejos temas en nuevos contextos (G. Canclini, 1997b)”.¹¹⁸ Esto comporta por ejemplo el estudio de poblaciones o barriadas donde sea posible encontrar actores cuya existencia social esté fundamentalmente determinada por relaciones de comunidad o de parentesco, ámbito donde la antropología clásica había construido la mayor parte de su arsenal teórico.¹¹⁹

Como a menudo ocurre, estas aproximaciones nacidas en campos distintos se diluyen sin haberse hecho ninguna obra de síntesis. Así, en los noventa, las ciudades cobraron nueva importancia como objetos en sí para la disciplina antropológica bajo la forma de estudios sobre ciudades globales (Bayardo y Lacarrieu 1997). En este contexto, fueron cobrando mayor importancia tanto el estudio de recientes transformaciones espaciales (Caldeira 1995) como de procesos de construcción de identidad ciudadana (local) en un contexto de disolución global de tales identidades (Mons 1994; Grillo y Lacarrieu 1995; Augé 1998; Torres Ribeiro y Sánchez García 1996, entre muchos otros). Finalmente, tal revalorización de la ciudad implicó la asunción de una mayor importancia de la particularidad social de un escenario urbano que, si bien se distanciaba críticamente de los postulados funcionalistas de Escuela Sociológica de Chicago —que paradójicamente había adoptado el trabajo de campo y la observación participante— demandaba “retornar” a aquellos autores como Simmel (2002c [1908]) que habían analizado específicamente la vida metropolitana como objeto.

En este entramado, se confunden a veces en el estudio de o en las ciudades, dos tipos de conceptualizaciones que subrayan en la *territorialidad* como condición de posibilidad de nuevas construcciones culturales, políticas e identitarias que son autónomas con respecto a esos procesos globales. Algunas concepciones fluctúan en supuestos sobre la ciudad como forma moderna que auspicia un espacio público masivo y de encuentros sociales entre extraños. Otras, en cambio, entienden la ciudad como el escenario por excelencia de la disolución (global), a través de la construcción y el desarrollo de autopistas, barrios cerrados y otros no-lugares (locales), tales como grandes centros comerciales, parques temáticos, entre otros.

¹¹⁸ Tendencia que bien puede caracterizarse a través del estudio de redes de sobrevivencia de los recién llegados a las ciudades producto de las migraciones internas, como por ejemplo el ya clásico estudio de Lomnitz (1987) sobre “los mecanismos de los marginados [como] totalidad de su sistema de relaciones sociales (Lomnitz 1987 [1975]: 11).

¹¹⁹ Siguiendo la célebre distinción de Tönnies entre comunidad y sociedad, tan cara a la sociología alemana (Aron 1953: 26). O en la sociología francesa con la distinción de Durkheim entre solidaridad orgánica y solidaridad mecánica. Es de atender aquí que, si bien estas dicotomías fueron pronto objeto de crítica tanto en antropología como en sociología por sus connotaciones evolucionistas, perduraron en cambio como natural división del trabajo entre ambas disciplinas —distinción que, claro está, no supuso sólo una diferencia territorial de los distintos objetos estudiados: cuando ambas coexistieron en un mismo escenario (por ejemplo, la ciudad) reprodujeron distintos objetos de acuerdo a las distintas perspectivas y metodologías elaboradas tradicionalmente.

En nuestro contexto de trabajo y en relación a los modos de relación entre individuos, tal acentuamiento en la *territorialidad* como condición de posibilidad de construcción de procesos identitarios en un contexto de disoluciones se traduce, en ocasiones, en una asunción directa de las relaciones vecinales como modo y posibilidad de construcción política. No obstante, como en ocasión de observar la ambivalencia de los estudios sobre la territorialidad urbana, observamos una ambivalencia similar en concepciones contrastantes que se refieren a la *vecinalidad* como condición de posibilidad de construcción de nuevos lazos sociales, pero donde casualmente no se tensa la idea de vecinalidad de acuerdo a toda esta producción (clásica y reciente) de la sociología y antropología urbanas. En este caso, mientras algunos de estos nuevos acercamientos parecen retomar y propiciar una continuidad histórica o tradición porteña muy importante de asociacionismo vecinal, otras parecen asumir un sujeto vecino como dato espontáneo, a pesar de que no pocos estudios académicos reproducían hasta hace unos pocos años una imagen de dichos habitantes como consumidores desinteresados y reclusos en el dominio privado.

Por tanto, teniendo en cuenta la naturaleza urbana del territorio y del vínculo vecinal, indagaremos primero en la relación entre asambleas y territorio, para después adentrarnos en la naturaleza del vínculo vecinal en una gran ciudad como Buenos Aires.

2. Asambleas y territorialidad urbana

“O sea, que no es que son 4 o 5 los únicos que están en la lista, creo que en esa lista, aunque a la asamblea vayan 10, esa lista debe haber 40 o más. Eso está buenísimo, somos un montón de espectadores de esa lista [risas]. Es algo, no sé... supongo que cuando el mail esté más difundido podrá ser objeto de análisis, hoy en día no. No sé si no hay un voyeurismo, una especie de voyeurismo, como espiar a través del mail que carancho está pasando en la asamblea. Y eso es lo que yo hago, me hago cargo, digo yo espío a través del mail (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, 24 de julio de 2003)”.

A nivel general, se menciona la territorialidad como un elemento clave en la reproducción de los movimientos y organizaciones sociales. Aún así, la territorialidad como elemento activo y no sólo como propiedad contextual de la acción colectiva de protesta fue puesto en primer plano a través de la irrupción de los agrupamientos piqueteros.¹²⁰ En este sentido, se subraya la construcción por parte

¹²⁰ La atribución de territorialidad del movimiento piquetero no es exclusiva de los estudios académicos que lo tratan. Por ejemplo, la rama piquetera de la CTA (Central de Trabajadores Argentinos), la FTV (Federación de Tierra y Vivienda) se ha autodenominado su “expresión territorial”.

de distintos movimientos sociales de un proyecto y un saber situacionales que son, simultáneamente, expresiones de contrapoder y territorialización..

En este marco, cuando en diciembre de 2001 los vecinos-caceroleros ocuparon el espacio público, la referencia territorial implicada por “el todos juntos estar en la calle” constituyó la categoría que permitió, nuevamente, hablar de referencias compartidas.¹²¹ En esencia, entonces, se trataba sólo de un dato crudo de la realidad, actuante en la desolada geografía urbana de los noventa:

“Los piqueteros que cortan rutas, los caceroleros que han invadido las calles señalan el comienzo de una nueva estrategia. (...) Las asambleas barriales son la puesta en acto de este movimiento que desde los barrios reconstituyen la unidad del tejido social para volver a encontrar las fuentes del poder político y de la soberanía que reside en ellos. La globalización disolvente de las geografías y de los cuerpos encuentra su exacta respuesta cuando se construye un poder colectivo nuevo desde el grano menudo de la materialidad social (Rozichtner 2002)”.

Frente a la “globalización disolvente de las geografías”, el territorio sin adjetivos, aún en o por su pura materialidad, deviene posibilidad y condición de una nueva ética de resistencia política. También, ética de los cuerpos: uno de nuestros entrevistados contestó afirmativamente a la pregunta sobre si nuestra participación como observadores constituía una participación en la asamblea con un “sí, porque ponen el cuerpo”.¹²² Asimismo, numerosas fueron las voces que denominaron la resistencia cívica en la Plaza de Mayo del día 20 de diciembre como “poner el cuerpo”.¹²³

Y en efecto, esta misma concepción es el punto de partida para la reflexión de Germán de cuál fue, o debería haber sido, la base de construcción de un proyecto político asambleario: su referencia territorial

“Me parece que... si, bueno, si había un potencial transformador en la movida, ésta consistía en democratizar las relaciones políticas, sociales, culturales, etcétera, en un territorio. O sea, yo siempre insistí, me peleé mil veces con los chicos... ideologizados. Fue porque, bueno, las asambleas, si tienen un sentido, es su referencia territorial. No jodamos, asambleas hay y hubo en un montón de lugares, en las fábricas, en las universidades, en los hospitales, siempre hubo asambleas. El hecho que haya asambleas no es la novedad. La novedad es que hay asambleas que están constituidas por vecinos que tienen referencia territorial. Eso es lo nuevo (...) Y entonces la

¹²¹ En otro sentido, su acción —en lo que tiene de ocupación del espacio público— fue vista como retorno: a una ciudadanía republicana desde un modelo de ciudadanía liberal (Briones com. per.), o de la vuelta del pueblo a la plaza, retorno que González (Moreno 2002a) discute en diálogo con nuevas categorías, tales como multitud.

¹²² Hemos de notar que tal respuesta ocurrió en un momento político (a mediados de 2002) donde se vivía el temor de la posibilidad de un endurecimiento represivo del gobierno para con los sectores movilizados.

¹²³ “Poner el cuerpo”, “habitar la destitución mercantil”, son todas fórmulas que ensayan qué formas nuevas debería adoptar una subjetividad crítica en condiciones de globalización o neoliberalismo:

“... si la fluidez es el modo de existencia en los tiempos mercantiles, será necesario forjar los procedimientos de pensamiento y de intervención capaces de marcar este terreno. Pero también será necesario pensar nuevas estrategias de subjetivación en relación con una dominación que no sabe —ni pretende saber— de fundamentaciones sólidas. En definitiva, la tarea subjetiva en los tiempos neoliberales requiere de otro tipo de operaciones. Ya no es preciso *desligar, romper, subvertir* sino *ligar, afirmar, sostener*. Dicho de otro modo, nuestro punto de partida no son las instituciones estatales sino las destituciones mercantiles. (Grupo doce 2001: 97, en cursiva en el original)”.

cosa era asumir eso, asumir que el crecimiento de la asamblea, el triunfo del proyecto político de la asamblea suponía incorporar al señor que está en este bar, a la señora que está en la panadería y al desocupado del barrio. Cómo hacer para articular esos intereses sabiendo que siempre alguien queda afuera, no a priori que quede afuera, no que quede afuera ideológicamente (...) si la movida asamblearia tenía un sentido, insisto, era incorporar justamente a la diversidad, sobre todo en un momento de vacío político donde el 'que se vayan todos' de algún modo también incluía a la representación política de la izquierda (Germán, 40 años, de la Asamblea Centro, 7 de febrero de 2003)".

Sin embargo, no se trata de negar que este nuevo status de la materialidad (social) de los cuerpos y del territorio constituya efectivamente un factor de construcción política en un contexto de disoluciones, ni tampoco que la materialidad de la ciudad pudo haber desempeñado un anclaje a la memoria colectiva ("hay un nosotros"), sino de sopesar si en el caso de las asambleas vecinales efectivamente la territorialidad urbana pudo constituirse en marco general compartido y, en este caso, cuáles fueron sus alcances espaciales y sociales.

En modo general, como se ha observado desde diversas perspectivas teóricas (Ianni 1997; Ortiz 1996), el carácter desterritorializador del proceso globalizador no significa otra cosa que una desvinculación entre territorio y representaciones sociales:

"Todo se desterritorializa. Las cosas, gentes e ideas, así como las palabras, gestos, sonidos e imágenes, todo se desplaza por el espacio, atraviesa la duración, revelándose fluctuante, itinerante, volante. Se desarraigan de los lugares, se olvidan los pretéritos, se hacen presentes en los cuatro rincones del mundo. La sociedad global se transforma en un vasto mercado de cosas, gentes e ideas, así como de realizaciones, posibilidades e ilusiones; integra también homogeneidades y diversidades, obsolescencias y novedades (...) El mundo se transforma en territorio de todo el mundo. Todo se desterritorializa y reterritorializa. (Ianni 1997: 140)".

En palabras de Appadurai, el territorio (local y nacional) queda desbordado como marco de sentido de las identidades locales:

"Lo que un nuevo estilo de etnografía puede hacer, entonces, es, precisamente, tratar de captar y dar cuenta del impacto de la desterritorialización sobre los recursos imaginativos de las experiencias locales vividas. Dicho de otro modo, la tarea de la etnografía actualmente deviene en resolver el siguiente enigma: ¿en qué consiste la naturaleza de lo local como experiencia vivida en el contexto de un mundo globalizado y desterritorializado? (Appadurai 2001: 67)".

Aún más, a nivel general, la problematización de un vínculo directo entre territorio y representaciones sociales no se reduce al proceso de globalización. Como el mismo Appadurai (2001) subraya, la producción de lo local¹²⁴ es un proceso inestable que requiere una acción constante de la comunidad en todo tipo y momento sociales.

¹²⁴ La producción de lo local no es para Appadurai sinónimo de construcción de un espacio (social), sino que significa, como para nosotros, una propiedad de lo social:

"... entiendo lo local como algo primariamente relacional y contextual, en vez de algo espacial o una mera cuestión de escala. Lo entiendo como una cualidad fenomenológica compleja, constituida por una serie de relaciones entre un sentido de la inmediatez social, las tecnologías de la interacción social y la relatividad de

En el caso de la territorialidad urbana, una de las primeras cuestiones a considerar es la naturaleza de la referencia territorial de las asambleas. Desde un primer momento, las asambleas conformaron, en forma paralela a sus reuniones, una lista de correos electrónicos y en algunos casos se confeccionaron páginas web, con el objeto de difundir actividades, documentos, foros de discusión de la propia asamblea y del espacio asambleario regional.¹²⁵ No obstante haber utilizado Internet como herramienta de difusión, resulta claro que los medios electrónicos de comunicación se convirtieron en algo más, en parte integrante del espacio asambleario. De esta manera, cada asamblea y el conjunto de asambleas generaban y se insertaban conjuntamente en una geografía virtual ampliada cuyos vectores bien podrían dirigirse, socialmente, al conjunto de otros ciudadanos movilizadas, y, espacialmente, hacia otros ciudadanos de la ciudad de Buenos Aires o de la misma zona de barrios.¹²⁶

Por tanto, si bien existía un consenso tácito de que la participación en la asamblea surgía de la condición de vecino del barrio,¹²⁷ es un hecho que la geografía de la asamblea desbordaba el

los contextos. Esta cualidad fenomenológica, que se expresa en determinados tipos de agencia social, de sociabilidad y de reproductibilidad, es el predicado principal de lo local como una categoría (o tema) que en lo personal me interesa explorar. Por otra parte, utilizaré el término *vecindario* para referirme a las formas sociales existentes en la realidad y en las que lo local, en tanto dimensión o valor, se concreta de diferentes maneras. En este sentido, los vecindarios serían comunidades situadas, caracterizadas por su naturaleza concreta, ya sea espacial o virtual, y por su potencial para la reproducción social (Appadurai 2001: 197, en cursiva en el original)".

¹²⁵ En palabras de Iván (ver su testimonio al comienzo de este apartado), la lista de correos reúne (una vez que se han alejado de la asamblea) a los asambleístas que se han vuelto espectadores de la misma. En todo caso, es una asamblea ampliada, que de acuerdo a la lectura efectuada sobre la asamblea "real" puede motivar el acercamiento de quienes se han alejado.

¹²⁶ Que no es solo un medio de difusión sino un marco ampliado a la asamblea —y que además habilita el desenvolvimiento de otras competencias personales a la participación hablada— se desprende del testimonio de Mirta, quien nos confesaba que no participaba con asiduidad de las comisiones de su asamblea y que, en cambio, hacía uso frecuente de la cadena de correo electrónico porque a ella le "gusta escribir... y si participé en alguna cuestión... en enlace con la FUBA [fue por eso] (Mirta, 55 años, de la Asamblea Centro, 19 de julio de 2002)". Un caso risueño de esto puede verse en una reunión de esta asamblea del 6 de agosto de 2002 (¡a casi 8 meses de constituida!), donde un asambleísta (Horacio) no reconocía como la misma persona a Mirta asambleísta y a Mirta que escribía en la lista de correos. Si bien la anécdota muestra una discontinuidad entre la asamblea concreta y la asamblea virtual, muestra también que los asambleístas leían efectivamente escritos de quienes no identificaban como pertenecientes a la asamblea y concurrentemente, otros escribían para un público que en principio podía exceder el marco de los asambleístas (Horacio, 60 años, de la Asamblea Centro, en nuestros registros (R33) de la asamblea del 6 de agosto de 2002)".

¹²⁷ En un encuentro, Iván nos preguntó a mi compañera y a mí por qué no votábamos las resoluciones. Para él nosotros podíamos participar como asambleístas aunque nuestra participación fuese como observadores. Sin embargo, al seguir problematizando sobre la naturaleza de nuestra participación, surgió el hecho que no éramos vecinos y por lo tanto no podíamos votar. O para Erika que, por su condición de ex militante, se refiere al trabajo barrial en términos de estrategia, pero aclara que participa en la asamblea "que le corresponde por el barrio". Sí había un margen de elección cuando en el barrio de referencia existía más de una asamblea, en estos casos tanto Erika (perteneciente a una asamblea distinta a las observadas en el trabajo de campo) como Mirta (de la Asamblea Centro) eligen entre dos asambleas posibles. Finalmente, en la Asamblea Centro, caracterizada por su gran polarización entre militantes y no-militantes, una de las críticas de éstos apuntaba a que aquellos participaban en más de una asamblea, y no tanto a que no eran del barrio.

territorio del barrio de pertenencia.¹²⁸ En todo caso, puede considerarse el propio ejercicio asambleario como una construcción de lo local (Appadurai, 2001).¹²⁹ Siguiendo la terminología empleada por este autor, el punto a destacar es que el *vecindario* productor (las asambleas y la red asamblearia) en su doble carácter, virtual y territorial, constituye una comunidad que desborda el concepto de territorio o referencia territorial del barrio.¹³⁰ Algo inverso a lo que —como veremos— ocurre con la esfera pública radial, donde la desterritorialización inicial de los escuchas no impide la formación de una comunidad de oyentes “asiduos” o regulares del programa.

3. Vecinalidad y asambleas

“Estuvo la discusión de ser una sociedad de fomento, uno dice ‘vecinos’ y suena a sociedad de fomento y estaba claro que no era ése el fin, digamos. Digamos, lo que aglutinaba era vivir todos cerca y, además, eso implicaba pertenecer a una cierta capa que tenía un interés en común y eso nos quedaba más o menos claro (...) es como que eso de buscar una forma política es un medio para algo, digamos. Ese algo es, bueno, yo lo puedo decir en una frase: es tener una...un lugar más vivible en el cual vivir, en el cual no tengas que ver que la gente se caga de hambre, porque uno lo siente, digo, podés elegir no sentirlo lo que... tal vez, fue lo que pasó durante mucho tiempo, pero si elegís sentir, te jode, digo, no? *Cada vez salís a la calle, cada vez la bolsa de basura dura menos en la calle, eso te da... uno no es pelotudo, se puede hacer el pelotudo pero, al final te das cuenta*, que sé yo, vivible es saber que el hospital funciona, vivible es... no sé, qué sé yo (...) quedó claro que el objetivo era político, que el objetivo era, digo, que el objetivo era lograr algún tipo de transformación a nivel como se manejan las cuestiones, digo, todo como se manejan las cuestiones públicas, no, digamos, el objetivo de la Asamblea [Norte] no era pintar los árboles de blanco o arreglar la plaza, eso quedó clarísimo, creo que desde la primera vez (Francisco, 33 años, de la Asamblea Norte, 16 de mayo de 2002)”.

¹²⁸ Al respecto, mencionaremos un trabajo al cual no hemos tenido acceso pero que, dado el prestigio de su autor, revela que la ambivalencia virtualidad/espacialidad ya había sido considerada cuestión importante en el análisis del espacio asambleario. García Canclini cuenta que el sociólogo Oscar Landi, poco antes de su muerte estaba trabajando sobre “... **La otra Internet**, un manuscrito que me envió en 2002, donde analizaba a través de la coincidencia del mapa de usuarios de la red con la distribución de ‘cacerolazos on line’ y asambleas barriales, otros usos dados a la modernización tecnológica ante las políticas de exclusión: una conexión distinta de la de los partidos, que reutilizaba solidariamente, desde las computadoras domésticas (G. Canclini 2003, en negrita en el original)”. En nuestro trabajo de campo, observamos que la conformación de una red de correos electrónicos y de páginas web fueron dos herramientas que estuvieron presentes prácticamente desde el mismo comienzo de las asambleas. En la Asamblea Norte, Francisco era el encargado de construir la página web, tarea que no realizó porque dejó de participar en la asamblea antes de terminarla.

¹²⁹ Estructurado esta vez sí sobre los nodos barriales considerados en tanto *locus* (Rossi 1982), es decir, sobre aquellos lugares existentes en el barrio que connotan referencias históricas o monumentales en el imaginario vecinal, “aquella relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar (Rossi 1982: 185)”.

¹³⁰ La ambivalencia virtualidad-espacialidad posee consecuencias importantes en el relación entre lo público y lo privado. Para Lins Ribeiro “Internet redefine la relación público/privado pues permite intensificar (a) una actuación en público desde el espacio privado y, (b) a la inversa, una actuación en el espacio privado desde lo público (Lins Ribeiro 2003: 216). La misma tendencia puede aplicarse al espacio público radial.

Si para muchos de aquellos que se referían a la territorialidad como condición de posibilidad del proyecto político asambleario (ver el relato de Germán al respecto) no existen pautas sustantivas acerca del vínculo previo que conjugaría a esos (diversos) participantes que habitan en el mismo territorio de la asamblea, en otros, frente a la diversidad y heterogeneidad identitarias, se acentuó por contraste la identidad vecinal como lugar de enunciación, como punto de partida general que, de manera análoga al territorio, permitiese el encuentro social. En esta apuesta, la relación vecinal es percibida por su generalidad como una condición para que tenga lugar un encuentro social sin fricciones:

“La consigna es somos del barrio, vecinos del barrio (...) sin banderías políticas, sin banderías religiosas, digamos, o sea, nadie sabe o, si sabés, nos importa tres cominos lo que el otro sea, ni de raza, ni de nada, cada uno es lo que es (Clara, 52 años, de la Asamblea Norte, 28 de junio de 2002)”.

La caracterización precedente efectuada por la asambleísta tiene rasgos comunes a los valores ideales del sujeto de clase media que identifica Sautu (2001) —sujeto que hace hincapié en las capacidades personales sin distinción de raza, religión o clase. Volveremos sobre esta superposición entre los conceptos de vecino e individuo (de clase media) más adelante. Por ahora, queremos ilustrar cómo la categoría vecinal significa aquí un referente común a todos. En este punto, queremos señalar que, desde estas perspectivas —aún las despojadas de expectativas sustantivas sobre la naturaleza del vínculo vecinal—, la “consigna somos de un mismo barrio” presupone mínimamente un lazo social vecinal, producto de referencias y pautas de comportamiento compartidas, resultantes, entre otros elementos, del contacto cotidiano en el mismo territorio del barrio. Esas referencias y pautas constituyen entonces, aún en su debilidad, una serie de pautas de re-conocimiento del *otro* asambleario.

Ahora bien, si las asambleas desplegaron y persistieron en acciones colectivas cuya principal característica fue la de ocupar la calle, el dato sorprendente es que el proceso de construcción política de las asambleas no pareció incluir estrategias acentuadas de crecimiento con respecto a otros vecinos del barrio. En este caso, podemos incluso señalar que el proceso de construcción asambleario también se desarrolló a contramano de la acción de asociaciones vecinalistas que, en principio, comparten el interés por el trabajo barrial. Uno de los motivos de las diferentes modalidades de acción colectiva entre asambleas y vecinalistas refiere, claro está, al carácter político de la asamblea. Pero, a su vez, existió una brecha o distancia entre los asambleístas y el resto de los vecinos. Federico, de la Asamblea Norte (que contaba entre sus participantes a

miembros de una organización vecinal) reúne justamente estos dos aspectos, el carácter político de la asamblea y la distancia entre asamblea y vecinos en general:

“Y... y yo creo que tenemos que tener más inserción en los barrios, las asambleas. Ver la forma, buscarle la vuelta para insertarnos (...) buscarle una actividad pegarle una vuelta a la cosa para que la gente se acerque y nos vea como una alternativa y también tener nosotros tener un poco más de política, la deficiencia más grande que tiene la asamblea es la discusión política, hoy tenemos muy poca (...). Nosotros tendríamos que tener más discusión política... más identidad (...) Interesa, porque viene... acá somos el referente político (...) Hay un referente político que no es un partido, pero creo que nosotros nacimos como alternativa, nos vienen a preguntar cosas (...) nos ven como un referente político, por eso tampoco se acercan tanto... (Federico, de la Asamblea Norte, 6 de enero de 2003)”.

En palabras de Federico, la distancia entre vecinos y asamblea no se reduciría si el trabajo de la asamblea se acercase o se superpusiese al trabajo de las asociaciones vecinalistas. En efecto, la generalización de la categoría vecino como modo de adscripción política para los asambleístas se conformó en una doble tensión. Si, en un sentido, la consideración de lo vecinal como elemento en común entre asambleístas entraba en confrontación con aquellas identidades que no diluían su identidad partidaria en la condición vecinal (tensión que no se reduce al enfrentamiento con los partidos de izquierda, si no que, como hemos visto, puede darse al interior de la misma personalidad como en el caso de Iván), en otro sentido esa misma generalidad no alcanzaba para constituirse en entramado a partir del cual se asegurase el diálogo con los otros vecinos del mismo barrio. Por tanto, en este último plano compuesto por las expectativas constituidas en torno al vínculo social vecinal como condición de construcción de proyectos colectivos también se produjeron desilusiones, desplazamientos muy marcados entre lo que se esperaba y lo que efectivamente sucedía. Ahondaremos en esto.

El ciudadano asambleísta se constituyó en el espacio público y de esta forma invirtió el modelo hegemónico de ciudadano alentado en los noventa. Pero, por la misma razón, no estamos en presencia aquí de un sujeto preconstituido anteriormente al cacerolazo, ni tampoco de un modo colectivo de adscripción de pertenencia efectuado con anterioridad al encuentro asambleario.¹³¹ En términos públicos, políticos o sociales, en las asambleas *vecinales* hubo que discutir todo, desde el principio. No había experiencia previa en el territorio del barrio, ni grupo humano u organización que preexistiese a la asamblea vecinal, aunque en definitiva todos fuesen vecinos y en cierto modo, no fuesen desconocidos entre sí.

¹³¹ Ni anterioridad histórica ni lógica: eso parecen decir Lewckowicz & Asociados cuando expresan:

“Pero aquí de lo que estamos hablando es del devenir vecinos, del hacerse vecinos y no del mero ser vecinos: un pliegue de la superficie de nuestro territorio ha convertido en vecinos puntos que estaban cerca. Pues la serialidad dispersa de la gente en condiciones mediáticas carece de vecindad. La cercanía de localización no da lugar a la cualidad subjetiva de vecino si no es a partir de un movimiento de conexión (...) Las asambleas

Pero, en particular, al momento de sopesar las diversas tendencias societales que confluyeron en la conformación de asambleas, nos interesan aquellas teorizaciones que alertaban sobre el “proceso de individuación de lo social y su carácter compulsivo (Svampa 2000: 15)” que siguió a la desestructuración de los marcos colectivos de socialización propia de la sociedad salarial. Independientemente de si se califique positiva o negativamente la mayor distancia que se establece entre el sujeto y los roles sociales:

“... el nuevo individualismo marca el pasaje tendencial de lo colectivo a lo individual, la entrada a una época en la cual las identidades se definen por su implicación subjetiva. Como lo muestran los jóvenes, el *trabajo* y la *política* dejan de ser un eje central de referencia (Svampa 2002: 17, en cursiva en el original)”.

En estas condiciones, entendemos que el ser vecino —en ausencia de prácticas concretas de vecinalización— difícilmente constituya un marco identitario. O en todo caso, lo es en modo débil. En efecto, la condición de vecinos en los grandes centros urbanos posee en la actualidad un status similar al de la condición de individuos. Ser vecino remite a rasgos compartidos que poseen como característica su gran generalidad y, en este sentido, resulta indistinguible de la condición individual.

Por tanto, si la condición *vecinal* no adjetiva la singularidad asamblearia, debemos buscar esa singularidad en otro lugar, uno que nos permita hablar de la *asamblea* vecinal en un contexto de individuación.

4. Acerca del proceso de individuación

El proceso de individuación del ser social no es un fenómeno sólo vinculado a la caída de la sociedad salarial sino, como ya se observó anteriormente (Sennett 2002; de Ipola 1997; Marx 1998; entre otros), una tendencia general de la modernidad. En Durkheim (1993), tal proceso se neutraliza socialmente en las sociedades altamente diferenciadas, caracterizadas por la división del trabajo, por la existencia de un nuevo tipo de solidaridad, la *solidaridad orgánica*.

En contraste con Durkheim, y a pesar de las posibles reacciones sociales y estatales destinadas a la recomposición del lazo social, en la perspectiva de Simmel la cuestión del individualismo en el marco de la modernidad retorna cíclicamente:

son los sitios en los que se realiza el devenir vecino. La condición de vecino se conquista. ¿Y si dijéramos que sólo se es vecino en el acto de la asamblea? (Lewkowicz & Asociados 2002: 130-131)”.

“Los más profundos problemas de la vida moderna emanan de la pretensión del individuo de conservar la autonomía y peculiaridad de su existencia frente a la prepotencia de la sociedad, de lo históricamente heredado, de la cultura externa y de la técnica de la vida (...) [de la] resistencia del individuo a ser nivelado y consumido en un mecanismo técnico-social (Simmel 2002c [1903]: 388)”.

En este marco, Simmel construye otro objeto para su sociología. En éste, “De lo que se trata es, ante todo, de esto: que el contenido social de la vida, aunque pueda ser explicado totalmente por los antecedentes sociales y por las relaciones sociales mutuas, debe considerarse, al propio tiempo también, bajo la categoría de la vida individual, como vivencia del individuo y orientado enteramente hacia el individuo (Simmel 2002b [1908]: 88)”. Síntesis del ser social que “...coloca al individuo en la doble situación de que hemos partido: la de estar en ella comprendido y al propio tiempo encontrarse enfrente de ella; la de ser miembro de un organismo y al propio tiempo un todo orgánico cerrado, un ser para la sociedad y un ser para sí mismo (Simmel 2002b: 88)”.

En este sentido, podemos reformular el descontento observado en el capítulo I bajo la forma de una tensión entre visiones procedimentalistas y sustantivas de la democracia, en un desafío analítico muy distinto. No se trata de la tensión entre agente y estructura, sino de esta otra: de cómo dar cuenta de las expectativas del individuo para sí —expectativas que son al mismo tiempo sociales— y de cómo corresponder a las expectativas de las formas sociales (los lugares estructurales o la falta de ellos) fundados o destinados para un valor general del individuo; correspondencia que debe hacerse necesariamente con sentido en cada unidad (social e individual), en cada entidad que constituye el individuo. En definitiva, el supuesto de la sociedad que Simmel ilustró para la nueva sociedad moderna, —de *trabajadores libres, sociedad del trabajo o sociedad salarial*— con el a priori de la *profesión* que sirve de epígrafe a esta tesis.¹³²

¹³² Las condiciones o formas de socialización, que actúan a priori, constituyen en Simmel respuestas a la pregunta ¿Cómo es posible la sociedad?, siguiendo el interrogante kantiano ¿cómo es posible la naturaleza?:

“... la diferencia esencial entre la unidad de una sociedad y la de la naturaleza es que esta última —en el supuesto kantiano aquí aceptado— sólo se produce en el sujeto que contempla, sólo se engendra por obra de este sujeto que la produce con los elementos sensoriales inconexos; al paso que la unidad social, que está compuesta de elementos conscientes que practican una actividad sintética, se realiza sin más ni más y no necesita de ningún contemplador. [Así] la cuestión ¿cómo es posible la sociedad? adquiere un sentido metódico distinto que la de ¿cómo es posible la naturaleza? Pues a ésta última responden las formas de conocimiento, por medio de las cuales el sujeto realiza la síntesis de los elementos dados, convirtiéndolos en 'naturaleza'; mientras que a la primera responden las condiciones puestas a priori en los elementos mismos [los individuos], gracias a las cuales se unen éstos realmente para formar la síntesis 'sociedad' (Simmel 2002b: 77-79)”.

En particular para las sociedades modernas, el autor subraya la condición a priori de la profesión, al cual hemos hecho referencia.

5. La forma *asamblea*

A pesar de su adelgazamiento numérico o de las expectativas frustradas de los que la abandonaron o de la instrumentalización operada por parte de los partidos políticos, la forma *asamblea* mostró una gran resistencia a mudar de naturaleza. La tensión muchas veces debatida en el seno de los encuentros entre organización espontánea y reglamentación hace olvidar que —aún en aquellos momentos en los cuales el desentendimiento colectivo se elevaba por sobre el consenso buscado— la asamblea constituyó un encuentro social que poseía sus propias normas objetivas de interacción entre individuos.

En este sentido, las variadas discusiones sobre la necesidad de reglamentar su funcionamiento parecen remitir más a la necesidad de buscar reaseguros contra el aparateo —es decir, contra la no suspensión de las identidades externas— que a definir mecanismos que impidan que su práctica caiga en una “nada sociológica”. En una ocasión en que la Asamblea Centro mudó el encuentro de la esquina a un bar, el clásico semicírculo se transformó en una ronda circular. Esta nueva situación fue bienvenida para el sector opuesto a los militantes, pues era de su interés que las resoluciones de la asamblea fuesen fruto de la deliberación colectiva. Sin embargo, esto no impidió que un asambleísta perteneciente a un partido de izquierda se enfrentase con este grupo (que deseaba “dialogar” en lugar de hacer lista de oradores) de la siguiente manera: “Yo propongo tres minutos por orador, con un moderador, al final se votan las propuestas. El *método asambleístico* permite el desarrollo de una idea que si se dialoga no se puede lograr... como vos hacés ahora y no me dejás completar el desarrollo de la idea”. A continuación un asambleísta que recién ingresaba en el recinto expresó: “¿Qué, cambiamos de ámbito y cambiamos de organización? ¿Les agarró un ataque de originalidad? (Asamblea Centro, en nuestros registros (R24) del 14 de mayo de 2002)”.

En el ejemplo anterior, quien exigía el respeto a las reglas asamblearias era un militante, a quienes hemos visto tratando de imponer identidades externas que amenazaron llevar cada vez a esta asamblea a la polarización o a su disolución. Así el “*método asambleístico*” puede ser utilizado no para estructurar un “nosotros asambleario” sino para promover, en contrario, su escisión. Esta asamblea se caracterizó por su gran polarización en el debate y este diálogo responde también a este hecho y, se puede agregar, que el cambio de lugar y disposición física de los asambleístas —evitando la figura del orador que se dirige a la asamblea desde el frente en voz alta o con ayuda de un megáfono— brindó la posibilidad al sector de los no militantes de considerar adecuado un cambio de reglas. Quizás en todo momento el encuentro asambleario supuso una diversidad de reglas en conflicto. A pesar de todas estas consideraciones, sólo queremos rescatar de este ejemplo que el propio ejercicio asambleario generaba sus propias reglas de interacción y que éstas, aunque

tácitas, eran compartidas. O aún más, que encuentros sociales con un alto grado de espontaneidad y discontinuidad temporal no suponen ausencia de reglas objetivas, aunque tal vez implícitas. En este punto, difícilmente no coincidiríamos con Simmel en su identificación de encuentro y sociedad:

“La sociedad política, la sociedad económica, la sociedad intencionada de cualquier tipo es, sin duda, siempre ‘sociedad’. Pero sólo el encuentro es ‘sociedad’ sin adjetivos calificativos porque sólo éste presenta la forma del juego pura y abstracta, sin todos los contenidos propios de cada una de las sociedades específicas (Simmel 2002a [1910]: 197)”.

Aún más, la asamblea se nos presenta aquí como una *forma social* (Simmel 2002b [1908]), es decir, como socialización, en tanto “forma de diversas maneras realizada en la que los individuos, sobre la base de los intereses sensuales o ideales, momentáneos o duraderos, conscientes o inconscientes, que impulsan causalmente o inducen teleológicamente, constituyen una unidad dentro de la cual realizan aquellos intereses (Simmel 2002b: 95)”. Dejando de lado al hablar de forma social la búsqueda de Simmel de formas sociales elementales (el intercambio, la lucha, la dominación, la prostitución y la sociabilidad), encontramos un paralelo entre esta última y la forma asamblea, en tanto juego social:

“El mundo de la sociabilidad, el único en el cual una democracia de iguales es posible sin fricción, es un mundo artificial, hecho por seres que han renunciado tanto a los componentes objetivos como a los meramente personales de la intensidad y la amplitud de la vida, de manera de mantener entre sí una interacción pura, libre de todo acento material. Si ahora disponemos de la concepción por la cual entramos en la sociabilidad puramente como ‘seres humanos’, como eso que realmente somos, desprovistos de todas las cargas, agitaciones y desigualdades con las cuales la vida real perturba la pureza de nuestra escena, es porque la vida moderna está sobrecargada de contenidos objetivos y demandas materiales. Deshaciéndonos de esta carga sobre los círculos sociales, creemos retornar a nuestro ser natural-personal, y reconocemos también el hecho de que este aspecto personal no consiste en su máxima unicidad o natural completitud, sino sólo en una cierta reserva y estilización del hombre sociable (Simmel 2002a [1910]: 200)”.

La sociabilidad o juego social como unidad social —unidad que es a la vez inter-subjetiva e individual— se reproduce en la forma asamblea, que nos permite participar como individuos y como iguales. Por esta razón, precisamente, la resistencia de la asamblea a mudar su naturaleza de hecho se vinculó al deseo de no perder en la dinámica de funcionamiento ambas condiciones fundamentales —igualdad e individuo— del ciudadano cacerolero —sean vistas idealmente, sean vistas con una mayor concreción.

No obstante, participación individual no implica necesariamente aceptación de intereses personales en el debate colectivo. Si las asambleas en su desarrollo fueron construyendo espacios de

tratamiento de cuestiones sociales, este mismo tratamiento estaba garantizado porque, en su propia condición social, el problema pertenecía a un orden supra-individual.¹³³

En este punto, conviene hacer una aclaración. Lo anterior no significa que los assembleístas en el transcurso del tiempo no hayan participado de un proceso de socialización como grupo, una vez que su número se retrajo (y en algunas ocasiones se estabilizó) conformando un núcleo de assembleístas fijos. En este sentido, también la asamblea fue como todo grupo humano un lugar de generación de lazos sociales tales como la amistad¹³⁴ o de otro tipo.¹³⁵ Además, las listas de correos de las asambleas mostraron en ocasiones pedidos de solidaridad para con algunos familiares de assembleístas que requerían dadores de sangre.

De todas maneras, cuando estos intereses personales comenzaron a ingresar a la asamblea, los mismos assembleístas percibieron que el encuentro asambleario podía estar siendo otra cosa o que merecía ser adjetivado de una manera más específica que la generalidad vecinal. En este sentido interpretamos las palabras de Iván cuando nos dice:

“La asamblea en la que estaba yo, era una asamblea que se podría decir, lo que quedó de esa asamblea *cuando se consolidó un grupo*, que no era la asamblea original, que no eran las setenta u ochenta personas que eran al comienzo, sino cuando quedábamos treinta, cuarenta, pienso yo que podría decir que... se podría decir que de izquierda. De izquierda en términos de... la preocupación por la justicia social, la preocupación por las libertades... políticas y... básicamente eso. (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, 24 de julio de 2003, el subrayado es nuestro)”.

¹³³ Nos referimos, por ejemplo, al trabajo desplegado en las diversas comisiones de las asambleas o de los encuentros interzonales, que por regla general podían tener dos tipos de objetivos: uno, destinado a ampliar o profundizar el debate que la instancia mayor no garantizaba y otro, definido en torno a un problema, tales como las comisiones de “compras comunitarias” o de “salud (pública)”.

¹³⁴ Una assembleísta nos respondía frente a la pregunta por caracterizar la asamblea en los primeros meses: “No sé... de aquel momento en realidad no sé bien... como decirte, pero me parece que... ahora lo que siento es como... como que es una vía también de empezar a ver... a conocer gente que vive en el barrio y gente copada que si no hubiera sido por la asamblea tal vez no la hubiera conocido, porque yo no... no soy así muy de... creo que casi ningún porteño somos así de ir a la calle y hablar con cualquier vecino porque sí, yo por lo menos no soy así, entonces bueno... me parece que... la asamblea es también una vía para encontrarme con gente... muy copada, que más allá que la asamblea continúe o no, es gente con la que... con la que... es interesante haberse conectado... y haber generado ciertos lazos que sé yo... no sé... Hay uno de los vecinos que siempre dice algo que a mí me parece muy valioso, el es del sur y bueno... siempre cuenta que en su pueblo todos se conocen y todos en su pueblo se sorprenden cuando el dice que sale a la calle y se encuentra con los vecinos y saluda como si estuviera allá, me parece que eso es lo que me empieza a gustar a mí de... la asamblea, un poco eso no? de, más allá de las diferencias políticas con algunos vecinos bueno, con otros se dio esta posibilidad, esta vía... (Viviana, 25 años, de la Asamblea Centro, 30 de mayo de 2002)”.

¹³⁵ Al respecto un assembleísta nos confesaba:

“...se me dio vuelta todo. Yo me había separado, me separé al final de Alicia y ahora estoy con Ivana... y me cambió, la asamblea... a Ivana es de la asamblea sino jamás la hubiera conocido y... todo aquello que yo te decía con quiénes podía contar y con quiénes no se ha intensificado porque... cuando tuve que enterrar a mi tía abuela... cuatro manijas eran de la asamblea ¿entendés? Entonces, mi vieja me decía que “¿por qué perdiste el tiempo con esos borrachos?” porque mi vieja es muy laboradora y entonces no le gusta nada que no sea concreto, no, no lo puede abordar y entonces y bueno. Entonces uno empieza a ver esas cosas... el contexto como a mí me cubrió la asamblea (Simón, 36 años, de la Asamblea Norte, re-entrevistado en marzo de 2003)”.

Por tanto, queremos remarcar simplemente que se puede distinguir analíticamente entre la forma social *asamblea* y la socialidad resultante de un proceso de constitución de grupo. En palabras de Simmel, aquélla

“La sociabilidad, en tanto, es abstracción de la asociación —abstracción de carácter artístico o lúdico—, requiere que la interacción sea de la clase más pura, más transparente y con el mayor compromiso —aquella que se da entre iguales—. Debe, por su propia naturaleza, disponer de seres que renuncien a buena parte de sus contenidos objetivos, alterando así tanto sus significaciones externas como internas, que sean socialmente iguales y que cada uno puede obtener valores de sociabilidad para sí sólo a condición de que los otros que interactúan con él también puedan obtenerlos. Es un juego en el cual uno ‘actúa’ como si todos fueran iguales, como si uno apreciara especialmente a cada uno. Esto está tan alejado de ser una mentira como lo están el juego o el arte en todas sus partidas de la realidad. Pero en el instante en que las intenciones y los acontecimientos de la realidad práctica ingresan al habla y al comportamiento de la sociabilidad, entonces ésta sí se torna una mentira —tal como lo es una pintura cuando intenta, al estilo de las panorámicas, ser tomada por realidad—. Aquello que es cierto y correcto dentro de la vida autosuficiente de la sociabilidad, concerniente sólo al juego inmediato de sus formas, se torna una mentira cuando es mera simulación —que en realidad está guiada por propósitos ciertamente de distinta clase a los de lo sociable o está usada para encubrir tales propósitos—; y efectivamente la sociabilidad puede fácilmente enredarse en la vida real (Simmel 2002a [1910]: 201)”.

Tales abstracciones y formalizaciones no resultan ajenos a individuos de clase media en sus modos de relación con los demás. La forma *asamblea* no es una manifestación natural de un ser humano “natural”, es también una experiencia vivida, una abstracción aprendida desde los juegos¹³⁶, en las diversas asambleas gremiales, estudiantiles y en lo que podría denominarse la autonomía de lo social y lo cotidiano. Las formas sociales asamblearias, a través de las cuales los individuos en tanto individuos interactuaron entre sí, constituye una propiedad de lo social, que puede ser aprendida de la propia experiencia del sujeto en el mundo social:

“Estas son circunstancias que nos ocurren a todos y en lugar de hablar alrededor de un café, nos comenzamos a juntar en las esquinas, y empezar a anotar por orden quién quería hablar y, y ahí ya nos comenzamos a conocer por los nombres, a pesar de vernos como vecinos, empezamos a encontrar la necesidad de contarlo cada uno a su manera, pero coincidentemente en una gran bronca, en una gran protesta, en... en un deseo de unificar esta... este disgusto que tenemos con... con todo lo que se está ofreciendo como... como existencia, que uno no la entiende (...) Yo me identifico como Juan, el otro como Antonio, el otro se pasó, el otro vino fumado, el otro es un soplón bueno no ‘sos de la comisión’ ¡no! ‘presentalo a tal comisión’... ‘moción de orden’ ‘moción de orden’ ‘no, se te pasó el tiempo che, tenías tres minutos, basta, no no se dialoga’ no, *tenemos toda una estructura... que no es difícil aprenderla con todas las cosas que uno vivió...* (Juan, 70 años, asambleísta, 26 de abril de 2002, el subrayado es nuestro)”.

¹³⁶ Si a través de las *formas sociales* Simmel no diluye lo social en el individuo, del mismo modo en Sennett (2002) no se trata de una relación causa efecto entre lo social y lo individual. Este autor llama la atención sobre el juego y la actuación como modos de aprendizaje de la interacción social en base a reglas objetivas, donde el no ingreso de los aspectos personales significa una condición originaria y una condición de su duración. Para Sennett, el declive de lo público no es isomórfico con el proceso de individuación, sino con la pérdida de reglas objetivas de interacción social en el escenario urbano, lo que ocasiona que los individuos proyecten y evalúen lo social en base a categorías intimistas, iniciando un círculo vicioso de re-conocimiento del otro antes de interactuar. Por tanto, aquí la capacidad de jugar y la capacidad de actuar es una propiedad de todo individuo que se va perdiendo de hecho debido a las transformaciones del espacio urbano.

6. El pasaje desde el individuo de clase media al ciudadano asambleísta.

Tanto la perspectiva de Durkheim de la *solidaridad orgánica* como el a priori de la *profesión* de Simmel que hace posible las formas de la socialidad conocida, pueden verse como una imagen de armonía social de la totalidad. A través de esta imagen se construye un lugar estructural —que encuentra su reverso individual en la vocación profesional y en las aspiraciones personales a ocupar dicho lugar— allí donde sólo se da una mera concurrencia (sea promovida funcionalmente por el mercado, sea asegurada desde el Estado social).

El imaginario de clase media centrado en el ascenso social no constituye una ruptura con esta supuesta armonía. El “Hacer la América” precisamente hace suyos tales supuestos y los implica en las expectativas propias. En el Capítulo II hemos visto cómo la autonomía del medio social de clase media que tantos autores han observado para las primeras décadas del siglo XX se sustentaba justamente en la excesiva movilidad del mercado de trabajo —¡y esto al mismo tiempo que se planteaba la *cuestión social* de un país con un tercio de su población (según el Tercer Censo Nacional de 1914), de origen extranjero! Por tanto, en este marco, el individuo es portador de una competencia y una funcionalidad que hace al conjunto, aunque el conjunto en sí mismo pueda ser visto como inviable.

Desde la perspectiva del sujeto de clase media cuyas características auto-atribuidas y asignadas analizamos en detalle en el capítulo II —autónomos en su grupo de referencia y en su medio social, libres en la caracterización de su realización personal, igualitarios al pensar el acceso a los bienes sociales, e individuos reclusos en lo privado en los noventa— el medio social devino, cada vez más, un marco sin sentido.

En términos de estos imaginarios hegemónicos de y sobre este individuo de clase media, uno de los últimos malestares ante el sistema irá tomando la forma de crítica a la corrupción y a la existencia de los privilegios. Para este individuo, celoso de su individualidad y del mérito personal, la falta de oportunidades y la polarización de la clase media entre ganadores y perdedores se expresa en la percepción de un país desigual en el que, además, la corrupción generalizada premia formas no éticas de ascenso social. En este marco de otorgar sentido a las capacidades del sistema y a los lugares estructurales que tal sistema destina a los individuos puede entenderse la crítica a la corrupción como una simple apreciación de formas injustas por las cuales se reparten los premios y beneficios —apreciación que se esfuerza, a la vez, en mantener el lugar central ocupado por el mérito personal de los sujetos

“todos no pueden educarse y tener un buen trabajo que es la base de todo, porque hay mucho acomodo, las personas que tienen estudios no llegan a tener las oportunidades que se merecen (enc. 141) (Sautu 2001: 77)”.

En cambio, si observamos detenidamente esta objeción extendida en torno a la corrupción, notaremos no sólo una apreciación de injusticia sobre los modos de asignar los premios, sino una evaluación de lo social en sí misma sobre las capacidades del sistema:

“... ‘que los chicos no deben dejar los estudios por no tener dinero, el que no ha podido estudiar va a tener muchas *menos oportunidades* que algún chico que está en la universidad’ (enc. 63) (Sautu 2001: 78)”.

En esta cita, estamos lejos de una clase media definida por el ascenso social a través del empleo o la educación —méritos personales que una corrupción generalizada estaría obstruyendo de hecho. En perspectiva temporal, lo que se manifiesta aquí es una evaluación del sistema en la cual la educación es considerada un medio cada vez más hipotético para conseguir un mejor empleo. Y ni aún en estos casos hay seguridad de que el sistema social le tenga reservado un lugar en base a su esfuerzo:

“Existe la igualdad de oportunidades ‘cuando en el país existe un trabajo para el que estudió y un trabajo para el que no estudió también. Hay mucha gente desocupada, gente de estudio que no tiene trabajo y el que quiere ponerse un negocio tampoco puede porque se necesita mucha plata’ (enc. 149) (Sautu 2001: 80)”.

Por tanto, no se encuentra un lugar de acuerdo al trabajo personal, no se encuentra un lugar tampoco de acuerdo al estudio personal. No se vislumbra, a su vez, qué condiciones personales resultan adecuadas para tales propósitos.¹³⁷ En definitiva, ésta es la fórmula de la crisis (distancia) entre individuo y sociedad para los sujetos de clase media analizados.¹³⁸

En este sentido, el futuro imaginado no atempera el presente percibido. A este respecto pueden mencionarse las abrumadoras respuestas obtenidas por Sautu (2001) referidas al presente de un país

¹³⁷ ¿Acaso el clásico lugar común del ingeniero o arquitecto que maneja un taxi no está expresando menos el congelamiento del ascenso social que el hecho de que el sistema social y laboral perdió racionalidad con respecto al esfuerzo individual? A esto podemos sumar otros fenómenos sociales que no dejaron de incrementarse durante la década de los noventa y que adquirieron ribetes muy altos luego de la crisis de diciembre de 2001 tales como el “exilio económico”. A su vez, este fenómeno dio lugar incluso a asociaciones de padres de jóvenes que se fueron del país.

¹³⁸ Aquí debe verse la importancia siempre asignada a las asociaciones intermedias, tanto en Durkheim (1993), en Simmel (2002e) como en Augé (1994), entre los autores que hemos visto en esta tesis. Ante la desaparición de éstas, puede preguntarse sobre su posible reemplazo por parte del consumo, cuestión que excede el marco de este trabajo y que fue ya trabajada por otros autores como contexto efectivo y positivo de formación de nuevas identidades y nuevas formas de ciudadanía (García Canclini 1995). Puede incluso trazarse una analogía entre el consumo y la moda, cuya carácter en tanto generadora de grupos sociales ya había sido analizada desde la sociología formal de Simmel. Así, para este autor la moda cobra particular importancia como generador de grupos intermedios, tan importantes desde el punto de vista de las tendencias

desigual e injusto. O los relatos de nuestros entrevistados —tanto asambleístas como no asambleístas— que referían los elementos positivos que ubicaban la clase media (tener un trabajo, un empleo digno, una vivienda) en el pasado, a la vez que proyectaban en un futuro posible, la imagen generalizada de los piqueteros desocupados.

En términos de lecturas temporales, la percepción no parece simplemente quedar tensada entre un pasado idílico y un presente desigual dominado por la corrupción de la sociedad política que establece premios y castigos injustos con respecto a los merecimientos personales. Lo que en cambio, parece emerger aquí más bien es el contraste entre un pasado con acceso bastante amplio a bienes sociales —aunque “los de arriba robaran”¹³⁹ en medio de sucesivas crisis institucionales, desencuentros nacionales y horrores estatales— y un presente donde la desigualdad es un dato harto visible:

“... en los últimos años en la Argentina, con la explosión de la pobreza y el hambre diseminados por todo el territorio, los impactantes datos oficiales del INDEC y su dramatización mediática, se produce una ampliación significativa en las condiciones de nuestra percepción: todo parece estar a la vista. Imágenes y porcentajes, la visibilidad ampliada de lo que ya estaba presente y fue incubado desde hace años, rodeándonos, tocándonos, sin la necesidad de palabras develadoras que atraviesen los laberintos de los discursos encubridores clásicos de muchos políticos (Landi 2003)”¹⁴⁰.

Por tanto, el *pasaje*¹⁴¹ del individuo de clase media al ciudadano asambleísta significa tanto la inversión individual del estigma de sujeto desinteresado, como una apuesta de intervención en el conjunto, ya que en tal contexto de no sentido las expectativas individuales sólo podían acentuar la omnipresencia de horizonte de crisis vivido como multiplicador de fracturas y como un exceso de presente (Norma Giarraca, com. per.).

a la individualización y a la indiferenciación: “La difusión de la moda significa la nivelación de la clase hacia adentro y su acentuación frente a todas las demás (Simmel 2002e [1908]: 328)”.

¹³⁹ Como expresa una entrevistada:

“Mirá, a mí lo que me gustaría es que, no sé, yo no te digo que tuviéramos cantidad de... de... de dinero pero vivir honestamente, vivir bien, no estar mirando el pesito como estamos mirando. Porque yo veo, por mi grupo familiar, que están mirando el peso, entonces, quisiera vivir como hemos vivido unos años anteriores. Lo que pasa es que los años anteriores, que estuvimos más o menos, también los de arriba estaban robando... (Agustina, 71 años, no asambleísta, 17 de setiembre de 2002)”.

¹⁴⁰ Y no sólo visibilidad mediática. En un sentido muy similar al ofrecido por Landi se puede releer el testimonio de Francisco, en este mismo capítulo:

“...cada vez la bolsa de basura dura menos en la calle, eso te da... uno no es pelotudo, se puede hacer el pelotudo pero, al final te das cuenta (Francisco, 33 años, de la Asamblea Norte, 16 de mayo de 2002)”.

¹⁴¹ Aquí *pasaje* implica discontinuidad y no puente. En términos sociales, porque tal pasaje se efectúa a través de la mediación colectiva del *cacerolazo*. En términos metodológicos, porque no existe observación etnográfica de ese antes y este después. En este hiato que se nos abre, es donde cobran el valor los testimonios de personas no asambleístas, aunque relativizadas por el hecho de que también resultan posteriores. En el capítulo siguiente, discutiremos en qué medida los participantes del *espacio público radial* pueden ayudarnos a construir ese puente.

Para el asambleísta, el *estar juntos* del cacerolazo mostró una unidad de hecho, presuponiendo y creando una nueva sutura de lo social. En términos de la correspondencia de Simmel entre expectativas individuales y expectativas sociales, queda por verse la manera en que ese *nosotros de hecho* —que podríamos caracterizar como la sociedad (civil) en la calle— sugiere cierta correspondencia entre nuevos lugares estructurales y nuevas subjetividades. Este tema es el que trataremos a continuación. Pero antes, debemos explicitar desde qué lugar abordamos la lectura de los *nosotros* identitarios que la irrupción cacerolera habilitó.

Desde el punto de vista del investigador, la observación de la sociedad civil en la calle, actuando en apariencia nuevos modos de relación con los otros, estimula la fluctuación entre una mirada optimista y una mirada pesimista que se imbrican continuamente por la complejidad de la tarea estudiada. Pero, por eso mismo, nuestras discusiones no debieran poner en juego la eficacia de los actores estudiados en base a una problemática definida teóricamente. En este aspecto, sólo se quiere indicar cómo la transformación del espacio político local acentuó la puesta en cuestión del carácter trascendente de los significantes que otorgaban un sentido *a priori* a lo colectivo —como refiere Lechner (2002) de modo general para las democracias latinoamericanas, la pérdida de lo “sagrado” en torno a los significantes de nación, pueblo, partidos políticos y aún, el acto electoral.

Estas condiciones locales, históricas, acercan a nuestros sujetos a la condición —esta vez sí, objetivamente definida— del individuo moderno, en la tarea de construcción de un orden no trascendente. Esta tarea —que viene bien recordar, como indica Rubert de Ventos, es una tarea harto compleja de conformación de lo social, sin suposición alguna de una referencia trascendental de carácter colectivo— es uno de los desafíos y de las promesas incumplidas de la modernidad:

“Cómo encontrar, en otras palabras, la unidad indispensable para el conocimiento y para la acción cooperativa, sin ceder sin embargo a la tentación de creer que esta unidad existe como realidad sustantiva —en un pasado mítico o en un futuro míticos— con la que basta sintonizar o identificarse (Rubert de Ventos 1993: 152).”

Como sugiere Dallmayer (2001: 423), todavía la operación deconstructiva no se ha detenido en la posibilidad de referirnos a la formación de lo colectivo sin referencia a entidades trascendentales colectivas y renunciando también a un sujeto —el individuo moderno— que pierde así su carácter trascendente heredado del iluminismo. En este sentido, “no hay beneficio alguno en desplazarse desde un esencialismo de la totalidad a un esencialismo de los elementos”, sea de los individuos o de la diversidad misma.

En esta dirección, entendemos que no se trata de esencializar un individuo de clase media, racional e inmutable, sino de llamar la atención sobre cómo determinadas particularidades históricas —la conformación de un medio social autónomo de clase media; el rápido proceso de modernización

que sufrió nuestra sociedad ejemplificado en la modificación acelerada del comportamiento reproductivo analizado por Torrado; la aún más rápida urbanización de la estructura social, o la degradación de la condición salarial— fueron acercando (o re-acercando) al sujeto de clase media a la condición individual moderna —condición de individuos que definen sus derechos de modo universal, pero que se esfuerzan por mantener una dimensión propia, irreductible a los demás, en las capacidades personales. Aún, individuo cuya construcción social ayuda a entender el inusitado diálogo que se da entre el espacio movilizado de la sociedad civil en nuestro país y nuevas reflexiones académicas nacidas en los países centrales. Pero veamos, entonces, cómo estos individuos modernos dialogaron críticamente desde su misma modernidad con las fracturas de la socialidad conocida que una nueva andanada de “modernización a la argentina” y la democracia *tal cual era* fueron haciendo evidentes.

7. Nuevos modos de *estar juntos*

La conformación del *nosotros* en la calle presupuso una serie de iniciativas sociales y comunitarias y constituyó un marco de sentido que desafiaba —al tiempo que tomaba como punto de partida— apreciaciones que alertaban acerca de cómo la inseguridad, el mercado, o la reclusión en lo privado implicaban y producían modos precarios, nulos o destituyentes de relación con los otros.

En tanto proyectos de sociabilidad, el objetivo de esas iniciativas no se redujo a producir espacios compartidos entre individuos de diferente estrato social. Su importancia radica en que las acciones se fueron estableciendo sobre dos planos del contexto cultural o comunitario. En el primero de ellos, esas prácticas se recortaron sobre una ausencia de reglas de interacción entre individuos, sea que éstas se entiendan como producto de nuevas condiciones de destitución de significantes sociales compartidos (Auge 1996), o como expresión contemporánea del proceso que vincula a la modernidad y la vida pública, caracterizado por Sennett (2002) como espacio público vacío.¹⁴² En un segundo plano, fueron constituyendo operaciones de desestabilización de nociones de clase y cultura, que fueron re-significando reglas de hecho de interpretación del otro (sospecha,

¹⁴² Etnográficamente esto puede verse en el caso de las asambleas de la zona norte, en el debate y las acciones realizadas en torno a la autopista AU3 y los nuevos proyectos tales como la “avenida parque”. Aquí, donde nuevamente en un contexto de defensa de lo público deben “enfrentarse” con la acción de los CGP (sospechados de estar vinculado con los intereses inmobiliarios), las asambleas han actuado conjuntamente para defender a las personas que habitan en las casas expropiadas con motivo de la traza de la vía rápida. También para que esta cuestión pública no quede sustraída de la opinión ciudadana, de efectuar los debidos estudios de impacto ambiental en los barrios afectados (Asamblea Norte, en nuestros registros (R38), de la reunión del 21 de julio de 2003).

asistencialismo, individualismo) —reglas consideradas signos de una responsabilidad social deteriorada, síntoma de la crisis de lo público.¹⁴³ A continuación, entonces, exponemos lo que nuestra etnografía nos fue mostrando como punta de iceberg y vía de acceso a una sociabilidad otra, deseada y/o practicada.

Una de las puertas de ingreso al significado de estas nuevas experiencias está constituida por el desafío asambleario a las condiciones existentes en el debate más amplio de la *inseguridad*, en tanto horizonte de sentido crecientemente construido como *leit motiv* de las nuevas reglas (o falta de reglas) de interacción en los espacios públicos. Frente a éste, el objetivo fue básicamente la búsqueda de nuevas formas de sociabilidad, que trascendiesen la sospecha inherente al encuentro con el pobre (estigmatizado). Esa búsqueda puede observarse en iniciativas de construcción de espacios de encuentro con *piqueteros*¹⁴⁴ o *cartoneros*, como figuras que condensan a las personas pertenecientes a las clases populares. Un asambleísta explicaba en estos términos la razón principal que lo impulsaba a hacer una olla popular para los cartoneros del barrio:

“la beneficencia no es justa, pero igual hay que dar de morfar. Pero nosotros queremos que en realidad la gente se organice. No que se organice en el clásico ‘armémonos y vaya’. No, no se trata de eso. Se trata simplemente de que en lo personal, a mí me parece y esto es discutible ¿no?, a mí me parece que, en esta coyuntura, lo más interesante que se puede intentar hacer es construir *nuevas formas de relaciones sociales*. Me parece que es lo más interesante que se puede hacer (Iván, 30 años, de la Asamblea Centro, 24 de julio de 2003, el subrayado es nuestro)”.

El tema de la inseguridad ingresó por diferentes vías a las dos asambleas estudiadas. En el caso de la Asamblea Centro, como en muchas otras, la cuestión de la inseguridad significaba el paso previo a una escalada represiva que podía incluir, nuevamente, el desplazamiento de las Fuerzas Armadas al ámbito de la seguridad interior:

“¿Discutimos algo serio? Porque a mí me interesa el tema de los comedores, pero este tema me parece serio. Y es que yo escuchaba a este Laje pidiendo que saquen a la gendarmería, al ejército a la calle y el empuje que le dan a la inseguridad me parece muy grave, que nosotros tenemos que hacer algo, no sé llevar a la Interbarrial este tema para que se haga algo, porque están preparando el terreno para sacar el ejército a la calle (Nicanor, 55 años, de la Asamblea Centro, en nuestros registros (R32) de la asamblea del 16 de julio de 2002)”.

¹⁴³ Con respecto a la sospecha hacia el *otro pobre*, se puede observar la conformación de ollas populares organizadas por algunas asambleas vecinales como modos de apropiación y resignificación del espacio público barrial. En Hirsch (2002) “Solidaridad y Acción política en la Olla Popular: Formas de acción comunitaria en las Asambleas populares”. *I Jornadas de Interfases entre Cultura y Política en Argentina “A un año del 19 y 20 de diciembre”*, 17 y 18 de diciembre de 2002, IDES, Buenos Aires.

¹⁴⁴ El 28 de enero de 2002, la marcha piquetera encabezada por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) y la Corriente Clasista y Combativa (CCC) fue recibida por las Asambleas de los barrios ubicados en el eje de la Avenida Rivadavia —en particular la Asamblea de Liniers— con alimentos y agua. Otro signo de la, entonces, nueva cordialidad ante la columna de los piqueteros lo constituyó que los comerciantes no sintieron temor ante los mismos y mantuvieron abiertos sus negocios.

En cambio, en la Asamblea Norte, una serie de hechos delictuosos motivó la emergencia de este tema en la agenda asamblearia. Aquí, el tratamiento dado por la asamblea consideró la cuestión de la inseguridad en relación con la pérdida y la desorganización del espacio público común. En el primero de los casos, surgieron propuestas para pedir la concesión de un edificio perteneciente a la empresa concesionaria de ferrocarriles que estaba abandonado. En el segundo, este pedido se enmarcaba en un contexto donde la asamblea parecía ser el único lugar donde se estaba debatiendo la racionalidad del espacio público del barrio, ya que ni las concesiones privadas ni las entidades públicas contemplaban el interés comunitario de esos espacios comunes.

En otro sentido, la Asamblea Norte estaba adoptando una inquietud general del barrio, inquietud que se había manifestado en el surgimiento de reuniones vecinales para encarar medidas comunes. De esta forma, la asamblea ingresaba a un ámbito de discusión donde las propuestas más comunes se orientaban hacia un proceso de privatización de la seguridad pública que, en los últimos años, se había producido en este barrio de alto poder económico —proceso que estaba sustraído entonces de la deliberación colectiva. A pesar de las reticencias que esos nuevos ámbitos generaban, finalmente algunos asambleístas concurren a la reunión organizada por un grupo de vecinos en la que participaron, entre otros, autoridades de una asociación vecinalista, funcionarios policiales y representantes del Gobierno de la ciudad. Para uno de los asambleístas, la oportunidad era doble: primero, contar su propia experiencia de grupo y de grupo deliberativo, y segundo, ofrecer una medida más comunitaria en torno al problema:

“Por otro lado, después de estar trabajando durante un año y medio (...) los lunes, a veces los martes, y si es necesario los jueves, en diversos proyectos, hay ciertas cosas que en conjunto hemos superado. Otros dirán: “¡Gracias a Dios!” ¡Yo no! Prefiero ser egoísta: gracias a nosotros en conjunto... ¡y lo que nos costó! Pérdidas de vecinos que no supieron respetar las ideas ni los tiempos ni los colores de los otros. Todo eso requería un trabajo y no lo quisieron hacer. Igual que como sucedió en esta reunión, venían y vomitaban su rencor, su angustia, para luego darse media vuelta y salir sin escuchar más nada. Por suerte, se fueron. Lo digo con lástima, pero no estaban preparados para el largo camino que nos viene por delante. Igualmente, no recuerdo ninguna Asamblea en la que un vecino hablara tan autoritariamente como lo hizo anteanoche el Presidente de la Asociación [vecinal], haciendo alarde de su política correcta; ni que los vecinos, independientemente de eso, lo hubieran tratado como lo trataron. Y mucho menos que dos vecinos, sacando pecho, se reprocharan una sarta de cuentas atrasadas, yéndose por poco a las manos. Creo que la Asociación [vecinal] y nuestros vecinos de la calle [...] deberían hacer un profundo análisis interior para saber con qué cuentan de bueno y qué está ‘ya podrido en la alacena’, y un análisis del exterior para descubrir ‘qué hay de nuevo, viejo’, por fuera la madriguera, antes de intentar tratar de interactuar en algo. Porque entonces invitamos a una cantidad de personajes ilustres para que vean cómo los vecinos nos agarramos a trompadas y entonces les estamos diciendo que necesitamos seguir siendo protegidos y administrados y de lo chiquititos y zoncitos que somos. (...) Sinceramente, a nosotros nos ha costado mucho el trabajo de grupo que hemos hecho para desperdiciarlo así. (...) Por último, los vecinos de la Asamblea [Norte] creemos que las calles son un poquito menos inseguras para nosotros los asambleístas. ¿Será porque nos conocemos? (...) El principal problema es la soledad —otra cosa que ya dije—, que genera miedos, genera broncas. Y el segundo problema es la diferencia: genera miedo, implica trabajo —esfuerzo, diría yo—, y hay que

aguantar cada cosa. No somos todos iguales. ¿Qué lástima, no? (Simón, 36 años, de la Asamblea Norte, correo electrónico, agosto de 2003)”.

En relación con lo anterior, una segunda vía de acceso al sentido de construcción del *nosotros* asambleario apunta a la sensación acumulada de *soledad* (o el aislamiento en la “seguridad” del hogar) —ahora puesta en evidencia al contrastarse con el estar ahí juntos, debatiendo en la calle. Para Mirta, la situación previa era

“absolutamente no solidaria, el lazo social era terrible individualista y hay puntas nuevas, eso no hay duda, era terriblemente, esto que hiciéramos islas, que nos encerraran... que hiciéramos una cárcel a la casa para poner tantas rejas es hacerte tu propia cárcel. Eso es una cárcel privada también; lo único los chorros están afuera y los buenos están adentro y... que cuidamos mucho a nuestros propios hijitos y no al otro... Bueno todo esto cambió de alguna manera (...) yo veo como que funcionamos como una familia, más o menos, con la miseria y las cosas buenas de una familia, cosas de solidaridad... en las marchas va siempre Malena con los chicos... esos chicos como si fueran de todos. Yo sé lo que le gusta a uno, al otro; los cuidamos. Es una cosa muy muy solidaria. A Malena le cortaron la luz. Fue un asambleísta electricista y la colgó. Que sé yo, cosas muy piolas. No sé si muy piolas pero interesantes y con todas las miserias de una familia que si vos me dijiste, se pelean porque le dio el mate primero a uno que sé yo (Mirta, 55 años, de la Asamblea Centro, 19 de julio de 2002)”.

Si el nuevo *nosotros* significa romper el aislamiento individual, dicho cambio implica también un cambio subjetivo. Ese cambio que a decir de Paula es:

“No sé, me parece como que es muy procesual, creo que es lento. Este cambio más de las personas... que yo creo que tiene que haber. Yo lo reconozco en esta cuestión de poner lo malo afuera, ¿no? el problema... pero no veo un... digamos... Primero, que no tengo una formación política como para hacer un análisis (...) A mí me parece que hay como una línea subterránea, así, que puede ir construyendo algunas cosas... algunos lugarcitos mas cálidos, algunos amparos, refugios... algo así percibo... que la gente, algunos, vamos a intentar construir lazos, vínculos, eso, de eso se trata, ¿no? De construir relaciones verdaderas, no fayutas (Paula, 30 años, de la Asamblea Centro, 13 de junio de 2002)”.

Una tercera vía de acceso al *nosotros* asambleario está constituida por el *trabajo* (o su *falta*). Podemos observar esta preocupación en aquellas prácticas destinadas o dirigidas a individuos de sectores medios desempleados. Según una asambleísta que organizó la feria desde la Asamblea Norte, la misma

“[le] pareció un proyecto, desde que se impulsó, muy importante porque [tenía]... un aspecto solidario, un aspecto comunitario y un aspecto de, digamos, una vía económica para un montón de gente que... en ese momento no tenía ni planes trabajar, ni ningún subsidio del gobierno (Romina, 52 años, de la Asamblea Norte, re-entrevistada el 4 de enero de 2003)”.

¿Qué pasa cuando el trabajo (y la identidad que el mundo del trabajo otorgaba como mapa de orientación) se desvanece como pauta de regulación entre los individuos? Acá, como en los ejemplos anteriores, cuando los asambleístas deben dejar atrás una situación considerada terminal o insuficiente, desafían el eco de miedos firmemente arraigados. El desafío a la nada sociológica (la forma asamblea) o a la nada política (desafío a la opción *democracia o dictadura*) se recorta sobre

la percepción de algunos y la certeza de otros de que en el *nosotros* y en cada uno existe siempre un punto de partida para poblar esas nadas de sentido.

En el caso de la Asamblea Centro, estos desafíos chocaban también con aquellos para los cuales la respuesta era una re-composición. Si para éstos, los proyectos de recuperación de fuentes laborales significaban una nueva re-articulación (esta vez, a partir del default capitalista) de clases sociales, para otros el desafío consistía en proyectar, desafiando significantes que, por su propia ausencia a través de la desocupación, trasladan el sentido de que el trabajo se ha vuelto prescindible a que el individuo se ha vuelto prescindible. Este es el sentido que, desde su individualidad, Mirta quiere transmitir en medio de una feroz pugna de aparatos por definir la participación de la asamblea en alguna de las marchas programadas para el 1° de mayo. Allí, ella propuso que se recupere el nombre de “Día del trabajador” en lugar de “Día del trabajo”, porque “trabajo no hay más”. En la perspectiva de Mirta, que no haya trabajo no implica que no haya trabajadores. Si no hay trabajo, falta el elemento que definía a las clases sociales y, por tanto, la producción social (en el real sentido) debe descansar sobre otros valores que los de la clase y sobre una redefinición de las relaciones de clase desde una nueva socialidad:

“Osvaldo [militante de un partido de izquierda] decía ‘vamos a pasar a fabricar sábanas para los hospitales, no trajes de casimires para los trajes de la burguesía’. Yo decía... si pueden fabricar casimires que fabriquen casimires. Tienen que fabricar lo que saben hacer bien y tienen que fabricar de verdad. Entonces, mientras discuten eso, cantan ‘Bruckman es de los trabajadores’ y no hacen nada. Para que sea un proceso ‘co-gestivo’ tienen que hacer bien lo que hacen, lo que hacían, lo que saben hacer. Y ahí sí habría que hacer, porque hay una cooperativa de... profesionales que asesoran, que sé yo, porque por ahí saben hacer casimires, pero no saben hacer una carta de crédito, para exportarlos que sé yo. Tiene que haber abogados que sé yo (Mirta, 55 años, de la Asamblea Centro, 19 de julio de 2002)”.

Para Mirta, entonces, cuando los grupos sociales dejan de ser la referencia principal debido a la disolución producida por las nuevas condiciones del desempleo, las personas no deben basarse en el poder implícito de las categorías para dar sentido al presente. Tampoco se trata de confiar en la división del trabajo mercantil como modo espontáneo de reorganización. Frente a un estado de desorganización y de destitución, las prácticas y relaciones deben basarse en el saber-hacer personal. Un saber-hacer que, conviene recordar, no es sólo individual sino también un espejo de la experiencia laboral y social. Otra vez, frente a la caída de los significantes que organizaban el espacio político de la post-transición, la perspectiva de los asambleístas que consideran a las asambleas como un *lugar*, además de un *medio de*, parece insinuar que el día después de las distintas catástrofes posibilitadas por “la crisis” no nos enfrenta a un desierto sociológico sino a nosotros mismos, como individuos que se entraman en un colectivo que no los pre-existe ni necesaria ni lógicamente aunque esté presupuesto.

CAPÍTULO V

EL MALESTAR EN EL ESPACIO PÚBLICO RADIAL O DETOUR ANTROPOLÓGICO PARA ACCEDER A QUIÉNES NO “ESTÁN AHÍ (EN LA ESQUINA) DEBATIENDO”.

“La elaboración individual de representaciones debe considerarse tanto más seriamente cuanto que nos encontramos en una época en la que las retóricas intermediarias decaen y se desorganizan. Por ‘retóricas intermediarias’ entendemos los elementos discursivos propios, tanto de las cosmologías tradicionales como de los cuerpos intermediarios de las sociedades modernas (sindicatos, partidos políticos...) que antes daban un sentido al mundo, es decir, una condición intelectual y simbólica a las relaciones con los demás. La necesidad de recurrir al individuo es pues hoy una comprobación empírica y una necesidad de método (Augé 1996: 128-129)”.

En la actualidad, abordar la conformación del espacio público significa referirse a desplazamientos en los sentidos originarios de conceptos o modelos claves de *esfera pública* (Habermas 1991; Fraser 1997) o de ciudadano, que desde la transición política se han presentado en nuestro país bajo la forma de paradigma *sociedad civil/ciudadano* (Cheresky 2001). Implica, a su vez, incorporar estos desplazamientos en transformaciones más amplias del espacio público urbano, algunas de las cuales ya hemos visto (Sennett 2002; Martín Barbero 1994; García Canclini 1997; Caldeira 1996). En este marco, el status de ciudadano se aleja del sentido unívoco de sujeto de derechos civiles y políticos, lo que implica y posibilita para algunos autores referirse a *ciudadanos consumidores* (García Canclini 1995) o bien a *ciudadanos mediáticos* (Winocur 2002)¹⁴⁵, desde un proceso de mayor duración atravesado por la figura de *ciudadano trabajador* o el sujeto del *ascenso social*, cuyo alcance en nuestro país hemos dado cuenta en los primeros dos capítulos.¹⁴⁶

En lo metodológico, palpar etnográficamente la dinámica y efectos de semejantes transformaciones es un desafío mayúsculo, no sólo por cuestiones de escala, sino también porque el trabajo con

¹⁴⁵ Claro que hay otras opciones que exceden los propósitos de esta tesis. Teniendo como trasfondo la transición del keynesianismo al modelo (neo)liberal, Bilbao (1993) analiza el pasaje de obreros a ciudadanos y lo refiere a la desestructuración de la clase obrera, donde ésta deviene de actor político e incluido como tal en el llamado Estado de Bienestar en ciudadanos, dispersos y apolitizados en el conjunto conformado por el mercado de trabajo. Asimismo, en Capella (1993), la ciudadanía es abordada en tanto límite de las posibilidades de las democracias en el sistema económico capitalista: los *ciudadanos siervos*.

¹⁴⁶ En términos formales, ya la Declaración de derechos de 1789 consideraba tanto a la persona como al ciudadano sujeto de derecho (Ferrajoli 2000). En términos históricos, tal sujeto de derecho no significó otra cosa que una ciudadanía nacional, como bien lo muestra la cuestión del apátrida tratada por Arendt (Hunziker 2003), esto es, condiciones históricas que muestran los límites de los derechos del hombre sin una entidad nacional y territorial que garantizara el derecho a tener derechos. En el plano en el que nos movemos en esta tesis —el de las nociones situadas en contexto específicos de sentido— con *ciudadano trabajador* o sujeto del *ascenso social* queremos simplemente aludir a la incorporación y reconocimiento efectivos de tales personas para la sociedad en general y el Estado.

interlocutores que se constituyen colectivamente en el espacio público como ciudadanos movilizados nada nos dice de por qué un marco compartido de cambios y problemas no alcanza a motivar a otros ciudadanos a participar de manera equivalente. Se nos genera por tanto una brecha explicativa que no tiene una resolución metodológica expeditiva.

En la prospección colectivamente efectuada entre marzo y septiembre de 2002 (ver Introducción), intentamos cubrir semejante brecha entrevistando 10 personas (frente a 25 asambleístas de los cuales 5 fueron re-entrevistados) cuyos lugares de identificación eran equivalentes a los de los asambleístas entrevistados, pero que no tenían participación directa en asambleas. Para esta tesis, buscamos ampliar ese recurso metodológico, animándonos además a incursionar en un campo que no sólo nos daba acceso a individuos con trayectorias más variadas, sino que nos obligaba a tomar en cuenta otras formas de participación estrechamente relacionadas con las transformaciones más amplias que tomamos como contexto teórico relevante para nuestro problema. Fue así como decidimos reconvertir nuestra práctica ciudadana de “oyentes de radio” en un insumo para la tesis. Veamos, entonces, desde qué lugar teórico nos acercamos al problema y qué cuestiones nos permitió empezar a explorar.

1. El espacio público radial

En Winocur, la conformación de lo público en los medios de comunicación —en especial, en la radio— resulta el marco adecuado para abordar transformaciones amplias en torno a concepciones de ciudadanía

“Los nuevos escenarios de la ciudadanía recreados por los medios se conforman más en el hecho de ser habitante de la ciudad que parte de una nación, en la necesidad de establecer reglas de convivencia con los vecinos que en el interés sobre las condiciones de competencia política, en la gestión de servicios ante la delegación que en la reivindicación de derechos políticos frente al gobierno central, en la integración de pequeños grupos con intereses focalizados que en la afiliación a un partido político, en la negociación individual o grupal de espacios de visibilidad en los medios que en la participación política en lugares públicos (...)

Estos cambios [especialmente la introducción de los medios masivos de comunicación y la implosión o entrecruzamiento de las esferas públicas y privadas] son fundamentales para comprender el papel de los medios en la reestructuración simbólica de los modos de concebir y practicar la ciudadanía en diferentes grupos sociales, ya que explican en buena medida el surgimiento de *ciudadanos mediáticos* que desde la centralidad cotidiana del hogar claman por ser escuchados y atendidos. En estas nuevas condiciones, el sentido de lo público no se percibe como un espacio de debate ni se construye como un lugar de confrontación de ideas, sino más bien, como un lugar de visibilidad y reconocimiento de diversas demandas, que incluyen desde la posibilidad de canalizar una queja hacia las autoridades hasta depositar una confianza en la solícita oreja del conductor de un consultorio sentimental (Winocur 2002: 15-16, en cursiva en el original)”.

En perspectiva histórica, si el surgimiento de los medios posibilitados por la difusión del capitalismo impreso fue visto como clave para el desarrollo y consolidación de las *comunidades imaginadas* nacionales (Anderson 1993), el rol de los medios masivos de comunicación resulta no menos fundamental en la fase de las migraciones internas hacia las grandes capitales de los países latinoamericanos:

“Los medios masivos contribuyeron a la formación de la ciudadanía cultural. En la radio y el cine, afirma Carlos Monsiváis, los mexicanos aprendieron a reconocerse como un todo integrado, por encima de las frustraciones étnicas y regionales. Modos de actuar y de hablar, gustos y códigos de costumbres, antes desconectados o en conflicto, se reunieron en el lenguaje con que las películas representaban la irrupción de las masas y legitimaban sus estilos de sentir y pensar (García Canclini 1995: 135)”.

En efecto, las ciudadanía culturales (nacionales) se afirmaron históricamente sobre la sucesión de lo culto, lo popular y lo masivo (García Canclini 1990). No obstante, hacia el final del recorrido, la hegemonía de los medios electrónicos de comunicación (en especial de la televisión) diluyeron tanto el referente nacional de esas comunidades imaginadas, como los límites entre lo público y lo privado. Aún así, al intentar describir toda la fuerza de estas transformaciones se sobredimensiona, en ocasiones, el rol hegemónico de las industrias culturales transnacionales. En este sentido, Martín Barbero (1993) destaca la importancia de las mediaciones sociales que configuran un receptor complejo y creativo, en lugar del receptor pasivo implícito y prevalente en aquella perspectiva. En tanto simplificaciones, las industrias culturales no sólo oscurecen el lugar de mediación del medio social de los sujetos, sino el propio valor del medio social en sí —reducción ésta última que se reconoce claramente en las caracterizaciones de lo masivo, pero que se incorpora a una línea de negaciones anteriores, de lo popular, de la culturas populares y finalmente de la posibilidad de una cultura masiva. Enfrentar estas simplificaciones significa invertir el movimiento que realiza el significado de los fenómenos colectivos, en nuestro caso, significa destacar que *complejidad* y *creatividad* son propiedades del medio social y también, y fundamentalmente, de la cotidianidad social, presente en instituciones como la familia y el barrio, entre otras.

Más allá tanto del grado de disolución de los referentes nacionales de las comunidades imaginadas mediáticas como de las visiones que hacen hincapié en el emisor o en el receptor, se puede afirmar que aún en la actualidad

“... la radio contribuye a generar sentido de pertenencia en *comunidades* imaginadas que se conforman a partir de establecer vínculos con los locutores y por su intermedio con otros en la misma situación existencial (Winocur 2002: 205, en cursiva en el original)”.

Estos últimos imaginarios integradores hablan más de pertenecer a una ciudad que del reconocimiento entre connacionales que refiere Monsiváis en la cita de García Canclini. Aún más

recientemente, la ciudad constituye el referente de las expresiones que subrayan la integración socioespacial que realizan los medios (García Canclini 1997a). En este aspecto, los medios se configuran en proveedores de nuevos mapas de orientación frente a la desagregación social y la fragmentación (televisiva) de la experiencia de habitar la (gran) ciudad (Martín Barbero 1994).

Más pertinente aún para nuestro interés, los medios masivos han modificado también los términos en los cuales se desarrolla el debate público.¹⁴⁷ En este marco, la radio puede considerarse un lugar privilegiado donde captar las reconfiguraciones asociadas a las transformaciones de la *esfera pública*:

“... en las nuevas consideraciones de globalización y desterritorialización de la cultura y la información, no en el sentido de una esfera pública única, homogénea y separada del Estado o de la vida privada, sino, por el contrario, en la fragmentación de múltiples espacios de concepción diversa y heterogénea (Winocur 2002: 97)”.

La participación radial conlleva sentidos distintos según el status de clase de los autores de los llamados.¹⁴⁸ No obstante ello, también es posible identificar otros compartidos: en especial “... la necesidad —generalmente individual y rara vez colectiva— de trascender el ámbito doméstico, con el objeto de ser *re-conocido* en el sentido más amplio de la palabra (Winocur 2002: 200-201, en cursiva en el original)”.

En nuestro caso, el *espacio público radial* se distancia de algunas de las características generales apuntadas por Winocur para la construcción de lo público y lo político en la radio. La principal diferencia consiste en que el programa analizado se presentaba fundamentalmente como un programa de debate en el cual la participación de los oyentes estaba orientada a tal fin. Esta participación consistía por tanto en una participación a través de llamados telefónicos que tenían como objetivo emitir una opinión sobre un tema de actualidad. Por su parte, las intervenciones del locutor constituían una mediación entre las distintas opiniones, construyendo así un ámbito público

¹⁴⁷ Rinesi (1993) describe precisamente este proceso para el espacio político de la transición, como un desplazamiento de sentido del lugar de los medios, desde un paradigma difusionista —donde el medio expande la voz de la tribuna (política)— a una concepción en la cual el medio es un actor clave del proceso político. En este desplazamiento, confluyen dos movimientos claves:

“el que sirve para reafirmar la distancia esencial entre el actor político y el impotente espectador, y el que viene a acentuar la centralidad de las personalidades en el escenario político (Rinesi 1993: 103)”.

Este desplazamiento del sentido y lugar de los medios en el debate político se puede reconocer específicamente en el pasaje del espacio político del alfonsinismo al del menemismo.

¹⁴⁸ El estudio de Winocur está dirigido a la “construcción de lo público en la radio” y por lo tanto la autora observa la totalidad de la programación radial, es decir, tanto los programas de noticias, como los de debate público y los “consultorios sentimentales”. En este marco, encuentra que el status de clase recorta diferentes significados, motivaciones y estrategias comunicativas de la participación. Por lo general, los individuos pertenecientes a los sectores populares llaman para hacer conocer un reclamo o una queja, mientras que entre aquellos de nivel sociocultural medio y alto su motivación se debe principalmente a la necesidad de debatir o dar su opinión al locutor y los demás oyentes.

inter-discursivo entre ciudadanos (mediado por la palabra o el silencio del locutor) y no un espacio público de mediación entre ciudadanos y funcionarios o instituciones estatales, objeto de reclamos. Por alentar la forma de “estar en el aire debatiendo” es que elegimos precisamente un programa que replicaba en otras condiciones ciertas prácticas asamblearias.

El período analizado abarcó el momento comprendido entre la primera y segunda vueltas para las elecciones de presidente de la Nación, e integra de ese modo el debate político presente en los medios que giró en torno al ballottage. Finalmente, para nosotros significó una estrategia metodológica para acercarnos a formas de participación de ciudadanos interesados en la cuestión pública (y dado el período considerado en la cuestión política) que en principio, pueden no ser aquellos ciudadanos movilizados que ganaron la calle desde diciembre de 2001. Por ello, de todos los temas radialmente registrados, prestamos mayor atención a tópicos que eran comparables a los que surgieron de nuestros entrevistados. A saber, las características de la crisis, la solidaridad, la eficacia o deterioro de significantes como *pueblo* o *nación*.

2. El debate en “Perdidos en el aire”

A primera vista parece confluír en el programa radial mayor variedad ideológica que la observada en el espacio de nuestras dos asambleas, una de las cuales fue caracterizada por un entrevistado como “de izquierda”. En otros aspectos, en cambio, hay similitudes; así el entusiasmo y la emotividad al hablar no es menor en los participantes radiales.

Como sugiere Winocur, las personas que efectúan llamadas a un programa que invita a debatir lo hacen con la doble intención de que su palabra trascienda su ámbito doméstico y al mismo tiempo conservar éste como lugar de enunciación. En todo caso, tal participación debe ser colocada, para el caso del espacio público pos diciembre, en un contexto general de sentido, caracterizado por la presencia del QSVT y también por la misma participación asamblearia. Así, si luego de un año el amplio consenso que suscitaban las asambleas y cacerolazos en la sociedad había disminuido, no por eso debe deducirse la existencia de dos ámbitos políticos totalmente separados, que responden a la diferencia en los lugares de enunciación, uno de ciudadanos en el espacio público, otro de individuos opinando desde el interior de sus hogares.

Hecha esta salvedad, observando de modo general nuestros registros del *espacio público radial*, sí llama la atención como fuente de diversidad opiniones individuales conformadas desde la privacidad del escenario hogareño, quizás de la intimidad de sus bibliotecas. Opiniones individuales

que anclan en diferentes momentos históricos las explicaciones del declive de Argentina, explicaciones que reconocen distintas fuentes ideológicas y que parecen haber llegado sin cambios y sin confrontaciones al debate público que asistimos.

¿Qué sucedía cuando el locutor cruzaba en el aire a dos participantes con opiniones contrastantes? Tal encuentro podía derivar en discusión violenta, en actitudes que no hacían sino reforzar los contenidos propios, o en el sarcasmo de quien intenta identificar el origen de clase o ideológico de su oponente. Pero también ocurría un inesperado consenso en un determinado punto, lo que en algunas de tales ocasiones dio lugar a un silencio mutuo, tan incómodo como expectante.

Pero dejemos de lado estas expectativas de los oyentes que parecen esperar más una confrontación que un acuerdo, y veamos qué nos fue mostrando el programa en algunas de sus jornadas.

a) ¿Algo está cambiando aquí y ahora? Monitoreando la crisis, sus causas y el futuro

El debate político actual en Argentina reconoce implícitamente la percepción de un estado de crisis. En este punto, difícilmente algún participante no califique de esa manera la realidad política, social o económica de Argentina, aunque sí distinga tendencias de mejorías o, por el contrario, de mayor decadencia. En todo caso, las controversias surgen al momento de identificar el origen histórico de la decadencia nacional o las causas políticas e ideológicas.

En el caso de nuestros participantes radiales, los diagnósticos en términos de crisis derivaron por la coyuntura en un ejercicio de identificación de signos de cambio en la gente. En tales signos radicaba la posibilidad de mejores tiempos: ¿Se abre una nueva etapa en el país? ¿El fin de un determinado ejercicio político abre la posibilidad de una nueva etapa? ¿Es el actual momento político —el aquí y ahora del ballottage— un punto de ruptura favorable de acuerdo a nuestros diagnósticos de la crisis?

Cuando el tema de debate estuvo conformado por la consistencia o naturaleza del lazo solidario entre argentinos, esta cuestión fue una de las que surgió del debate. La evaluación de las causas de la solidaridad como de su alcance efectivo dependió de las trayectorias históricas construidas por los entrevistados a fin de dar sentido a “nuestro devenir como país”: mientras para uno de ellos la falta de solidaridad deriva del hecho de que carecemos de un proyecto común debido a nuestro pasado colonial, para el otro participante tal situación está íntimamente conectada con la catástrofe del terrorismo de estado. En el primero de los casos:

“... no somos nación, todavía no llegamos a ser nación, somos una nación en lo formal, pero no somos una nación en... sustancia o en esencia. Tenemos incluso, hice la cuenta... 264 años desde

1536 a 1810 de colonia española y 193 años de colonia anglosajona, cultural. Todavía somos colonia, no somos nación... (Guillermo, de Once)”.

Sin embargo, tal continuidad de más de cuatrocientos años de situación colonial parece estar terminando en la actualidad, ya que hay una voluntad “embrionaria” de querer ser nación. A pesar de que:

“...seguimos en la inmadurez (...) creo que... justamente lo que nos pasó entre el año pasado y lo que ocurrió en estos últimos años hay una idea de nación, como que tuvimos que chocar para reaccionar. Eso es, porque de alguna manera, yo que ando por distintos lugares veo que está puesta la bandera argentina en distintos tipos de negocios, que antes no ocurría”.

Para Guillermo de Once, la razón de ser de las banderas argentinas como signo de cambio proviene del hecho de que su exhibición pública no obedece ni a fechas patrias ni a la crisis y, fundamentalmente, de que expresan la voluntad de la gente y no de los gobernantes:

“... el hecho de ver las banderas en distintos negocios, *sin que haya nadie desde arriba que diga hay que ponerlas* en los balcones... Yo veo gente joven, grande, en distintos tipos de negocios, en la zona norte, en la zona sur y eso para mí, sociológicamente, me da la sensación de que es un signo muy importante de querer ser nación (...) ocurrió todo el año pasado, lo estoy notando hace... desde hace dos años más o menos, independientemente de los partidos de fútbol o lo que sea... (Guillermo, de Once, el subrayado es nuestro)”.

Desde una trayectoria puntuada de modo diferente, aunque reconociendo también un signo favorable de cambio en la participación de los jóvenes, otro participante rescataba la unión de argentinos en torno a la memoria del terrorismo de estado:

“La noche del 23 de marzo estuvimos en la Mansión Seré (...) están levantando para abrir los cimientos, todo... y bueno, esa noche se hizo una convocatoria especial, estuvo Bonasso y fue Víctor Heredia. La convocatoria parecía que era para nosotros los que vivimos aquella época, pero había como 4000 jovencitos y no era para pedirle canciones dulces a Víctor Heredia. Y a las 24 horas del día 23 nos distribuyen una velita, la prendimos y Víctor Heredia dejó de cantar y yo vi esa cantidad de jóvenes y dije: este país no se puede perder si tiene a esta juventud, ¿te das cuenta? (Abelardo, de Morón)”.

No obstante, el intercambio de estos oyentes muestra algo más que diferentes formas de puntuar el devenir en base a los significantes “nación” o “memoria del terrorismo de estado”. Esto es cierto si partimos de considerar que la pregunta por la solidaridad con el necesitado motivó evaluaciones generales e históricas del devenir como país. Pero si incorporamos la pregunta por la posibilidad de la solidaridad en el contexto de los modos de relación inter-individuales que hemos identificado como problema central de las condiciones de posibilidad de un proyecto político para los ciudadanos assembleístas en contextos de crisis —que, hemos de reiterar, implica también crisis de aquellos significantes que nominaban lo colectivo— las diferentes respuestas de Guillermo de Once y Abelardo de Morón transmiten diferentes maneras de concebir la socialidad y los modos de construirla. En este caso, Guillermo entrevé la salida de la crisis a partir de retomar el valor de

significantes como el de *nación*, quizás inoperantes durante parte de nuestra historia, pero portadores de una preexistencia con capacidad determinante para restaurar lo colectivo. Abelardo, por el contrario, parte de una perspectiva donde lo colectivo se entrama a partir de un hacer y de un coincidir en diagnósticos, que lleva a que se encuentren en una misma conmemoración “los que vivimos aquella época” y “jovencitos” que se sienten convocados no tanto por su experiencia directa o por su pertenencia nacional, cuanto por los valores sustantivos de justicia que el encuentro promueve.

Los últimos dos testimonios de esa noche versaron sobre la desobediencia recurrente de los argentinos para con las reglas básicas necesarias de una convivencia ciudadana. Sin embargo, si para uno de ellos la conjunción de “solidaridad” y “viveza criolla” constituía una situación social que en nada se había modificado, para el otro la ideologización del voto en las últimas elecciones significaba un quiebre de una tendencia (negativa) de larga data. En el primero de los casos:

“Digamos, este ánimo, tan importante de solidaridad, de afecto en definitiva y de compadecer al otro y ayudarlo, sin duda es una condición necesaria para una comunidad y para que salgamos todos adelante (...) pero, si bien es una condición necesaria no es suficiente. Y creo que, justamente, una de las cosas que más chocan todavía, como una suerte de contradicción nuestra, es eso de la viveza criolla (Marcelo, profesor, de La Plata)”.

Para explicar los efectos negativos de tal conjunción el participante rescata el concepto acuñado por Carlos Santiago Nino¹⁴⁹ de “anomia boba”:

“... anomia hay en todos los sistemas, morales, jurídicos, pero, se convierte en boba —dice él [Nino]— cuando es sistemática, masiva y donde en realidad nos terminamos perjudicando todos (...) factores económicos no alcanzan para explicarlo, la inmigración tampoco alcanza... sociológicos, demográficos no alcanzan. Entonces, él dice: ¿dónde está el motivo por el cual este país con todo lo que tenía cincuenta años atrás, con la posibilidad de evolucionar digamos como Canadá o como Australia, en situaciones demográficas y demás similares, por qué este país empezó a declinar y de manera tan marcada?”¹⁵⁰

El otro participante también compartía la percepción de un estado de anomia generalizado:

“No creo que vayamos en camino, no creo porque todavía el ciudadano argentino, si lo podemos llamar ciudadano, no está convencido que la única manera de tener derechos es primero cumplir

¹⁴⁹ El oyente se refiere al libro de Carlos S. Nino *Un país al margen de la ley*, Buenos Aires, Emecé, 1992.

¹⁵⁰ Marcelo no da una respuesta, pero lo interesante es que la comparación con Australia o Canadá es una inquietud que se reitera en varios participantes. La otra es dar por finalizada una etapa definida por excepciones políticas, ideológicas y económicas ante crímenes o delitos. Volveremos sobre ambos temas más adelante. Aquí queremos remarcar que en el pensamiento de un oyente ambos se vinculan porque considera a Australia un ejemplo de país donde la ley fundó el sistema social al consagrar sin equívocos las expectativas posibles y las condenables:

“... un país que lo hicieron las prostitutas, los criminales, los chorros, asesinos. Pero llegaron allá y había un código muy simple: señor, ahí está la horca, señor ahí está la chacra, esa es su tierra, trabájela. Una firmeza absoluta en la determinación de un premio que iba a tener esa persona si andaba como debía andar conforme a la ley. Y una certeza absoluta, porque éstos no embroman, no andan con medias tintas, con lo que le iba a pasar si no hacía lo que la ley mandaba (...) son tajantes los países desarrollados en hacer cumplir la ley (Carlos, de Colón, provincia de Buenos Aires)”.

con sus obligaciones (...) Esto vale por ejemplo, impuestos, cargas patronales, entonces desde el tango de Eladia Blázquez y de la letra del tango creo que sale todo [se refiere a la frase 'el engrupe falso de una mentira más'] yo te digo, desde el presidente que en un auto deportivo corrió a 220 kilómetros por hora por una ruta donde todos los demás ciudadanos estúpidos de este país podíamos ir a 80, paguemos o no nuestros impuestos... (Gabriel, de Hudson)".

A pesar de esto, Gabriel encuentra un signo favorable en:

"¿Sabés qué es lo que me ilusiona? Como se dice, la atomización del voto. En las últimas elecciones, me ilusiona de que no se polarizó el voto, me ilusiona que haya pluralidad ideológica, que se ha perdido el miedo a tener ideología (...) Durante 40 años, desde aquel 'de la casa al trabajo y del trabajo a casa' nos prohibieron tener ideología, de la que fuese ¿sí? Desde el conservadurismo al izquierdismo digamos..."

En estos dos últimos casos, aunque para Marcelo la "viveza criolla" sea una característica general de sociedad y para Gabriel el incumplimiento de las obligaciones un mal ejemplo que "baja" de los gobernantes, ambos parecen subrayar una desobediencia recurrente de *todos nosotros* con respecto a las reglas de convivencia básica entre argentinos. En este sentido, sus visiones son pesimistas con respecto al futuro, sino se produce un cambio general que debe comenzar por el respeto de todos con respecto a las reglas de convivencia y a las leyes que nos rigen.

b) La opción entre lo malo conocido y lo ¿bueno? por conocer

El espacio político del ballottage enfrentó a dos candidatos provenientes del partido justicialista. La amenaza de un fuerte "voto bronca" en el conjunto de las elecciones presidenciales (considerando la primera y segunda vueltas) planteaba el temor en el propio elector de que su voto negativo pudiera beneficiar a un candidato no estimado. Si su voto era positivo, entonces la duda se mudaba a la cuestión del origen partidario común de las dos propuestas: ¿eran dos propuestas distintas o eran dos meras variantes? Esta tensión se grafica claramente en dos mensajes enviados al programa. En el primero de ellos un oyente expresaba:

"... yo no entiendo eso que dicen que no hay opción. Hubieron 19 candidatos. Podría haber sido Menem y Bravo, o los socialistas con Kirchner. Más democrático que eso no he visto. Son dos modelos distintos de países, no es el justicialismo. El justicialismo se ha vendido con Menem al neoliberalismo (Matías, de Versalles)".

En forma diametralmente opuesta otro mensaje denunciaba que:

"Menem y Kirchner son lo mismo, los dos justicialistas. Vienen del mismo partido. Manipularon la corte, echaron al vice. Hizo Menem las mismas trampas que le están haciendo ahora. Hace ya muchos años que los gobernantes se olvidaron que son mandatarios y administradores. Se arrogan derechos en contra de la calidad de vida de los mandantes y verdaderos dueños de la cosa pública. Cuando dicen política dicen piedra libre. ¿Por qué será que el ciudadano-administrado es cada vez más pobre y los dirigentes administrativos son cada vez más ricos? (Claudio)".

En un sentido similar a la ideologización celebrada por Gabriel de Hudson, se pudo observar una polarización derecha/izquierda entre Menem y Kirchner, manifestada en que los votantes de Carrió en primera vuelta preferían al segundo candidato en la segunda vuelta, y análogamente, los votantes de López Murphy, a Menem. No obstante, tales correspondencias ideológicas no se trasladaban hacia el pasado de acuerdo a las identidades partidarias.

De los dos participantes que se identificaron históricamente con un partido político, uno de ellos — que se definió como radical— se inclinaba por Menem en segunda vuelta. El otro, que también prefería este candidato, aclaró que era peronista “de toda la vida” y realizó un paralelo entre la oposición a Menem y la oposición que sufrió Perón.

Sin embargo, más frecuente fue que la identificación partidaria tomase la forma de una negación: “voto a Kirchner y eso que nunca fui peronista”. En un caso, el participante confesaba que había votado a Menem en 1989 y 1995, pero que en esta elección se inclinaba por Kirchner. Todos estos ejemplos pueden abonar interpretaciones que vinculan la crisis de lo político con la crisis de los referentes partidarios.

La lógica del sistema electoral del ballottage reduce para la segunda vuelta el espacio político a las dos opciones más votadas. De esta forma, la lógica de dos alternativas concretas agotando el ámbito de lo posible podría haber habilitado nuevamente caracterizaciones negativas de los opositores en base a los miedos sociales, como en el espacio político determinado por la opción *democracia o dictadura*. No obstante, la forma que adoptó la presentación de la opción Menem/Kirchner en el espacio radial analizado no fue la de un candidato que prometía gobernabilidad contra otro candidato que tenía que dar cuenta de cómo solucionar la “inseguridad”, el “corralito” o los “piqueteros”. Independientemente de ciertos signos del gobierno de Duhalde —la abstención en la condena a Cuba en la comisión de derechos humanos de Naciones Unidas, declaraciones contrarias a la política económica seguida por el FMI para con Argentina— y algunos adelantos de Kirchner en el sentido de una continuidad con la administración Duhalde —en especial la confirmación en su puesto del ministro de economía Lavagna— existía un consenso amplio entre los oyentes de que el ballottage enfrentaba una alternativa conocida con otra desconocida:

“Mirá, yo no sé si Kirchner es tan buen estadista o administrador [le contesta a otro oyente que le pide garantías que Kirchner sea realmente un cambio y no se lleve nuevamente ‘la plata al exterior’]. Digamos que nosotros somos un país muy papá, al presidente como si fuese papá (...) Básicamente, quiero darle una oportunidad a otra persona... a Kirchner y eso que jamás fui peronista (...) Quise hacer un voto social conmigo mismo y la voté a Lilita. Yo sabía que no iba a ganar, pero por lo menos iba a ser un voto... digno, para mí mismo (...) Yo no sé quién es Kirchner, *es como el virus que está matando gente en China*. Pasa que al otro lo conocí y mucho (Jorge, de San Fernando)”.

“[Por qué va a votar a Kirchner] Uno porque no estoy de acuerdo con impugnar el voto, o el voto en blanco o sea, quiero votar en positivo: Kirchner... hay un dicho que dice ‘es mejor malo conocido que bueno por conocer’. Pero en este caso quiero optar por el bueno por conocer, porque el malo conocido desde mi punto de vista ha dejado el país muy, muy mal (...) yo no lo veo como que venga arrepentido de un montón de cosas que hizo y las va a arreglar... (Fabio, de San Cristóbal)”.

Tal caracterización era compartida por aquellos que simpatizaban con el candidato Menem, quienes enfatizaban su elección justamente por estas adjetivaciones atribuidas a cada uno de los candidatos:

“Considero sus falencias, sus fallas, su... equivocación, pero me quedo con Menem porque me parece el menos malo (...) Pudo haber sido corrupto, yo no lo niego eso, pero en los tantos nos ha dejado vivir, había más seguridad, la cosa era otra, no están los cartoneros, los piqueteros... era una cosa totalmente distinta, seamos realistas. Estamos en un mundo masoca... (Sergio, de Recoleta)”

Desde los alcances y límites de este trabajo, no nos es posible evaluar sobre las significaciones políticas e ideológicas implícitas en las cosmovisiones individuales de los ciudadanos oyentes. Sólo queremos llamar la atención en el carácter de novedad que significa, con respecto a un espacio político pos transición limitado en la opción *democracia o dictadura*, defender públicamente una preferencia electoral que se admite desconocer, sin que ello remita a una imagen de disolución social. Aunque algunos argumentaban votar por Menem porque al menos lo conocían, para muchos otros la connotación negativa ha quedado del lado de lo conocido, de lo *tal cual ha sido* y a lo que importa más oponerse. Sólo en este sentido puede entenderse la paradójica situación del participante que fundamenta su voto por un candidato aclarando que “es como el virus que está matando gente en China”.

En todo caso, en términos del marco más amplio del *espacio público radial*, también se discutió el QSVT en tanto recurso y contexto efectivo de una necesidad de renovación dirigenal considerada imperiosa dada la crisis —necesidad cuyo (re)planteamiento puede encontrarse en aquellas opiniones que se preguntaban no sólo “qué opina usted”, sino “qué esta haciendo usted para superar la crisis”.¹⁵¹

No obstante, si para los asambleístas la cuestión del voto en blanco —como duda individual o como pregunta que debía responderse individualmente a través del propio voto— bien podía ser percibida

¹⁵¹ Pregunta que, en el espacio político pos diciembre 2001, significaba hacer sentido de la movilización de asambleístas que, en principio, compartían los mismos rasgos generales de identidad que los oyentes, tales como el barrio de pertenencia, su edad o condición laboral. Así, en un programa posterior, que sale del marco cronológico de esta tesis, se discutió la cuestión de la “inseguridad” debido a una protesta que había sido convocada bajo la forma de cacerolazo. Durante el transcurso del programa, el tema a debatir se desplazó de la “inseguridad” a “¿sirve cacerolear?”. Una oyente expresó: “la gente tiene que darse cuenta que una actividad cívica no se remite a las elecciones y los cacerolazos. El cacerolazo está manejado, [yo, que] me defino como una militante de la vida [expreso que] hay que ejercer todos los días con compromiso [la actitud cívica]”.

como un índice del fracaso de un proyecto autónomo al margen de los partidos políticos, en el caso de los participantes radiales primó la preocupación por que el voto en blanco no obstaculizase la efectivización de una apertura política o la esperanza que abre toda etapa que termina —esperanza que en este caso debía dejar atrás lo *tal cual ha sido*. Por tanto, consideramos que tanto las respuestas de assembleístas como las respuestas de los oyentes suponen aquí declaraciones inscriptas en el proceso de desafío a la instrumentalización de los miedos que hemos identificado a partir de diciembre de 2001 —a pesar de que muchos de los primeros hayan promovido el voto en blanco como expresión electoral del QSVT y que los segundos se hayan inclinado, en cambio, por la necesidad de votar en positivo. Para estos oyentes —para quiénes el ámbito eleccionario continúa siendo un espacio político pertinente— no parece estar en juego en la instancia del ballottage la democracia actualmente existente —que, aunque imperfecta, siempre es preferible a un reverso anómico siempre amenazante—, sino simplemente la necesidad de dejar atrás un pasado negativo, necesidad que inclina a Pablo de San Cristóbal hacia la opción por el candidato “bueno por conocer”, y a Jorge, de San Fernando, hacia la opción por el candidato ni bueno ni conocido. Aún más, el eufemismo presente en el refrán utilizado por el primero de los oyentes, muestra que la positividad de la elección del oyente se sustenta más en la oposición con respecto al malo conocido que en atributos propios del contrincante.

3. Distanciamiento con respecto a los referentes ideológicos

El debate por los indultos a Gorriarán Merlo y Seineldín enfrentó a personas que defendían uno u otro con personas que rechazaban el indulto a ambos. No obstante, desde el punto de vista de aquellos que reclamaban una valorización ideológica de Seineldín o de Gorriarán Merlo, su defensa quedaba reducida más a un deseo por no igualarlos (igualdad que el decreto de Duhalde realizaba temporalmente), que a una defensa de su actuación pasada sin cambios:

R: [en desacuerdo con el indulto a Seineldín] Sí, yo me acuerdo, pero también tengo memoria. Yo era empleado municipal, me cansaba de escuchar a gente mayor, que decía ‘que vuelvan los militares’. Había un grupo de carapintadas que le faltaban el respeto a Alfonsín. Estábamos en un gobierno democrático donde todos teníamos que ser respetados y no éramos respetados por un grupo de carapintadas.

H: Ni para un lado, ni para el otro. Si queremos ser un país serio y pretendemos dar una imagen en el exterior e insertarnos en el mundo, no digo ni primero ni segundo ni cuarto, país creíble, no podemos indultar ni a Gorriarán ni a Seineldín. Yo pregunto simplemente, con todo respeto, estos dos señores ¿infringieron la ley, sí o no? Te lo pregunto a vos.

R: Bueno, con ese criterio Menem también infringió la ley cuando indultó a los militares...

H: Estoy totalmente de acuerdo. Yo creo que ningún indulto se ha justificado de los que se han dado en los últimos años.

R: *pero* el único que está preso es Gorriarán Merlo.
H: Hay que respetar la ley de una buena vez por todas
R: Hay que volver para atrás
H: No. Hay que volver para atrás pero para encontrar los culpables. (...) Todos los que infringieron la ley tienen que tener castigo (...) Terminar con los pases de factura: 'yo te indulto, vos mañana me pagás con un hecho político' Esto tiene que terminar de una buena vez por todas (Héctor, de Recoleta y Ricardo, de Belgrano)"

Desde el punto de vista de quienes objetaban los indultos, su perspectiva forma parte de una objeción reiterada, observada en otros oyentes, que expresa que la democracia argentina no castiga a quien infringe la ley y exceptúa de su cumplimiento según *quién*:

"J: Uno es un asesino confeso y el otro es un militar con ideas distintas a otro; es una cuestión interna de la fuerza, mientras que el caso de Gorriarán Merlo es un atentado al pueblo argentino. A eso me refiero.

L: Sí, yo sé, pero me parece que también... hicieron lo mismo, este Seineldín. Si ellos lo juzgaron por algo lo juzgaron

J: Está bien, creo que ha cumplido su condena.

L: *Pero* si vamos a empezar así... bueno vamos a dar el indulto a tal persona, a tal persona y bueno van a cumplir 10 años 12 y vuelvo a lo mismo. A esa gente que perdió el hijo, perdieron la madre, perdieron al padre... yo mañana a mis hijos, a mis nietos ¿por qué estuvieron presos? Bueno, mataron gente, pegaron tiros, torturaron gente, pero igual los dejaron en libertad, ¿eso le voy a contestar?

J: Mirá muchacho, yo estoy de acuerdo con lo que decís y si la idea tuya es que no haya indulto para nadie yo estoy de acuerdo. No estoy en desacuerdo con eso. Pero no lo puede poner a un mismo nivel el presidente actual de la Argentina el Dr. Duhaide a Seineldín y a Gorriarán Merlo [repite su opinión personal sobre cada uno]

L: Sí... *pero* entonces va a pasar siempre lo mismo, vamos a estar en la Argentina de siempre... se los condenó a tanto, que cumplan tanto, como está cumpliendo mucha gente

J: Si tiene que ser así está bien...

(Jorge, de Mataderos y Luis, de Benavídez)"

De manera general, a la par de la denuncia de prejujuamiento de "comunista" a todo aquel que "busca igualdad o solidaridad (Claudio, de San Martín)" —denuncia que lleva implícito un pedido de mayor aceptación de opiniones ideológicas— el debate por los indultos a Gorriarán Merlo y Seineldín mostró perspectivas que se alejaban de los referentes históricos de la década de los setenta. Otros debates sobre los significados de "ser de izquierda" o "de derecha" mostraron sujetos que se alejaban de los referentes internacionales tanto de lo que fue la Unión Soviética (stalinista) como de lo que es el Estados Unidos de la "guerra contra el terrorismo" emprendida a escala global.

Ahora bien, en términos de re-composiciones sociales —en definitiva el indulto se proponía desde el Poder Ejecutivo como un paso en esa dirección— tanto desde la perspectiva de Héctor de Recoleta, como desde la de Luis de Benavídez, su re-construcción supone un contexto regido (e inflexible) por el respeto indistinto a las leyes. En este sentido, para estos oyentes esta nueva etapa bien podría empezar cuando "respetemos la ley de una buena vez por todas".

4. Las deudas pendientes del procedimentalismo y el sustantivismo

Expresamos que dos son las objeciones que se reiteraron en varios de los participantes y en el debate entre ellos. Una es aquella que se deja traslucir en la comparación con otros países como Australia o Canadá. La otra es una crítica extendida que clama dar por finalizada una etapa definida o caracterizada por excepciones políticas, ideológicas y económicas ante crímenes o delitos. Si traducimos la primera como “¿por qué Argentina dejó de ser la tierra del ascenso social?” y a la segunda como “aquí no se aplican las reglas o se las aplica selectivamente”, nos encontramos con que, desde el punto de vista que distingue entre concepciones procedimentalistas y sustantivas de democracia, en ambos planos la democracia argentina no satisface la opinión generalizada de los oyentes de clase media que hemos analizado.

¿Puede el éxito en el plano sustantivo hacer olvidar las deficiencias en el plano normativo? ¿Alcanza el mantenimiento de las formas a satisfacer las expectativas democráticas o, más bien e inevitablemente, la percepción de declive sustancial hace dirigir las miradas hacia las deficiencias en el cumplimiento de las reglas?

Un participante radical parece responder afirmativamente a la primera pregunta, al defender el “pragmatismo” de Menem en estos términos:

“El asunto es llevar al pueblo a un mayor bienestar en las circunstancias históricas que nos toca vivir... (Francisco, de Lanús)”

En un relato que ya hemos presentado, una de nuestras entrevistadas, radical, muestra sin embargo que, incluso quien parece en sus ambigüedades responder afirmativamente todas las preguntas, no logra disimular la insatisfacción que provoca el desbalance entre lo bueno y lo correcto

“Mirá, a mí lo que me gustaría es que, no sé, yo no te digo que tuviéramos cantidad de... de... de dinero pero vivir honestamente, vivir bien, no estar mirando el pesito como estamos mirando. Porque yo veo, por mi grupo familiar, que están mirando el peso, entonces, quisiera vivir como hemos vivido unos años anteriores. Lo que pasa es que los años anteriores, que estuvimos más o menos, también los de arriba estaban robando... (Agustina, no asambleísta, 17 de setiembre de 2002)”

Ahora bien, si consideramos el carácter procedimental y sustantivo de la democracia como dimensiones y no como concepciones excluyentes¹⁵², el malestar de la última entrevistada no

¹⁵² En un análisis del constitucionalismo desde el punto de vista histórico, y teniendo en cuenta en particular las últimas constituciones europeas del siglo XX, Ferrajoli se refiere a dimensiones procedimental y sustantiva que toda democracia posee y que en las últimas cartas, tienen expresión constitucional:

“La constitucionalización rígida de los derechos fundamentales —imponiendo obligaciones y prohibiciones a los poderes públicos— ha en efecto insertado en la democracia una dimensión ‘sustancia’, que se agrega a la tradicional dimensión ‘política’, meramente ‘formal’ o ‘procedimental’. Si las normas formales de la

asambleísta parece reaccionar justamente contra esta opción excluyente, dejando traslucir en contraposición que no hay logro sustantivo sin equilibrio procedimental y viceversa.

Retomando el relato del participante que efectúa la comparación con Australia para subrayar las deficiencias normativas de la democracia argentina, puede observarse cómo el modelo propuesto contiene ambas dimensiones:

“... un país que lo hicieron las prostitutas, los criminales, los chorros, asesinos. Pero llegaron allá y había un código muy simple: *señor, ahí está la horca, señor ahí está la chacra, esa es su tierra, trabájela*. Una firmeza absoluta en la determinación de un premio que iba a tener esa persona si andaba como debía andar conforme a la ley. Y una certeza absoluta, porque éstos no embroman, no andan con medias tintas, con lo que le iba a pasar si no hacía lo que la ley mandaba (...) son tajantes los países desarrollados en hacer cumplir la ley (Carlos, de Colón, provincia de Buenos Aires)”.

Si bien el participante parece acentuar lo procedimental y silenciar o renunciar a lo sustantivo —colocando el acento en qué nuestro país no aplica la “horca” como Australia y no en por qué ya no otorga “tierra”— el punto que queremos recatar es que, en el marco de que la idea de que la justicia —en tanto sistema que asigna premios y castigos— es fundante de un contrato social —qué prescribe *qué* es deseable y qué no, *cómo* hacerlo posible y cómo no—, la comparación con los países desarrollados, que “son tajantes en hacer cumplir la ley” bien puede subrayar la existencia de excepciones en nuestro país según *quién* infringe la ley, como la misma falta del sistema que ya no prescribe el *qué* sustantivo se puede pretender (la tierra por trabajo).

Sin embargo, por lo general las propuestas de los oyentes se orientaron hacia uno u otro camino. A la hora de imaginar un futuro de recomposición social, el mismo oyente se expresa de la siguiente manera:

“Haciendo un orden de prioridades, le diría que por favor privilegie la *justicia*, justicia que no puede estar ejercida por hombres que designa este senado; justicia que no puede ejercerse como se ha venido ejerciendo hasta este momento. Justicia que ha caracterizado a los países desarrollados del mundo como factor de progreso y bienestar para todos los habitantes de la nación. Justicia que ha permitido el justo premio y el merecido castigo en cada una de las oportunidades en que ha actuado. Y justicia que prevé claramente... precisamente no tenemos que fijarnos tanto en el tiempo, porque el tiempo es especialista en enterrar ideales y creemos que tenemos que prever el futuro y a veces nos olvidamos del presente. En este caso... yo soy un convencido que a nivel de valores estamos en crisis, y una de las formas de vertebrar valores, se me ocurre, que la más rápida es tener una firme, total y absoluta confianza en un sistema que va a premiar y a limitar las acciones indebidas. Todo el mundo sabe que no tiene que pasar el semáforo en rojo, ¿qué te pasa si pasás el semáforo en rojo? La mayoría de las veces zafás. Y estamos todos en esa... (Carlos, de Colón)”.

constitución —aquellas que disciplinan la organización de los poderes políticos (...)— garantizan la dimensión formal de la ‘democracia política’ que se refiere al *quién* y al *cómo* de las decisiones, sus normas sustanciales —aquellas que establecen los principios y derechos fundamentales (...)— garantizan lo que bien podemos denominar la dimensión material de la ‘democracia sustancial’, que se refiere al *qué* no puede ser decidido o debe ser decidido por toda mayoría, vinculando la legislación, bajo pena de invalidez, al respeto de los derechos fundamentales y de los otros principios axiológicos establecidos por ella (Ferrajoli 2001: 262)”.

Como contraparte, una vez que ya se había conocido la renuncia del candidato Menem, ante la consigna de “¿Qué esperás que haga Kirchner?” la mayoría de los oyentes contestó “trabajo”, lo cual puede verse como el peso que visiones sustantivas tienen en nuestro país, como ya hemos subrayado más de una vez. Así, esta pregunta bien puede caracterizarse como una indagación acerca del *qué* deseado por los oyentes con respecto al sistema social. Una de las participantes (Alejandra, de Almagro) enfatizó la “reactivación laboral”, porque “todos necesitamos trabajar para sentirnos dignos”. Otro oyente (Marcelo, de Caballito) pidió políticas públicas para jubilados y discapacitados, porque constituyen los grupos más vulnerables, unos porque ya no trabajan y otros “porque no hay trabajo para ellos”. Un tercer oyente, a la vez que pidió “gente nueva” — universitarios, pero que hayan “bajado al barro”—, expresó que la primera medida era rápida: “Hablarle a la gente. Éste es el problema de la Argentina y yo soy el presidente y les voy a hablar (Gustavo, de Avellaneda)”.

5. Oyentes y assembleístas frente a las fracturas de la socialidad conocida

Como hemos visto en el capítulo I, la reducción operada por la opción *democracia o dictadura* significó en los años ochenta la postergación de los reclamos sustantivos que caracterizaron el retorno a la vida institucional, postergación canjeada ante la urgencia de reglas que hiciesen posible la convivencia democrática. En los años noventa, la falta de transparencia en los procedimientos se pretenderá justificada por la estabilidad económica alcanzada en el período. A pesar de estas reducciones, en ninguno de los dos planos se consigue éxitos propios: las sanciones de las leyes de impunidad de 1986 y 1987 y la desocupación de fines de la década de los noventa lo ilustran. En este sentido, el desafío cacerolero a la opción *democracia o dictadura* parece dejar atrás este juego de instrumentalización de miedos jugados entre una y otra opción.

Aún así, mientras por un lado los oyentes de nuestro espacio público radial optan en el ballottage por lo desconocido porque importa más la connotación negativa de lo que *tal cual ha sido* que la positividad de lo que podría ser, por otro lado parecen seguir optando entre una u otra visión de democracia. A la hora de pensar cómo efectuar una re-composición de los lazos sociales, unos contestan “trabajo” y otros contestan “justicia” como administración y transparencia de reglas. En este sentido, los oyentes no nos permiten trazar un puente entre los individuos de clase media que no salen a la calle y los ciudadanos assembleístas, por lo general preocupados por lo sustantivo y lo procedimental imbricados.

Respecto de la posibilidad de trazar ese puente, la pregunta central pasa por ver por qué algunos actúan el estigma que adjudica descompromiso y comodidad a la clase media, mientras otros parten de objetivar ese estigma para revertirlo a través de la participación, usando de alguna manera ese estigma como insumo positivo. Para intentar responder esta pregunta, ensayamos nuestro acercamiento deconstructivo al “sujeto de clase media”, buscando superar lecturas explicativas prejuiciosas que lo presentan como “individuo descomprometido” cuando su praxis colectiva no agrada, y como “ciudadano responsable” cuando su hacer nos resulta pertinente.

Tal acercamiento operó, primero, remarcando cómo la vida social urbana —que tensa y complejiza pero no aclara la cuestión de la ubicación (social) del otro y de cada uno/a— es dejada de lado en los estudios de los procesos sociales. Efectivamente, en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires y alrededores se presenta un fuerte ordenamiento espacial —en algunos aspectos, creciente— en base a las clases sociales, a través de los barrios cerrados y los barrios en general, por un lado y, las villas de emergencia y las barriadas pobres, por otro. Tal demarcación espacial se reprodujo y reproduce nítidamente en el espacio público, sea en las manifestaciones de piqueteros y sectores de desocupados —a través de los palos, pecheras y cordones con los cuales estos últimos sectores demarcan su accionar homogéneo—, sea por medio de las cacerolas con las cuales los sectores medios se manifestaron durante el 2002 y, últimamente, en manifestaciones contra la inseguridad. No obstante, esto no supone reducir la cuestión urbana al problema de un encuentro entre individuos de distinta extracción social, ya que persiste al mismo tiempo la cuestión más general de la convivencia con todo extraño y, por ende, la necesidad de representación de ese *otro*. Hemos entonces dado cuenta de las dificultades de la vecinalidad para constituirse en marco significativo de interpretación en el contexto general de una gran ciudad y en el contexto particular de deterioro de lo público. Hemos dado cuenta, a su vez, de la sociabilidad deseada y/o practicada por los asambleístas frente a un contexto caracterizado por la desaparición del trabajo como criterio ordenador de las clases sociales. Hemos dado cuenta, sobre todo, de cómo imágenes generales de armonía social tales como la *solidaridad colectiva* a lo Durkheim o el *a priori* de la *profesión* de Simmel se revelan extemporáneas para los individuos de clase media. A falta de prácticas concretas de sociabilidad, tanto los ordenamientos espaciales como las reglas de interpretaciones del otro (sea el vecinalismo, la sospecha, el asistencialismo, la concientización política del otro pobre, la criminalización de la pobreza o la protesta social) se revelan tan fragmentarias como la propia ciudad, cuando la interrogación (política) está puesta sobre la naturaleza y el destino de lo colectivo. La inseguridad como cuestión urbana se amplifica precisamente sobre esto: la inconsistencia en la representación del *extraño*.

Segundo, tal acercamiento reconstructivo operó destacando cómo la familia como unidad social de re-conocimiento es poco tenida en cuenta en los estudios sobre los medios masivos de comunicación, a la par que eso no impide de hablar de ciudadanos reclusos en lo privado. Esto ha comportado, en nuestro caso, enfatizar que ciudadanos reclusos en lo privado no significan sin más ciudadanos no reflexivos. La familia —en tanto unidad social de re-conocimiento, para sujetos de clase media que definen su pertenencia en base al ascenso social— supone mínimamente una lectura temporal de los destinos individuales y una evaluación temporal de las capacidades del sistema. También supone una lectura intergeneracional: si se vive mejor o peor que los padres; si sus hijos vivirán mejor o peor que ellos.

Tercero, hemos trabajado esa reconstrucción buscando reconocer la conformación histórica de nuestro país en torno al ascenso social, el trabajo o la condición salarial y mostrando que, en este sentido, el sujeto de clase media no se aleja de, sino que supone imaginarios sociales compartidos con, los sectores populares. Esto implica reconocer —también para la clase media— que la sociedad argentina ha sido una sociedad del trabajo o sociedad salarial —más allá del grado de desarrollo o institucionalización del Estado social—, admitiendo así el no sentido que se deriva de la degradación de la socialidad conocida y asociada a esa forma de sociedad. Para esto fue preciso —como hemos ilustrado en los capítulos I y II— reconstruir el carácter de puentes que han tenido ciertos imaginarios y que ciertos usos políticos —contemporáneos pero que no dejan de reproducirse— sometieron a un proceso de diferenciación para operar la distinción de grupos sociales. Nos hemos empeñado en mostrar que, en nuestro país, uno de esos puentes ha sido la condición de *trabajador*, lo que nos ha permitido reconocer y evidenciar tanto la condición de trabajador o asalariado del sujeto de clase media, como la aspiración al ascenso social en base al trabajo y/o el estudio de los sujetos pertenecientes a los sectores populares.

A su vez, prestar atención a imaginarios sociales compartidos implicó reconocer también el peso de visiones sustantivas de democracia entre los sectores medios en nuestro país, tanto frente a la simplificación de la lucha contra la corrupción como demanda meramente procedimental, como frente a la noción hegemónica de democracia procedimental que fue circunscribiendo la transición democrática como mera garantía de los derechos civiles y políticos arrasados durante la última dictadura militar.

Cuarto, el acercamiento reconstructivo ensayado ha procedido buscando ilustrar cómo el acentuado proceso de individuación ocasionado por inusitadas condiciones de degradación de la condición salarial y la socialidad conocida asociada a ella —proceso que tantos estudios no han dejado de denunciar en los últimos treinta años— se oscurece y trastoca en cuanto los sujetos ingresan en el

espacio público, subsumiéndose en categorías colectivas, sean la asamblea, la sociedad civil o el pueblo. De esta manera, visibilizamos la paradoja del contraste entre el hecho objetivo de la participación política de los sujetos de clase media y la profusión de imágenes de individuos desinteresados que hemos relatado. Aquí, nuestra preocupación ha sido más bien epistemológica, y procedido a través del cuidado de no esencializar a los sujetos políticos colectivos.

En síntesis, si nuestra intención es acceder a malestares generales que puedan tomarse como contextos efectivos de descontento, resulta imprescindible dejar de lado varios supuestos sobre los individuos de clase media, pues ellos sólo nos conducen a una diferencia de naturaleza —una supuesta distinta mentalidad— entre individuos participantes e individuos reclusos en lo privado. Visiones que, en todo caso, toman como punto de partida lo que constituye punto de llegada de un proceso de participación o de movilización social. Proceso que, en todo caso, resulta incluso difícil de adscribir como marco general a individuos de clase media participantes de las últimas expresiones de descontento en espacios públicos.

Si bien, entonces, el puente entre individuos de clase media y ciudadanos asambleístas no pudo ser trazado en su totalidad, consideramos no obstante habernos acercado a este individuo tanto en su positividad como en su negatividad —positividad y negatividad que pueden considerarse, por tanto, condiciones efectivas y generales de ese “antes” de la participación. En términos de positividad, la extensividad de sus identificaciones, su confundirse a veces con la propia dimensión nacional, genera un sentido activo de responsabilidad social o, por lo menos, impide todavía a muchos el encerrarse en su clase como un cerrarse en sí mismos, tal como se ha observado en tantos testimonios que hablan de una visibilidad descarnada de la desigualdad y marginalidad existentes. En términos de negatividad, se destaca su vulnerabilidad actual, la cual se expresa en otros tantos testimonios que ubican condiciones de acceso bastante amplio a bienes sociales garantizados por el Estado en el pasado y, en cambio, exponen un presente y un futuro inciertos, para su persona y sus familias, sus grupos sociales de pertenencia y el país en general.

Lo que queremos destacar es que las dificultades para trazar el puente que nos ha interesado hallar —incluso la irreductibilidad del hecho de que algunos salieran a la calle y otros sólo buscaran salir al aire— no autoriza a pensar en motivaciones necesariamente distintas entre oyentes y asambleístas, como suelen hacer quienes enfatizan la idea de abismo entre la participación y la no participación política, entre “poner el cuerpo” en la calle y guardarlo en la casa. Aún conservando el espacio privado como lugar de enunciación, como expresa Winocur, existe el deseo complementario de trascenderlo y, así, los oyentes también van a un encuentro de un *otro*. En

ambos casos, debe haber una condición social previa: el estar juntos del cacerolazo para los asambleístas, la comunidad imaginada radial para los oyentes.

La diferencia radica en todo caso en cómo la distancia social no se pone a prueba. ¿El otro es diferente? Aquí —quizás alentados por la edición del programa que busca “enfrentar” opiniones que han sido discriminadas según un tema público— resulta interesante que oyentes que se preparan para una fuerte discusión llegasen en ocasiones a un acuerdo que provocaba un silencio expectante, prontamente interrumpido con un “pero” que re-comenzaba un proceso de diferenciación. ¿El otro es igual? Los asambleístas salieron al encuentro del *igual* del cacerolazo y encontraron diferencias. La diversidad de las dos asambleas puede verse a la luz del éxito relativo de poder interactuar a distancia de la ideología personal. En este punto debe verse toda la experiencia de sociabilidad del recorrido asambleario, ejemplificado nítidamente por la diferencia entre el balance descarnado de Iván y de Germán de la Asamblea Centro (frente al ideal de nuevas relaciones sociales y frente al ideal de la convivencia de la diversidad existente en el barrio, respectivamente) y el balance orgulloso de Simón de la Asamblea Norte (frente a la socialidad conocida del barrio).

En definitiva, falta en ambos casos el a priori de la sociedad, el que permitiría *ubicar* “al otro, aquel que no es semejante a mí, ni diferente de mí y que está relacionado conmigo (Augé 1996: 88)” — *otro* ante el cual, ni los referentes ideológicos o partidarios, por una parte, ni el barrio de pertenencia o la ocupación, por otra, pueden ya operar como medida de reemplazo o como medida conveniente. Ese a priori tomó forma en las asambleas en el *estar juntos* del cacerolazo y en la forma social *asamblea*. En este caso, la forma social *asamblea* adquirió sus contornos y posibilidades en la deliberación y el *estar ahí*, a distancia tanto de la bronca y la opinión personales, como de significantes públicos vacíos de significaciones prácticas —significantes cuya única positividad pareció residir en conjurar la anomia social que evocan.

Al no tener prácticas concretas de vecinalización o sociabilidad, los oyentes no disponían de medios para socializar ese a priori, que tendía por tanto a presentarse como irreductible preexistencia de la nación en Guillermo, o como experiencia del encuentro social tras ideas comunes de justicia en Abelardo.

CONCLUSIONES

La figura del *desierto* representa en Argentina el estado de naturaleza hobbesiano, la “metáfora de base” a través de la cual se sustituye (y se instituye) el desierto por la Nación, el suelo por la patria (Rinesi, 1993: 27).

En particular, vimos en el capítulo II una recreación de esta metáfora en las “alfonsinistas bisagras de la historia”. Como expresa el autor de la frase:

“De Sarmiento, pues, a la teoría política liberal-democrática de los años de ‘transición’, la metáfora del desierto, del vacío, de la nada (de la muerte) como límite de la vida política civilizada, ‘normanda’, sigue funcionando (...) como pivote de las reflexiones teóricas políticas dominantes entre nosotros (Rinesi 1993: 27)”.

Sustitución, entre otras, de naturaleza por historia. Pero, ¿historia de qué tipo de historicidad? Guber (1996) habla de “historización por capas” para referirse a una “práctica de historización” de la clase política donde

“la historia de la Argentina contemporánea puede narrarse como una alternancia de ciclos políticos marcados por exclusiones forzadas, donde cada gestión sucede a la anterior provocando un desplazamiento absoluto, una fractura dramática de la continuidad (Guber 1996: 208)”.

Esto es, si el terrorismo de estado constituye una experiencia en sí liminar, es cierto también que toda una práctica política de historización no dejó nunca de re-introducir otros desiertos menores en el juego político.

Si el pasado que deja atrás la transición constituyó la base donde se instituyó la democracia, la democracia *tal cual es* constituyó la instrumentalización de ese desierto: anomia del enfrentamiento político y del terrorismo de estado, anomia de los saqueos, de la hiperinflación y el hambre. El desafío cacero a los miedos instituidos en, y por, la opción *democracia o dictadura* pueden verse también como desafíos a la nada política, pues su connotación refiere a experiencias pasadas de disolución social.

Doble desafío o desborde del desierto político. En el re-conocimiento, el *estar juntos o nosotros* de hecho que constituyó el cacero, pero también en la forma *asamblea*, donde, implícitamente, individuos que se imaginaron libres, iguales y responsables políticamente, interactuaron entre sí de acuerdo a una “estructura [que] no es difícil de aprender con todo lo que uno vivió (Juan, asambleísta, 26 de abril de 2002)”.

A partir de diciembre de 2001, la gente dirigió su mirada a la gente. Si este movimiento desplazó aún más las responsabilidades del ámbito de la sociedad política, no menos cierto es que en las

potencialidades y propiedades del medio social se sustentó el desafío a la instrumentalización del desierto.

Como se ha visto en la Introducción, el *cacerolazo* como síntoma irrumpe para referir un malestar sobre lo actualmente existente. Si, con *síntoma* quisimos aludir a la emergencia de aspiraciones frustradas o exteriores al sistema —que no pueden ser (re)calificadas por las categorías o concepciones existentes— con *irrupción* por sobre la novedad quisimos enfatizar que su emergencia hablaba en exceso, más que de posibles formas futuras, esto es, de aquello que es visto como terminal. Irrupción también alude a la potencia que se deriva de la inversión en el espacio público de un modelo de ciudadano desinteresado, proceso de inversión que se recorta sobre un fondo conformado por articulaciones políticas estables —de *democracia* en los ochenta y de *estabilidad* en los noventa— y la percepción de crecientes niveles de desigualdad y marginalidad.

Una de las consecuencias más significativas del *cacerolazo* fue que su apertura política cristalizara en torno de una consigna sin enunciadores ni destinatarios definidos: QSVT. La conformación de un espacio político dominado por el QSVT tuvo aquí dos consecuencias principales. En primer lugar, la imposibilidad de definición de un *todos* contra el cual afirmar un hacer político que configurase un antagonista o un contendiente (o un enemigo) políticos demostró ser también un paraguas que protegió el proceso de construcción de una articulación política amplia no posible o no deseada. El QSVT no permitió una sutura hegemónica en el sentido de Laclau y, en esta dirección, su presencia y duración en el espacio público posibilitó sostener ámbitos desde donde desarrollar un pensar y un hacer políticos que pudiesen dar sentido a la crisis de lo político.

En segundo lugar, su no sutura hegemónica asimismo significó que no hubo efecto ideológico que apoyase la creencia en el “cierre y la transparencia de la comunidad (Laclau 2000: 21)”. Por tanto, la indefinición de la consigna también instaló, a través de la figura de una comunidad ausente, una pregunta sobre la naturaleza del *nosotros* colectivo y una pregunta sobre la responsabilidad acerca de los *modos de relación* entre los ciudadanos o individuos.

Por otro lado, la conformación de asambleas barriales en puntos nodales de cada barrio reveló que el malestar sobre lo actualmente existente se amplificaba hasta abarcar las explicaciones existentes sobre dicho malestar. En tanto vehículo privilegiado del exceso de sentido cacerolero con respecto a las explicaciones existentes sobre la calidad de nuestra democracia —y en función de la crisis de la democracia *tal cual es*—, la singularidad emergente de las asambleas mostró como rasgo intrínseco a su propio funcionamiento —además de su rol productor y reproductor del QSVT— la presentación tangible de una esfera pública política: el *estar ahí debatiendo*. A través de dos modelos teóricos propuestos para garantizar la paridad en la participación, hemos tratado de dar

cuenta de la diferencia de esta modalidad en las dos asambleas estudiadas. Así, si en la Asamblea Norte el rechazo a las categorías, modos e identidades políticas exteriores a la asamblea que se fue atrincherando tras una idea excluyente de *vecino* pareció evocar una esfera pública de lógica habermasiana, en la Asamblea Centro la disputa por admitir en el encuentro asambleario la confluencia de diversas trayectorias políticas y personales pareció responder a una concepción de esfera pública más fraseriana, en la necesidad por admitir en esta asamblea identificaciones —aunque exclusivamente políticas— que diversificaran la categoría de *vecino/a*.

Estos dos modos distintos de encarar el *estar ahí debatiendo* no implicaron luego solamente balances contrastantes sobre la viabilidad del propio debate político, sino que parecieron condicionar el propio desarrollo posterior como proceso de formación de grupo. Así, si bien ambas asambleas no accedieron a un local propio —con todo el sentido que entonces poseía como definición sustantiva del proyecto asambleario, sea visto como autónomo o como territorial—, en el caso de la Asamblea Centro —que de las dos fue la que más trató al respecto— su no concreción no debe verse separada de la inviabilidad del debate y de la propia convivencia al interior de la asamblea —situación que era percibida por todos sus integrantes y de la cual se esperaba que el asentimiento territorial de la asamblea contribuyera a atemperar.

En términos generales de la praxis, el funcionamiento horizontal y las prácticas autónomas se presentaron como la contracara en el espacio asambleario de la doble crisis de lo político y lo público. De todas maneras, hacia las elecciones presidenciales de abril de 2004, la Asamblea Norte responderá a las inquietudes individuales que ello generaba en contraste con las aspiraciones autónomas de sus integrantes, organizando jornadas de debate, o retornando a la modalidad de esfera pública política. Si bien, al hacerlo así, parecieron no traicionar los valores de soberanía y horizontalidad, resultaba claro que las asambleas se alejaban de sus pretensiones de ofrecerse como una opción de poder o de constituirse en una alternativa válida de intervención en el espacio político.

En este punto quizás convenga relativizar la oposición que se ha presentado para la Asamblea Norte y la Asamblea Centro como expresiones de una esfera pública de tipo habermasiano y de tipo fraseriano, respectivamente. Si bien tal distinción se justifica plenamente con respecto al permiso dado en una u otra asamblea de que identidades políticas externas ingresasen al espacio asambleario, en el caso de la Asamblea Norte —que es tajante en su negativa con respecto a esta posibilidad— se admite una lógica fraseriana cuando se trata de aceptar otras identidades externas, si éstas no expresan una directa filiación política —ya sean vecinalistas, de género o de movimientos sociales en general.

En tanto unidad en sí o unidad (social) de participación, la *asamblea* constituyó un ámbito privilegiado para la **participación horizontal e individual de cada uno** en la praxis colectiva. Aquí, la vecinalidad —que en el caso de la asamblea en función de la crisis de las categorías que nominaban a los actores políticos se presentaba como equivalente a la suspensión de identidades particulares requerida por la esfera pública de tipo habermasiano—, fue analizada como efectiva condición del proceso de construcción asambleario. Así, partiendo tanto de reconocer el carácter ambivalente de la territorialidad urbana —virtual y concreta— que excedía la geografía del barrio, como el propio ejercicio asambleario en tanto modo de construcción de lo local y de vecinalidad, concluimos que el ser vecino difícilmente haya constituido un marco identificatorio anterior a la propia praxis asamblearia. En este sentido, la vecinalidad, más que adjetivar la especificidad asamblearia conformó una manera de nombrar la generalidad, aquello que era común a todos. En este sentido, la adjetivación vecinal de la asamblea nos resultó indistinguible de la condición individual de sus participantes.

El pasaje del individuo desinteresado de clase media al ciudadano asambleísta tuvo como objeto dar cuenta tanto de este carácter de movimiento subjetivo individual —dimensión individual que tradicionalmente es dejada de lado, sea en la visión estigmatizada de la clase media, sea en la visión positiva de la sociedad civil— como de un contexto general de descontento que pudiese invocarse en tanto marco efectivo de malestares más amplios constatados a diario. Si metodológicamente esto nos obligó a extremar la imaginación etnográfica como modo de salvar la brecha existente entre ciudadanos interesados y ciudadanos movilizados —puesto que el pasaje analizado constituye una aproximación posterior— la visión discontinuista provocada por la irrupción del cacerolazo (su carácter de mediación colectiva) a la que adherimos no supone necesariamente pensar en malestares o imaginarios distintos entre individuos de clase media y ciudadanos asambleístas, entre no asambleístas y asambleístas y finalmente, entre oyentes y asambleístas.

Desde la perspectiva del sujeto de clase media cuyas características auto-atribuidas y asignadas analizamos en detalle, el medio social devino, cada vez más, un marco sin sentido. En términos de estos imaginarios hegemónicos de y sobre este individuo de clase media, la degradación de la socialidad conocida no significaba otra cosa que una distancia cada vez más insalvable entre las aspiraciones y evaluaciones personales y la idea de sociedad como totalidad que destina un lugar para cada uno.

En cambio, para el asambleísta, el *estar juntos* del cacerolazo como la misma forma social *asamblea* supusieron una nueva sutura de *lo social*. Tratamos de dar cuenta de esta nueva sociabilidad deseada y/o practicada a través de las intervenciones asamblearias en el espacio público

que los había reunido. Así, la (in)seguridad, la soledad o reclusión en lo privado y el trabajo (falta de) constituyeron las vías de acceso a estos desafíos al espacio público considerado vacío o sospechado. De estas nuevas formas, destacamos tanto la posibilidad de interactuar a distancia de las vicisitudes personales, como la de construir —basándose en las propiedades de hecho de la praxis social— a partir del desafío de los ecos (futuros) anómicos de las diversas catástrofes habilitadas por la crisis.

Por último, los participantes del espacio público radial presentaron, por un lado, respuestas que indican un desafío a la reducción operada por la instrumentalización de los miedos —desafío que mueve a oponerse a lo negativo de lo tal cual ha sido, aún tomando el riesgo de elegir un candidato desconocido— más que temor al día después como reverso anómico de lo actualmente existente. En este sentido, pueden entenderse como respuestas pos diciembre de 2001 —aunque esta positividad se construya aquí de manera distinta a los asambleístas, en tanto los oyentes se oponían al QSVT si éste significaba votar en blanco.

Por otro lado, se conformaron en el espacio radial apreciaciones que resultan difíciles de discernir si se constituyen desde las trayectorias históricas particulares construidas por los oyentes con el fin de dar sentido a nuestro devenir como país —formadas desde las lecturas individuales, por ejemplo, tal como aquella opinión que retoma el diagnóstico de Nino (1992) sobre la involución del desarrollo de Argentina— o desde apreciaciones sumamente dependientes del espacio político existente.

Sin embargo, si consideramos que respuestas sustentadas en visiones procedimentalistas o visiones sustantivistas de democracia conforman no sólo un hacerse eco de esta opción excluyente del espacio político como de reclamarle a éste en los mismos términos en que promete, se abre otra perspectiva. En términos de imaginarios sociales y políticos de largo aliento como los que hemos analizado en esta tesis, ello no significa otra cosa que el (re)conocimiento de evaluaciones personales de lo político y de lo social en ciudadanos interesados, aunque sin participación en el espacio público.

Entonces, no se gana nada colocando el acento en que la participación radial conserva el lugar “privado” de enunciación sin aludir al propio tiempo el deseo de trascenderlo al salir al aire. Si bien estas opiniones han sido construidas por lo general desde la intimidad del propio hogar, son en principio equivalentes en intensidad y en objetivos y, así, evidencian una participación que va al encuentro de un *otro* presente en la *comunidad imaginada* radial. En tanto encuentro social de tipo esencialmente discursivo, *nosotros* como oyentes observamos que, en la escenificación de la diferencia operada en y por el programa, este encuentro tomó, en ocasiones, la forma del silencio.

Aunque los silencios no siempre son sencillos de interpretar, podemos abrir la idea de silencio con una anécdota ocurrida en una de las últimas reuniones de la Asamblea Centro. En esa jornada se había discutido la posibilidad de ocupación del local; había sido, en líneas generales, una jornada donde la clásica polarización presente en esta asamblea no se había producido. Había sido, pues, una reunión donde los asambleístas pudieron dialogar y escucharse entre sí. En este contexto, un asambleísta, Horacio —de quien Mirta había dicho que en “seis meses había hecho un cambio subjetivo notable”— pidió permiso para concluir el encuentro con una reflexión. La mayoría de los asistentes hicimos una mueca de fastidio, ya que en esa jornada Horacio había intentado convencernos durante largos 15 minutos que “los pobres de ahora no trabajan la tierra —en contraste con los pobres de antes”. No obstante esto, Horacio habló, invirtió ese recuerdo negativo que teníamos por su participación anterior y, efectivamente, reflexionó sobre el carácter positivo de la jornada que había concluido: “ustedes no saben pero acá pasan cosas dentro de las cabezas [silencio]”. La mayoría de los presentes acordamos con distintos gestos el acierto de Horacio.

Por tanto, el silencio puede verse, tanto en el caso de la Asamblea Centro como en el caso de la *comunidad imaginada radial*, como un momento autoreflexivo que pudiese estar indicando el inherente cambio subjetivo producto de la interacción social con el *otro*. Pero, como bien lo muestra el recorrido desarrollado por esta asamblea, el silencio en estos dos casos considerados puede verse también como un límite a esa interacción social —cuando ésta queda estrechamente sujeta a los significantes públicos que ordenan los contextos de sentido más amplios al propio encuentro.

La relación entre las trayectorias individuales y los espacios y significados públicos resulta de esta manera sumamente paradójica. Por un lado, el destinatario de los reclamos e interrogaciones políticas está en el *nosotros* colectivo y, en particular, en su naturaleza o *modos de relación* entre ciudadanos o individuos —aunque este *nosotros* resulte de difícil identificación o nominación, sea a través de un sujeto político colectivo en particular, sea por medio del Estado como máxima instancia política. Pero, por otro lado, el movimiento desde el ámbito privado al espacio público resulta ambivalente y receloso ante un espacio público que no puede erigirse como condición social previa a la propia interacción. La participación radial o asamblearia bien muestran que no es obstáculo una supuesta subjetividad privada cuando existen los canales de participación incluso en, o precisamente cuando se da, un fuerte contexto social de individuación.

Por esta razón, el estudio de las expresiones de malestar de las clases medias en el espacio público pos diciembre 2001 —a través del acercamiento antropológico a imaginarios sociales extensivos al conjunto nacional— significa, de acuerdo a los objetivos trazados por esta tesis, tanto un modo teórico de acercamiento a marcos generales de descontento, como un modo metodológico que

observa la precaución de no divorciar el proceso asambleario de su génesis cacerolera. Pues, en esta génesis potente y colectiva, radicó ni más ni menos el inicio de un contexto que pudo officiar de abridor de canales concretos, o de proveedor de condiciones previas, a la participación. Porque, si bien enfrentándonos a limitaciones metodológicas en tanto acercamiento retrospectivo—en este sentido, comunes a otras investigaciones—, lo que no puede hacerse es responder aquellas condiciones generales naturalizando una distinta subjetividad participante y una distinta subjetividad desinteresada, explicación que sólo resulta posible cuando se naturalizan otras distinciones, sea entre espacio público y espacio privado, o entre sociedad civil y sociedad en sentido amplio. Aunque pudiesen conformar verdaderas fronteras en contextos autoritarios, estas distinciones se tornan en cambio imprecisas cuando se trata de las concretas condiciones históricas bajo las cuales encontramos las actuales expresiones de malestar de sectores medios, objeto de este trabajo.

Por el contrario, como respuesta a expresiones de malestar cuya convocatoria resulta difícil de asignar a algún actor político y/o social en particular, la imagen que emerge de esta tesis resulta la de individuos de clase media que apelan a lo social y a los espacios públicos como modo de construir y dar(se) sentido. Expresión de malestar que deviene así en interpelación hacia un *otro* presente o imaginado; interpelación paradójica, pues supone la fortaleza de un espacio público y de sus relaciones sociales, al propio tiempo que éste es percibido en su precariedad y disolución. Desde esta perspectiva teórica, lo que se observa es ni más ni menos que a individuos en la responsabilidad de definir por sí mismos los *modos de relación* con los demás, como si se tratase de un inusitado proceso—a la vez dramático y liberador—de secularización sociológica.

Lo que resulte de estos encuentros depende de muchas otras circunstancias—“nuevas” y “clásicas” relaciones sociales, algunas de las cuales han sido observadas en profundidad a través del estudio de ambas asambleas. Pero en cuanto a las condiciones generales de los encuentros sociales ocurridos en el *espacio público asambleario* y en el *espacio público radial*, hemos tratado de dar cuenta del no sentido que resulta del contacto de las trayectorias individuales con imaginarios muy generales correspondientes a una “sociedad de bienestar”, imaginarios devenidos cada vez más extemporáneos—la idea de la sociedad como totalidad que destina un lugar a cada uno. Hemos tratado también de dar cuenta del no sentido que es producto del contacto de estas mismas trayectorias con ideologías particulares que no contemplan las condiciones de su generalidad—el acceso al empleo, al estudio, a la vivienda—, condiciones devenidas cada vez más vulnerables.

ANEXO I

TABLA DE ENTREVISTADOS

N°	FECHA DE ENTREVISTA	EDAD	NOMBRE	ASAMBLEA
E1	1/4/02	30	Julieta	Asambleísta
E2	26/4/02	34	Alejandra	No asambleísta
E3	26/4/02	70	Juan	Asambleísta
E4	3/5/02	34	Elizabeth	Asambleísta
E5	16/5/02	30	Silvina	Asambleísta
E6	16/5/02	33	Francisco	Asamblea Norte
E7	21/5/02	55	Erika	Asambleísta
E8	23/5/02	52	Romina	Asamblea Norte
E9	30/5/02	25	Viviana	Asamblea Centro
E10	13/6/02	42	Patricia	Asamblea Norte
E11	13/6/02	30	Paula	Asamblea Centro
E12	20/6/02	36	Simón	Asamblea Norte
E13	28/6/02	52	Clara	Asamblea Norte
E14	3/7/02	50	Mabel	No Asambleísta. Coordinadora Club de Trueque
E15	10/7/02	30	Anabella	Asambleísta
E16	10/7/02	55	Santiago	Asamblea Norte
E17	18/7/02	37	Malena	Asamblea Centro
E18	19/7/02	55	Mirta	Asamblea Centro
E19	24/7/02	25	Camila	Asambleísta
E20	30/7/02	45	Adriana	Investigadora feminista
E21	1/8/02	17	Matías	Asamblea Centro
E22	9/8/02	31	Victoria	No asambleísta
E23	15/8/02	65	Esther	No asambleísta
E24	21/8/02	53	Alicia	Asambleísta
E25	29/8/02	90	Rosalía	No asambleísta
E26	3/9/02	60	Raquel	No asambleísta
E27	4/9/02	60	Isabel	No asambleísta
E28	4/9/02	52	Ileana	No asambleísta

E29	17/9/02	71	Agustina	No asambleísta
E30	28/9/02	66	Virginia	No asambleísta
E31	1/1/03	52	Romina	Asamblea Norte. Re-entrevistada
E32	6/1/03	45	Federico	Asamblea Norte
E33	6/2/03	50	Azucena	Asamblea Norte
E34	7/2/03	40	Germán	Asamblea Centro
E35	11/3/03	30	Paula	Asamblea Centro. Re-entrevistada
E36	22/3/03	42	Patricia	Asamblea Norte. Re-entrevistada
E37		36	Simón	Asamblea Norte. Re-entrevistado
E38	17/7/03	37	Malena	Asamblea Norte. Re-entrevistada
E39	24/7/03	30	Iván	Asamblea Centro
E40	11/7/03	45	Inés	Asamblea Norte

ANEXO II

TABLA DE REGISTROS DE ASAMBLEAS

Nº	FECHA	ASAMBLEA	OBSERVACIONES
R1	19/2/02	Asamblea 1 (Zona sur)	
R2	25/2/02	Asamblea 2 (Zona oeste)	
R3	4/3/02	Asamblea 3 (Zona centro)	
R4	6/3/02	Asamblea 4 (Zona norte)	
R5	7/3/02	Asamblea 5 (Zona centro)	
R6	11/3/02	Asamblea Norte	
R7	18/3/02	Asamblea norte	
R8	20/3/02	Asamblea 6 (Zona centro)	
R9	25/3/02	Asamblea Norte	
R10	1/4/02	Asamblea Norte	
R11			Protesta de ahorristas
R12	9/4/02	Asamblea Centro	
R13	15/4/02	Asamblea Norte	
R14	14/3/02		Cacerolazo a la Corte Suprema de Justicia
R15	4/4/02		Cacerolazo a la Corte Suprema de Justicia
R16	22/4/02	Asamblea Norte	
R17	23/4/02	Asamblea Centro	
R18	19/4/02		Protesta de ahorristas
R19	29/4/02	Asamblea Norte	
R20	30/4/02	Asamblea Centro	
R21	6/5/02	Asamblea Norte	
R22	7/5/02	Asamblea Centro	
R23	13/5/02	Asamblea Norte	
R24	14/5/02	Asamblea Centro	
R25	20/5/02	Asamblea Norte	
R26	21/5/02	Asamblea Centro	
R27	27/5/02	Asamblea Norte	
R28	28/5/02	Asamblea Centro	
R29	4/6/02	Asamblea Norte	

R30	17/6/02	Asamblea Norte	
R31	18/6/02	Asamblea Centro	
R32	16/7/02	Asamblea Centro	
R33	6/8/02	Asamblea Centro	
R34	10/12/02	Asamblea Norte	
R35	6/1/03	Asamblea Norte	
R36		Asamblea Norte	Jornada de discusión sobre el tema eleccionario
R37	9/6/03	Asamblea Norte	
R38	21/7/03	Asamblea Norte	

ANEXO III

TABLA DE REGISTROS DEL ESPACIO PÚBLICO RADIAL

N°	FECHA	CONSIGNA	PARTICIPANTES
01	5/5/03	¿Los argentinos sólo nos unimos en la desgracia?	Guillermo, de Once Abelardo, de Morón Marcelo, de La Plata Gabriel, de Hudson
02	8/5/03	¿Menem o Kirchner?	Francisco, de Lanús José, de Saavedra Carlos, de San Martín Fernando, de Palermo
03	9/5/03	Consigna libre	Sergio, de Recoleta Jorge, de San Fernando Fabio, de San Cristóbal Graciela, de Chivilcoy Claudio, de San Martín Alejandro
04	16/5/03	¿Qué esperás que haga Kirchner ?	Carlos, de Colón Gustavo, de Avellaneda Alejandra, de Almagro Marcelo, de Caballito
05	19/5/03	Los indultos a Gorriarán Merlo y Seineldín	Ricardo, de Belgrano Héctor, de Recoleta Carlos, de Paternal Rosa, de Haedo Urbano, Mar del Plata Jorge, de Mataderos Luis, de Benavídez Jorge, de Villa Urquiza Lázaro, de Parque Centenario Gustavo, de Castelar

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez, Sonia, Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo "Introduction: the Cultural and the Political in Latin American Social Movements" en Alvarez, Sonia, Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo (eds.) 1998 *Culture of Politics/Politics of Cultures: Re-Visioning Latin American Social Movements*. Boulder, CA: Westview Press, pp.: 1-32.
- Amato, Alberto 1984 "Informa Radio cacerola: En Uruguay, también se va a acabar". En: *La Semana*, Año VI, N° 370, 11 de enero de 1984, Buenos Aires, Editorial Perfil, pp.: 14-17.
- Anderson, Benedict 1993 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires y México, Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, Arjun 2001 *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo y Buenos Aires, Ediciones Trilce-Fondo de Cultura Económica.
- Arendt, Hannah 2003 *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós.
- Aricó, José 1999 *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Aron, Raymond 1953 *La sociología alemana contemporánea*, Buenos Aires, Paidós.
- Augé, Marc 1996 *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa.
- Augé, Marc 1998 *El viaje imposible*, Barcelona, Gedisa.
- Badiou, Alain 1990 [1985] *¿Se puede pensar la política?*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Barros, Sebastián 2002 *Orden, Democracia y Estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Alción.
- Basualdo, Eduardo 2001 *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comp.) *Globalización e identidad cultural*, Buenos Aires, Ciccus.
- Berman, Marshall 1993 "Las señales en la calle (Respuesta a Perry Anderson)" en Casullo, Nicolás (comp.) *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, El cielo por asalto, pp.: 117-130.
- Bielsa, Rafael et al. 2002. *Qué son las asambleas populares*, Buenos Aires, Ediciones Continente.
- Bilbao, Andrés 1993 *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*, Madrid, Trotta.
- Briones, Claudia 2002 "Argentina 2002: Identificaciones dilemáticas entre tropos de desintegración y un plus de agencia cultural". Ponencia en *I Jornadas de Interfases entre Cultura y Política en Argentina "A un año del 19 y 20 de diciembre"*, 17 y 18 de diciembre de 2002, IDES, Buenos Aires.
- Briones, Claudia, Fava, Ricardo y Rosan, Ana 2002 "Ruidos que hablan broncas. El decir y el hacer de las cacerolas en Argentina." *Tercer Encuentro Anual: "Performance y Políticas en las Américas: Globalización, Migración y Espacio Público"*. Hemisferic Institute of Performance and Politics. New York University. Lima, Julio 6 al 13.
- Briones, Claudia, Fava, Ricardo y Rosan, Ana 2003 "Ni todos, ni alguien, ni uno. La politización de los indefinidos como clave para pensar la crisis argentina". Ponencia en reunión del Grupo de

Trabajo (Clacso) Cultura y Poder, 5 y 6 de junio, IDES (Buenos Aires). Disponible en internet [leído: 6 de agosto de 2004]:

<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/grupos/grupos/cultura/brionesfavarosan.doc>

Briones, Claudia, Fava, Ricardo y Rosan, Ana 2004 "Ni todos, ni alguien, ni uno. La politización de los indefinidos como clave para pensar la crisis argentina" en Grimson, Alejandro (comp.) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso.

Cafassi, Emilio 2002 *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas sobre fuego argentino*, Buenos Aires, Cuadernos del Rojas, Universidad de Buenos Aires.

Caldeira, Teresa 1996 "Fortified Enclaves: The New Urban Segregation" en *Public Culture*, The University of Chicago.

Caparrós, Martín 2002 *Qué país*, Buenos Aires, Planeta.

Capella, Juan Ramón 1993 *Los ciudadanos siervos*, Madrid, Trotta.

Castel, Robert 1999 "Vulnerabilidad social, exclusión: la degradación de la condición salarial" en Carpio, Jorge y Novacovsky, Irene (comp.) *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Siempre y Clacso, pp.: 25-29.

Castells, Manuel 1974 "El mito de la cultura urbana" en Castells, M. *La cuestión urbana*, Siglo Veintiuno.

Casullo, Nicolás 1993 "Modernidad, biografía del ensueño y la crisis (introducción a un tema)" en Casullo, Nicolás (comp.) *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, El cielo por asalto, pp.: 9-63.

Cerdeiras, Raúl 2002 "La política que viene". En: *Acontecimiento. Revista para pensar la política*, XII(23): 9-66.

Colom, Francisco 1998 *Razones de identidad. Pluralismo cultural e integración política*, Barcelona, Anthropos.

Cheresky 2001 "Hipótesis sobre la ciudadanía contemporánea" en Cheresky, Isidoro y Pousadela, Inés (comp.) *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós, pp.: 261-288.

D'Antonio 2003 "Cárceles en el estado terrorista argentino. Entre lo oculto y lo visible. Prácticas institucionales y experiencia de vida". *Proyecto de Doctorado*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Dallmayer, Fred 2001 "Mas allá de la democracia fugitiva" en Cheresky, Isidoro y Pousadela, Inés (comp.) *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós, pp.: 407-430.

Delgado Ruiz 2002 "Etnografía del espacio público" en *Revista de Antropología Experimental* [on line: leído 5 de agosto de 2003], N° 2, (ISSN: 1578 -4282).

Devoto, Fernando 2003 *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

De Ipola, Emilio 1997 *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad*, Buenos Aires, Ariel.

Di Marco, Graciela et al 2003 *Movimientos sociales en la Argentina. Asambleas: La politización de la sociedad civil*, Buenos Aires, Jorge Baudino y Universidad Nacional de San Martín.

Durkheim, Emile 1993 [1893] *La división del trabajo social*, 2 volúmenes, Barcelona, Planeta-Agostini.

- Echegaray, Fabián 2002 "Razones para un optimismo politológico" en *Nueva Sociedad*, Caracas, Nº 179, pp.: 130-143.
- Engels, Federico 1980 [1872] *Contribución al problema de la vivienda*, Moscú, Editorial Progreso.
- Ewald, François 1997 "El concepto de derecho social". En *Contextos n 1* (Buenos Aires), Editores del Puerto.
- Feinmann, Juan Pablo 2002 "Filosofía de la asamblea popular" en *Página 12* (Buenos Aires). Disponible en internet [leído: 6 de agosto de 2004]: <http://www.pagina12web.com.ar/diario/contratapa/13-1697-2002-2-9.html>
- Feijóo, Cristina y Oroño, Lucio Salas 2002 "Las asambleas y el movimiento social" en Bielsa, Rafael et al. 2002. *Qué son las asambleas populares*, Buenos Aires, Ediciones Continente.
- Ferrajoli, Luigi 2001 "La democracia constitucional" en Courtis, Christian *Desde Otra mirada. Textos de Teoría Crítica del Derecho*, Buenos Aires, Eudeba, pp.: 255-271.
- Ferrajoli, Luigi 2000 "De los derechos del ciudadano a los derechos de la persona" en Silveira Gorski, Héctor *Identidades comunitarias y democracia*, Madrid, Trotta, pp.: 235-250.
- Ferrer, Christian 2002 "Vaca flaca y minotauro. Ascenso y caída de la imaginación política argentina" en *Nueva Sociedad*, Caracas, Nº 179, pp.: 163-177.
- Filc, Judith 1997 *Entre el parentesco y la política. Familia y Dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires, Biblos.
- Fornillo, Bruno 2004 "La dinámica reciente de la coordinación inter-asamblearia: Encuentro de asambleas autónomas". En Internet ver correo electrónico 16 agosto 2004: Reddeintelectualesartistayacademicos@gruposyahoo.com.ar
- Foucault, Michael 1988 *La verdad y las formas jurídicas*, México, Gedisa.
- Fraser, Nancy 1997 *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*, Bogotá, Universidad de los Andes y Siglo del Hombre Editores.
- Freud, Sigmund 1997 [1921] "Psicología de las masas y análisis del 'yo'" en Freud, Sigmund *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, Tomo XIX, pp.: 2563-2610.
- García, Germán 2000 "Una intervención" en *Versus* (Buenos Aires), Nº 1, pp.: 28-37.
- García Canclini, Néstor 1990 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- García Canclini, Néstor 1995 *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- García Canclini, Néstor 1997a "La ciudad espacial y la ciudad comunicacional: cambios culturales de México en los '90". En: Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comp.) *Globalización e identidad cultural*, Buenos Aires, Ciccus.
- García Canclini, Néstor 1997b "Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica" en *Revista internacional de ciencias sociales*, UNESCO, Nº 153 [on line: leído 29 de julio de 2004]. Disponible en internet: <http://www.unesco.org/issj/rics153/canclinispa.html#ngcart>
- García Canclini, Néstor 2003 "Las picardías de un optimista irónico" En *Clarín* (Buenos Aires), Suplemento *Zona*, 13 de abril. Disponible en Internet [leído: 6 de agosto de 2004]: <http://old.clarin.com/suplementos/zona/2003/04/13/z-00501.htm>

Gargarella, Roberto 1999 *Las teorías de la justicia después de Rawls. Un breve manual de filosofía política*, Barcelona, Paidós.

Geertz, Clifford 1996 *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.

Giarraca, Norma y Bidaseca, Karina 2001 "Introducción". En: Giarraca, Norma y colaboradores *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza, pp.: 19-40.

Giddens, Anthony 1994 *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

Grillo, Oscar y Lacarrieu, Mónica 1995 "San Telmo: 'Ilusión urbana' que se vende" en prensa en *Alteridades*, México, UAM.

Grimson 2002 "La nación después del constructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas". Ponencia en reunión del Grupo de Trabajo (Clacso) Cultura y Poder, 5 y 6 de junio, IDES (Buenos Aires). Disponible en internet [leído: 6 de agosto de 2004]: <http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/grupos/fgrupos.html>

Grupo doce 2001 *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Grupo doce.

Gruss, Luis 2004 "Todo lo sólido se desvanece en la fluidez...". Entrevista a Ignacio Lewkowicz, en *Campo Grupal* (Buenos Aires), 6 (56), pp.: 8-9.

Guber, Rosana 1996 "Las manos de la memoria" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) 36 (141), pp.: 423-442.

Guber, Rosana 2001 *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Bogotá, Norma.

Habermas, Jürgen 1986 *Historia y crítica de la opinión pública*, México, Gustavo Gili

Habermas, Jürgen 1991 *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Massachusetts, Mit Press.

Habermas, Jürgen 1998 [1990] "Ciudadanía e identidad nacional" en Habermas, Jürgen *Facticidad y validez*, Madrid, Trotta, pp.: 619-643.

Hirsch, Silvia 2002 "Solidaridad y Acción política en la Olla Popular: Formas de acción comunitaria en las Asambleas populares" Ponencia en *I Jornadas de Interfases entre Cultura y Política en Argentina "A un año del 19 y 20 de diciembre"*, 17 y 18 de diciembre de 2002, IDES, Buenos Aires.

Hunziker, Paula 2003 "Las perplejidades de los Derechos del Hombre: Arendt sobre los orígenes del totalitarismo" en Britos, Nora et al *Teoría crítica de la Ciudadanía. Notas para una política democrática*, "Proyecto Teoría de la Ciudadanía y Política de las diferencias. Los procesos de legitimación democrática en las sociedades multiculturales", Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, publicado junto Agencia Córdoba Ciencia, pp.: 13-26.

Ianni, Octavio 1997 *Las teorías de la globalización*, México, Siglo Veintiuno.

Ingenieros, José 1983 [1913] *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Losada.

Jauretche, Arturo 1992 [1966] *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor.

Jelin, Elizabeth 1998 "Toward a Culture of Participation and Citizenship: challenges for a More Equitable World" en Alvarez, Sonia, Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo (eds.) 1998 *Culture of*

Politics/Politics of Cultures: Re-Visioning Latin American Social Movements. Boulder, CA: Westview Press, pp.: 405-414.

Kessler, Gabriel 2000 "Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento" en Svampa, Maristella (ed.) *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*, San Miguel y Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento y Biblos.

Laclau, Ernesto 2000 *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Landi, Oscar 2003 "Pactos argentinos: la democracia bajo cuerda" en *Clarín* (Buenos Aires), Suplemento *Zona*, 13 de abril. Disponible en internet [leído: 6 de agosto de 2004]: <http://old.clarin.com/suplementos/zona/2003/04/13/z-00215.htm>

Lechner, Norbert 1990 *Los Patios Interiores de la Democracia. Subjetividad y Política*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.

Lechner, Norbert 2002 [1994] "Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo". En: *Nueva Sociedad n° 180-181*, Jul-Ago/Sep-Oct, Caracas, pp.: 263-279.

Lévi-Strauss, Claude 1986 [1956] "La familia" en Lévi-Strauss *Mirando a lo lejos*, Buenos Aires, Emecé, pp.: 61-86.

Lévi-Strauss, Claude 1993 [1949] *Las estructuras elementales del parentesco*, 2 volúmenes, Barcelona, Planeta-Agostini.

Lewkowicz, Ignacio 2002 "Estos son los sujetos de la devastación" en *Página 12* (Buenos Aires), 11 de julio.

Lewkowicz & Asociados 2002 *Sucesos Argentinos. Notas ad hoc*, Buenos Aires, Ignacio Lewkowicz.

Lins Ribeiro, Gustavo 2003 *Postimperialismo. Cultura y política en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Gedisa.

Lomnitz, Larissa 1987 [1975] *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo Veintiuno.

Lvovich, Daniel 2000 "Colgados de la soga. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires" en Svampa, Maristella (ed.) *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*, San Miguel y Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento y Biblos.

Martín-Barbero, Jesús 1993 *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gili.

Martín-Barbero, Jesús 1994 "Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación". En: *Sociedad n° 5*, Buenos Aires.

Martínez Estrada, Ezequiel 1970 [1940] *La cabeza de Goliath. Microscopía de Buenos Aires*, Madrid, Editorial Revista de Occidente.

Marx, Karl 1998 "Formas que preceden a la producción capitalista (Acerca del proceso que precede a la formación de la relación de capital o a la acumulación originaria)" en Marx y Hobsbawm *Formaciones económicas precapitalista*, México, Siglo Veintiuno.

Mattini, Luis 2001 "Sujeto y trabajo" en Colectivo *Situaciones Contrapoder. Una introducción*, Buenos Aires, Ediciones De Mano en Mano.

Meillassoux, Claude 1998 *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo Veintiuno.

Mignone, Emilio 1981 "El caso argentino: Desapariciones forzadas como instrumento básico y generalizado de una política". Ponencia presentada al Coloquio *La política de desapariciones forzadas de personas*, París, 31 de enero – 1 de febrero de 1981. Versión mecanografiada, disponible en CELS.

Mignone, Emilio 1991 *Derechos humanos y sociedad. El caso argentino*, Buenos Aires, CELS y Ediciones del pensamiento nacional.

Mitchell, Timothy 1999 "Society, Economy, and the State Effect" en Steinmetz (ed) *State/Culture. State-Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, Cornell University Press.

Moins, Alain 1994 *La metáfora social*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Moreno, María 2002a "Cacerolas, multitud, pueblo". Entrevista a Horacio González, *Página 12* (Buenos Aires), 11 de febrero, pp.: 12-13.

Moreno, María 2002b "Si se cumpliera la Constitución, el sistema se derrumba mañana". Entrevista a Eduardo Grüner, *Página 12* (Buenos Aires), 25 de febrero. Disponible en internet [leído: 6 de agosto de 2004]: <http://www.pagina12web.com.ar/diario//17-2241-2002-02-25.html>

Moreno, María 2002c "Cacerolazos, ni sacralizar ni consagrar". Entrevista a Nicolás Casullo, *Página 12* (Buenos Aires), 4 de marzo. Disponible en internet [leído: 6 de agosto de 2004]: <http://www.pagina12web.com.ar/diario/sociedad/3-2506-2002-03-04.html>

Moreno, María 2002d "La visión del asambleísta". Entrevista a Mabel Bellucci, *Página 12* (Buenos Aires), 29 de abril. Disponible en internet [leído: 6 de agosto de 2004]: <http://www.pagina12web.com.ar/diario/especiales/18-4552-2002-04-29.html>

MTD de Solano y Colectivo Situaciones 2001 *Situaciones 4*, Buenos Aires, Ediciones De Mano en Mano.

MTD de Solano y Colectivo Situaciones 2002 *La Hipótesis 891. Más allá de los piquetes*, Buenos Aires, Ediciones De Mano en Mano.

Nun, José 2001 "El enigma argentino". En: *Punto de Vista* (Buenos Aires) [on line], N° 71, Diciembre 2001 [leído 3 abril 2003]. Disponible en internet: http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/articulos/enigma_nun.asp

Offe, Claus 1984 "¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?" en Offe, Claus *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza, pp.: 17-51.

Ortiz, Renato 1996 *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

O'Donnell, Guillermo (2002) [1996] "Ilusiones sobre la consolidación". En: *Nueva Sociedad* n°. 180-181, Jul-Ago/Sep-Oct, Caracas, pp.: 311-332.

Paley, Julia 2002 "Toward an Anthropology of Democracy" en *Annual Reviews Antropology* (31) pp.: 469-196.

Palmieri, Gustavo 2003 "Políticas democráticas para a segurança cidadã". En: Palmieri, Gustavo et al *Segurança cidadã e polícia na democracia*, Cadernos Adenauer IV (2003), n° 3, Río de Janeiro, Fundação Konrad Adenauer.

Peruzzotti 2001 "La democratización de la democracia. Cultura política, esfera pública y aprendizaje en la Argentina posdictatorial" en Cheresky, Isidoro y Pousadela, Inés (comp.) *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós, pp.: 289-307

PNUD 2002 "La democracia y los argentinos" en *Aportes para el desarrollo de la Argentina /2002*, Buenos Aires, Programa de Naciones Unidas para el desarrollo.

- Quiroga 2001 "La democracia posible: un cruce entre procedimiento, valores y políticas" en Cheresky, Isidoro y Pousadela, Inés (comp.) *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós, pp.: 235-248.
- Rinesi, Eduardo 1993 *Seducidos y abandonados. Carisma y traición en la "transición democrática" argentina*, Buenos Aires, Manuel Suárez editor.
- Roffo, Analía 2001 "Los políticos siempre fueron impermeables a los intelectuales". Entrevista a Gregorio Weinberg, Clarín (Buenos Aires), pp.: 32-33.
- Rossi, Aldo 1982 [1971] *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Rozichtner, León 2002 "El lugar de la resistencia" en *Página 12* (Buenos Aires), 24 de febrero, pág. 22.
- Rubert de Ventos, Xavier "Kant responde a Habermas" en Casullo, Nicolás (comp.) *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, El cielo por asalto, pp.: 145-154.
- Ruiz, Alicia 1997 "El infierno de los vivos no es algo por venir... Identidad, trabajo y democracia". En: *Contextos n 1* (Buenos Aires), Editores del Puerto.
- Sánchez, Florencio 1999 [1902] "La gringa" en Orgambide (comp.) *La Gringa de Florencio Sánchez y otras obras sobre la inmigración*, Rosario y Buenos Aires, Ameghino.
- Sarlo, Beatriz 2001 "Ya nada será igual". En: *Punto de Vista* (Buenos Aires) [on line], N° 70, Agosto 2001 [leído 3 abril 2003]. Disponible en internet: <http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/articulos/nadaigual_sarlo.asp>
- Sarlo, Beatriz 2002 "El dilema". En: *Punto de Vista* (Buenos Aires) [on line], N° 74, Diciembre 2002 [leído 3 abril 2003]. Disponible en internet: <http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/default.asp>
- Sautu, Ruth 2001 *La gente sabe. Interpretaciones de la clase media acerca de la libertad, la igualdad, el éxito y la justicia*, Buenos Aires, Ediciones Lumière.
- Schuster, Federico y Pereyra, Sebastián 2001 "La protesta social en la Argentina democrática: Balance y perspectivas de una forma de acción política." En: Giarraca, Norma y colaboradores *La protesta social en Argentina. Transformaciones y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza, pp.: 41-63.
- Sennett, Richard 2002 [1974] *El declive del hombre público*, Barcelona, Península.
- Simmel, Georg 2002a [1910] "La sociabilidad" En: Levine, Donald (ed.) *Georg Simmel. Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp.: 194-208.
- Simmel, Georg 2002b [1908] "¿Cómo es posible la sociedad?" en Levine, Donald (ed.) *Georg Simmel. Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp.: 76-93.
- Simmel, Georg 2002c [1903] "La metrópolis y la vida mental" en Levine, Donald (ed.) *Georg Simmel. Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp.: 388-402.
- Simmel, Georg 2002d [1957] "La libertad y el individuo" en Levine, Donald (ed.) *Georg Simmel. Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp.: 283-291.

Simmel, Georg 2002e [1908] "La expansión del grupo y el desarrollo de la individualidad" en Levine, Donald (ed.) *Georg Simmel. Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp.: 319-359.

Svampa, Maristella 2000 "Introducción" en Svampa, Maristella (ed.) *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*, San Miguel y Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento y Biblos.

Svampa, Maristella 2002 "Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales: las asambleas barriales (segunda parte)" en *Diatribas*, Buenos Aires.

Taussig, Michael 1995 *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*, Barcelona, Gedisa.

Terán, Oscar 1986 *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos Editora.

Teubal y Rodríguez 2001 Teubal, M y Rodríguez, J. 2001 "Neoliberalismo y crisis agraria". En Giarraca, Norma y colaboradores *La protesta social en Argentina. Transformaciones y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza, pp.: 65-116.

Torrado, Susana 1993 *Procreación en la Argentina. Hechos e ideas*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Torrado, Susana 1999 "Familias hechas a pulmón" en *Clarín* (Buenos Aires), 19 de abril, pág. 17

Torres Ribeiro, Ana y Sánchez García, Fernanda 1996 "City Marketing: a nova face da gestão da cidade no final de século" en Reis, Tavares de Almeida y Fry (org.) *Política e Cultura. Visões do Passado e Perspectivas Contemporâneas*, São paulo, Hucitec.

Turgueniev, Iván 1987 [1862] *Padres e hijos*, Barcelona, Planeta.

Viñas, David 1973 *La crisis de la ciudad liberal*, Buenos Aires, Siglo Veinte.

Viñas, David 1983 *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

Virno, Paolo 2003 *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*, Buenos Aires, Paidós.

Wacquant, Loïc 2001 *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial.

Weinberg, Gregorio 1998 *La ciencia y la idea de progreso en América latina 1860-1930*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Weinberg, Gregorio 1991 "Liminar" en Pollman, Leo (coord.) *E. Martínez Estrada. Radiografía de la pampa. Edición crítica*, Madrid, Colección Archivos N° 19, pp.: XV-XVIII.

Winocur, Rosalía 2002 *Ciudadanos mediáticos. La construcción de lo público en la radio*, Barcelona, Gedisa.

Wolf, Eric 1993 *Europa y la gente sin historia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Zea, Leopoldo 1971 *La esencia de lo americano*, Buenos Aires, Pleamar.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas